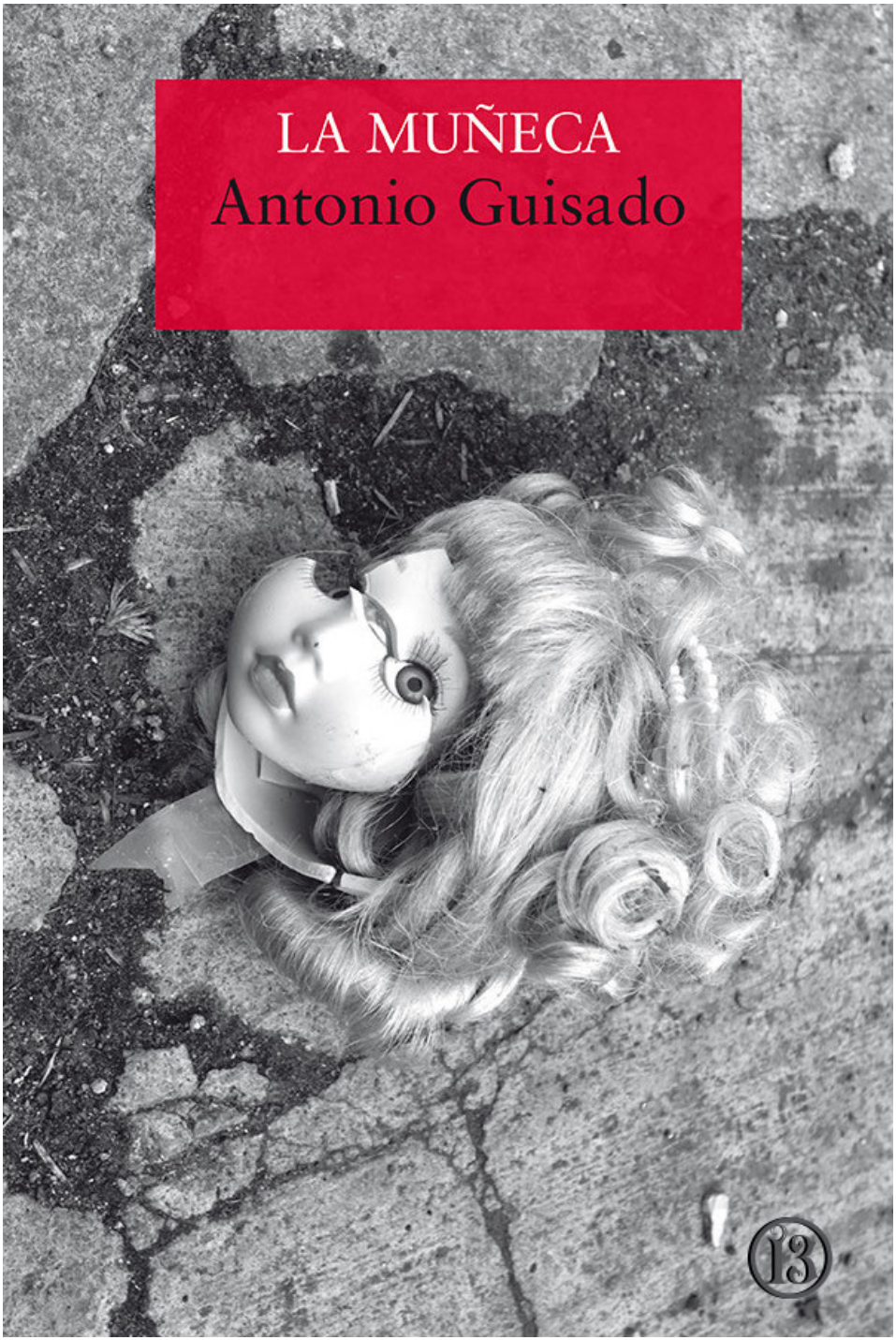
LA MUÑECA

Antonio Guisado



Thriller, terror y género policiaco combinados en un adictivo debut al más puro estilo del maestro Stephen King.

Cuando Ana pidió ayuda a Daniel para cargar con la muñeca hasta el hoyo, no intuía ni por asomo que, junto con el juguete, arrojaría también en aquel húmedo abismo su infancia y las vidas de cuantos le rodeaban. Un cuarto de siglo después —en un pueblo costero del sur peninsular y bajo el disfraz del desarrollo urbanístico—, el azar desenterrará varios cuerpos en el antiguo vertedero municipal y removerá así un ponzoñoso pasado que solo esperaba el momento para salir de su letargo y cobrarse una deuda… En ese lugar en que los muertos reclaman sus nombres y los vivos juegan a olvidarlos, una inspectora en horas bajas intentará redimir sus errores y desenmarañar veinticinco años de oscuridad.

Al más puro estilo *It*, del maestro del suspense Stephen King, el thriller, el terror y el género policiaco se disputan el protagonismo en esta adictiva y trepidante novela en dos tiempos, donde la ligereza de la adolescencia y la gravedad de la edad adulta colisionan con la desgarradora energía propia de todos los ritos de paso.

«Una historia inquietante de trauma y venganza».

Susana Martín Gijón

Antonio Guisado

La muñeca

Título original: *La muñeca*
Antonio Guisado, 2022
Diseño de cubierta: Richard Levine / Alamy Stock Ph

-

Revisión: 1.0
31.10.2022

Tiempo atrás publicaba mi primera novela, y con ella mi primera dedicatoria. Decía así:

A Ellas, y a las tres de mi vida: la del Incondicional,
la del Correspondido y la del Infinito
Y que nos tomen por locos

Ya entonces sabía a quién señalaría la segunda. Era casi una deuda y, aunque no soy un Lannister, procuro pagarlas. Por ello y por incontables motivos más, esta estuvo desde el principio adjudicada

A ella: la del Fraternal
Y que nos tomen por locos

Prólogo

DANIEL

No soy médico ni abracé nunca el celibato y la fe de profesión, pero sé distinguir el final de las cosas, del camino.

Han transcurrido ya demasiados años y quizá es hora de revelar los secretos que guarda el alma, pues la hora se acerca y tiene sombra ya, y aunque algunos recuerdos se atenúan a medida que recorremos estaciones, una tras otra, conformando años que se amontonan en lustros, en décadas, y hasta en alguna fracción de siglo decente, hay otros que nunca se olvidan ni diluyen; al contrario, permanecen tan vívidos como el primer día, por mucho que nos esforcemos en lo contrario, o precisamente por ello.

Sucedió hace muchos muchos años, cuando aún acostumbraba a lucir pantalones cortos y calcetines a juego, pues esta es la condena con que algunas madres buscan presumir de hijos decentes y pulcros, y la mía era presumida hasta el extremo, por lo que, además de los dichosos pantalones cortos, era norma indiscutible el llevar los calcetines del conjunto subidos y estirados hasta el límite mismo del tejido, ni un centímetro menos. Hastiado ya de escuchar el chirrido grotesco que provocaba incumplir tal norma, alcancé un punto en que llegó a obsesionarme y, de forma mecánica y casi sin ser consciente de ello, vino a devenir en la malsana costumbre de estirar los calcetines hacia el cielo en cualquier paseo cada pocos pasos. Quizá sea una barbaridad anunciar esto por mi parte, pero me atrevería a aventurar que la chepa que luzco en estos años de senectud comenzó a forjarse a base de doblar, y doblar y volver a doblar aquella joven espalda inocente para estirar los malditos calcetines, que a su vez, hartos de ser manoseados y estirados, se dilataban perdiendo la elasticidad inicial para sucumbir a la

gravedad cada pocas decenas de metros.

Y en esas estaba yo, hincado de rodillas, la cabeza gacha, a pocos metros de la esquina que anunciaba mi casa luchando con los calcetines del demonio, cuando entraron en mi reducido campo de visión los inconfundibles zapatos de charol de Ana. Si mi condena eran los calcetines, la de Ana debían de ser, sin duda, en aquella época los zapatos de charol; no en vano, cada madre tiene sus manías. Los llevaba a todas horas; no solo para ir a misa o pasear los domingos, no. Se los había visto calzar de diversos colores, siempre relucientes e impolutos; siempre desde la distancia. Ana era una compañera de clase y vecina del barrio con la que hasta aquel día extraño había intercambiado apenas un par de frases. Aquella tarde los zapatos de charol eran negros.

—¿Qué haces ahí agachado? —preguntó.

—Nada, los cordones, que se aflojaron y me los pisaba —mentí.

—Claro, los cordones. —Lo dejó pasar.

Todo el mundo en el colegio estaba al tanto de mi obsesión con los calcetines, y aunque Ana nunca me llamó así, o mejor dicho, hasta aquel día no me había llamado de ninguna manera simplemente, la mayor parte de la clase había desterrado mi nombre para citarme por aquel dichoso sustantivo, algo modificado, para herir aún más hondo; los niños son así.

«Calcetino». Ese era mi nombre para todo el mundo. Casi llegué a olvidarme del que eligieron mis padres —concretamente, mi madre—, y más de una vez el sonido provocado por las letras que conforman el de «Daniel» pasaba ante mí como un tren sin viajeros ni paradas, pero el tiempo nunca descansa, y un día como cualquier otro, cerca del desvío del cauce común de la infancia, donde el afluente de la universidad y el cambio de compañeros, el maquinista recordó las paradas, y en una de ellas se subió Daniel, apenas cruzándose con Calcetino al bajar.

—Y tú ¿dónde vas con eso?

Ana portaba un enorme bulto bajo el brazo izquierdo, a la vez que se ayudaba con el derecho para sostenerlo.

—Al vertedero, a tirarlo —contestó con una mueca de disgusto, quizá de asco, apoyando el bulto en el suelo, descubriendo así frente a mi cara, de nuevo apuntando al asfalto, un nuevo par de zapatos junto a los suyos, estos solo un par de tallas más pequeños,

negros mate.

—Jolín, ¡qué susto! —se me escapó mientras me enderezaba—. ¿Una muñeca? ¿Por qué la quieres tirar? Debe de ser muy cara; es casi tan grande como tú.

—Pues no sé si será muy cara o no, pero no me gusta. No me gusta nada de nada. Parece que me mira siempre.

—¿Y tu madre qué dice?

—¿Mi… madre? —titubeó—. Mi madre no lo sabe aún, pero cuando se dé cuenta ya no tendrá remedio. ¿Sabes? Me obliga a tenerla en mi cuarto, porque dice que fue un regalo de mis tíos y sería de mala educación hacer otra cosa, y que cuando vienen a casa, aunque sea solo por Navidad, deben ver la muñeca allí. ¿No te parece una estupidez?

—Supongo que sí —asentí—. Pero los adultos son así. Hacen muchas estupideces, y no lo digo porque sea tu madre, ¿eh?

—Ya, te entiendo. ¿Me ayudas con la muñeca? Pesa *muchisísisisimo*. Puedes cogerla por los pies, y yo lo haré por la cabeza. *Porfa*, ¿me ayudas, *porfa*?

—No sé… —dudé un poco pensando en la mía, que contaba los minutos que yo tardaba desde la panadería a casa, y resolví en apenas un segundo—: Va, el vertedero no está lejos. Pero te advierto que te la vas a cargar. ¿Y no sería más fácil dejarla en un contenedor? En aquella esquina hay uno, mira —dije señalando el metálico bulto gris con aspecto de tanque abandonado.

—No me atrevo. Podría verla mi madre, o peor aún, alguna amiga de esas tontas que a veces van a casa, y podría llamarla y contárselo como quien deja caer un moco, así como sin importancia. ¿Sabes cómo digo? —Yo asentí. Lo había pillado perfectamente, y seguía pensando, mientras la escuchaba, en la comparación, y en lo raro que sonaba en una niña hablar de mocos —. Algunas son muy cotillas, ya te digo. Y quiero que sea definitivo. ¿Me ayudarás o no?

Y así, cargando entre los dos aquella muñeca que asomaba los pies para delatarse mientras el resto del cuerpo se escondía tras una enorme bolsa de basura negra con la que Ana la había tapado, como si de un secuestro se tratara, llegamos al vertedero, lugar que, por otro lado, yo tenía prohibido pisar. Pero las mujeres invitan a hacer cosas a los hombres que no quieren sin saberlo, y las niñas a los

niños, claro. Es un arma misteriosa que solo suele funcionar en un sentido. Confieso que sufrí horrores, y no por el peso, sino porque al sostener la muñeca todo el camino tras Ana, que loca por deshacerse de ella no paró ni aflojó el paso en ninguna ocasión, me fue imposible estirarme los calcetines, que notaba resbalados sobre los zapatos.

—Una, dos y… ¡tres! —exclamó Ana.

Era la señal para soltar la muñeca, que rodó por el terraplén hasta el fondo de la tumba elegida, en aquel cementerio de cosas que llamaban vertedero. Había decidido tirarla en el hoyo nuevo, aún vacío y recién excavado y reluciente; todo lo reluciente que puede estar un hoyo.

Ya nos volvíamos como espías en campo enemigo, pues nos podía caer una buena reprimenda si nos descubrían allí, cuando una curiosidad desconocida me hizo recular para echar un único vistazo al fondo, donde debía de reposar la muñeca. Y como el niño de pies a cabeza que era, no pude reprimir el impulso, y me asomé.

Allí estaba. Me pareció horrible. La muñeca era enorme, una de esas que fabrican del tamaño de un niño grande, «a tamaño natural», dicen, con su pelo lustroso y artificial pero asombrosamente real y rubio desparramado sobre la tierra, la espalda sobre el fondo, y esos ojos sin vida mirándome, pues en la caída la bolsa se había desprendido del cuerpo y reposaba a pocos metros, huérfana. Lo increíble del asunto es que, además, los brazos articulados como aspas de molino en las axilas habían quedado separados del torso y apuntaban al cielo, a mí, los dos en idéntica posición, como diciendo. «¡Recógeme! ¡Recógeme! ¿No te da pena?». Y allí me quedé, absorto en esos ojos que parecían llamarme como las sirenas a Ulises, susurrando caricias.

—¿Qué haces? Vamos, que nos van a ver —me sacó del trance Ana, las palabras deslizadas a ras de suelo.

Ya pisando la acera izquierda de la calle principal, cuando nos entreteníamos en tratar de pisar en nuestro avance única y exclusivamente las losas granates, obviando las blancas, como alfiles improvisados de un ajedrez desbaratado, caí. Aquellos ojos que me miraban me alcanzaron, llamándome en silencio.

—Oye, ¿y las muñecas no cerraban los ojos cuando se acuestan?

—¿Qué dices? ¿A qué viene eso?

—Pues eso. No soy un experto, pero todas las muñecas que vi en mi vida cierran los ojos cuando se acuestan. ¿Esta no? Para ser tan grande debían haber pensado en eso.

—Esta también, pero eso ¿qué más da ya?

—Es que los tenía abiertos —contesté, parando sobre una baldosa granate donde entraban los dos pies.

—Imposible. Te lo estás inventando, ya lo sé.

—¿Y por qué me lo iba a inventar? Menuda tontería.

—Pues porque has visto las cintas.

—¿Las qué?

—Te burlas de mí, y no nos conocemos tanto como para eso. Que me hayas ayudado con la muñeca no te da derecho.

Yo permanecía parado, tieso sobre la baldosa granate. Ana me había cogido cierta ventaja, y, tras la recriminación, paró en seco para volverse pisando una de las baldosas blancas con el pie derecho, indiferente, dando por finalizado el juego.

—¿Qué es eso de las cintas? —pregunté.

Ella se quedó pensativa un instante, sin duda evaluando si yo hablaba en serio o le tomaba el pelo. Al fin contestó, prudente.

—¿De verdad los tenía abiertos?

—Sí. ¿Por qué iba a mentir?

—Pues porque debía tenerlos cerrados. Primero porque dices que estaba acostada, y segundo porque yo misma se los pegué con cinta, de esa que mi padre usa para los cables, para que no me mirara. Estaba harta de que me mirara. A ver, ¿de qué color eran? —dijo colocando los brazos en jarras, aún entre baldosas blancas y granates.

No me costó evocarlos, pues el recuerdo volvía una y otra vez en bucle.

—Negros. —«Muy negros», pensé. Pero dije solo «negros».

Ana se quedó allí plantada, mirándome, seria, no sé si evaluándome o pensando en mi respuesta. Podía haber sido suerte, tampoco hay tantos colores de ojos.

—Muy negros, ¿verdad? —dijo achinando los suyos, y se me erizaron los pelos de la nuca. No dije nada, y al cabo volvió a abrir la boca, girándose para echar a correr.

—Te creo —me dijo ganando metros—. Es igual, no quiero pensar más en esa maldita muñeca. ¡Hasta mañana!

No tardó en perderse tras la esquina de la peluquería de Susana, o Susan, como le gustaba a la peluquera que la llamaran —según mi madre, se creía muy moderna ella—. Y allí me quedé yo, pensando en aquellos ojos negros que palpitaban en mi mente como un corazón oscuro, y en qué le iba a decir a mi madre al cruzar la puerta de casa, mientras miraba aquel letrero que, con letras de neón en descanso, dada la hora, formaba, sin levantar el lápiz y asomando por encima de la fachada, aquel nombre recortado que, a la moda del momento, podía leerse como «Susan's».

Aquella noche tuve unas pesadillas horribles. No sé si fue solo una o varias, pues no las recuerdo, pero sí sé que me desperté en mitad de la noche sudando, buscando esos ojos negros en los rincones más tenebrosos de mi habitación. Recuerdo agradecer que no fuera una de esas noches en las que el viento zarandeaba las ramas que asomaban tras la ventana para formar pérfidas extremidades de engendros de otros mundos. Cuando a la mañana siguiente mi madre vino a despertarme me pareció que acababa de coger el sueño, y no fui más que medio zombi mientras desayunaba mi leche con cereales, me vestía con los mismos pantalones cortos de la tarde anterior y estrenaba un nuevo par de calcetines, tras la debida reprimenda de mi madre la tarde anterior al aparecer con los predecesores manchados de tierra y algo de barro. Claro que no confesé que se debía al vertedero y la historia de la muñeca. Tuve que inventarme que me había retrasado a causa de un perro enorme que me había asustado ladrando, levantando el hocico y enseñándome unos dientes más enormes aún, y me había caído al salir corriendo por medio del parque que había junto a la panadería. No, no sabía de quién era el perro, no lo había visto nunca, seguramente sería un forastero, tuve que reforzar la mentira ante la insistencia de mi madre, que a punto estuvo de salir enfundada bajo una capa de furia camino de la panadería.

Y así es como empezó todo. A hurtadillas, como comienzan todas las cosas que nunca debieron comenzar.

I

El hoyo

1

Daniel rememoraba la tarde anterior, los ojos cansados y evitando las baldosas granate camino del colegio. Los calcetines nuevos eran una gozada. Un doble fruncido reforzaba el abrazo a la pantorrilla, desafiando a la gravedad y el movimiento con aparente éxito. Se anotó mentalmente mirar la marca luego, ya en casa. Le había parecido ver unas pequeñas letras blancas pintadas en la parte de abajo cuando los cogió para ponérselos del respaldo de la silla de su escritorio, donde los había dejado su madre cuando ya debía de estar dormido, antes de las pesadillas. Las madres pensaban en todo. Siempre estaban pensando en el futuro, en cosas que había que preparar para luego, para mañana, para el domingo que viene… Debía de ser un fastidio, como los deberes. «Deberes para mañana: de la página tal, el dos, el tres y el cinco. De la página pascual, el dos, el tres…». Así todos los días el profe. Siempre con cosas para mañana. ¿Por qué no los hemos hecho en clase, y así no habría deberes, hombre? A Daniel no le gustaba pensar en cosas para luego. Él prefería ceñirse al presente, a lo inmediato. Tampoco le gustaba cómo parecía mirarle aquella muñeca, con aquellos ojos negros mate, recordó asociándolo al letrero de Susan's, que ya veía en la esquina, donde todas las mañanas lo esperaba Marcos, para seguir juntos hasta el colegio. Marcos y su bici.

Marcos tenía una bici espléndida. De esas rojas, con manillar levantado y ruedas de tacos, y un guardabarros delantero sobredimensionado que parecía sacado de una moto de *cross*. Daniel se moría por una bici de esas, pero a su madre no le gustaban las bicis. Eran peligrosas, decía. Él insistía en cada cumpleaños, en cada carta de Reyes, en cada boletín de notas, en cada ocasión que se presentara, oficial o extraoficial, pero no había manera. Como a su madre no le gustaban las bicis, pues él no podía tener una bici. Punto. Chimpún. Así eran las leyes de los adultos. Incluso estaba harta de repetirle, casi tanto como la norma de los calcetines, que

tenía prohibido subirse a la bici de Marcos, pues ella sabía —tanto por vieja como por diablo— que su amigo Marcos no se separaba de la suya. Hasta le había puesto nombre: «Rayo». Tres trazos unidos formando una zeta torturada por los extremos como en esas películas medievales hasta estirarse lo atestiguaban grabados a navaja en el cuadro bajo el manillar. No es que Daniel disfrutara mintiendo a su madre, pero algunas veces no tenía más remedio, máxime cuando las normas eran absurdas. Así que todos los días Daniel andaba desde su casa hasta la esquina de Susan's, donde se sumaban Marcos y Rayo, y como dos tontos debían seguir andando para guardar las apariencias, con Rayo rodando vacía y agradecida, como un caballo cansado en otra de esas pelis del Oeste, hasta que acababan los bloques del pueblo y comenzaba el camino de tierra que llegaba hasta el colegio; allí ya no había peligro. Los ojos de su madre parecían llegar a todos sitios, pero tenían un límite. Así que allí paraban todos los días, se ajustaban las mochilas, y Daniel se montaba en Rayo sobre la rueda trasera, que aunque no tenía guardabarros, sí que tenía dos robustos tubos acoplados al eje que le servían para mantenerse en pie tras Marcos, apoyándose en sus hombros mientras este pedaleaba. Incluso a veces Marcos le cambiaba el sitio y lo dejaba pedalear. Marcos era un buen amigo.

Claro que existía una última precaución. Por aquel camino de tierra que llegaba hasta el colegio tras quinientos, quizá setecientos metros a las afueras del pueblo, a aquellas horas podían verse casi tantas madres y padres como niños, todos camino del mismo sitio. A su edad ya iban solos, pero los de algunos cursos inferiores iban todos acompañados de sus progenitores o de los de algún vecino y compañero, algunos en coche, la mayoría andando. Y existiendo el peligro de que alguna amiga de su madre lo descubriera sobre una bicicleta y fuera con el cuento a su madre, a meterse donde no la llamaban para fastidiar el asunto, Marcos, que era un buen amigo, el mejor que podía imaginar, comprendía y aceptaba la necesidad de desviarse del camino de tierra principal repleto de madres, padres y niños, para adentrarse con la bici entre los pinos y matorrales, y así pasar desapercibidos hasta casi la entrada del colegio, donde volvían al camino principal y Daniel se apeaba del vehículo. También era que a Marcos le gustaba la idea, pues el camino de los pinos no era tal camino, sino que el viaje consistía en

ir esquivando árboles y matojos campo a través, mientras las fabulosas ruedas de tacos machacaban y escupían hacia atrás esa alfombra de pinchos con forma de uve con que los pinos adornan la tierra como confeti en una fiesta de fin de año. Solo una vez en todo ese tiempo en que Daniel engañó a su madre y su aversión a las bicis, estuvo a punto, y solo a punto, de darle la razón: fue aquella en que un conejo apareció como salido de la chistera de un mago frente a ellos para cruzarse bajo las ruedas de Rayo. Marcos giró el manillar de forma brusca, más que otra cosa, obligado por la mano invisible del susto, pues el conejo desapareció antes de que pudieran pestañear casi, y en el giro inesperado del manillar, la bici resbaló sobre la alfombra de pinchos que cubría el pinar, escupiéndolos a los dos unos metros por delante. Pero tampoco fue tan grave; Marcos solo se lastimó la muñeca al caer, con lo que tuvo excusa para no ponerse de portero en los partidos durante una temporada, y él no hizo más que rodar sin control hasta ir a parar sobre un matorral de pequeños frutos rojos y ramillas intrincadas con púas diminutas y puntiagudas que le dejaron algunas marcas en el antebrazo y las pantorrillas durante un par de días, al atravesarle como pequeñas agujas el pantalón y la chaqueta. Su madre ni se dio cuenta.

Lo malo era la lluvia. Los días de lluvia eran un rollo, había que ir andando todo el camino, junto a todos los padres y madres. La única vez que su madre lo había pillado había sido por culpa de la lluvia. Rayo no tenía guardabarros trasero, así que cuando llovía la rueda de atrás escupía hacia arriba todo el barro y el agua que iba pisando en el avance. Aquella tarde, tras el colegio, Daniel llegó a su casa como si nada, y todo transcurrió con normalidad hasta que su madre entró en su cuarto y, tras depositar la bandeja con la merienda junto a los deberes, como siempre, se fijó en algo durante unos segundos, empujó la espalda de Daniel con suavidad, que estaba enfrascado en sus deberes, hasta separarla del respaldo de la silla y secuestrar la chaqueta que hasta entonces reposaba inocente tras él, más inocente aún. La prueba cantaba como pájaro al amanecer, y la extendió ante sus ojos como el capote de un torero, con mirada inquisitiva y pose de Torquemada. Una línea delatora de perdigones de barro la cruzaba de norte a sur. No tuvo más remedio que confesar —Torquemada no era un cualquiera para

estas cosas—, además de prometerle que no volvería a subir a la bici. Pero es que hay promesas que nacen rotas mientras se pronuncian. Es tan cierto como inevitable.

Así que aquella mañana seca y soleada, mientras cruzaban el pinar y Marcos hacía rodar a Rayo despidiendo pinchos a la espalda de Daniel, este recordaba de nuevo a Ana y la tarde anterior, y a la muñeca y sus ojos negros mate, pues el vertedero se podía vislumbrar al otro lado del pinar camino al colegio, a *flashes* cortos y repetidos a causa de la velocidad de Rayo y la cantidad de pinos que, entremezclados sin orden aparente, formaban una barrera visual y desordenada entre ellos y el vertedero. Plaf, plaf, plaf, plaf… Parecían instantáneas tomadas con la función de repetición de la cámara de su padre, esa que pesaba como un balón medicinal y tenía mil botones imposibles de descifrar. Mejor aún, se le ocurrió, como esos dibujos que hacían en clase de lengua a hurtadillas cuando el aburrimiento decidía escapar de su jardín para explorar más allá del umbral de lo soportable. Esos donde, aprovechando las esquinas inferiores de las hojas de la primera libreta a mano, el asunto consistía en repetir el mismo dibujo con mínimas variaciones, para así después hacer desfilar las hojas dejándolas escapar con el dedo a su debida velocidad, transformando la repetición de dibujos en movimiento.

En cualquier caso, pensando en la cámara de su padre, o en las aburridas clases de lengua, la retina de Daniel conseguía conformar entonces una imagen nítida y completa de aquel lado del vertedero a través de los pinos, a base de *flashes* y repeticiones que daban forma al conjunto. Y no lo pensó dos veces.

—Ayer estuve allí —dijo señalando con la cabeza, como si Marcos pudiera verlo, que no era el caso, pues pedaleando como estaba, Daniel quedaba a su espalda y Marcos miraba al frente.

—¿Qué dices? —contestó entre jadeos—. ¿Allí dónde?

—Allí, en el vertedero —cayó en la cuenta Daniel.

—Jo, ¿y por qué no me avisaste? Te lo he dicho mil veces y siempre me dices que no puedes. Sabes que me muero por explorar el vertedero. —Aflojó Marcos la marcha para volver la cabeza un segundo.

—Fue algo improvisado —replicó Daniel, pensando que la culpa la tenían las faldas y su amigo no las usaba, y peor le quedarían,

arrepentido de haber iniciado el tema, cosa que ya no tenía remedio.

—¿Y con quién fuiste, si puede saberse? —alzó el otro la voz.

—Eso es lo más extraño, pero tiene su explicación. Fui con Ana.

—¿Ana? ¿Ana la de la clase? ¿Esa Ana?

—No conozco otra.

—Eso me lo vas a tener que contar más despacio. Quiero todos los detalles.

Y así fue como aun a regañadientes y abrigando una insustancial traición a Ana, aquella misma mañana en el colegio, Daniel no tuvo más remedio que contarle a Marcos, además de a Nico, Hugo y su hermana Blanca, que se unieron al grupo, hasta el más mínimo detalle —contestando además a cada interpelación que se les ocurrió a los oyentes— de la extraña historia de Ana y su enorme muñeca de ojos negros mate.

—Jurad que no lo contaréis —fue lo único que alegó para aplacar aquella sutil vocecita de la conciencia que lo arañaba por dentro.

Ya no tenía más remedio que contarlo, y total, era una tontería, se autoabsolvió en un juicio rápido. Solo se calló lo de las pesadillas por la noche, porque estaba Blanca, la hermana melliza de Hugo, y no quería parecer una nenaza; suficiente tenía con lo de los calcetines.

2

—Es el destino —dijo Marcos recién acabada la historia.

—¿Qué dices? ¿Estás tonto o qué? —replicó Daniel.

—Está claro. ¿Cuántas veces hemos estado por ir al vertedero? Y ayer el destino te lleva sin esperarlo —«sin avisarme», parecían decir sus ojos—, de repente, y ahora nos lo cuentas a todos. No tenemos más remedio que ir… por fin —se le escapó al final la coletilla que lo delataba.

—No pienso volver allí. Para empezar, porque es ilegal entrar, y segundo, porque no quiero.

—¿Por qué no? —terció Blanca—. Yo quiero ver esa muñeca. Tan tan tan ilegal no será cuando entrasteis ayer. ¿Cómo se entra?

—Pues… entramos por la puerta. Cuando íbamos de camino vimos salir un camión. Nos escondimos tras un pino, y entramos cuando el camión se perdió de vista. La valla estaba abierta.

—Jo, qué fácil. Esperaba arrastrarme por algún agujero o algo, como en las pelis —dijo Marcos, que ya se veía dentro.

—No te vas a arrastrar por ningún lado, porque no vamos a ir.

—Yo me apunto —abrió la boca Hugo, que se había mantenido en silencio hasta entonces. Era el más callado, al contrario que Blanca, que no cerraba la boca desde que se levantaba hasta que se acostaba.

—Ya somos dos —dijo Marcos.

—Oyeee…, serán tres. Yo lo he dicho primero. Quiero ver la muñeca de los ojos misteriosos —protestó ella pasando de Marcos a Daniel con una sonrisilla difícil de traducir.

Daniel negaba con la cabeza sin palabras. Nico, que estaba secretamente enamorado de Blanca, no tuvo más remedio; tan simple como obvio por los tiempos de los tiempos, las cosas más absurdas y menos recapacitadas se hicieron siempre por amor; aunque en este caso Nico hubiera apostado por el sí igualmente: siempre el más lanzado; la duda, una desconocida; casi un

guerrillero en miniatura.

—Cuatro y medio —dijo. Nico llevaba siempre algo de guasa en la guantera—. Cada uno vale lo que vale.

—Ya ves, solo faltas tú —apostilló Marcos—. Y no puedes faltar. Eres, ¿cómo se dice?, el anfi… ¿Cómo era?

—El anfitrión —completó Blanca, incapaz de callar algo que supiera. A veces incluso se metían con ella por la cantidad de veces que levantaba la mano para contestar en clase.

—Eso. El anfitrión.

—Pues yo no voy. Si queréis meteros en líos, hacedlo solos.

—Venga, hombre, no fastidies. Tú tienes que venir.

—¡Que no voy, he dicho!

—Oye, ¿y si se lo dices a Ana? Sería lo más justo. Al fin y al cabo, la muñeca era suya.

Daniel dudó. Tenía claro que no conseguirían hacerlo volver al vertedero, no por nada. Él era un valiente, o eso creía, pero aún recordaba los sudores de la noche anterior, y los brazos de la muñeca estirados, señalándolo, llamándolo sin palabras. Ahora, sin embargo, Blanca evocaba a Ana, y no sabía por qué motivo todavía la anterior clase de lengua se había esfumado elucubrando un *porqué* para volver a hablar con ella, y no se le ocurría mejor excusa.

—Vale, lo tengo, no importa. Sin presiones. Si no quieres venir, yo misma se lo diré a Ana. Seguro que ella nos acompaña —siguió Blanca, que cazó al vuelo la duda en los ojos de Daniel, tras una pausa.

Ahora sí que estaba pillado. Había contado a todos la historia, y si iban con el cuento a Ana, además de quedar fatal con ella por ir contando por ahí sus cosas, iba a quedar como un cobarde cagado. Bueno, igual no era tan mala idea. Tendría que ir a hablar con Ana de nuevo, para empezar.

—Está bien, iremos. Pero dejad que sea yo quien se lo diga a Ana.

—Ese es mi amigo —dijo Marcos—. ¿Cuándo vamos a hacerlo? No podemos esperar demasiado. ¿Y si empiezan a tirar cosas en el hoyo ese? Esta tarde. ¡No, esta tarde no! —se contradijo—. Esta tarde no puedo, tengo dentista. Me tienen que apretar los *brackets*. ¡Mañana! ¿Qué os parece mañana?

—Mañana es jueves. Los jueves tenemos partido. ¿Ya no te acuerdas? —dijo Hugo.

—Pues tiene que ser mañana —concluyó Blanca—. El viernes lloverá y se pondrá todo embarrado; no podemos esperar más. Igual el hoyo se inunda y todo. Lo podemos preparar todo para mañana y vamos después de vuestro partido, aunque sea algo más tarde. No importará, tenemos la excusa del partido. Lo único es que habrá poca luz, pero podemos llevar unas linternas.

—¡Perfecto! —saltó Nico—. Así será todo más profesional. Con linternas y todo eso. Podemos llevar los *walkies* también. ¿Todos de acuerdo?

Asintieron, sin palabras y uno a uno, mientras el resto seguía la ola de cabezas en movimiento con la mirada.

—Pues solo falta Ana. ¿Tú te encargas entonces, Daniel? —inquirió Blanca.

—Yo me encargo —sentenció, a la vez que cavilaba cómo le iba a explicar a Ana que medio colegio sabía ya su historia con la muñeca—. Pero recordad que es un secreto.

Los cuatro alzaron las manos en señal de acatamiento y promesa, como hacían los testigos en los juicios de las películas, pero con una sonrisa escondida en los ojos.

3

Al final resultó que Ana no se lo tomó tan mal. La abordó aquel mismo día. Nervioso como un cantante en su primer concierto, Daniel salió con prisas de la última clase, le metió más prisas aún a Marcos con el candado de la bici, y él mismo pedaleó forzando los pulmones hasta el principio del pueblo a través del pinar, mirando de reojo entre pino y pino los *flashes* fugaces del vertedero, más atenuados en la vuelta por efecto de las nubes que se iban acumulando, revistiendo sin prisas el cielo azul y limpio de la mañana de un gris ceniza, un gris de candela apagada, como su abuela azuzaba a su abuelo de cuando en cuando refiriéndose a su cabellera, frondosa aún a su edad, tan uniforme como cenicienta. Recorrieron los dos el obligado camino de vuelta a paso ligero a través del pueblo —Rayo, huérfana de pasajeros, la cadena desgranando su tic-tic-tic continuo como el movimiento del rabo de un perro agradecido— hasta llegar a Susan's, donde diariamente se despedían. Y diciendo adiós con la mano a Marcos, pedaleó de nuevo en solitario, se perdió calle abajo y se limitó a esperar en aquella esquina, anhelando haber llegado antes que Ana. Sabía que ella tenía que pasar por allí camino a su casa. Lo que no sabía, y no se había parado a pensar hasta ese momento, allí solo en aquella esquina, era si ella volvía a pie, como la mayoría, o era de esos pocos a los que recogían sus padres en coche o moto. Confió en la suerte, como solo los tontos lo hacen; depositó su esperanza en el destino, como los enamorados; apostó el futuro al azar, como los desesperados. Si querían acometer la estupidez del vertedero al día siguiente, no tendría otra oportunidad de pillar a Ana con cierta tranquilidad para intentar explicarle todo el embrollo. Mañana sería tarde ya; si tenía que venir, y el grupo se había puesto pesado, recordándoselo en la última clase con cuchicheos insistentes, debería preparar su coartada en casa, si es que la necesitaba tanto como él. Además, conocía a Blanca; si no lo hacía él antes, lo haría

ella al día siguiente: menuda era Blanca. Y mientras pensaba en cómo abordar el tema de la mejor manera con Ana para no parecer un chivato chismoso, la vio aparecer, diminuta e *in crescendo* aún al final de la calle. Volvía sola; mejor así. Se arrodilló de forma mecánica para estirarse los calcetines y la esperó, la paciencia batiéndose con el nerviosismo como iguales bajo el neón de Susan's.

—Hola, Ana —la asaltó cuando aún la tenía a unos diez metros.

Iba ensimismada de baldosa blanca a baldosa blanca, ajena al mundo que la rodeaba. Le pareció que era una chica solitaria; no recordaba verla asiduamente con ningún grupo. Si acaso, cambiar frases con algún que otro compañero o compañera. Vamos, que no debía de tener un grupo como el de ellos: Marcos, Hugo, Blanca, Nico y él. Un oasis de donde beber en momentos de verdadera sed.

—Hola…, ¿David?

—Daniel. Soy Daniel —se ruborizó. La cosa empezaba mal, si ni siquiera recordaba su nombre.

—Ya lo sé, tonto. Era una broma. ¿Qué haces aquí parado? ¿No pensarás pelarte? Te queda bien el pelo así, un poco largo.

Daniel se apartó el flequillo ladeando la cabeza, acompañando el gesto con un hilo de aire lateral que escapó de la comisura del labio con un ligero sonido ventoso, como un soplo de ballena. De cría de ballena.

—No. La verdad… Bueno, la verdad… La verdad es que te esperaba. —Optó por acortar pasos. Todo lo que tenía pensado se había ido a freír espárragos sin avisar. Y sin dejar que Ana abriera la boca, y ya había hecho el gesto, la calló alzando la mano para continuar. Si paraba iba a ser peor—. ¿Sabes ayer cuando cargamos esa muñeca? Pues, verás, esta mañana, cuando apareció Marcos para ir al colegio… ¿Sabes quién es Marcos? Marcos es un amigo que…

…

—Sé quién es, Daniel. El alto de la clase, que siempre lleva el pelo así como despeinado, y le salen esos hoyitos a los lados de la boca cuando se ríe.

A Daniel no le gustó nada esa respuesta, aunque no atisbó a saber por qué. En todo caso continuó, como si solo hubiera escuchado el susurro del levante zarandear las hojas de los árboles del parque frente a la peluquería.

—Verás, pues le conté, como supongo que tú se lo habrás contado a cualquier amiga…

Nadie contó jamás tan poca cosa con tanto lujo de detalles como Daniel, casi calcando las palabras de cada uno. Ana escuchó toda la historia sin inmutarse, como una reina que espera que hable un súbdito para emitir su sentencia.

—No me enfado —fue lo primero que dijo al terminar Daniel.

—¿Qué?

—Que no me enfado. ¿No es eso lo que temías, Tino?

—¿Cómo dices? —se espantó Daniel.

—¿No te gusta? Sé que todo el mundo te llama Calcetino. Bueno, yo y todo el colegio lo sabe —dijo levantando las palmas de ambas manos y encogiendo los hombros, como si fuera algo evidente que ni siquiera valía la pena mencionar—. Pero a mí no me gusta nada. Vamos, no me gustan los motes en general. Pero si le quitamos el principio… ¿No te gusta «Tino»? «Tino» no parece un mote, y tiene un aire, no sé, diferente. Único. No conozco a ningún Tino en todo el colegio, ¿y tú? Danieles sí que hay unos pocos. Pero si no te gusta…

—No, si no está mal —se sorprendió respondiendo Daniel—. Es solo que nunca me habían llamado así.

—Pues entonces te llamaré Tino. Es bonito. No se hable más. ¿Ya está? Me esperan para comer en casa.

Daniel aceptó sin rechistar su nuevo nombre. Todavía quedaba un asunto por resolver.

—Bueno, verás, es que esta gente quiere. Vamos, que dicen que tienes que venir tú también. Que no sería lo mismo si no vienes tú.

—¿Y tú qué dices?

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Bueno, yo…, a mí me es igual. Quiero decir, sí, sí, claro que sí que estaría bien que vinieras, pero si no quieres lo entiendo. Es que esta gente es muy pesada. O a lo mejor tienes algo que hacer y no puedes. Si no puedes.

Daniel notaba de nuevo ese calor repentino en las orejas, como si tuviera una cerilla encendida detrás de cada una. Se alegraba de no haberse pelado aún; debían de estar al rojo bajo el pelo que las camuflaba.

—Sí que puedo. ¿Iréis los cinco?

—Los cinco. Contigo seríamos seis.

—Bien. Seis es mi número de la suerte. Hasta mañana.

Ana siguió su camino de baldosas, pasándose a las granates sin mirar atrás. Daniel se quedó allí plantado como un poste, mudo, viendo la silueta empequeñecer con la distancia. Fue Susana, o Susan, como le gustaba a ella que la llamaran, la que lo sacó del trance al abrir la puerta de su peluquería y salir para cerrar. Era hora de comer, y las peluqueras también comen.

Susan y Tino. Ambos se miraron un segundo, se saludaron tímidamente —Daniel se pelaba allí siempre, porque aunque era una peluquería de señoras, su madre era clienta asidua, y Susan atendía a los hijos de sus clientas hasta que se convertían en hombres, o empezaban a parecerlo— y se dieron la espalda, peluquera hambrienta y estudiante con cara de haber visto un ovni, para abandonar la esquina caminando en sentidos opuestos. Ya en la siguiente manzana, cuando le pareció que nadie lo miraba, se permitió el gesto de la victoria con el puño cerrado, ese que se hacía cuando las cosas salían bien, apretando el puño y tirando del codo hacia atrás en ángulo de noventa grados; ese que hacía Hugo en los partidos al meter un gol, como ese futbolista de la tele; ese que le recordaba a su madre cuando metía la segunda marcha del coche. Daniel no descartaba que su madre algún día se quedara con la palanca en la mano, pero hasta el momento no había sucedido.

4

Un gris uniforme y sombrío cubría el cielo, especiando la tarde con un vaho lúgubre. Nubes subidas de tono se amontonaban, resaltando sobre el fondo. Al pie de un pino majestuoso, resguardados por los matorrales que lo rodeaban como súbditos insignificantes, el grupo se mantenía agazapado. Observaban en silencio la verja del vertedero.

—Huele a lluvia —rompió el hechizo Daniel—. Quizá sería mejor que…

—Ya está el apache haciendo predicciones. Si pegas la oreja al suelo, igual nos puedes decir si se acercan caballos —se mofó Nico.

—Jo, solo quiero decir que va a llover, seguro. Como llueva, nos vamos a poner perdidos de barro, y seguro que no serás tú quien se lo explique a mi madre.

—Fácil. Dile que fue en el partido —dijo Ana mirándolo, seria.

—Oye, bien pensado. Creo que me va a caer bien tu novia, Daniel —siguió Nico. Siempre estaba soltando todas las ocurrencias que se le venían a la cabeza. Más aún si de paso pinchaban a alguien.

—¡Eh! Que no es mi novia —se ruborizó Daniel.

—Chicos, que estoy aquí. ¿Podéis no hablar de mí como si no estuviera? Gracias.

Un matojo a tiro de balín y gomilla se agitó, cortando la conversación con un remedo de barrer rastrojos.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Blanca, pegándose por instinto a su hermano.

—Será un conejo, seguro, o una víbora —reculó Hugo, pegándose a su vez a Marcos, que ajeno a la conversación escrutaba en primera línea la verja del vertedero.

—O una víbora comiéndose un conejo —volvió a la carga Nico.

—Calla de una vez, Nico —intentó atajar Marcos sin apartar la vista de su objetivo.

—¿Qué? Una vez vi una muerta y aplastada a la que se le veía medio ratón saliendo de las tripas. Asqueroso.

—¿Has pensado cómo vamos a entrar, Marcos? —se dirigió Ana al que le parecía el jefe del grupo.

—Está todo pensado —respondió en su lugar Nico, y sacando de su mochila una pequeña pala de playa, la mostró en alto a todos y le guiñó un ojo a Ana.

—El plan es hacer un hoyo bajo la valla y colarnos. Creo que allí puede ser un buen sitio —señaló Marcos un punto indeterminado en dirección a la verja—. Hay una montaña de porquería justo detrás y no nos verá nadie. ¿Qué os parece?

—Me parece que nos vamos a poner como el rabo de las vacas del Gordo… —contestó Blanca.

El Gordo era Manuel, tío de Daniel por rama materna, y poseía un terreno enorme no muy lejos de allí, pasado el colegio, donde mantenía un buen número de vacas. Más de una vez habían ido todos a visitarlo cuando a la madre de turno se le antojaba leche fresca y recién ordeñada. Todos menos Daniel, al que la suya no lo dejaba alejarse tanto, y ni el rango de tío valía de excusa. El motivo por el que lo llamaban el Gordo no merecía explicación; no era un apelativo inventado por ellos, pero a nadie se le escapaba que quien fuera que fuese el primero en emplearlo acertó de pleno. Incluso el afectado lo aceptaba de buen grado.

—… Pero me gusta —concluyó Blanca.

—Y a mí —contestó Ana mirando a Marcos, que asintió—. Y gracias por el aviso de los pantalones —alternó dirigiéndose a Blanca.

—De nada. Mi madre siempre dice que las mujeres nos tenemos que ayudar —dijo esta.

A Daniel no se le escapó que al parecer las dos habían estado hablando antes de esa tarde, cuando creía que se acababan de conocer y la había presentado al grupo. ¿Habría sido capaz Blanca de adelantarse y prevenirla del plan antes de que él la abordara en la esquina de Susan's? Había posibilidades, reconoció. La reacción de Ana cuando le contó todo no le parecía ya tan de sorpresa, ahora que lo analizaba. Un jarro mezcla de vergüenza y ridículo lo empapó de pies a cabeza.

—Bueno, ¿qué? ¿Queréis que se haga de noche, o vamos a

entrar de una vez? —dijo Nico, zanjando sus reflexiones.

—¿Y si entramos por la puerta? El otro día estaba abierta —apostilló Daniel, que ya maldecía haberse dejado puestas las calzonas blancas tras el partido. Los calcetines blancos también, claro.

—Jo, Daniel, no seas aguafiestas. Vaya mierda de misión, entrar por la puerta. ¿Para qué me he traído la pala si no?

—Esa pala no vale ni para enterrar un mojón —replicó Daniel, que ya empezaba a cansarse de los comentarios de Nico.

—Vamos —se movió Marcos presidiendo la marcha, aparentando no haber oído nada—. No hagáis ruido, y mirad dónde pisáis. Cada vez se ve menos, con tanta nube y tanto pino.

—Mojón el que tienes tú en el culo. Venga, anímate, que estamos en misión especial —susurró Nico adelantando a Daniel.

5

El llamado vertedero no lo era en realidad; o sí, pero no en el sentido más aceptado del término. Tampoco era un desguace, y menos aún uno de los llamados años más tarde puntos limpios; quizá se acercaba más a esto último, cogiendo con pinzas lo de «limpio» de la expresión, y quizá, y sin quizá, lo más acertado sería afirmar que era una mezcla de las tres cosas. Si uno miraba de lejos sin demasiada convicción, lo primero que resaltaba por orden de relevancia eran imágenes de lavadoras y electrodomésticos desterrados, molidos a palos y agrupados seguramente por un gorila rabioso; lo segundo, de fondo, algunos coches diseminados sin orden aparente, todos sin excepción con los discos en el suelo, en un alarde de herrumbre y óxido; lo tercero, allí donde se veían revolotear pájaros, eran montones desordenados de basura sin nombre propio; lo cuarto, en dos montones diferenciados por alguna razón que se le escapaba al grupo que se afanaba en cavar un agujero bajo la verja, eran las gomas que alguna vez habrían rodado en aquellos montones de chatarra que habían sido coches en otra vida.

El hoyo resultó ser pan comido. La tierra estaba húmeda y blanda, y primero Nico y después Hugo se turnaron a la pala para dejar paso franco al grupo tras dibujar la zanja quitando el sobrante, como Miguel Ángel con el David, pero sin cuidar los detalles; un montón de basura de tercera clase los cubría de miradas ajenas tras el paso de la verja. Los seis se miraban, acusando con dedos sueltos y risas retenidas las huellas producidas en sus ropas al reptar por la tierra removida. Nico le enseñaba a Ana una pequeña herida de guerra en el brazo a causa del cariñoso roce con la verja en el borde superior del boquete.

—Habrá que desinfectar la valla, no se vaya a pudrir —dijo Daniel, que rebuscó hasta soltar la frase más ingeniosa que se le ocurrió intentando devolver un poco de lo suyo a Nico.

—Si te esfuerzas, seguro que puedes hacerlo mejor —replicó Nico devolviendo la bola. Nico siempre tenía la última palabra.

Se amontonaban los seis tras el montón de mierda indefinida. Algo se movió junto a Blanca, que dio un salto hacia atrás hasta caer de culo.

—Mierda, ¿habéis visto? Algo se ha movido ahí dentro. —Señaló hacia donde había estado apostada segundos antes.

Los demás miraron, reculando. Un rabo largo y vivo asomó, dando dos coletazos de quince centímetros al aire, para desaparecer como vino. Así como toda la raza humana retrocede por instinto al ver una serpiente, también reconoce ese tipo de rabo anillado hasta en su primera vez.

—Me cago en… ¡Ratas! —Daniel se arrastró hasta Blanca, casi teletransportado.

Dieron igual los pantalones blancos, los calcetines, y cualquier cosa que hubiera importado hasta ese momento. Todos lo imitaron como espejos, Nico, la excepción, rebautizando la pala como espada para golpear la madriguera del apéndice.

—Jaaaaa. Te lo dije. Cuando un mojón asoma, termina saliendo.

—¡Cállate, Nico! Al final te la ganaste. —Daniel se levantaba ya, dispuesto a saltar sobre el otro, que riendo se ponía en guardia.

Como un resorte, Marcos entró en lid para situarse entre los dos poniendo orden, una mano a cada pecho. Con la media cabeza que les sacaba a los restantes miembros del grupo, imponía su ley cuando no quedaba más remedio.

—Venga, venga, después os coméis a besos. ¿Por dónde estaba el hoyo, Dani? —desvió Marcos el tema.

—Por aquí —se adelantó Ana, avanzando sigilosa y encorvada, arrastrando al resto.

Fue un asunto fácil. El contenedor marino reconvertido en caseta para los trabajadores se situaba al otro lado del perímetro, opuesto a la puerta que propusiera Daniel un rato antes y que advirtieron cerrada. Obviaron cualquier comentario, mientras sorteaban camiones sucios y volquetes descargados, y la flanquearon, esperando un nuevo día.

—No parece que haya nadie aquí —susurró Hugo.

—Es tarde ya —dijo Marcos señalando al cielo, más encapotado y oscuro que allá en el pinar—. Pero seguro que debe de haber un

guarda.

—¡Allí! —señaló Ana al contenedor, a lo lejos, donde a través de una diminuta ventana practicada en el lateral y protegida por un cristal, se adivinaba, intermitente, un cuerpo que se movía en el interior, ajeno a la media docena de intrusos.

—¡Genial! No hay peligro. Debería quedarse alguien a vigilar, por si sale —dijo Daniel.

—Buena idea. ¿Quién se queda? —preguntó Marcos—. Si el tipo sale, viene a buscarnos y nos avisa.

Todos se miraron, esperando una respuesta de otro.

—¿Nadie?

—Yo tengo que guiaros hasta el hoyo —respondió Daniel.

—Eso puede hacerlo Ana. Y ya has visto la muñeca. —Otra vez Nico.

—Yo no me quedo. Quiero verla otra vez.

—Está bien. Vamos todos. Esperemos que si nos descubre, al menos esté gordo —zanjó Marcos.

—Y que no tenga perro —apuntó Blanca—. Aunque yo no tengo problema. Soy la más rápida aquí, después del señor *pataslargas*.

Pataslargas venía a ser Marcos. Sin embargo, se volvieron todos a Daniel. No es que estuviera gordo, al menos como para ponerle mote, pero justo sería afirmar que su abuela acostumbraba a remendarle la entrepierna de los pantalones vaqueros, esa que siempre terminaba desgastada por el roce continuado producido al andar.

—Me arriesgaré —dijo este echando a andar y apretando los labios, abriéndose paso a manotazos, como el que cruza un maizal.

—Así me gusta, los valientes al frente —apostilló Nico al fondo.

—¡Cállate de una vez, Nico! —recriminaron los mellizos a dúo.

—¿Qué pasa? No aguantáis ni quinientas bromas. A la quinientas una, os enfadáis. Me callaré, pero luego no me vengáis llorando pidiéndome un chiste. Seré una tumba.

Las primeras gotas cayeron como canicas de acero, impactando sobre la tierra seca como proyectiles inyectados, marcándola con un millón de diminutos cráteres. Gotas gordas y verticales, como si una mano gigantesca inclinara una gran regadera escondida tras las nubes, ya invisibles en la noche apresurada que las escondía. El cielo, antes gris y plomizo, no enseñaba ya nada. Negro como el

futuro que Daniel presagiaba al volver a casa, ni una estrella se dejaba ver. ¿Dónde está la luna cuando se la necesita?

El que sí estaba era el hoyo, frío y oscuro como un agujero negro terrenal frente al grupo, parado e indeciso. La lluvia calaba los cuerpos inmóviles sin lugar donde resguardarse, golpeándolos, hundiéndose a la vez a tiro de piedra y perdiéndose en las profundidades que los esperaban desafiantes.

—Quizá deberíamos irnos —titubeó Ana.

—¡Sí, hombre! Ahora que estamos aquí. Toma, te ha tocado, por hablar. Si te aburres, llámame Charlie —rompió Nico su promesa, pasándole uno de los *walkies* a Ana.

La promesa le había durado exactamente seis minutos. Seis minutos empapados y mudos que habían invertido en caminar hasta el objetivo, cautos y temerosos como soldados en una selva extranjera. Sacando las linternas de la mochila que portaba a la espalda, las repartió. Y dio el primer paso, aplastando el barro nuevo, que, rebelde, rebosó trepando por el botín.

—¿Quién fue el iluminado que dijo que no llovería hasta mañana? —preguntó al aire, levantando los brazos sin esperar respuesta.

6

—Vaya decepción —dijo mirando atrás al llegar al borde. Un haz de luz se derramaba desde la mano de Nico para perderse en el abismo.

La cortina de lluvia difuminaba su contorno al borde mismo de aquel agujero negro y apagaba su voz, que llegaba amortiguada al grupo. Todos se acercaron, pasos torpes a través del barrizal en que se había convertido la pequeña explanada.

—¿Qué esperabas? —dijo Daniel al llegar—. Ya os dije que esto no era buena idea. —Bajó la vista, mirándose los calcetines ya marrones y cansados sobre los botines que se ahogaban en el barro.

—Tanto cuento con los ojos y al final está de espaldas. ¿Y esos ojos de bruja maléfica?

—¿Qué? —coincidieron Ana y Daniel.

—Imposible. Yo mismo me volví a mirarla. Estaba de espaldas, mirando hacia arriba.

—Sería en tus sueños. Mira tú mismo. Está de cara a la pared.

Todos apuntaban ya las linternas hacia el fondo, moviendo los haces, que se cruzaban nerviosos como espadas láser de una película antigua, todo tonos primarios de blancos y negros, dibujando trazos de barro y agua pintados de noche en aquella fosa para muñecas sin amor.

—¡Imposible! —repitió Daniel—. La habrán movido.

—Claro. ¿No habéis oído hablar de los *movedores de muñecas*? Son gente misteriosa que se dedica a buscar muñecas por…

—¡Cállate, Nico! —atajó Ana sorprendiendo a todos—. Yo también la vi.

—No dudo de vosotros, pero si no la ha movido nadie, se habrá movido sola —salió de su mutismo Blanca.

—¿Cómo sola?

—No sé. Quiero decir… No digo que se haya movido la muñeca sola, sino que la habrá movido algo. Quizá la lluvia, el barro, algún

bicho…

—Parece como si estuviera escalando —entró al trapo Hugo cortando la cadena de pensamientos de su hermana—. Fijaos.

Las linternas se fundieron en una, configurando un gran círculo de luz, como los focos de un circo sobre un payaso en el centro de la pista. Los zapatos negros mate eran invisibles, sumergidos en la laguna que se formaba allá abajo. Las piernas emergían y relucían bajo la luz proyectada, mojadas y desnudas hasta las rodillas, donde una falda empapada y sucia se pegaba al contorno de los muslos. Estaba de espaldas, y los brazos que Daniel declarara que lo apuntaban dos días antes se clavaban en el barro, escondiendo las puntas de los dedos en él. La melena, platino y reflectante bajo el efecto de los focos, se pegaba a la espalda desordenada e indecorosa. Estaba de pie, y la impresión a los ojos de todos y la imaginación contagiosa de Hugo eran de ahogo, de auxilio, de movimiento, de querer escapar, de salir de allí escalando, mientras el agua ganaba centímetros al hoyo y subía por aquellas piernas de plástico y forma humana.

Algo se movió allá abajo. Un brazo pareció sacar los dedos del barro de la pared.

—Jóder, está escalan…

De nuevo movimiento, quizá bajo el agua. El impacto uniforme de las gotas sobre el gran charco se desdibujó entre ondas que se expandían por la superficie. La muñeca cambió de posición, dando un vuelco lateral y brusco para volverse y hundirse hasta las rodillas, quedando de frente a los haces de luz, sus brazos apuntando al grupo estupefacto, los ojos mate y negros como la noche absorbiendo sin reflejo los fotones. Mirando. *Mirando*. Mirando hacia los seis puntos de luz con silueta petrificados allá arriba, sobre el borde.

Los gritos explotaron como petardos de una ristra mal ordenada, devorándose unos a otros. El grupo se deshizo, algunas linternas cayeron y se perdieron en el agujero, las piernas se activaron por reflejo y se produjo la desbandada, trastabillando unos y otros, estorbándose en la huida.

Blanca y Hugo huyeron juntos por costumbre, cayendo sobre el barro juntos y a dúo, para ayudarse mutuamente y volver sobre sus pasos sin apenas pisar el suelo, buscando como desesperados el

agujero de la verja; Marcos corrió a la izquierda, buscando refugio tras el contorno de un montón de chatarra, donde de rodillas y sin resuello, más por los nervios que por la carrera, apagó su haz de luz, que había corrido loco de su mano hasta allí, rogando no llamar la atención de cualquier animal, hombre o *cosa*; Daniel llegó casi a cruzar el vertedero, desquiciado y jadeando en busca de la punta opuesta, hasta reprimir sus ansias de desaparecer por hipervelocidad y frenar su carrera al advertir que la luz que salía de la caseta del guarda se agrandaba a sus ojos como el faro de una moto en sentido contrario según se va aproximando. Dando igual ya ir vestido o desnudo, dando igual el color de los calcetines blancos al comenzar la tarde, y sus pliegues, se recostó sobre un montón de basura para recobrar aliento. Se escucharon ladridos distantes y apagados (*lo que faltaba*); Nico, las manos libres sin la linterna, que daba sus últimos estertores intermitentes en un charco de agua a quince metros bajo el suelo, acabó tras la desbandada acurrucado en el asiento trasero de un coche herrumbroso y sin puertas que, sin mucho pensar, le pareció el mejor sitio para desaparecer; y Ana…

—¿Y Ana? —preguntó Blanca.

Se habían encontrado casualmente al inicio de la calle que corría paralela a la playa, inicio del casco urbano del pueblo por su flanco occidental. Hugo y Nico la miraban, sin aminorar el paso camino a casa bajo la lluvia que arreciaba. Un río de agua corría en el margen de la acera, bajando con prisas por gravedad y contrario a ellos. Ambos encogieron los hombros.

—No la vi. Tampoco a Dani, ni a Marcos —dijo Nico—. ¿Y vosotros?

—Bastante teníamos con salir de allí. Estarán volviendo, como nosotros, seguro —contestó Hugo.

—¿No deberíamos volver a buscarlos? —replicó el otro sin convicción.

—Yo no vuelvo allí ni loca. Y tú tampoco —dijo Blanca señalando a Hugo. Él negó con la cabeza.

—Pues yo no vuelvo solo ni por un aprobado general. Perdí hasta la linterna. Vaya susto, ¿eh?

Los hermanos sonrieron, más tranquilos a cada paso, como

soldados en un armisticio.

—Pero susto. ¿Viste cuando se volvió la…? —Blanca dejó la frase sin terminar, indecisa en nombrarla.

—Jóder que si la vi. Nos estaba mirando.

—¡Mirad! —exclamó Hugo, señalando hacia delante. Ya se veía el cruce de Susan's, donde dos siluetas se recortaban en la esquina —. ¿Serán ellos? —Salió corriendo sin esperar respuesta; Nico y Blanca, por imitación, tras él.

Marcos y Daniel se habían encontrado en Susan's. Sin haberlo concertado, ambos pensaron que sería un punto lógico de encuentro, y acertaron. El hombre es un animal de costumbres.

—… Si hasta me dejé la bici en el pinar.

—Mañana volveremos a por ella. Por hoy ya he tenido bastantes pinos. Lo que faltaba era volver a por la bici, además diluviando. Mira, ese es Hugo… y parecen Blanca y Nico detrás.

—¡Ehhh! ¡No sabéis cuánto me alegro de veros! —gritó Hugo bajo la lluvia, salpicando entre charcos a cada zancada.

Apenas comentaron nada de lo sucedido, los cinco indecisos, evitando pronunciarse sobre lo que les había parecido ver.

—¿Vosotros visteis a Ana? —insistió Blanca a la pareja encontrada en Susan's. Negaron los dos.

—Estará en su casa a estas alturas. Salió cada uno por su lado, y ya es casualidad que nos hayamos visto aquí. Ella no sabe lo de la esquina de Susan's. Es nueva en el grupo —dijo Daniel.

—Vaya, ¿ya es del grupo? Se te ve el plumero, Dani —picó Nico, distendiendo el ambiente.

—No seas tonto. Ya sabes lo que quise decir —lo empujó acompañando las palabras con un manotazo inocente.

Y riendo se despidieron los cinco, aflojada la tensión, separándose para batallar en casa. Se había hecho tarde, lucían tan empapados como pintados de barro, las cenas estarían frías, y las madres y padres, calentitos esperando.

Daniel llamó al timbre pensando que por una vez le daba igual todo. A veces pensaba que estaría bien tener una madre más permisiva, como la de Marcos, tan guapa y enrollada. Hasta la de Hugo y Blanca estaba bien. Esa tarde teñida de noche, sin embargo, ninguno se libraría, estaba seguro. Dibujó una sonrisa. Solo Nico, quizá, pero solo porque vivía con los abuelos, y los abuelos siempre

eran más manejables.

—¿Dónde te habías metido? Me vas a matar de un susto. ¡Dios mío! ¿Has visto cómo vienes? ¿Dónde te has metido? Pasa, que te vas a enterar. ¡No! Quítate los zapatos antes y déjalos fuera. Rápido, que estás empapado y vas a coger una pulmonía. ¡Dios! —Ya tiraba de él por el cuello arrastrándolo al interior—. ¡Pacooo, ya está aquí el niño! —gritó volviendo la cabeza—. Verás tu padre —se volvió para susurrar al niño de barro.

La noche iba a ser larga; la excusa más aún. Y además debía ser creíble.

Aquellos ojos mate volverían por la noche, más tarde, a poblar pesadillas nuevas en más de una casa.

En una de ellas, tras una indulgente reprimenda y una cena caliente, Nico recordaba el *walkie* que le había pasado a Ana antes de la desbandada. Acostado ahora y bajo las sábanas, accionaba una y otra vez el botón lateral de su par gemelo, cortando la estática para susurrar por enésima vez:

—Ana, ¿me escuchas? Si me escuchas contesta. Corto.

Aflojando la presión del dedo por última vez, volvió a escuchar el repiqueteo desordenado de la estática, como palomitas microscópicas estallando en un nanomicroondas. Y se rindió al fin, aunque no del todo, dejando el *walkie* encendido en el suelo, por si acaso, a los pies de la cama, para hacer frente a las pesadillas que sabía que vendrían con las dos manos libres, por si acaso también.

7

Chapoteaba entre el barro, el agua por la cintura. Sentía el frío atravesar los poros de su piel, y las gotas seguían cayendo sin tregua, sumando centímetros. En algún sitio había leído —o quizá lo vio en una peli— que un hombre que habían encerrado en una celda se escapaba por el techo mientras la celda se inundaba por una tubería que había destrozado para dejar entrar el agua, mientras el hombre se mantenía a flote hasta llegar al falso techo. Pero eso era imposible allí; eso solo pasaba en las pelis. Estaba helada y ya casi no podía mover las piernas, sentía los labios amoratados y los dientes castañeaban sin control, independientes.

Había resbalado sobre el barro con el susto, cuando todos se espantaron y desaparecieron, sin poder evitar hundirse en aquel cono gigante hasta acabar reuniéndose con su muñeca. Recordaba haber perdido el equilibrio tras un golpe accidental de alguno de los otros. Le dolía horrores el pie izquierdo, pero no creía tener nada roto. La primera media hora se había desgañitado gritando, pidiendo auxilio con la esperanza de ver aparecer en el borde, allá arriba, la silueta de alguno de los cinco. Estaba segura de que aparecerían, como lo estaba ahora de lo contrario. Ella gritaría y levantaría la mano agitándola con brío, como el pasaje de un buque al salir de puerto, y la sacarían de allí. La realidad decidió que los minutos se convirtieran en horas, y no albergaba esperanza alguna ya. Nadie apareció y dejó de esperar nada. Después había llorado; mucho. Cuando comprendió que no le servía de nada, había vuelto a gritar hasta quedarse ronca, dejando huir la voz, en un intercambio de rehenes, para sustituirla por un dolor horrible y agudo en la garganta. Por último entró en pánico, cuando fue consciente de dónde estaba y con qué, o quién. Fue entonces cuando pareció faltarle el aire en los pulmones, los ojos cerrados, acurrucada en un rincón que no era tal, el agua arañando centímetros que escondían su cuerpo: era ya poco más que un busto

de carne y huesos. Odiaba aquella muñeca. La odiaba y la temía. Era un temor irracional y profundo. Por fin se atrevió a incorporarse, la piel arrugada por efecto del agua. Reunió el valor suficiente para acercarse a la muñeca y darle la vuelta, muy despacio, como si quisiera evitar despertarla, evitando mirar aquellos ojos que entrevió abiertos.

Ahora, lúcida como solo lo están los que atisban a la parca, entumecida y hastiada de la maldita lluvia que la martilleaba sin descanso, lo había comprendido. Debía salir de allí cuanto antes, o no saldría nunca. Estaba perdiendo el control de un cuerpo que dejaba de pertenecerle, que escapaba de la mano del calor disipado. La lluvia no la sacaría de allí; no antes de que se ahogara. Había pensado mantenerse a flote si el agua subía, agarrada a la muñeca como salvavidas. Todas las muñecas flotaban. Todas, menos esta. Por algún lado debía de haberse colado el agua hasta inundarla, para mantenerla allí de pie frente a ella, las dos esperando a ser engullidas como sacrificios a dioses de épocas remotas.

Ahora y solo ahora, cuando el futuro y el pasado se habían mudado a la superficie y con sus últimas fuerzas evaporándose como charco de agua al sol, el instinto de supervivencia pudo más que la muñeca, y probó, aún con los ojos cerrados y apenas entreabriéndolos captando instantáneas fugaces, a encaramarse en ella e intentar trepar por la pared. Afianzándola en el suelo invisible y estrujándola de cara a la pared, consiguió asentar una rodilla sobre el hombro, después la otra, las manos temblando e intentando lo imposible, buscando raíces en el fango vertical de la pared a las que aferrarse. Consiguió levantarse tras una eternidad, quedando en un precario equilibrio sobre los hombros de la muñeca como aquellos hombres que salían en la tele formando castillos humanos. Exhausta, miró hacia arriba. Estaba lejos, muy lejos del borde. Aquel hoyo era enorme y demasiado empinado y resbaladizo, y se negaba a devolver lo ganado. Solo quedaba intentarlo; sabía que el tiempo se escurría a la vez que el barro entre los dedos; lo sentía.

Concentrándose, buscó a tientas más raíces a las que asirse. Debía trepar, abandonando aquellos hombros que milagrosamente aguantaban su peso. A ciegas, en la noche más oscura de una vida floreciente, tanteó hasta encontrar lo que buscaba, y rozó la esperanza. Afianzando las manos, aspiró para coger una bocanada

de aire y despegar los pies de aquella criatura de plástico que aborrecía con cada célula de su cuerpo. Y entonces sucedió.

La muñeca se despegó de la pared y cayó de espaldas sobre el agua, y Ana perdió el frágil sustento de la raíz de sus manos, extendiendo los brazos hacia atrás en un intento de mantener la verticalidad por reflejo, perdiendo pie hasta caer con todo su peso de espaldas sobre el agua. ¡Chof! La caída fue dolorosa y las manos de la muñeca se le clavaron como puñales sin punta en la espalda, pero no más que la consecuencia en el corazón. Era su última oportunidad, y había fallado. ¿Había caído a causa del impulso iniciado, provocando el movimiento de la muñeca por la presión incrementada de su peso antes de dejarla atrás, o se había movido la muñeca antes? No habría podido asegurarlo, pero juraría que no había iniciado el impulso. Estaba afianzándose aún cuando perdió el sustento bajo los pies, ¿no? ¿Qué más daba ya?

Inmóvil, solo una vida delatada en la oscuridad por la tiranía de los temblores involuntarios, lloraba en silencio pensando en su madre, en su padre, en su casa y en una cena caliente que se enfriaba. Era un llanto desganado, cansado, agónico y renqueante. Resignado. El futuro se podía resumir como una chuleta escrita a bolígrafo en la palma de una mano. Las fuerzas y el calor la habían abandonado; esos amigos también, esos amigos nuevos que necesitaba, esos con los que se había ilusionado y la habían abandonado allí para que se muriera. Los odió con sus últimas fuerzas, cerró los ojos y se dejó llevar, la imagen de la muñeca y sus penetrantes ojos negros flotando en la retina.

8

Seguía lloviendo. Había estado lloviendo toda la noche, golpeando puertas, aceras, techos, contenedores de basura, coches y todo cuanto era posible golpear en su caída, conformando una banda sonora rayada e insistente sobre el mismo surco del disco. Gotas en cristales de ventanas, cansinas y pertinaces, pusieron la música a sueños frágiles y atormentados.

Marcos y Daniel llegaron andando. Marcos se cobijaba bajo un chubasquero con gorro hasta los pies, todo azul marino, casi negro; Daniel —o su madre— era más tradicional, y desafiaba a aquella lluvia tediosa y cargante con un estilo tan adulto como clásico bajo un paraguas negro, enfrentándose a ella como un caballero a lanza en una justa; igual, pero sin punta. Su madre había capado el antiguo paraguas de su abuelo quitándole la punta de metal, que en un paraguas de aquellos de siempre, rígido, con mango curvado en su lado opuesto como los bastones de los viejos del pueblo —una vez aceptas que lo tienes que llevar al colegio en lugar de aquel chubasquero de moda que lucían los escaparates de las tiendas, o de enfrentarte a la verborrea desatada reconvertida en madre—, era como quitarle el azúcar a un caramelo. Era lo único que lo salvaba de ser tan aburrido como la clase de historia. Pero algunas madres ven peligro hasta en un café cargado, y Daniel claudicó una vez más, relegando al rincón dulce de los recuerdos su punta *ensartahojas*.

Confiaban en que la bici esperara aún entre los pinos, reposando medio escondida bajo el matorral en que la dejaran la tarde anterior, antes de pisar el vertedero y de que se desatara el diluvio. Antes de… No habían buscado las ganas para desviarse y recogerla camino del colegio. Ambos estuvieron de acuerdo en pasar a buscarla a la salida, cuando ya el coletazo renqueante de la mañana campaba acariciando un mar lejano al oeste.

Daniel miraba su paraguas, agrupado junto a otros en un cubo a

la entrada de la clase. Sin duda, era el más feo. La mañana se le antojaba eterna, como la clase de religión, apreciando la acertada asociación de palabras de su comparación. Ana no se había presentado, y todos se lanzaban interrogantes en silencio, buscándose con los ojos desde sus pupitres, esperando el recreo de media mañana, contando los minutos, ansiosos por cambiar impresiones. Cómplices sin respuestas.

—No ha venido —confirmó Blanca lo que ya sabían todos—. ¿Le habrá pasado algo?

Formaban un círculo cerrado en el rincón norte del patio de recreo.

—¿Qué le iba a pasar? Lo que habrá cogido es un resfriado o algo de eso, con la que nos cayó anoche. Yo tengo mocos para llenar una papelera —dijo Nico señalando una de las papeleras metálicas del patio, asentada sobre un poste al asfalto a pocos metros.

—Seguro —asintió Daniel—. O la han castigado o algo. ¿Alguno conoce a sus padres? —Todos negaron.

—¿Y si se cayó?

—¿Qué quieres decir, Marcos? —preguntó Hugo.

Lo miraron todos, un *interrobang* pintado en las caras, aunque todos sabían a qué se había referido. La pregunta quedó flotando en aguas eternas, sin respuesta.

—No sé. No quiero decir… Solo digo que… ¿Alguno la vio salir corriendo? ¿Visteis por dónde se fue? —De nuevo negaron, sin palabras.

Blanca se llevó las manos a la boca, escondiendo el círculo abierto que formaban sus labios.

—No puede ser —dijo Daniel—. Estarían buscándola ya. Habría venido la policía o algo. Tiene que estar en su casa, seguro.

Pero no era seguro precisamente como se sintió al pronunciar las palabras. Un escalofrío se divertía con su cuerpo, recorriéndolo.

—Tenemos que volver —soltó Nico lo que todos temían y ninguno quería escuchar.

9

Los minutos se arrastraron renqueantes hasta la hora de salida. Juntos y súbditos del silencio, apenas roto un par de veces por las ocurrencias de Nico, se acurrucaban por fin en el mismo punto de la tarde anterior. Esta vez eran cinco.

—Vamos allá —dijo Marcos, liderando de nuevo la marcha—. Esperar no tiene sentido.

Todo era diferente. La lluvia daba un respiro, el sol se asomaba tímidamente entre nubes, y el aire olía a tierra recién removida. Los rayos de sol reverberando en la resina de los pinos y la atmósfera limpia que se respiraba insuflaban dosis de valor a los corazones del grupo, que se movía compacto hacia la verja. El plan era repetir los pasos del día anterior, asomarse al maldito hoyo en un visto y no visto, y volver a casa con la conciencia tranquila y recompuestos, con tiempo para no ser echados en falta para la comida y, a ser posible, intentando no ser adelantados por sus propias ganas. Fácil; pero a la vez, difícil. Aquellos ojos negros mate ya se conjuraban en la mente de cada intruso a la hora de cruzar bajo la valla, como alarmas silenciosas.

La precaución se derramó por el camino, y casi corrían, más con la mente que con los pies, hasta quedar plantados bajo un sol débil al límite del hoyo. Y miraron, sin temple ni tiempo para pensar en nada más.

—¡No puede ser! —exclamó Blanca.

—Maldito hoyo del demonio. ¿Y ahora qué? —preguntó Nico.

—Ahora nada. No está. ¿No es eso lo que queríamos ver? —señaló Hugo.

Marcos y Daniel mantenían clavados los ojos allá abajo, la lengua en barbecho; Daniel se decidió a sembrar palabras.

—Ya sé que siempre me toca a mí fastidiarlo, pero es que será que pienso antes de hablar. Me refiero a que… ¿Estamos seguros?

Nadie se atrevió a contestar. Despreocupados por quien pudiera

verlos, hipnotizados bajo el influjo del fondo de aquel cono gigante, solo podían imaginar. Y puestos a imaginar, imaginaron de todo. Hugo, optimista por comodidad, imaginó lo mejor: Ana estaba en su casa con gripe, o algo parecido; su hermana Blanca se debatía entre pensamientos encontrados; Nico, aficionado a las películas de terror, tiró hacia el desastre; Daniel quería pensar lo mejor, pero no podía; y Marcos, que práctico, como siempre, rompió el silencio buscando una solución definitiva. Un punto y aparte al menos.

—Tenemos que bajar.

Aquel maldito hoyo estaba inundado. Tres, quizá cuatro metros de aquella cima volteada para mirar al infierno permanecían ocultos bajo un agua sucia, espesa y opaca como aquellas otras surcadas por Marlow en *El corazón de las tinieblas*.

«O más», pensó Nico para sí, que no había leído el libro ni oído hablar de él, pero sí que había visto la película de Coppola que recogía la esencia.

—¡Y una mierda! No bajo ahí ni loco —protestó Hugo—. Y tú tampoco —apuntó a Blanca con el temor asomando a los ojos. Sabía que ella era capaz.

—Vale, vale, campeón. Ya has establecido tus prioridades familiares. Pero te digo una cosa.

Marcos y Daniel habían dejado de escuchar, mientras Hugo y Nico se enzarzaban en una discusión absurda. Pensaban. Pensaban y se miraban. Era imposible estar seguro de nada sin bajar. Bajar y mojarse —mojarse y bajar—, meterse en aquella papilla de tierra y agua, ponerse perdido y rebuscar buceando; no había otra manera. La otra opción era irse y olvidar, cruzar los dedos y esperar. Y llegaron a la misma conclusión.

—¿Cómo lo hacemos? —le preguntó Daniel asintiendo grave en un vis a vis susurrado.

Las voces de Hugo y Nico conformaban un fondo inútil; Blanca, desentendiéndose de un dúo para acercarse al otro, se acercó al borde, captando el susurro, invitándose:

—Hace falta una cuerda. —Los dos la miraron graves.

—Chica lista. —Le dio Marcos con el puño en el hombro—. Pues vamos, no hay tiempo que perder. Si aquí no hay una cuerda, es que no existen. —Señaló a su alrededor, donde montones de chatarra y basura los flanqueaban como silentes centinelas.

—¿Y si…? ¿Y si está ahí? —masculló Blanca, indecisa en las palabras—. ¿Qué haremos?

—Esperemos que no esté —habló Daniel, la mirada fija en el fondo y un nudo marinero en el estómago.

Encontrar la cuerda resultó más fácil de lo esperado. Apenas cinco minutos bastaron para que Hugo y Nico, una vez convencidos de que nadie se iría de allí sin una certeza, dejaran de lado la disputa para buscar en pareja y volver con un cabo de buena mena y lo bastante largo para sus pretensiones. El vertedero parecía desierto aquella tarde de viernes. Quizá se debiera a que terminaran la jornada más temprano para encarar el fin de semana; quizá simplemente a que era hora de estar en casa comiendo; quizá era solo suerte en calderilla. Daniel ya pensaba en la que le iba a caer al llegar, calentitos como estaban sus padres por la noche anterior.

—¿Qué os parece? ¿Aguantará? —preguntó Hugo tensando repetidamente un tramo de cabo con las manos.

—Seguro. Eso aguanta hasta al tío de este con una vaca bajo cada sobaco —señaló Nico a Daniel recordando al tío Manuel, alias el Gordo—. Es casi tan gorda como mi… Blanca, tápate los oídos —bromeó señalándola con el índice.

—Va, Nico, que no es el momento —dijo Marcos.

—Es verdad. Bueno, solo intentaba relajar el ambiente. Mil perdones. ¡Qué digo mil! Doscientos bastarán; quizá los necesite más tarde.

Más difícil que encontrar la cuerda resultó elegir al «rapelista» improvisado. Hugo reculó y amagó con irse, tirando de Blanca por la fuerza, desistiendo cuando comprendió —dos tirones de manos, tres empujones y un «quemedejes» mediante— que las opciones se limitaban a irse solo o quedarse.

Se lo jugaron a la pajita más corta en un acto solemne como un entierro. Marcos actuó de maestro de ceremonias; Nico ofició de ayudante, y dando una carrera de ida y vuelta al límite de la verja más cercano, le pasó a Marcos un puñado de espigas de pino recogidas en vuelo rasante. Eligiendo cinco similares y desechando el resto al suelo, el maestro extendió su mano para enseñarlas a todos en calidad de notarios mancomunados. Cinco espigas secas y quebradizas. Cortó una de ellas por la mitad, volvió a pasear la mano abierta ante los cuatro pares de ojos expectantes, y escondió

las manos a la espalda para volver a presentar un puño cerrado del que asomaban cinco puntas marrones, finas y afiladas. Cinco puntas y un destino.

En aquel entonces la caballerosidad no se discutía aún, y estirando el brazo hacia Blanca la instó a elegir. Blanca, práctica y decidida, tiró de la más cercana sin vacilar, mientras Hugo contenía la respiración con rendijas por ojos.

—¡Larga! —exclamó, levantando el puño cerrado sin pensar al ver la espiga en la palma de su hermana—. Lo siento, se me escapó.

—Venga, Marcos, ahora él —lo señaló Nico—, no vaya a darle un infarto, que es lo que nos faltaba.

—No me importa. Es solo que es mi hermana, tenéis que entenderlo.

—Y lo entendemos —asintió Marcos solemne, en su papel—. Venga, coge una, qué más da. ¿O quiere otro coger antes? —Desplazó el brazo para pasearlo ante Daniel y Nico, que negaron con la cabeza.

Hugo alargó la mano, rozando con los dedos índice y pulgar en forma de grúa de feria una de las espigas. Indeciso, la desechó apenas percibido el tacto en las yemas, como si una descarga invisible lo advirtiera, para asir la contigua cerrando los ojos al tirar para descubrirla.

Larga.

—¿Nico, Daniel?

Ambos alargaron la mano hacia el puño, coincidiendo en el movimiento. Nico retrocedió, cediendo el turno.

—Por favor, las damas primero.

Daniel sonrió, negando con la cabeza.

—Este tío no tiene arreglo. El día que lo entierren mandará poner una estupidez en la lápida, seguro.

—¿Es que lo dudabas? Venga, coge una pajita, que yo sé que te gustan. —Guiñó el ojo Nico.

Daniel negó de nuevo y miró al suelo, y dio con las botas de Marcos, Nike Air Jordan. Se moría por aquellas botas de baloncesto. Estaban de moda, y aunque él no jugara, no solo valían para eso. El solo hecho de calzarlas sumaba puntos a los ojos de cualquier alumno del colegio. Y aunque esto no estaba tan claro, se suponía que también los sumaba ante cualquier alumna, lo que era igual de

importante o más. Pero era Marcos, y no él, quien las llevaba allí, en el vertedero, porque su madre se había empeñado en que eran tan horteras como caras, una combinación definitivamente letal para las aspiraciones de Daniel. Concentrando la atención en el puño, empezó a contar sobrevolando con el dedo las puntas de manera alternativa hasta llegar a 23, el número mágico de Jordan. No podía fallar.

—… 21, 22, 23.

El dedo quedó suspendido unos segundos sobre una de las pajitas, como un ovni que eligiera a un abducido. Sumando el pulgar al índice que permanecía indicando, formó una pinza para alzar a la elegida.

Larga.

Dejó escapar el aire en un suspiro, dando gracias a Jordan allá donde estuviese. Nico juntó las palmas para frotarlas con energía.

—Guauuu, esto se pone interesante. Joder con el juego de la pajita.

—Venga, Nico, acabemos con esto —lo conminó Marcos alargando el puño.

El resto miraba aquel puño como si asomaran dos cuernos de demonio incandescentes en lugar de espigas.

—Pues esta misma. —Tiró Nico bruscamente de una para deshacer la pareja, sin tiempo para un estornudo, mostrándola al corro de cabezas que se había formado.

—Larga, ¿no? —dijo.

Todos se volvieron a Marcos, que, acribillado a miradas, recordó en un *flash* aquel tigre del zoo que, hastiado de humanos que lo observaban tras el cristal un día tras otro, reposaba inmune al trasiego, desparramado sobre la hierba sin inmutarse. Fue el año anterior con el colegio, y aunque se hartaron a dar palmadas y manotazos al cristal buscando una reacción del tigre y un poco de diversión y adrenalina, mientras la profesora recriminaba el gesto desgañitándose sin conseguir nada, aquel tigre no hizo nada. Era un tigre aburrido; «o quizá resignado», pensó Marcos ahora. Sí, resignado ante el destino que se le presentaba, como él. Había abierto la mano, una mano de apertura lenta y observada como la de un trilero que coloca la bola bajo el vaso. Allí estaba, media pajita de pino seca y delatora. Aunque eso ya lo sabía él, que antes

de abrir la mano, en el intervalo mental del tigre y su aburrido destino, había tanteado con pequeños movimientos de sus dedos el lado oculto del puño con amarga clarividencia. Y allí estaba, juez, acusado y verdugo: «3-EN-UNO», como aquel aceite que su padre usaba en las cerraduras.

—Joder, lo siento, Marcos —dijo Nico.

—Lo sé. —Se encogió de hombros—. Es lo que hay. Daniel me quitó la suerte de mis botas. —Sonrió ladeando apenas los labios a su derecha.

Fue una sonrisa fugaz, lanzada de refilón. Y dándole a Daniel una palmada amistosa en el omóplato izquierdo, dio la espalda a todos para volverse al hoyo, tirando la pajita al fondo.

—Venga, que me arrepiento.

10

Las nubes, cenicientas y curiosas, parecían coger sitio sobre el hoyo, amontonándose al olor de un poco de diversión allá abajo, en aquella tierra ilusoriamente dominada por monos modernos con aires de grandeza. Deslumbradas y molestas, mandaron un destacamento al oeste para eclipsar a su radiante adversario. En un momento, las sombras desaparecieron, tiñéndose la atmósfera de humedad y gris. Un gris pesado y espeso, semejante a una gran cúpula de cristal que recibiera las cenizas residuales de una erupción ancestral. Hugo miró al cielo.

—Qué asco de invierno.

Marcos se ataba el cabo en torno al torso, deshaciendo nudos recién nacidos para volver a rehacerlos, impugnando cada nuevo resultado.

—Déjame a mí —metió baza Nico alargando las manos.

—No te lo crees ni tú —dijo Marcos rehusando al par de intrusas con una palmada—. Si tengo que bajar atado, solo me fío de mí. No es nada personal. —Sonrió mirando a Nico.

—Lástima. Me gusta lo personal. Oye, y tu padre ¿no era pescador, Dani? Esos se saben todos los nudos.

—Ya, mi padre —apuntó Daniel.

—Y el tuyo, listillo —añadió a su vez Hugo apuntando a Nico, intercambiando una sonrisa como cromos de fútbol.

—¡Listo! —exclamó Marcos dando un tirón al conjunto de nudos que presentaba a la altura del ombligo.

El cabo le rodeaba la cintura por duplicado en un par de vueltas, sin olvidar el túnel de la entrepierna, que parecía un columpio para bebés de rudos leñadores ancestrales.

—La cuerda no llega. —Volvió Blanca con uno de los chicotes del cabo tras intentar afirmarlo a un pino aislado cercano al hoyo sin éxito. El otro permanecía a recaudo en la mano izquierda de Marcos—. Tendrás que fiarte de nosotros.

—El pino me daba más confianza, la verdad.

—No te dejaremos ahí, Marcos. Puedes confiar en mí. —Le puso una mano en el hombro Daniel.

—¡Ehhh! Y en los demás también. ¿Qué te crees? Mira este brazo. —Enseñó el bíceps derecho Nico remangándose la manga—: Es un seguro de vida.

—¿Qué haces? —interpeló Hugo a su hermana, que se rodeaba la cintura con el chicote que aún sostenía, atándose a Marcos al otro extremo del cabo.

—Yo seguro que no te fallo, Marcos. Donde tú estés, allí estaré yo… y Hugo.

¿Verdad, Hugo?

—Serás… —amagó una protesta Hugo, reculando—. Va, está bien. Acabemos de una vez, que se hace tarde.

Marcos sintió el vacío bajo los pies todavía agarrado al borde del hoyo como una garrapata, los dedos de las manos buscando resquicios donde crear una ilusión de seguridad; las uñas, arañando la tierra como una tiza anquilosada a una pizarra, chillaron agudas y le hicieron a Nico retirar la mirada con un repelús de desagrado. Tras insistir, Nico se había colocado en primera línea. «Si el demonio del abismo no se contenta con Marcos y tira de nosotros, quiero ser el primero en caerle encima a ese cabrón», dijo tocándose el bolsillo trasero del pantalón, donde asomaba una navaja de resorte.

—Lo siento —se disculpó Marcos, y alternó entre Nico y las uñas.

—No sé qué eres más, si bueno o tonto —dijo Nico—. Anda, baja. Nos vemos en un rato.

Marcos desapareció tragado por el hoyo, sus manos como último vestigio, dejando arriba una fracción de su peso depositada en el grupo, cuyos integrantes, como una ristra de petardos, se alineaban agarrados al cabo: Marcos, Daniel, Hugo y Blanca, quien, última pero comprometida por la cintura, tiraba de riñones. La cuerda se tensó al poco, trasvasando más peso a la superficie, exigente y tirando de ellos hacia el hoyo, como un vacío que buscara ser rellenado.

—¡Id soltando! —gritó Marcos con algo de eco—. ¡Despacio!

Apoyando manos y pies a lo largo de la pared húmeda, se dejó

engullir hacia el vértice invisible y sumergido del cono. Raíces fuertes como cables asomaban a manera de asideros a intervalos, semejando colas de gusanos y culebras inertes a medio tragar por la tierra. Otras, más descarnadas y abundantes, tan finas como pelos de elefante, parecían las venas de la tierra, violadas en su intimidad y seccionadas en su intrincado flujo subterráneo. Ayudándose de falsas culebras y gusanos, estorbado por el extraño asco que corría en ida y vuelta de la cabeza a las manos en un intercambio de información malsano, Marcos consumió metros de aire viciado hasta tocar agua con la punta del botín izquierdo, estirado en avanzadilla en busca de nuevo asiento.

—¡Valeee! ¡Parad!

Por un momento el cabo mantuvo su descenso. En un segundo, se vio inmerso hasta la cintura en aquel lodo opaco y frío. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que la única manera de mantenerse a flote allí abajo era nadando, si el cabo no lo retenía. Sintió un escalofrío aislado, como una descarga de aviso, y pensando en salir de allí en el menor tiempo posible, se deshizo con dedos temblorosos el nudo de la cintura para liberarse y cumplir con la misión.

—¡Parad! —volvió a gritar, más fuerte y áspero, impaciente.

El cabo se amontonaba vivo y flotante en la superficie cual serpiente de agua, tan marrón como revuelto, a merced de los chapoteos de Marcos. Y paró al fin.

Miró hacia arriba para atisbar un círculo de cielo recortado en gris y lejano, imaginándose como un insignificante microbio atrapado en el tubo cónico de unos prismáticos gigantescos. Moviendo las piernas, un brazo permanecía tenso y en alto sujetando el cabo que colgaba; el otro, estirado sobre la superficie del agua como un tronco olvidado en un remanso del Amazonas. «El color es clavado», pensó Marcos mirándose el brazo, que flotaba y se disimulaba en el agua. La camiseta, tan blanca y sudada en un partido de fútbol horas antes, partido del que ya no recordaba ni el resultado, se había teñido de lodo para fundirse con el fondo.

«¿Y ahora qué?».

No había pensado en ello hasta verse allí. Volvió a mirar arriba, buscando ayuda en el círculo de cielo gris, distante y frío, y se sintió solo allá abajo por primera vez. Miró al agua y lo comprendió.

Tendría que bucear, si quería que todo aquello sirviera para algo. Cualquier otra cosa sería como ponerse el bañador y no bañarse; como meterse en la ducha y no abrir el grifo; como asomarse a un balcón con los ojos cerrados; como…

Movió las piernas temeroso, buscando, aflojando la presión del cabo en el brazo para dejarse resbalar hasta quedar con el agua al pecho. En la cabeza danzaban demonios en forma de lagartos del tamaño de gatos, y hasta pirañas y tiburones asomaron, y aunque sabía que era imposible en aquel charco nuevo por muy maldito que estuviera, esperaba ver emerger alguno junto a él de un momento a otro.

Las piernas seguían rebuscando allá abajo, sin dar con nada. «Gracias a Dios», pensó. Si llegaba a tocar algo le daría un infarto fulminante, como a aquel padre que se murió ahogado el año anterior en la playa, seguro. «Hasta aquí llegaste, valiente», se dijo. «Valiente, tonto y cobarde», se corrigió pensando en Blanca, allá arriba. Sintió frío, y se descubrió los dedos de las manos azulados. Era un azul frío, tamizado por la escasa luz que se había atrevido a acompañarlo. El hoyo le robaba el calor sin ruido y sin pausa.

—¡Eh! ¿Piensas quedarte ahí todo el día? Tengo hambre. —La cabeza de Nico, diminuta pero anhelada como el primer amanecer tras un invierno polar, lo sacó del letargo.

—Parece que no hay nada —gritó arañando júbilo de algún rincón, mirando a aquel punto donde la cabeza se recortaba sobre el cielo de ceniza—. Un minuto.

Sin pensarlo dos veces, se zambulló para buscar el fondo, entonando mentalmente la melodía del *Thriller* de Jackson para evitar pensar en nada más. No fue una buena elección, y a la segunda brazada el coro de zombis del videoclip buceaba con él mano a mano, y ya esperaba que lo agarraran del antebrazo, o quizá de la pantorrilla, para retenerlo allá abajo para siempre. Desviando la mente, pensó en lo que podría encontrar en el fondo. Confiaba en esquivar el infarto mientras no fuera un cuerpo. Recordó haber visto o escuchado en algún sitio que los cadáveres flotaban en el agua; claro que un cuerpo —a estas alturas ya podía ser cualquier cuerpo— podría haber quedado enganchado en alguna de aquellas raíces serpentinas.

El pozo resultó rozar los tres metros, con apariencia de diez.

Tocó fondo para volver a subir con ánimos renovados. Tiritaba. Ana no estaba allí. ¿No habría sido más fácil ir a su casa y llamar al timbre? Sonrió sin mover los labios, apretados como tuercas de submarino, a juego con los ojos. Aún buceaba buscando el cielo cuando recordó la muñeca. ¿No debía estar flotando desde un principio, como todas las muñecas del mundo? Claro que podría haberse enganchado en esas raíces. Con una pequeña alarma encendida en algún punto recóndito y escondido que no identificaba, emergió para dar una alegría a los pulmones y se concedió medio minuto para pensar entre incipientes castañeteos de dientes.

Tenía que volver a bajar. La muñeca tenía que estar ahí, no podía desaparecer. Si ni siquiera había dado con aquella muñeca, ¿cómo podía estar seguro de que Ana no estaba allí? Volvería a bajar. Total, ya estaba allí, y tampoco era tan hondo como parecía. Con una zambullida más, quizá dos, podría recorrer todo el perímetro de aquel cenagal.

Nada a la primera. ¡Era imposible! Había recorrido casi cada palmo de las paredes, restregando las manos por el fango y las miríadas de protuberancias desconocidas, los ojos cerrados y apretados hasta el cansancio. Ya estaba casi seguro de que la muñeca no estaba allí, pero ¡tenía que estar! Escupiendo en un intento sin éxito el barro diluido que le caía desde el pelo para surcar los aledaños de la nariz y acabar incomodándole en los labios con un regusto dulce y áspero a la vez, renovó el oxígeno y se sumergió por tercera vez. La última. «Prometido».

Las yemas recorrían de nuevo la pared, atentas a cualquier detalle, sin resultados. El oxígeno se disfrazó de dióxido de carbono con una presteza que hubiera envidiado Clark Kent, y ya asomaba a la superficie incrédulo por los resultados cuando la mano derecha tropezó en la subida con algo incrustado entre el barro de la pared. Algo tan familiar como aterrador a la vez. Manteniéndose a flote ayudado por dos piernas cansadas, pudo manosear sin necesidad de volver abajo. El agua relamía el cuello mientras su mano tiraba, hasta extraer el tesoro frente a dos ojos incrédulos.

Y atónito, descolocado, sin entender del todo lo que veía, gritó asustado con toda la fuerza que le permitieron los pulmones y pausando el ya descarado castañeteo:

—¡Sacadme de aquí!

Gotas de barro escupidas semejando un aspersor ejercieron de acompañantes rezagados como torpe estela de la voz que escapaba de los labios, abandonándola en su huida ascendente hacia aquel cielo de ceniza y reculando, cayendo por gravedad y desvaneciéndose por siempre en aquel pozo efímero y maldito, agua fundida, fría y opaca como la mente de Marcos allá abajo, mientras cuatro pares de brazos tiraban a una para redimirlo de aquel averno terrenal.

11

El zapato parecía posar para ellos, repudiado pero insolente, allá a unos metros, húmedo y reluciente a la vez pese a la débil luz de la tarde. El sol debía de rondar el cénit, así y todo, incapaz de abrirse paso para mirar de frente aquel zapato a través de la barrera gris y espesa de nubes borrascosas que parecía cercar con agonía creciente el vertedero allá donde se mirase. Pero el zapato resplandecía, o lo parecía, que venía a ser lo mismo a los ojos de los cinco adolescentes que lo observaban espantados.

Podían haberlo rodeado, y hasta hubiera sido lo esperado en cualquier circunstancia, observándolo como una manada de lobos antes de descubrirse, pero no. Situados detrás de un límite inexistente, los cinco observaban de lejos, en línea.

Apareció volando del hoyo anunciando a Marcos, que subía atraído por el esfuerzo de cuatro pajitas largas. En cuanto estuvo a tiro, aquel zapato que casi quemaba en las manos de Marcos fue lanzado al mundo de nuevo, arriba. El zapato describió un arco ascendente, audaz como un cohete que brota de un silo, para perder fuelle y ascenso y caer apenas a unos metros de los cuatro pares de brazos que tiraban de un cabo. Y allí había quedado, delatando una ausencia.

—¿Es suyo? —preguntó Hugo con voz trémula.

Todos miraron a Daniel, que, indeciso, temía decir en voz alta lo que pensaba.

—Creo que sí —dijo al fin, evitando la rotundidad que le indicaban sus sentidos, visualizando un retazo inocente de tarde dos días atrás, cuando cruzara sus primeras palabras con Ana.

Recordaba cómo arrodillado en la acera, inmerso en sus calcetines, un par de zapatos de charol se presentaron a sus pies. ¿Podía ser uno de ellos? ¿Podía ese ser uno?

—Es suyo —afirmó Blanca, con la rotundidad que le faltaba a Daniel.

—¿Y tú cómo lo sabes? Apenas la conocías. —Hugo buscaba un resquicio por donde escapar de aquella locura. Si decían «no» las suficientes veces, quizá acabara siendo «no».

—No seas tonto. La conocía lo mismo que Daniel o cualquiera de nosotros. Pero sé reconocer un zapato de charol. Las mujeres nos fijamos en esas cosas.

—¿Desde cuándo eres tú una mujer? —metió baza Nico, moviéndose en aquellos limites en los que se sentía como pez en el agua.

—¡Serás idiota! —Lo miró Blanca, apartando la vista del charol —. Tengo casi catorce años y, para que lo sepas, soy una mujer desde…

Calló. Todos la miraban, expectantes. Ella los miró, uno a uno, incrédula.

—… Seréis idiotas…

El rubor subió a las mejillas, y la vergüenza ocupó el sitio del temor. Dio un par de pasos para mostrar la espalda y esconder la cara, se agachó y lo cogió.

—… Es su zapato. Estoy segura.

Si los zapatos de charol hablaran…

—Si los zapatos de charol hablaran…

—Pero no hablan. Deja de decir tonterías por una vez, Nicolás —lo señaló Blanca.

—¡Eh! Solo dos personas me llaman Nicolás, y una es mi padre.

—¿Y la otra, tu madre? —preguntó Daniel, crédulo.

Habían traspasado la verja por el agujero, salido del vertedero, vuelto al punto de encuentro del pinar, y al resguardo de los pinos, acurrucados y sin el hoyo a la vista, la tensión se diluía como tinta en el agua. Solo una pizca —era un tintero enorme—, lo justo para insuflar un poco de falsa seguridad en aquellos corazones casi a estrenar. El zapato reposaba en el centro, como una hoguera en una noche fría, pero sin aporte de calor. Blanca insistió en no abandonarlo, y aun lejos del hoyo, ejercía su influencia acusadora. Para unos más, para otros menos.

—La otra está muerta. Tuve que hacerlo. —Rio Nico, regalándose una palmada en el muslo—. Nadie me llama Nicolás,

capisci?

—¿Qué creéis que pasó? —desvió la atención Marcos, ajeno al juego de Nico.

—¿Suponiendo que sea el suyo? —insistió Hugo, aferrado al no.

—Suponiendo —siguió la corriente Marcos, que a esas alturas estaba convencido del vínculo entre Ana y aquel zapato de charol.

—Pues nada, que se le cayó el zapato al hoyo. Está claro. Eso, suponiendo que sea el suyo.

—¿Y por qué no ha ido a clase? ¿Y por qué no la vimos a la vuelta? ¿Y por qué…? —Daniel se interrumpió. No quería pronunciar lo que seguía.

Marcos, recuperando fracciones de grados Celsius olvidadas en el hoyo bajo la sudadera de Nico, permanecía a su lado, apretando los puños de yemas aún moradas sobre la tela, escurriendo los bajos de los pantalones, empapados y chorreantes.

—¿Y por qué, qué?

—¿Y por qué…? —Calló de nuevo, indeciso—. ¿Y por qué la muñeca no está? —explotó—. ¡Ya está! ¡Lo he dicho! ¿Por qué? ¡Seguro que lo habéis pensado! ¿Por qué no está, joder? ¡Mierda!

Todos callaron. Nico también. No había suficientes respuestas. No había *ninguna* respuesta.

—Hay que ir a su casa. Es la única solución —dijo Marcos.

—Claro, ¿cómo no se me había ocurrido? Hola, señora madre de Ana. Usted no nos conoce, pero somos amigos de su hija, y nos preguntábamos si la echa usted de menos. ¿La ha visto desde ayer?

Lo ignoraron, esperando la calma tras la tempestad.

—¿Esta tarde? Puedo ir yo y decir que voy a dejarle los deberes, que no la vi en clase. ¿Qué os parece?

—Es perfecto, Blanca. Te acompaño y voy contigo hasta la esquina. Esta tarde en Susan's. ¿A las seis? —Levantó Marcos la mano para chocar los cinco en alto.

Ella lo imitó, ufana de su propia idea y del ofrecimiento de Marcos, fabricando a dúo un sonido hueco y seco que se perdió entre los pinos.

—A las seis. ¿Nos vamos a comer? Nos echarán de menos ya.

Echó a andar sin esperas, seguida del resto, aliviados como ovejas con pastor. Sentía de nuevo el rubor en cada poro de las mejillas, aflorando a discreción.

12

No entendía nada. ¿A qué venía esto ahora? Caminaba directa a Susan's y ya lo veía en la esquina, esperando. Sentía de nuevo ese calor difuso y traicionero, irradiado desde quién sabía dónde, pero que con seguridad acababa agolpándose para ser disipado en pómulos y mejillas. ¡Pero si lo conocía de toda la vida!

Vale que había empezado a mirarlo con otros ojos; vale que por alguna razón antes todos los chicos eran de dos clases: feos, o más feos; vale que ahora ya no lo eran tanto, en general. Vale también que Juan, al que le veía la nuca a diario durante horas en clase, no contaba. ¡Tenía granos hasta en la nuca! Y, lo que era peor, intentaba disimularlos con el pelo, que se dejaba casi tan largo como grasiento. ¡Qué asco! Varias veces estuvo por darle un par de palmaditas en la espalda y recomendarle polvos de talco. Al final no lo hacía nunca, por pudor y por vergüenza, y porque no sabía cómo se lo tomaría. Tampoco estaba segura realmente de la efectividad de los polvos de talco. No es que ella tuviera necesidad de usarlos, pero eso se sabía, ¿no? Y vale que era feo, pero aún era más bueno. En fin, que no se lo había dicho nunca…

Y vale que Marcos no lo era nada. Bueno, sí que era, pero feo, ni un poquito. Pero ¿eso qué tenía que ver para que a la mínima palabra que venían a cruzarse últimamente sintiera ella la cara como si la tuviera embadurnada de Peta Zetas explotando? ¡Si eran amigos de toda la vida! Y de su hermano. Hasta más de ella, si apuraba. No entendía nada…

Y allí estaba, en la esquina. Esperándola.

«Relájate, Blanca. Tú no eres así». Con el «así» recordaba a Lydia. Lydia era un año mayor que ellos, y por alguna razón despedía un aura invisible que atontaba a los chicos, cosa que a Blanca le daba igual; lo que no soportaba era que, entre todos los chicos, también atontaba a los cuatro que le importaban; y entre esos cuatro, aún le daba más coraje uno de ellos. Y lo peor era que

Lydia se comportaba todo el día como si fuera tonta o quisiera parecerlo, además de pavonearse en los recreos como si saliera a subasta cada día y no se adjudicara comprador. Y peor aún era que, por lo visto, a los chicos eso les gustaba. Y además de cambiarse la «i» latina por la «y» griega en el nombre porque sí, hasta se ponía colorete en las mejillas. No entendía nada, pero sí que entendía que ella no era así, y que ahora mismo no le hacían falta coloretes para nada.

—¡Ey! Así me gusta, puntual —saludó Marcos, ajeno a las divagaciones de Blanca, al verla llegar.

—¿Qué esperabas? No olvides que mi madre es alemana. Vamos. —Lo cogió del brazo sin hacer parada en la esquina de Susan's, obligándolo a seguirle el paso, como el que se sube a un tranvía al vuelo.

Así evitaba que la mirara de frente y detenidos, ganando tiempo para retomar el control de sus mejillas. Los vaqueros gastados y la camiseta azul bajo el chaquetón marino le quedaban mejor a él que a los chicos que salían en los catálogos que echaban en los buzones por Navidad.

El plan, repasado en el trayecto desde la esquina de Susan's a la casa de Ana, era simple como una ameba. Llegar, llamar al timbre, esperar que hubiera gente en casa —eso esperaban, ya que Ana no había ido a clase, y la explicación razonable era que estuviera enferma—, y con la excusa de acercarle los deberes del día, conseguir entrar y hablar con ella unos minutos a solas. Como disfraz y coartada, Blanca había salido de su casa con una carpeta barata de pasta y solapas azules como atrezo y comodín. Claro que estaba vacía, pero ¿qué podía fallar?

Ninguno de los dos había oído hablar entonces de Edward Aloysius Murphy y su ley: «Si puede ocurrir, ocurrirá». Menos aún de su versión más popular y negativa: «Si algo puede salir mal, saldrá mal».

Conseguir la dirección fue fácil. En un pueblo como Rota, podías no saber dónde vivía todo el mundo, pero bastaban un par de preguntas lanzadas al aire para dar al menos con el barrio. Una vez allí, atinar con la calle estaba chupado con alguna otra pregunta, y de ahí al punto exacto bastaba con probar suerte en algún que otro porterillo y preguntar al molestado como el que tira una piedra a un

lago, para ir afinando. En este caso, no hizo falta llegar al extremo, pero el plan era perfecto —Murphy y su mierda de ley mediante—.

En aquella época Rota era un pueblo con futuro y en expansión. Aquel rincón pesquero del sur andaluz con dotes para la agricultura se transformaba a mediados del siglo XX para mirar a la recién inaugurada base naval americana y aprovechar así las necesidades que esta demandaba. Algo más tarde, la explosión del turismo llegado de núcleos de población de interior ávidos de agua y arena, que llevaba a triplicar la población invernal en los meses estivales, se subió al carro y remodeló poco a poco sus calles y playas para orientarlas a atender la peregrinación en masa y recoger los ahorros de los turistas con más eficiencia. Y entre unos y otros, americanos y españoles, la Villa, exigida y limitada hacia el sur y el este por el mar, y al norte por la base, crecía por donde podía y se esparcía buscando la puesta de sol hacia el oeste en forma de nuevos bloques de ladrillo, urbanizaciones a la moda y casas con porche, garaje y perro al estilo americano. Todo se modernizaba y se adaptaba a los tiempos para subsistir y nadar con la corriente, con más o menos éxito.

Y en una de esas nuevas calles de casas adosadas sin perro ni garaje, pero de coqueta entrada y porche alzado anunciado por tres peldaños, vino a asentarse en alquiler la familia Lorca, triángulo patriarcal en el que Ana, la niña mortificada por la turbadora mirada de su muñeca mayor, sustentaba uno de los vértices. Emiliano Lorca, padre, militar de carrera y defensor a ultranza de los zapatos lustrosos y relucientes como forma de vida, había sido destinado a la base naval de los amigos americanos el año anterior. Y así, siguiendo los designios del alto mando —más militar que celestial—, Eva Gaza madre (no más alemana que las porciones de Selva Negra de las pastelerías; su dominio del alemán provenía de los años de inmigrante junto a sus padres en la posguerra) y Ana hija «aterrizaron» en Rota —nunca en su vida ninguna de las dos llegó a pisar un avión— acompañando a Emiliano, como un platillo y una maza a un bombo en una banda.

Y no hizo falta llegar al recurso de pulsar porterillos porque, conquistada la esquina que la señora encasquetada en el quiosco y vestida de viuda les había indicado, y enfilando aquella calle larga y sinuosa de casas adosadas y uniformes como las patas de un

ciempiés, ambos frenaron a compás para quedar plantados como perros de caza a la vista de una perdiz; solo les faltó levantar la pata. Reían entonces como solo lo hacen los amigos de verdad, rezumando complicidad, inventando chanzas acerca de la imposible manera en que se había metido la amable y enorme mole viuda en aquel cubículo atestado de chucherías, chicles, álbumes y estampas. No era uno de esos quioscos modernos y ambiciosos que además vendían revistas y periódicos, no. Este era de los pequeños, de los que se limitaban a lo importante de verdad; solo para niños. Entre risas, Marcos dejó a medio terminar la divagación que compartía con Blanca a media esquina:

—¿Por qué será que en los quioscos siempre hay viejas gordas? Nunca vi a alguien como mi madre o la tuya dentro. Siempre viejas. ¿Te fijaste? —Rieron los dos—. Tiene que haber una expli…

Fue a media palabra cuando tiraron del freno de mano. Marcos se acordó realmente de aquel día. Ese en que su tío lo llevó a cazar perdices cerca de Trebujena. Claro que él no llegó ni a rozar la escopeta, pero recordaba, como si lo tuviera delante moviendo la cola, a aquel bretón blanco manchado de canela que al rastro de la perdiz se clavaba al suelo y levantaba la pata como los de los dibujos animados, o mejor. Pura escayola. Y de escayola hubieran parecido ellos allí parados si no hubieran amagado con agacharse tras el coche aparcado que los disimuló de la vista de los dos sujetos de azul con gorra. En la entrada de la casa, conversaban con la mujer que reinaba sobre el porche, despeinada y envolviendo su figura esbelta en una bata gris, los brazos cruzados bajo el pecho, las manos abrazando los codos en lo que un experto en lenguaje corporal hubiera tachado como postura de defensa. Claro que los dos policías estaban de espaldas y miraban a la mujer, pero el gesto había sido instintivo, clavado al ejecutado si hubieran escuchado disparos. Irremediable. A Marcos le pareció que la mujer los había visto desde su posición, de frente a ellos sobre el porche; apenas cincuenta metros los separaban. Los suficientes como para no discernir la dirección de las pupilas, pero sí intuirlas, o sentirlas, si podía decirse así. Incluso le pareció que alzaba el mentón unos centímetros, como un animal que huele la presa, sin poder jurarlo en un juicio. Agachados al otro lado de la calle y mirando a través del resguardo de los vidrios de un coche que no había conocido el

agua, a Blanca le pareció que se habían salvado por los pelos. Si los llegó a ver o no, nunca se supo, pues la mujer mantuvo su atención en los policías, que, de espaldas a ellos y al coche patrulla que taponaba la calle desierta de tráfico, parecían informar a la mujer de algo; al menos uno de ellos gesticulaba moviendo los brazos. El sol empezaba a ocultarse en fuga al final de la calle, centrado entre los edificios que lo flanqueaban, como si hubiera decidido aquella tarde iluminar esa calle en particular y solo esa, cegándolos con impertinencia al otro extremo, obligándolos a achinar los ojos tras los cristales. Blanca rompió el mutismo repentino:

—¿Qué hacemos? Es *esa* seguro. Me apuesto lo que quieras.

—Ya. No será contra mí. No sé, no podemos estar seguros. Tira…

Marcos tiraba ya de la manga de Blanca, reculando hacia la esquina como soldados agazapados en retirada, hasta salvar la línea visual de la casa.

—¿Y si no es? No podemos estar seguros —insistió tras soltarle la manga, a la sombra ya.

—Vale, te lo compro. ¿Qué propones?

—Pues… —Vaciló unos segundos. Irse o quedarse, esa era la cuestión—. Propongo terminar lo que empezamos. Asegurarnos. Estamos aquí, ¿no?

Si algún conjunto de letras podía definir a Blanca en menos de diez caracteres, ese era «decisión».

—Vale —afirmó de nuevo, tras cavilar dos, quizá tres segundos —. Sígueme la corriente —dijo cogiéndolo del brazo para arrastrarlo por segunda vez aquella tarde, tal cual un rato antes en la esquina de Susan's.

La verdad era que a Marcos aquella licencia le gustaba. Ese roce de piel con piel, ese contacto desenfadado y firme que Blanca le dispensaba indiferente como el que abre el libro de ciencias en clase buscando la página indicada, le provocaba algo que no acababa de situar bien, pero no tenía duda de que la sensación le gustaba. Inevitable como la caída de las naranjas maduras sin recoger, si Blanca se proponía algo, podías estar de acuerdo o no, pero no pararla. Eso lo sabían los cuatro desde siempre, como que el sol salía cada mañana; y se dejó llevar.

Doblaron la esquina por segunda vez, decididos y agarrados.

Marcos sintió de nuevo la atención de la mujer del porche; esta vez no hubo dudas.

—Nos está mirando —susurró, apenas moviendo los labios como un ventrílocuo novato, con la absurda convicción de que la mujer podría descifrar sus palabras a casi cincuenta metros de distancia.

—¿Y qué? —contestó Blanca aireando la dentadura al sol, riendo una gracia con falta de asistencia—. Nosotros también a ella.

Tirando de Marcos, giró los talones hacia la izquierda para meterse entre dos coches aparcados y cruzar la calle por delante del coche patrulla. Veinte metros los separaban de la casa. La mujer dijo algo, y los agentes se volvieron para mirar atrás. Marcos sintió brotar de la nada un torrente de fuego en el pecho que le subió por la nuca para explotar descontrolado en la cabeza. Las orejas le ardían como antorchas y, en un acopio de templanza, consiguió no levantar la mano. La izquierda fue fácil, o hubiera sido más difícil, según se mire, pues Blanca aún lo agarraba del brazo. La derecha tuvo que ser apresada en el bolsillo del vaquero con decisión para achantarla.

Diez metros.

Marcos maldijo para sí. No, no y no. No era buena idea. «Sígueme la corriente». Ni siquiera sabía qué corriente; no habían preparado nada.

Cinco metros.

Imposible desaparecer ya. Imposible seguir camino y pasar de largo siquiera. La mujer los miraba avanzar desde el porche, expectante. Los agentes, en un plano inferior, los buscaban de medio lado y siguiendo la pista entre los resquicios de los maderos horizontales que conformaban la fachada de la entrada sobre el murete de media altura que flanqueaba la puerta de hierro, barata, ciega y algo oxidada, que, abierta al extremo, dejaba ver el interior ya.

Blanca frenó encarándola, obviando a la pareja de azul y mirando a la mujer. Fue entonces cuando soltó el brazo de Marcos, y no antes. Marcos se resistió, agarrándole el codo por detrás. Necesitaba tocarla para no salir de sus zapatillas y correr sin tocar el suelo.

—¿Sí? —preguntó la mujer mirándolos, interesada.

A Blanca le pareció atisbar un destello de esperanza en el

monosílabo que acompañó a la mirada. Sin duda era la madre de Ana; le parecía estar viendo a su reciente amiga con treinta años más.

—Hola —estiró la voz Blanca desde la puerta, sin pisar el escalón de entrada—. ¿Está Ana? —Técnicamente no estaba segura, pero hubiera apostado la falda allí mismo a que estaban en el sitio adecuado.

La mujer se llevó la mano derecha a la boca, incrédula, como si en lugar de dos adolescentes tuviera delante de la puerta de su casa dos alienígenas verdes y cabezones con ojos negros del tamaño de limones maduros. No consiguió emitir sonido alguno, a pesar de mantener los labios abiertos en un círculo casi perfecto y escondido tras la palma de la mano. El ceño acompañó el gesto, fruncido como una cortina recogida. Uno de los agentes, el más alto, fue el que se adelantó, dando un par de pasos hacia la puerta para preguntar:

—¿Quién lo pregunta?

—Soy Blanca, una amiga. Este es Marcos. —Ladeó la cabeza para acompañar las palabras hacia su escolta, que, tieso como una barra corrugada, solo acertó a levantar una mano a modo de saludo indio—. Venía a dejarle los deberes. Hoy no vino a clase. —Levantó la carpeta al aire a la vez que la voz.

El policía aflojó el gesto y ablandó los ojos. Se acercó hasta quedar junto a ellos. La madre y el otro agente no se movían detrás.

—Muchas gracias, Blanca. No hará falta. Podéis iros —les dijo, el tono comedido, solo para ellos.

—¿Ha pasado algo? Quiero decir, están ustedes aquí… No le habrá pasado algo a Ana, ¿no? —contraatacó ella.

—No, no… —titubeó el agente—. A decir verdad, ya que estáis aquí.

Marcos sintió que se le aflojaban las rodillas, y tuvo que hacer un esfuerzo doble. El primero, para encajarlas como los caballos, para que siguieran sosteniéndolo. El segundo, para que no se le notara el primero.

—¿Sí? —apremió Blanca, casi cortando a Alejandro Ramírez, agente de la policía municipal de Rota.

Sin querer extralimitarse en sus atribuciones, pues esto sería un caso para la Guardia Civil o los Nacionales si el curso de los acontecimientos evolucionaba de la peor manera posible, el agente,

cargado de buenas intenciones y pensando en el fin y olvidando los medios, lanzó su pregunta, aun titubeando, sin querer levantar la liebre ante dos chavales del colegio de la desaparecida.

—¿Habéis notado algo raro en Ana estos días? ¿Os ha dicho algo fuera de lo normal? Quizá la visteis con alguien. —Dejó la frase a medias, esperando que otro la terminara.

Blanca y Marcos se miraron.

—No, nada especial —contestó de nuevo Blanca. Marcos negó mudo con la cabeza, acompañando las palabras—. ¿Por qué? —insistió.

—Gracias, chicos —desdeñó la pregunta el agente Alejandro—. Podéis iros. —Dicho esto, puso sus manos distraídamente sobre los hombros de la pareja, casi obligándolos a volverse para despejar la entrada.

No habían recorrido ni veinte metros sobre sus pasos cuando la madre, que seguía imperturbable en el porche, alzó la voz para interpelarlos.

—Chicos, podéis dejármelos. Yo se los daré.

Los dos se volvieron, lívidos.

—Los deberes, yo se los daré —repitió la madre.

Marcos creyó que esta vez se derramaría sobre la acera, sin más. Las piernas lo aguantaban de pie de milagro; un cura lo hubiera certificado. Es verdad que habían traído una carpeta, como también lo era que estaba vacía, pues solo habían pensado utilizarla como excusa barata —baratísima, le pareció ahora— para pasar a ver a Ana.

Blanca deshizo el camino, firme en sus movimientos hasta la puerta, alargó la mano y soltó la carpeta, como si esta fuera el testigo de una carrera de relevos, en las del agente Alejandro, que asomaba a la calle retroiluminado por su sol particular. Y con una sonrisa regalada junto a la carpeta vacía, buscó a Marcos de nuevo para desaparecer con ansia disimulada tras la esquina, y respiró, gesto que agradecieron sus pulmones.

—¿Y ahora qué? —preguntó Marcos dejando la calle de casas unifamiliares y el sol acusador que les marcaba la espalda, recuperado el autodominio de sus extremidades inferiores al internarse en las sombras de la esquina al fin, a salvo, como el que se tira de cabeza a una trinchera, la cara desencajada y el paso

apretado.

—Ahora nada. Esperemos que no la abran. ¿Qué querías que hiciera?

En el porche, en el papel nada impostado de madre desolada de una niña casi oficialmente desaparecida, una mujer recogía la carpeta de manos del agente para estrecharla entre los brazos y el pecho, cerrada.

—Necesitará sus deberes cuando vuelva —dijo casi para sí, escoltada por la pareja de azul.

Claro que aquella madre aún no sabía que no iba a volver, y aquella tarde aún mantenía la *esperanza*. La atesoraba como a aquella carpeta liviana, junto al corazón. Y aunque dicen que es lo último que se pierde, al fin y al cabo se pierde. Se desintegra. Quizá más despacio que una manzana enterrada (seis meses), un periódico leído y abandonado (un año) o una colilla tirada (dos años); quizá rayando con lo que tarda en desintegrarse un chicle pegado en cualquier acera (cinco años); con seguridad más diligente que el plástico que surca los océanos. Y como nada se crea ni se destruye, sino que solo se transforma, esa esperanza transmutaría silenciosa pero con inexorable cadencia, día a día, mes a mes, año a año, sin prisa pero imparable, en millones de partículas de pena, desesperación, zozobra, impotencia, rabia, martirio, frialdad, angustia, desprecio, unas gotas de aceptación y hasta una pizca de tolerancia. Pero eso tampoco lo sabía aquel día en el porche.

Solo más tarde, años más tarde, se recordaría aquella madre a sí misma en el porche, recordaría esa carpeta, recordaría con claridad y asombro las caras —que no los nombres— del agente Alejandro y su compañero Julián, y sobre todo, recordaría esas pistolas enfundadas, negras y solemnes, tentadoras y salvadoras que los agentes llevaban al cinto, y la condena y el dolor que pudo ahorrarse allí mismo y fue derrochado desde entonces.

Pero nada de eso sabía aquel día en el porche, con una carpeta vacía junto al corazón, y la esperanza intacta sin un mísero poro aún.

II

Zapatos de charol

13

Sabía que volverían. Las pesadillas siempre vuelven cuando sienten que las arrinconas, dispuestas a ser borradas de una vez por todas, como se borran los trazos a lápiz de un bloc de dibujo. Insistes, frotando arriba y abajo, a derecha e izquierda, y soplas, y vuelves a frotar, y desechas las virutas con la mano a un lado, hasta que solo queda la marca, difusa pero aún perceptible si uno se fija un poco; no obstante, se puede dibujar encima y disimularla, hasta camuflarla del todo y hacerla desaparecer a simple vista; hasta olvidarla. Claro que para eso es necesario no haber apretado demasiado el lápiz antes. En caso contrario, el papel se hunde de forma sutil bajo el avance del trazo, dejando surcos casi imperceptibles, pero surcos al fin y al cabo, surcos vírgenes que el grafito ocupa como un río de ceniza inventado a mano alzada, y se incrusta entre las fibras del papel, agarrándose como un bebé que cata un chupete azucarado por primera vez; y la goma sufre en su turno, desgastándose sin cumplir su objetivo, desintegrándose en vano bajo el mandato de la mano ya cansada, hasta acabar desmembrando con violencia las fibras de celulosa, disgregando la lignina y las cargas de aditivos que daban al papel aspecto de papel, para convertir la zona en el campo de batalla olvidado de una pelea de gatos, donde solo quedan diminutas virutas y pelotillas que parecen plantas rodadoras a las que el viento da un respiro, para desaparecer bajo el resoplido final, que ansioso y repetido descubre el estropicio irreparable.

En el caso de Daniel, Morfeo había hecho gala de sus famosas alas negras con orgullo, envolviéndolo para no dejarlo escapar, apretando el lápiz hasta partirlo en el intento, y a pesar de los intentos —*o precisamente por ellos*—, Daniel no daba con la goma capaz de borrar las malditas pesadillas sin destrozar el papel; y resulta que el papel era él; y además estaba la antigüedad. Como la barriga de un cincuentón, o un mal empleado de una empresa: a

más años, más difícil quitárselos de encima. Y las pesadillas de Daniel cumplían veinticinco años casi.

Lo peor es que él prácticamente las había provocado. Pero ¿qué podía hacer? Los negocios son negocios, y si dejas que eso se te olvide, mejor dedícate a otra cosa, porque acabarás mal antes o después.

Hoy sería uno de esos días; uno de esos en que lo asaltarían las ganas de dejarlo todo y marcharse; marcharse lejos; muy lejos. Lo veía venir, lo presentía, como también sabía que no lo haría. Nunca lo hacía… y nunca lo había hecho. Y allí seguía, en su pueblo de toda la vida y con sus pesadillas de toda la vida, a punto de cumplir los cuarenta.

Al menos el vertedero tenía los días contados, y en eso él tenía algo que ver. Con suerte, las pesadillas se irían a rastras con el vertedero.

Se masajeó las sienes, se frotó los ojos como si arrancara una vespa a dos manos —esto era para Daniel lo que comerse las uñas o los padrastros para otros: algo imposible de desterrar desde que le pusieran sus primeros pantalones cortos con calcetines, o desde antes incluso—, se despegó de la cama con desdén y se metió bajo la alcachofa con tamaño de paraguas que lucía en el baño, último modelo y tendencia en las revistas de decoración del momento. Y eso era un hecho que nadie le podía discutir, porque a Daniel le gustaba estar al día en todos los aspectos de su trabajo, y su trabajo no era otro que levantar bloques de viviendas de la nada. Quien decía «bloques» decía cualquier cosa que implicara ladrillos, hormigoneras y asociados, pero los bloques eran el producto estrella de la empresa. *Su* empresa. Era lo que llaman una persona informada y meticulosa. Y como tal, podía discutir con cualquiera del tamaño y composición de los distintos tipos de ladrillos, de las normas urbanísticas locales o autonómicas, de las últimas tendencias en cocina, o de la compra de placas de ducha y alcachofas de baño al por mayor, puestos a afinar al detalle.

Claro que el no haberse casado ni haber formado una familia ayudaba. Miguel Ángel decía —o eso dicen que decía— que las ataduras conyugales e hijos limitaban las capacidades de desarrollo del potencial de un hombre —o una mujer, pero en aquellos tiempos eso no venía al caso—, y que un hijo las reducía al

cincuenta por ciento, dos las recortaba a un tercio, y es de suponer que con más de dos te podías olvidar de crear algo más que una figurilla de arcilla con remota forma humanoide, si de esculturas se trataba, por deferencia a Miguel Ángel. Daniel aborrecía las figuras artificiales con forma humana en general desde el instituto, con especial inquina a maniquíes y muñecas, y de estar al tanto, habría secundado la moción de Miguel Ángel, porcentaje arriba o abajo.

Rozando las cuatro décadas, recordaba a veces unos versos de Sabina aireados al mundo antes del episodio, donde proclamaba que «en la frontera de los treinta, quema menos el amor, pero aún calienta». Claro que no tanto como para despojarse de la libertad que sentía sacrificar en el intento. Y su frontera se alzaba unos peldaños más al norte ya. De haber algún poeta sin inspiración en la sala pensando en ciclos vitales hubiera podido apuntar que su verano se acababa para dejar paso al otoño; y así le iba. Trabajo, trabajo y trabajo; alguna fiesta; alguna nueva —aves de paso, que diría Sabina—, alguna asidua, pero esporádica a la vez; y más trabajo. Y vuelta a empezar.

Se atusó el pelo hacia atrás frente al espejo, inquieto ante el avance de aquellas entradas que se habían venido arriba —nunca mejor dicho— el último año, se colocó el traje —siempre sin corbata, nunca con corbata—, se estiró los calcetines a conciencia, lo que le recordó a Nadal cuando coloca sus botellitas de agua en la pista, y se calzó los zapatos —siempre inmaculados, nunca negros— para salir dispuesto a enfrentarse a sus demonios un día más. Un día cualquiera la rutina implicaba un poco de cinta y ejercicios antes del ritual de la ducha y el traje; un día cualquiera, menos los martes y viernes —los domingos no contaban—, en los que ahorraba tiempo a primera hora para ir a la residencia a ver a su madre y desayunar juntos, sin alterar un minuto el horario de trabajo.

El trayecto no le llevó más de tres. Aparcó en el reservado para familiares, repasó la tensión de los calcetines bajo el pantalón antes de bajar del coche, y enfiló el camino empedrado de entrada al enorme chalet reconvertido en residencia para jubilados pudientes. En la ventana de la segunda planta y haciendo esquina, en la mejor habitación del negocio, su madre lo saludaba sacudiendo la mano tras los cristales. Daniel le devolvió el saludo, instándola con un ademán a bajar al salón, cuando metió el tacón entre dos piedras y

trastabilló, recuperando el equilibrio en un milagro terrenal e inocuo, pero milagro, al fin y al cabo. Se preguntó de quién habría sido la genial idea de mantener empedrado un camino de entrada en un lugar donde la mayoría de sus ocupantes flojeaban del tren inferior.

—Buenos días, Leonor. —Regaló una sonrisa a la recepcionista —. ¿Cómo estuvo la princesa estos días?

—Buenos días, don Daniel. Muy bien. Tiene muy buena semana. La aviso enseguida. Se alegrará de verlo, como siempre.

—No te molestes: ya debe de estar de camino.

Se acercó al mostrador, recostando los codos para asomar la cabeza e inclinarse sobre la recepcionista, su escritorio y sus papeles, y su monitor de vigilancia conectado a la cámara sobre la puerta principal, que le anunciaba la entrada de los visitantes y le daba el tiempo necesario para guardar el pintauñas, la revista o la lima, según el día. Esta vez había sido el pintauñas, y Daniel notó un leve aroma a acetona que aspiró con ganas disimuladas, como un exfumador sin convicción el humo de un cigarro ajeno a la hora del café. Leonor alzó la cabeza desde su puesto, manteniéndole la mirada y la sonrisa.

—Te he dicho millones de veces que no me llames de *don*. Y menos cuando tenemos la misma edad y hemos jugado al chapolín juntos y de noche, bebido en templos del pecado y… Callaré por mi honor de caballero.

—Y yo te he dicho más millones de veces todavía que no me llames Leonor, que parezco una antigua, que solo Leo, y que el trabajo es así, y las normas son las normas, y doña Beatriz quiere que pongamos el dichoso «don» por delante a todos los clientes; o «doña». Y se dice billar. Y bares de copas. Cursi, que eres un cursi. Si no fueras guapo y rico, ni te dirigía la palabra.

Unos ojos pícaros adornaron las últimas palabras de Leo, que se perdieron huérfanas en la atmósfera con olor a linimento, a limpio y antiguo a la vez, y a sala de espera de hospital. Daniel desviaba ya su atención al ascensor, donde un pitido artificial de campanilla y el siseo de las puertas metálicas al abrirse anunciaban a la madre que lo parió. Sonrió, cayendo en lo acertado de la expresión que le había venido, y en el sentido en que solía utilizarse. ¡Menuda madre le había tocado! Pero era la suya, qué le iba a hacer. Suya, y solo

suya; y dicen que no hay más que una; y como tal la quería. Se repasó la altura de los calcetines sin ser consciente del acto, rozando discretamente la puntera de los zapatos sobre el pantalón. Primero una pierna y después la otra. Todo en orden.

Daniel, aparte de hijo único, había llegado al mundo por sorpresa, cuando ya no lo esperaban y las esperanzas se habían disuelto tiempo atrás. Fue algo así como llegar a la parada del autobús un jueves por la noche a las doce y no saber si pasó ya el último o lleva retraso, y esperas, y esperas, porque tienes esperanza, y la vas derramando con cuentagotas hasta las doce y media, una menos cuarto, cuando te convences al fin de que no vendrá, de que pasó cuando no estabas y se escapó para siempre. Y te levantas y abandonas la parada solitaria y sigues andando calle abajo, con la cabeza baja y consciente del largo y aburrido paseo que te queda. Así es la vida. Y entonces empiezas a cantar bajito, por hacer algo, para amenizar el camino de alguna manera, aunque preferirías haber cogido el bus, y cuando te estás subiendo la bufanda porque el frío del otoño —parafraseando al poeta— se arremolina dispuesto a cebarse con la única víctima que encuentra en aquella calle solitaria, dispuesto a colarse por los resquicios que encontrará hagas lo que hagas, y aún te queda camino hasta casa e intentas no pensarlo, el bus aparece a tu lado en la calzada, despacio y sin avisar, como si bajara calado cuesta abajo, y se para de repente con un chirrido prolongado, y el conductor, que te conoce de alguna que otra vez, aunque nunca hayáis intercambiado más que un saludo riguroso y educado, te reconoce y abre la puerta saltándose las normas —porque tiene un buen día y te tocó a ti, como pudo ser a otro, u otra—, con ese sonido como de olla a presión a punto de reventar, y te dice: «¿Qué miras? Venga, sube, que hace frío, y cierra la boca, que entran moscas». Y subes, y te das cuenta de la suerte que tuviste, pues si llegas a esperar cinco minutos menos hubieras doblado la esquina de la bifurcación próxima para acortar camino andando, y nunca se hubiera parado para recogerte porque ya no te hubiera visto. Y hubieras hecho el resto del camino andando en soledad.

Y eso es lo que le pasó a la madre de Daniel —al padre le daba igual ir en bus que andando— cuando le dijeron, pasados los cuarenta, que esas náuseas no eran solo náuseas. Que eran Daniel, o

sería. Porque ella siempre supo que, si era, sería Daniel, como su padre. El de ella, no su marido.

Daniel, que parece no querer romper la tradición familiar, al menos en cuanto a los plazos, está sentado ahora junto a ella, ambos cara al mar, absorbiendo los rayos de sol que los acarician hasta casi hacerlos ronronear como gatos sin hambre sobre cojines mullidos, él sentado sobre el murete del Hotel Playa de la Luz, que defiende las hamacas y sombrajos bajo los que se cuecen los turistas en verano de los embates de las olas cuando la marea se embravece, con casi la edad que tenía ella cuando empezaron las náuseas, y con la misma indiferencia de su padre respecto al tema en cuestión; este murió hace tiempo, demasiado ya. Ella, sentada en su silla, que Daniel ha dirigido desde el coche hasta allí sobre las tablas de pino que alfombran la arena desde el aparcamiento al hotel, simplemente es mayor, como lo son todas las madres tardías cuando los hijos llegan pasados los cuarenta y cumplen otros tantos. La cadera falló hace años, los cuidados se hicieron imprescindibles, y hubo un tiempo en que varias internas la acompañaron en casa, sucediéndose como relevos en carrera por motivos tan diversos como el robo, la dejadez, o la simple incompatibilidad con una de las mujeres más difíciles de llevar del hemisferio norte. Cuando la residencia abrió sus puertas, Manuela fue la huésped estrella, la piloto, la primera voluntaria para el ensayo de la vacuna, pero de pago, eso sí. Que las residencias cuidan a la gente, y esta lo hace muy bien, pero siempre por dinero. Que un negocio es un negocio y debe comportarse como tal si quiere seguir siéndolo. Y esta no es barata, pero a Daniel eso no le preocupa. Y desde entonces todo va sobre ruedas, valga la redundancia, pues el andador o la silla la acompañan dondequiera que va de la mano de uno de los grandes inventos de la humanidad.

A Daniel lo que le preocupa, sentado sobre el murete cara al mar junto a su madre, es otra cuestión, una que lo atormenta desde siempre, y ahora parece retorcer su afilada hoja dentro de la herida.

—¿Qué te preocupa, Daniel? —Una madre siempre sabe.

—Nada. ¿Qué me va a preocupar? Qué cosas dices.

—Digo lo que me parece, como siempre. —La voz es trémula, propia del invierno vital, de la tercera edad que ella prefiere llamar del bronce, pero autoritaria y serena, como siempre—. Y siempre

tengo razón.

—Pues te equivocas. Esta vez te equivocas. —Sonríe Daniel, aunque sabe que no. Que otras veces sí se equivocó, millares, quizá millones, pero no esta.

Y allí, mirándola y sonriendo, fue cuando notó vibrar el móvil en el bolsillo, tan insistente como intermitente. No era una llamada; las llamadas no vibraban. Serían mensajes de WhatsApp, y algo debía de querer alguien con insistencia para mandar esa andanada en lugar de escribir un solo mensaje más largo y elaborado. Ese ritmo de ametralladora denotaba cierta urgencia.

—Solo será un segundo —dijo, y desbloqueó el terminal aparecido del bolsillo posando el índice en el lector digital trasero para echar un vistazo rápido.

«Dónde andas daniel?».

«Te llamo y no lo coges».

«Llámame».

«Hay un problema en».

«En el vestido».

«Vertido».

«Llámame».

«*Vertedero».

Podía ser *eso*, y podía no serlo, y seguramente no sería nada, pero Daniel agradeció estar sentado, porque sintió las piernas flaquear. Acababan de empezar y ya estaba arrepentido de tener algo que ver con el solar del antiguo vertedero. Pero ¿qué podía hacer? Los negocios son negocios.

Marcó el número tres de la pantalla del *smartphone* manteniendo la presión, ordenando por marcación rápida la llamada a Pepe Guzmán, el jefe de obras. Apenas habían comenzado los movimientos de tierra, tras el visto bueno del Ayuntamiento al fin.

—¿Qué ocurre, Pepe? —Se adelantó en cuanto notó *descolgar* el teléfono, sin dar opción a Pepe para formalismos.

Estiró los labios para sonreír a su madre, levantando la mano libre para formar una U frente a ella con el índice y el pulgar, en un gesto que decía sin palabras: «Será un segundo». Aunque ya sabía que no sería un segundo. Lo presintió, como el ñu presiente que la muerte se acerca al notar la garra del león rozar su cola en la carrera, todavía la U dibujada en los dedos y una sonrisa congelada

en la cara.

Llevaba esperándolo toda una vida. Llevaba temiéndolo toda una vida.

—Hay un problema, jefe. Un problema gordo. Esto nos va a retrasar, ya verás.

—Al grano, Pepe.

—Pues verás, te va a sonar raro, pero… Bueno, supongo que es así. —Tres segundos de silencio. Daniel bajó la mano del «solo un segundo» y la posó sobre la piedra fría del murete, buscando apoyo —. Hemos encontrado un cadáver. Bueno, unos huesos. No soy forense, pero apostaría la hipoteca a doble o nada a que…, bueno, a eso.

El sol dejó de brillar; la piedra del murete pareció trasvasar todo el frío y la indolencia de sus átomos a la mano de Daniel para usar su cuerpo como campo de juego, en una descarga de miedo y un escalofrío oscuro y tenebroso, desconocido pero esperado. Daniel apretó los dedos contra la piedra. Su madre advirtió el gesto.

—¿Qué pasa? —le pareció oír decir a su madre, una voz débil al fondo de una cueva profunda.

—Daniel, ¿sigues ahí? —lo sacó de la cueva Pepe, que insistía al otro lado de la línea.

Daniel miraba al mar, donde un mercante que parecía no avanzar delataba la débil línea del horizonte que fundía en uno el agua y el cielo a aquella hora compartiendo un triste azul apastelado.

—Sí, sí, claro que sigo. Estaba… Dime, Pepe.

—Deberíamos llamar. Ya sabes. Supongo que la policía es la que se ocupa de estas cosas.

—Claro —aseveró Daniel volviendo al presente—. Claro, claro —asintió hasta tres veces, recordando, sin saber por qué, a Pedro y sus negativas antes de que cantara el gallo—. Llama tú mismo.

Un mal presentimiento le decía que algo acababa de arrancar con aquella llamada, y que iba a verse obligado a negar más de tres veces en los días venideros.

14

Odiaba los días de guardia de Marcos. Esos días le tocaba todo a ella. Y todo era despertar a Andrés y Laura, ayudarlos con la ropa, prepararles el desayuno, meterles prisa para que no llegaran tarde, y… Y ya está. Lo de llevarlos al colegio le tocaba estuviera Marcos de guardia o en casa; cuando eres profesora de un colegio y tus hijos van al mismo centro, es lo que toca. Pero el resto no dejaba de ser un fastidio. Marcos la tenía mal acostumbrada; claro que, cuando eres bombero y trabajas un día y descansas tres, lo menos que puedes hacer es ocuparte de los niños por la mañana; tampoco tenía tanto mérito, bien pensado. Después ella se los llevaba y, ¡ea!, toda la mañana para él solo. Vale que cuando trabajaba echaba tres turnos seguidos de guardia, y seguramente hoy llegaría cansado, pues ayer oyó las sirenas como locas y los camiones pasar, y al rato las redes ya echaban humo, nunca mejor dicho, con el incendio de las naves del Edificio Vilaser, allí donde los locales se alquilaban todos los fines de semana para las fiestas de la juventud. Últimamente estaban de moda las fiestas ambulantes en locales y naves de los polígonos industriales. «Ja —se sorprendió pensando —: la juventud, eso que crees tener para siempre y se va un día sin avisar». Se fue, de un día para otro, o lo parecía, que venía a ser lo mismo. Sin darse cuenta, había pasado de salir a placer y a cenar con los amigos a comprar chupes y pañales; después, disfraces diminutos para cumpleaños de enanos desconocidos; y ahora, raquetas de tenis júnior y kimonos de kárate que parecían encoger en los meses impares, a veces hasta en los pares; y yogures, toneladas de yogures —Marcos le decía a veces que no le extrañaría nada si cualquier día recibían una llamada del Carrefour para que les prestasen yogures en un apretón de ventas—. «Y todo eso sin contar lo de los viajes; esos que hacían en pareja sin apenas pensar en el destino mientras hubiera por medio un avión; esos que habían desaparecido para siempre, o al menos hasta la jubilación», pensó

negando con una cabeza sin dueña.

Abrió el cesto de la ropa sucia y tiró al fondo tres calcetines que había encontrado debajo de la cama de Laura —¿dónde estaba el otro? Odiaba los pares sueltos—. Miró hacia el salón, donde Andrés ya engullía cereales hipnotizado por los dibujos animados de la televisión. Si un día se sacara un ojo con la cuchara, nadie se sorprendería.

—Lauraaaa, ¿qué estás haciendo? Vamos, que se enfría la tostada —gritó sin dejar de mirar a Andrés. Ni se inmutó, ajeno al grito, la cuchara a medio camino.

Pues todo eso lo aceptaba sin rechistar, pero lo que a Blanca le daba realmente coraje era tener que zarandear, levantar, vestir y preparar el desayuno a los niños, con el estrés que todo eso arrastraba y con el reloj en el culo, hasta conseguir meterlos en el coche y arrancar camino al cole, donde, por otro lado, como le pagaban el sueldo, no estaba bien visto llegar tarde. No una profesora. Más estrés. Y no le daba coraje de manera irracional, sino porque, excepto los días que tenía guardia, el lote al completo era tarea de Marcos. «Todo suyo», se sorprendió escuchándose a sí misma. Y además se le daba mejor que a ella. Por alguna razón que se le escapaba, lo que a ella le parecía más estresante que desactivar una bomba a un daltónico, Marcos parecía llevarlo como un pastor con vara y perro para una cabra solitaria.

Así que sí, odiaba los días de guardia de Marcos.

—¿Listos? ¿Mochilas? ¿Desayuno? ¿No se olvida nada? Abre la puerta, Andrés. Iros metiendo en el coche, que ya voy. Venga, que ya vamos tarde.

Recogió las llaves de la mesa de la cocina y presionó el botón adecuado del mando a distancia del coche, apuntando a la pared que la separaba del todocamino que reposaba al otro lado. Acostumbrados a la tranquilidad de los pueblos desde la infancia, la condición indispensable al decidir mudarse a Sevilla había sido hacerlo a un chalet independiente, paliando en parte el ajetreo y la muchedumbre de la ciudad. La contrapartida: kilómetros de ida y vuelta a diario desde el extrarradio. Resultó que los chalets del casco urbano no estaban al alcance de los funcionarios no corruptos. Los precios prohibitivos hicieron caer por su peso la solución intermedia: pareado con porche y jardín en Montequinto,

un pequeño (no tan pequeño) núcleo de población anexo a la capital, con identidad de barrio y trazas y méritos de pueblo independiente y capaz. A tiro de piedra del término municipal de Sevilla capital, en la práctica contaba con todos los servicios y comodidades, más desahogo y menor precio inmobiliario.

Andrés abrió la puerta, seguido de Laura, sorteando de un salto el objeto como el que ve un mojón de perro en la acera. Obedientes, saltaron de nuevo para perderse en el coche y esperaron a su madre discutiendo por el poder de los botones de la radio. Laura quería música; Andrés, simplemente silencio. Ganaba Andrés, por antigüedad, aunque lo que se decía silencio no había.

Blanca cogió el bolso del gancho junto a la puerta y salió, dando una patada involuntaria al objeto, que rodó unos metros hasta frenar en seco, detenido por el neumático delantero izquierdo del Volkswagen.

—¿Qué…?

No dijo más. Pensó en algún juguete abandonado en el porche. Podría apostar una mano sin perderla a que en aquel porche siempre había un balón fuera de sitio o algún juguete tirado en un rincón. Se acercó a recoger el objeto y lanzarlo dentro de casa antes de cerrar. Tendría tiempo para repetir las normas respecto a los juguetes y el porche por millonésima vez durante el trayecto.

Dudó un segundo, sin saber aún por qué y agachada como estaba, y lo cogió: un zapato de charol. Demasiado pequeño para ser de ella; demasiado grande para ser de Laura. Y eso quitando que conocía de sobra los zapatos que tenían todos en su casa. Este no era de nadie. De nadie de su casa, al menos.

«No», pensó. Solo «no». Desechó la sombra que como una nube negra se había posado un segundo sobre ella y, abriendo la puerta del conductor, enseñó el zapato a sus hijos.

—¿Habéis sido vosotros?

—¿El qué, mamá? —respondió Laura.

—El zapato. Este zapato. —Alzó la mano nerviosa hacia el interior, azuzándolo. Algo se le empezaba a revolver en el estómago, como una cena copiosa mal digerida.

—Yo no. Estaba en la puerta cuando abrí —dijo Andrés.

—Verdad. Yo lo vi también, mamá.

Blanca bajó la vista, examinando el objeto con más calma. Un

zapato, solo un zapato negro. Sin embargo, no era solo un zapato negro. Era un zapato negro de charol. Y no solo un zapato negro de charol. Era un zapato negro de charol como *aquel*.

Los recuerdos volvieron, como demonios agazapados e invisibles bajo la superficie, preparados para escapar del abismo a la primera oportunidad. Abriendo la mano, soltó el zapato; libre, cayó a plomo sobre las losas ocres del porche. Andrés, que a sus diez años ya leía bajo la expresión superficial de un rostro, notó que algo parecía incomodar a su madre.

«Olvídalo, Blanca —se dijo—. Todo tendrá una explicación, tonta».

—¿Qué pasa, mamá?

—Nada. ¿Qué va a pasar? Que no me gustan las cosas tiradas sin recoger —contestó, obviando que ella misma había dejado caer el zapato para olvidarlo allí.

Se metió en el coche, dejándose caer ella también, temiendo no sostenerse por aquellas piernas que parecían ceder bajo un peso enorme y repentino. ¿Podría desmayarse allí? No, Dios mío, mejor no, con los niños delante, y sola. Vaya numerito. Contó hasta diez en silencio, respiró tres veces, aspirando con fuerza y dejando escapar el aire más intermitente y entrecortado de lo que hubiera deseado, y giró la llave. Metió la pierna que se le había quedado atrás dentro, como si un tiburón —o un zapato— pudiera saltar de repente y atraparla, para arrastrarla muy hondo, y cerró la puerta; apretó el acelerador sin meter la marcha, con lo que presentó su candidatura al concurso de decibelios semanal del barrio. Aflojó el pie, los niños mirándola tan ensimismados como extrañados, los tres sin abrir la boca, metió marcha atrás al fin y salió a la calle, no sin antes mirar aquel zapato que se quedaba allí, esperándola. Porque tenía que volver, tarde o temprano tenía que volver, aunque eso fuera lo último que quería en el mundo en aquel momento. Vivía allí.

Apretó el botón del motor de la cancela y esperó. Y esos doce segundos le parecieron trillones de años contemplados a cámara lenta. Doce segundos en los que miró aquel zapato negro de charol hasta que desapareció tras la plancha de hierro gris ceniza que aún se deslizaba por el carril, y en los que recordó cosas que juró no recordar, cosas enterradas veinticinco años atrás.

«No puede ser», se trató de convencer. Pero no lo estaba. Nada convencida.

El camino al colegio fue taciturno, acentuado por el hecho de que la radio fuera silenciada bajo el mandato infantil de Andrés. A las diez, tras la segunda clase, no aguantaba más. Sabía que el zapato seguía allí, a la puerta de su casa, esperándola; sabía que Marcos salía a las doce de la guardia, y que a las doce y media, minuto arriba, minuto abajo, estaría pulsando el botón de la cancela y se encontraría de cara con aquel zapato negro de charol; porque lo vería, no tenía dudas; y sabía que imágenes arrinconadas hacía mucho le asaltarían la mente como hienas hambrientas. ¿O acaso se estaba volviendo loca de repente?

A las diez y diez ya había hablado con María, la jefa de estudios, le había contado la película de que se encontraba muy mal —que por otro lado, no era ninguna película, al menos no de ficción— y necesitaba ir al médico de urgencia, y le había pedido que reorganizara sus clases pendientes del día. A las once y cinco ya estaba en la puerta de su casa, separada de aquel zapato negro de charol por una cancela gris ceniza que no se atrevía a traspasar.

Sentada en el coche, frente a su casa, esperó a que Marcos llegara para entrar.

A las doce y trece bajó del coche y miró por una rendija visual entre las tuyas del jardín. Allí seguía, negro y acusador sobre la losa ocre del porche. Volvió al coche y cerró los pestillos.

Apenas dos horas después, un zapato que nadie calzaba en esa casa reposaba sobre la mesa del comedor como un trozo de kriptonita en casa de Superman. Marcos y Blanca lo miraban, mudos. No estaba loca. Al menos de momento; o lo estaban los dos.

Más tarde hablarían, verbalizarían lo que pensaban, racionalizarían un hecho insulso e intrascendental como era un simple zapato a la puerta de una casa. ¿No podría ser que hubiera pasado cualquier niñato y lo hubiera tirado por la cancela como una simple travesura? ¿Quién sabía lo que ese zapato podía suponer para ellos? Ya era mala suerte, pero existían las casualidades. ¿No era posible? Lo era, sí que lo era; y hasta lo más probable. ¿No podía haberlo llevado un gato ladrón y mezquino desde cualquier otro rincón hasta su puerta atrapado entre sus fauces? Podía. Todo era posible, excepto los fantasmas en que pensaban los dos. Eso era

imposible.

¿Y no era Conan Doyle o alguno de sus personajes el que decía que, cuando se apartaba *lo imposible*, lo que quedaba, por *improbable* que pareciera, debía de ser la verdad?

Pero aquel zapato era tan parecido… ¿No era igual, incluso? ¿No era igual?

Pasadas las nueve de la noche preguntaron a Lola, la vecina divorciada cuyo pareado lindaba con el suyo. También era posible. Tenía una hija adolescente, y aunque el charol no estaba de moda, ¿quién sabe? Hasta podía ser de un disfraz. Y tenía perro. Quizá el perro lo había cogido y se había colado… Negativo. El perro pasaba una semana con su exmarido y a la hija adolescente le iban más el hiphop y las zapatillas de deporte. «Ojalá», fue la expresión exacta de su madre ante la pregunta de si era suyo.

A las dos de la mañana el zapato seguía sobre la mesa del comedor. Marcos y Blanca luchaban, juntos, pero por separado, ambos en la cama y con disimulo, intentando apartar los demonios que acechaban, con cuernos enroscados y colas de punta de flecha asomando en la penumbra de la habitación a ratos.

A las tres y cuarenta de la mañana, Blanca alargó la mano para encender la luz de la mesita de noche, que lució encendida hasta que los primeros rayos de sol se colaron por la ventana y barrieron el suelo de la habitación y se subieron a la cama. En su lado y de espaldas, Marcos, aún despierto, no dijo nada.

15

Cuando Daniel llegó al antiguo vertedero ya flameaban con la brisa húmeda de la mañana las célebres cintas de los policías televisivos, americanos por excelencia. La escena descolocaba un poco, pues al parecer aquí no eran las mismas cintas, aun teniendo la base yanqui a pocos metros, y el característico color amarillo y la leyenda en letras negras con el conocido «Do not cross» se presentaba en el vertedero de blanco y con letras azules, a juego con el cuerpo de seguridad que había desplegado la cinta y clavado las estacas para sujetarla. Al estacionar a la sombra del gran soporte publicitario donde un cartel enorme predecía el futuro del solar, una imagen a ordenador de un bloque aún inexistente bajo el logo de la empresa junto a una leyenda («TINO CYP, el Futuro ha llegado») reinaba en el antiguo vertedero, y todavía con el albero revoloteando tras el paso de los neumáticos, Daniel ya leía con claridad los caracteres azules grabados sobre la cinta: «C. Nacional de Policía». Un escudo acompañaba la leyenda aportando un plus oficial al asunto. En rojo, entre azules y blancos, dos palabras destacaban remarcando el cometido de las cintas, simples y concisas: «No pasar». Y todo, cómo no, repetido una y otra vez como un telegrama rayado hasta el infinito, o hasta el final del rollo al menos.

Un agente de uniforme, con seguridad designado para la ocasión como cortafuegos ante los curiosos, se acercaba a cortarle el paso y mandarlo de vuelta al Range Rover todoterreno cuando Daniel ya presionaba el botón del mando y un bip-bip declaraba a los cuatro vientos el hermetismo del flamante vehículo inglés.

—Buenos días, Manuel —se adelantó Daniel reconociéndolo.

Rota no era una localidad especialmente pequeña, y en los últimos años se había expandido mucho, con Daniel —o para ser más precisos, su empresa, TINO CYP (Construcciones y Promociones, S. A.)— como parte activa del proceso, pero aún no había llegado el día en que dos oriundos del lugar no se

reconocieran tras cuarenta años pisando las mismas calles. Más, si cabe, cuando habían compartido algún que otro año y clase en el colegio.

—Hombre, Dani. ¿Coche nuevo? No te había reconocido.

—Ya ves. Los *rentings* casi te obligan a cambiar de coche cada pocos años.

—Ya. —Manuel admiraba el coche frotándose la nuca tras la gorra—. Bonito blanco.

—Gracias, se lo diré a mi madre de tu parte. Fue ella quien eligió el color.

—Pues dile que tiene buen gusto, también de mi parte. ¿Cómo está la vieja?

Daniel aborrecía la expresión. Siempre le había sonado mal. «Cuestión de gustos», se dijo, pero no podía reprocharle nada al policía. La intención era buena, y lo de «vieja» o «viejo» era costumbre común en muchas bocas de hijos para referirse a los progenitores. Lo dejó pasar, como se deja pasar el autobús que no esperas.

—Bien. Da envidia verla; acabo de dejarla en la residencia —mintió a medias. El bajón de los últimos meses era palpable, pero no tenía talante ni ganas para discutir la salud de su madre con Manuel esa mañana. Y menos en aquel escenario—. ¿Qué ha pasado? —cambió de tercio señalando el pequeño circo sin carpa que se había montado, donde uniformes azules se movían de un lado a otro junto a trajes de chaqueta que presumían de placa con el simple aplomo de sus movimientos.

Agachadas en el centro del perímetro, un par de figuras ataviadas de manera informal, con lo que parecían vaqueros y calzado deportivo, concentraban su atención en algo que escapaba a la vista de Daniel.

—¿Eh? Ahh, ¡joder, es verdad! Esto es cosa tuya. Quiero decir, la obra —cayó en la cuenta Manuel. No era detective y no era casualidad—. Pues ya es mala suerte; te ha tocado el gordo. Es un cadáver, y no he visto muchos, pero que me quiten la placa si no es humano. ¿Te han llamado?

Daniel recordó la expresión de su jefe de obras al anunciar lo mismo. Prima hermana. «Debían de ser las películas», pensó. Están en la mente de todos; o las series. Ahora se llevaban las series. Se

consumían como palomitas en un cubo a compartir.

—Sí —zanjó el diálogo Daniel pasando a los monosílabos. Ya era hora de echarse los demonios a la cara—. Te veo luego; me están esperando. —Señaló por segunda vez el perímetro de cintas blancas y azules, dejando atrás a Manuel.

Sorteando el cordón como la antítesis de un saltador olímpico de altura y con la aquiescencia implícita que otorgaba haber dejado atrás al agente cortafuegos, Pepe lo saludaba ya con un movimiento de cabeza al verlo llegar. Junto a él, un agente embutido en un uniforme tomaba notas de algo que parecía dictar la mujer que Daniel veía de espaldas con agrado. Ya se preguntaba cómo sería el anverso con curiosidad de género. La rubia pareció captar el movimiento del jefe de obras, o quizá fueron las pisadas de Daniel sobre el albero, y se volvió, escondiendo la melena al sol para dejar brillar una placa enganchada al cinturón que rodeaba unos vaqueros que estrangulaban unas piernas largas como el Nilo, si no más. Rondaba la edad media para procrear en el siglo XXI, pero Daniel dudó que lo hubiera hecho, a juzgar por la figura, o por cualquier otra cosa, lo que fuera. No supo que acertó hasta más tarde. Las gafas parapetaban unos ojos verdes e intensos que hicieron flaquear la mano que Daniel ya estrechaba. Queriendo disimular el reflejo, quizá apretó un poco más de la cuenta, y la rubia tiró de su mano para zafarse.[1]

En algún lugar olvidado se perdieron las palabras que pronunció el jefe de obras al hacer las presentaciones.

—Ya veo que ha desayunado bien. —Se soltó estirando los labios en una sonrisa perfecta.

—Disculpe. Mi abuelo decía que la mano hay que darla con fuerza, o mejor no darla; que es signo de personalidad.

En otras circunstancias, Daniel quizá habría apreciado la sombra que cruzó fugaz sobre aquellos ojos verdes ante la presentación, fugaz como una golondrina al pasar ante una ventana; funesta, como si la golondrina resultara ser un buitre. Pero Daniel tenía sus propios buitres rondando, algunos ya viejos, y pensaba en el vertedero que juró no volver a pisar, en la obra parada por unos huesos y, por qué no, también en alguna golondrina, como la rubia de ojos verdes con placa y piernas infinitas. Y el conjunto despistaba un poco, o mucho, y no apreció esa sombra particular

que Alicia —tal era el nombre que Daniel estaba a punto de escuchar— enterraba ya de nuevo a paladas. Sus inocentes palabras habían reflotado fantasmas de un pasado cercano, pero eso era imposible saberlo para Daniel, así como Alicia no conocía los fantasmas de Daniel. Los fantasmas son cazadores taimados y solitarios, y suelen atacar de a uno. Cada individuo tiene los suyos.

—Debe… Debe de ser usted todo un personaje entonces —titubeó, pronunciando palabras que parecían sacadas de un recuerdo—. Alicia Tressi, inspectora en suerte del caso. Si es que hay caso —añadió, reponiéndose al fin de donde quiera que hubiera caído. A punto estuvo de escapar, pero aquí a Daniel le pareció percibir algo.

—¿Ocurre algo?

—En absoluto. Es solo que sus palabras me han traído a la memoria algunos recuerdos.

—Espero que buenos. Daniel Bastida, a su servicio, dadas las circunstancias. Supongo que ya sabe quién soy. De tú, por favor, si no le importa. Lo prefiero. Somos jóvenes, además. Tú más que yo, sin aventurar.

—Prefiero el usted, dado el caso, si no le importa, a su vez. No es nada personal.

—Entiendo —aparcó el asunto Daniel. Esa mañana a todos les debía de haber dado un ataque de remilgos y educación en el trabajo—. Dígame, ¿a qué me debo atener? Esto parado cuesta dinero, y mucho. —Abarcó con la mano el solar, como un torero sin muleta.

—No quisiera parecer agorera, pero eso que tenemos ahí —señaló a lo que parecía una humilde excavación arqueológica y colegial en busca de fósiles— parece ser una persona. ¿Es así, Torres? —levantó la voz, consciente de que Torres, agachado sobre lo que sin duda eran huesos que afloraban de la tierra, escuchaba desde el principio, a solo un par de metros, para volver a bajarla y dirigirse a Daniel sin dejar de mirarlo—. Torres es el forense.

—Señor forense. Así es —se limitó a contestar Torres sin dejar sus cosas, como un niño que entra en una conversación de adultos.

—Ya veo. Y eso significa que… —dejó la frase a medias Daniel, ofreciendo el relevo.

—Significa que tenemos que… No, *debemos* asegurarnos de que

no hay más de esos por aquí. Según sus hombres y lo que llevan removido aquí, parece improbable, pero tiene que entender que *debemos* asegurarnos. En cuanto tengamos bien delimitada la zona y el juez lo permita, le prometo que podrá seguir con su trabajo, al menos, en todo lo que no interfiera con la investigación. El solar es grande; supongo que podrá avanzar por otro lado.

Pepe, mudo y atento a toda la conversación como jefe de obras y mano derecha de Daniel en esas cuestiones, lanzó un bufido más propio de un toro a punto de embestir.

—«Zapatero, a tus zapatos», inspectora. Se nota que esto no es lo suyo —protestó.

—Desde luego que no. Solo les puedo prometer que será lo antes posible. Hasta nuevo aviso, no quiero ver levantar ni una piedra, ¿está claro? —dijo mirando a Pepe, obviando a Daniel—. Si les necesitamos para cualquier cosa serán ustedes los primeros en saberlo, y seguro que los necesitaremos.

—Como el agua —contestó Pepe, volviéndose y retirándose, como el torero que acaba la faena.

Daniel, atento, esperaba el momento. La obra era importante, y los daños económicos serían también importantes, sin duda. Se anotó en un rincón gestionar cuanto antes con Rosa (del departamento de administración de TINO CYP) el tema del seguro, a ver qué se podía rascar, y se centró en lo *realmente* importante.

—Gracias, Alicia. Puedo llamarla Alicia, ¿verdad?

—Es mi nombre, no veo de qué otra manera podría. —Sonrió ella.

—¿Qué sabemos de los huesos? —señaló, dejando pasar el capotazo.

—De momento, que son humanos. Pero le prometo que pronto le daré un nombre, si tiene curiosidad.

Daniel le devolvió la sonrisa, tragando como bilis rebelde la amargura que pugnaba por asomar.

16

Odiaba repasar expedientes, pero alguien tenía que hacerlo. Él tenía que hacerlo. Formaba parte de su trabajo, pero no por eso debía gustarle.

Se deslizó hacia atrás apoyando las plantas de los pies contra la balda de la mesa, impulsándose al tensar los músculos y hacer rodar la silla giratoria, como un cohete al final de la cuenta atrás. Advirtió que se había quedado a la distancia justa para apoyar los talones sobre la mesa. La idea lo atrajo. Miró alrededor.

«No está bonito», dedujo. Sobre todo, no estaba solo, y el resto de compañeros trabajaban, o parecían hacerlo. Estaba en la sala común, donde ninguna mesa tenía nombre —tampoco es que él tuviera una con nombre en ninguna otra parte de la comisaría— y cualquiera era libre de sentarse donde le viniera en gana, siempre que no hubiera alguien sentado ya. Él lo hacía siempre que podía junto a la ventana. Si por algo terminó estudiando y aprobando las oposiciones para policía local era por patrullar las calles, tal y como lo hacían en las series de televisión.

Al final había resultado que la cosa difería un poco de la televisión, y lo que nunca le contaron era el papeleo que cualquier dedo que se movía generaba. Al menos, le quedaba la ventana; siempre era mejor que cualquier mesa del centro, como en los trenes o los aviones, y hasta daba una impresión de falsa libertad, que siempre era mejor que ninguna.

Haciendo palanca con los talones en el suelo, se acercó de nuevo a la mesa, y asió con las manos el tablero de madera para ayudarse. La televisión que colgaba de la pared frontal permanecía encendida y sintonizada en las noticias, tan muda como Chaplin. Algún compañero falto de concentración le había debido de bajar el volumen hasta el cero. Susana Griso —¿o esa era Ana Rosa, la de la competencia? Siempre las confundía, y lo mismo le daba— moderaba una mesa donde unos contertulios igualmente mudos

parecían querer matarse a base de gestos.

No es que la tele fuera útil allí colgada, pero en las series policiacas americanas se llevaba, y no iban a ser menos en Rota. Que Hugo recordara, solo se habían reunido en torno a ella como zombis absortos un par de veces o tres, y nunca para nada bueno: las torres gemelas, los atentados de Madrid, los de las Ramblas, Niza… Casi le entraban ganas de pegarle un tiro a aquella emisaria del demonio, tal cual, allí mismo y desde la mesa, ahora que lo pensaba. Si no sacó la pistola para darse el capricho fue porque pensó en el papeleo que vendría detrás.

Desechó la idea al recordar el uso tangencial, y a la postre principal, del aparato: el fútbol. Partidos sí que habían visto unos cuantos. Más de tres y cuatro, y aunque no era lo mismo sin unas cervezas delante, y eso ya sí que no tenía arreglo en una comisaría de policía, mejor eso que nada, si coincidía que había un partido en tu turno.

—Le doy voz —anunció Rodríguez entrando en la sala. Cogió el mando del soporte de la pared y apretó el botón adecuado, dando por hecho un permiso que no esperó—. Me ha llamado mi mujer. Dice que pasa algo en la obra del vertedero y lo están echando por la local —explicó dirigiéndose a los congregados en la sala y a ninguno en particular.

Hugo miraba ensimismado cómo las morcillas que Rodríguez —que además de altura, atesoraba kilos y colesterol a partes iguales tras un gran bigote de morsa— tenía por dedos habían conseguido apretar el botón adecuado, y la voz de Susana Griso —sí, la morena era Griso, seguro— se esparcía por la sala, cuando sintió erizársele los pelos de la nuca. Inevitable. Solo el hecho de escuchar la palabra maldita le provocaba aquella primera reacción. A continuación vendrían las náuseas, pero eso siempre era después, unos minutos más tarde, cuando los recuerdos afloraban y parecían apoltronarse en su cabeza como si hubieran encontrado una hamaca con sombrilla en medio de un desierto de arena fina. Ya después se iban, pero no sin olvidarse las náuseas en la hamaca, semejando terroristas que dejaran una maleta en la estación.

«La local» era la cadena de televisión local Rota24, y de ahí el apelativo, que ellos mismos, como cuerpo de policía, compartían sin riña. «La local», «los locales», esos eran ellos, además de algunos

sustantivos menos agradables las más de las veces, cuando variaban.

—¿Qué ha pasado? —Atinó a juntar tres palabras, la voz trémula.

—A eso vamos. Si adivinara el futuro estaría en el Caribe, y no con la que me ha llamado. —Rio Rodríguez.

Tres o cuatro risas lo acompañaron, amontonándose a la espalda de Hugo.

El chaval que portaba el micrófono no parecía tener edad para haber acabado la carrera; ni para entrar en las discotecas, afinando. Pero eso a Hugo le importaba tanto como la dieta del colibrí rojo de Juan Fernández[2]. Lo que realmente lo había dejado pegado a la silla como una lengua a un ladrillo de hielo eran las palabras sobreimpresas en el tercio inferior de la pantalla: «Huesos humanos descubiertos en el antiguo vertedero». Escueto, conciso, aterrador. Sobre todo, aterrador.

Un reflejo cruzó la mente de Hugo Campos, policía local de Rota que odiaba el papeleo y disfrutaba en secreto levantando parabrisas para colocar multas. Se llevó la mano al bolsillo derecho del pantalón, acariciando el móvil bajo la tela. Dicen que los hermanos mellizos tienen una conexión especial.

«Blanca».

Se levantó y salió al exterior, esquivando los uniformes azules que, agolpados bajo la tele, comentaban despreocupados la noticia. Después se escabulló al aparcamiento, no sabía si por llamar a su hermana con intimidad, o buscando aire en cantidad con que llenar los pulmones una y otra vez. Al mirar en derredor, se descubrió solo. Algunos coches con sirenas reposaban diseminados sin orden aparente. Frente a él, la carretera de Chipiona entraba a Rota desde el oeste. Al fondo y tras ella, el pinar tapaba la playa. A su espalda, oculto e invisible desde su posición por el edificio que albergaba la sede de la Policía Local de Rota y a menos de un kilómetro, Daniel Bastida, propietario y gerente de TINO CYP, se despedía de la inspectora de ojos verdes con una sonrisa impostada, los labios bien estirados y los dientes superiores asomados al balcón a tomar el aire.

Pulsó el botón de llamada para llamar a su hermana. Blanca siempre sabía dar el primer paso; así había sido desde siempre y así

seguiría siendo mientras fueran hermanos.

Entre fantasmas que tomaban forma en esa masa gris entre oreja y oreja y en un instante fugaz —dicen que hay instantes eternos—, le pareció vislumbrar un movimiento, el teléfono pegado al cartílago esperando oír la voz de su hermana. Al fondo, al cobijo de los pinos y matorrales entre la playa y la carretera. No hubiera sabido decir por qué, pero le pareció un movimiento furtivo, taimado. Fue apenas un suspiro planeando sobre una brizna de hierba. Fijó la vista buscando la discordancia: nada. Solo un perro y un dueño, no allí donde…, no, algo más a la izquierda. Quizá fuera el perro, quizá no. Se olvidó de ello y pasó a centrarse en el pitido intermitente que se le hacía eterno en la oreja derecha.

17

Respiró tres veces, pausado y a conciencia, sin miedo a agotar el oxígeno del interior del coche. Había abandonado el vertedero, paseado sobre la hora del almuerzo hasta esquivarlo, aplacado las protestas surgidas en algún rincón de ese aparato que llaman digestivo con un café solo y un dónut de chocolate en soledad, y solo, como el café o los perdedores, había llegado a la conclusión que lo había llevado a estar mirando ahora sin ver, como un detective privado sin vocación y sentado tras el parabrisas del todoterreno, el motor apagado, a las gaviotas residentes peleándose por los restos de pescado frente a la taberna portuaria. Daniel Bastida miraba, pero no las veía; podría decirse que estaba en otra dimensión.

Claro que los detectives privados de la tele nunca tenían todoterrenos flamantes y caros. Lo suyo eran coches viejos y anodinos. Achatados y largos si había que atenerse al canon clásico. Coches donde pasar desapercibidos, de muelles vencidos donde ladear la espalda, incómoda a media guardia con razón.

Desechó los pensamientos con un manotazo mental. Era absurdo estar allí, pensando en Colombos y Marlowes venidos a menos.

«Estas son las locales», pensó dando un giro de ciento ochenta grados —en la cabeza, donde el motor, al revés que el del coche, echaba humo—, advirtiendo por primera vez a las gaviotas y sus trifulcas. Un grupo de ellas repelía desde el cemento a otras dos, que como kamikazes bajaban rozando el objetivo y volvían a subir para repetir la operación, buscando alcanzar los restos de pescado burlando el rechazo de las otras. «Los locales», recordó el argot de los surfistas ante los intrusos foráneos en sus playas. Bueno, peor eran los taxistas en los aeropuertos, hiló pensamientos sin saber por qué. Estos sí que eran duros de verdad defendiendo la plaza. Al final, lo de las gaviotas no era nada extraordinario. Tanto los unos como las otras defendían un trozo de pan —o de pescado— que

llevarse a la boca, con razón o sin ella. Podría estar viendo a las gaviotas locales del puerto defendiendo el territorio ante un par de gaviotas de playa, o de donde quisiera que fuesen las otras dos, si es que eran de algún otro lado. Valiente estupidez. Fuera, otro manotazo mental.

El sol rozaba ya el faro, perdiendo altura de manera inexorable —la Tierra ganándola, que diría Galileo—, y los rayos doraban los plumajes de las gaviotas, deformando las sombras para crear sobre el asfalto pájaros de otra época, efímeros reflejos del Jurásico. Patas cortas, cuerpos de pechos fornidos de gimnasio y abono anual, cabezas imposibles. Un par de gatos aparecieron tras el murete del fondo. La cosa prometía ponerse interesante.

Pero no había conducido hasta el puerto para eso. Había venido para repartir el peso; soltar un poco de lastre. Y no se le ocurría nadie mejor que Nico para eso; para encontrar a Nico el mejor sitio era el puerto, o eso esperaba. Hacía meses que no se cruzaba con él; no por nada especial; simplemente, vidas diferentes. Lo suyo eran las obras; lo de Nico, los barcos.

Pensó en los turistas advirtiendo a un par de ellos que rebasaban a los gatos, ociosos bajo el uniforme oficial de turista. Esos sí que les venían bien a los dos. A él, para vender rápido y bien las segundas viviendas; a Nico y su pequeña empresa de chárter, para alquilar sus embarcaciones o pasear veraneantes ávidos de viento o pesca. Al final sí que tenían algo en común. Pero no era eso lo que lo había llevado allí, y volvió a pasar por la casilla de salida, adelantando a gaviotas, gatos y turistas. Era el peso, ese que le habían echado a la espalda esa mañana en el vertedero. Eso era lo que lo había llevado allí, a repartirlo un poco.

De los cinco, solo tenía a mano a Nico y Hugo. Los tres seguían viviendo en Rota. Mejor Nico. Sí, Hugo era policía local, que no nacional como la rubia de ojos verdes, y debería ponerlo también al corriente, si es que no se había enterado ya Además, *Hugo sabía*… Medio pueblo debía de estar al tanto ya. Quizá Hugo pudiera meter la nariz más hondo que él mismo en el avance de la investigación, pero de momento prefería a Nico para llorar hombro sobre hombro, para repartir peso. Nico siempre quitaba importancia a las cosas. Conociendo a Hugo, hubieran sido capaces de suicidarse al final de la tarde como sectarios con órdenes terminales. Desde el incidente

no había vuelto a ser el mismo; o igual siempre fue este, el de ahora. Y aunque mantenían el contacto, también mantenían las distancias. No era como antes, como entonces, antes de lo de…

Se apeó del coche, olvidando por fin a las gaviotas y los gatos, reculando las unas en un graznido coral que semejaba una manada de perros quejumbrosos y colas pisadas; avanzando los otros ya raudos y agachando el cuerpo, dejando asomar omoplatos gatunos como aletas de tiburón duplicadas en el lomo.

Había estado vigilando a ratos los atraques desde el coche. La flota de Nico la conformaban dos embarcaciones: un velero de diez metros que había dejado atrás sus mejores años, pero que Nico mantenía cuidado y al día, y un pequeño yate de pesca, casi nuevo y aún reluciente, con ese resplandor que desprenden las cosas nuevas, ese que se va como la juventud, sin avisar. Tras las gaviotas y los gatos, desde el coche se apreciaban los pantalanes, con sus *fingers*[3] y sus barcos amarrados. De los dos de Nico faltaba el velero. Daniel lo veía surcar ya las aguas mansas del puerto con las velas recogidas, de regreso en busca del atraque asignado. Apuró el paso en busca del pantalán, rumiando modos de abordar el tema con Nico. ¿Acaso había alguno apropiado?

—Dichosos los ojos —levantó la voz Nico a la vez que la cara, viendo a Daniel acortar metros pisando las tablas del pantalán—. ¿Has venido a devolverme la suerte que te llevaste? En este pueblo parece que solo ganas pasta tú.

—Venga, no te quejes, que no te va tan mal.

—Ah, ¿no? ¿Tú ves algún cliente por aquí? Porque yo no lo veo.

—¿De dónde vienes entonces?

—Del Náutico de El Puerto[4]. Lo alquilé la semana pasada un par de días, con la condición de que me lo dejaban allí; tiene cojones. La gente se cree que esto es Hertz. Pero, si hay que hacerlo para alquilar algo estos días, pues hay que hacerlo.

La pasta manda. O me lo traía hoy de vuelta, o me cobraban la estadía allí. Y aquí es donde volvemos a eso de «la pasta manda».

—Y que lo digas —respondió Daniel pensando en el vertedero, y en la hora en que se metió en él por pasta y solo por pasta.

—¿Qué te trae por aquí? Porque no habrás venido a colocarme un collar de flores al cuello, ¿verdad? Ni esto es Hawái, ni te veo yo con falda. Ni te quiero ver.

«Pues es un poco un collar, pero de plomo, más que de flores», se guardó el comentario Daniel.

—Es complicado. ¿Tienes un rato?

—Y dos. Toma, sujétame esto que acabe, y me lo cuentas camino a El Puerto. —Le lanzó un petate estanco a medio aprovechar desde la proa, agachándose para asegurar las amarras en las cornamusas.

—¿De qué estás hablando?

—Hombre, ¿cómo crees que fui a El Puerto? Tengo mi coche allí. Me cuentas lo que quieras por el camino, y te invito a dos cervezas. Una allí y otra a la vuelta. Las restantes las pagas tú, que eres el potentado. Yo todavía tengo que terminar de pagar ese de ahí. —Señaló con la cabeza su otra mitad de la flota, especializada en pesca y birras frescas, como él mismo solía anunciar a los clientes, flotando como si nada fuera con ella, muda junto al velero.

El Puerto de Santa María distaba quince minutos en coche de Rota. Daniel pensó que sería suficiente para hacer un buen resumen. También que Nico se iba a ahorrar las dos cervezas. O eso, o se las iba a tomar sin ganas.

DANIEL

Y así, ni más ni menos, es como volvimos a unirnos, los cinco, como los cinco cerditos y el lobo, al que aún no habíamos visto los dientes ni sabíamos qué forma dar, pero ya empezaba a enseñar las orejas. Los aullidos ya se escuchaban sin duda, lejos aún pero acercándose, lastimeros y envueltos en un velo de amenaza.

¡Auuuuuu!

Podíamos sentirlos aquella noche, cuando días más tarde y un cuarto de siglo por medio, volvimos a reunirnos como hiciéramos en una infancia acuchillada y lejana, allá bajo los pinos del vertedero, y en los días amargos que siguieron.

Con las pesadillas como equipaje y las tinieblas en el horizonte, nos buscamos para calentarnos, como aquellos cerditos que se iban buscando ante la sombra creciente y la furia del lobo.

Yo busqué al más cercano, girándome hacia Nico; Hugo buscó a su hermana, y Blanca y Marcos eran uno; y él fue el que cerró el círculo para unirnos de nuevo, cuando la noche del día en que aparecieron los huesos volví a oír su voz al teléfono, inconfundible a pesar de los años. Marcos siempre nos unió un poco a todos.

Y así fuimos obligados a recordar. A recordar y esperar.

¿Qué otra cosa podíamos hacer?

Cinco adultos; o cinco niños grandes. Aquella noche en mi casa, juntos los cinco de nuevo, saltando entre las caras extrañas y a la vez familiares de todos y uno a uno, recordé una frase que había leído en alguna parte, no se me olvida. La evoqué susurrada al oído, como si fuera un secreto deslizado bajo la alfombra:

«Los adultos son mentira».

Supongo que si en algún lugar de este relato debe haber un punto donde dar a conocer con más detalle a sus víctimas, que eso se me antoja que son, este sería tan bueno como cualquier otro. No añadiré mucho más de lo que puedan discernir entre las líneas de esta historia, apenas un esbozo de lo que pudimos ser y no fuimos.

Ni que decir tiene que aquella noche todos nos acordamos de Ana, del hoyo y del maldito vertedero, y no arriesgo al afirmar que las pesadillas camparon a sus anchas en cada casa, poblando de monstruos los bajos de cada cama, de visitantes sin invitación, de ratas con colas largas y anilladas, de formas inventadas y pares de ojos extraños cada rincón envuelto en sombras de cada dormitorio.

En mi caso particular, bueno, ya me conocen algo. No era más que un niño con una madre aplicada y sobreprotectora, un niño cuya joven vida se ceñía a no sulfurar el humor de su madre procurando cumplir cuanto me pedía, además de mantener los calcetines en su sitio. Aquella noche soñé con charcos; charcos grandes y sucios como ciénagas, espesos y repletos de muñecas flotantes (cientos, diría) que vagaban sin rumbo como barcos fantasma, todas mirando, con ojos tan abiertos como los de los muertos, al cielo; un cielo sin estrellas ni luna, negro. Fue cuando una de ellas, al chocar con otra en su vagar errante en aquella ciénaga fría y oscura, levantó en un espasmo el brazo de plástico aún más frío cuando desperté dentro de un grito que hizo correr a mi afanosa y presta madre hasta mi dormitorio gritando mi nombre a todo el barrio. No fue hasta que mi padre, llegado como vagón de cola desenganchado, casi por inercia y con ojos legañosos por faros, me ayudó a convencerla de que había sido *solo* una pesadilla y, por supuesto, no era necesario avisar al médico, y mucho menos a la policía, que quedó medianamente convencida de lo innecesario de la idea. Aún recuerdo cómo nos negábamos ambos ante la mención de la policía en boca de mi madre. Yo, negando enérgico e insistente, casi salpicando gotas de sudor acumulado a los costados, como perro al salir del mar, la cama encharcada bajo las sábanas; mi padre, bajo el marco de la puerta y en calzoncillos, con un meneo de cabeza más lento y pausado, la vista —o lo que atisbara a discernir entre legañas entonces— inclinada un poco hacia el techo en la negación, como si estuviera intentando capturar por las ranuras que dibujaban sus ojos los fotones que escapaban expulsados por la lámpara del dormitorio de su hijo, o igual pidiendo ayuda a alguna parte allá arriba, más allá de la lámpara. Una de dos: no pregunté, pero me jugaría los días que me quedan por la segunda opción.

El resto… El resto también eran niños.

Supongo que Hugo y Blanca lo tuvieron más fácil. Eran dos, hermanos y mellizos, y dos siempre se arropan y calientan mejor que uno, hasta en las pesadillas. En aquel entonces ya tenían edad para dormir en cuartos separados; lo que no tenían era sitio, pues la pequeña casa vecinal donde vivían, heredada de su abuela materna, tenía una bonita entrada e incluso un pequeño patio central repleto de macetas y compartido con una pareja de amables y piadosos abueletes que no tenían otro motivo en la vida que cuidar de esas macetas y regalar golosinas a los hijos de sus vecinos, y que, a buen seguro, no tienen ya la posibilidad de leer algún día esto: el tiempo pasa para todos. Y todo eso tenía la casa, en pleno centro de Rota, a mitad de la calle Charco, pero lo que no tenía eran dormitorios de sobra, y solo heredaron dos con ella, uno para sus padres (panaderos y obligados a un trabajo común en el pequeño negocio familiar, también heredado, esta vez por parte de padre) y otro para ellos. Y, sin más remedio, lo compartían, y apuesto a que nunca como aquellos días se alegraron de tener que hacerlo. No mucho después de aquello fue cuando Blanca se marchó a estudiar Magisterio a Sevilla para no volver, marcando distancias con Rota y su vertedero, a la vez que pasaba de compartir piso con su hermano a hacerlo en sus primeros años con una compañera de estudios, compartiendo con ella vida y gastos hasta que la cambió por Marcos. La de Blanca siempre fue una vida compartida.

Después volveremos a Marcos; no podemos olvidarnos de Hugo, que vio cómo un día, de repente, perdía una hermana para ganar un dormitorio propio. Cualquiera que conociera a Hugo se jugaría una mano sin miedo a que aquel día lloró hasta decir basta, y no la perdería. Hugo siempre fue muy sentimental, además de depender de su hermana en muchas facetas. Un niño pausado y simple, condescendiente y conformista, arrastrado por el ímpetu y la decisión que rodeaba como un aura a Blanca. Quizá por eso se llevaban tan bien. Blanca mandaba y Hugo obedecía. Nunca hubo problemas en sociedades limitadas tan bien dispuestas.

No fue hasta años después de haberse marchado Blanca cuando Hugo dejó de vagar sin rumbo ni mando para convertirse en policía a base de academias pagadas por sus padres y, quiero suponer, un anhelo oculto de enmendar lo que no tenía enmienda con la fe y las ganas de los policías que todavía no lo son. Nunca fue el más listo

de la clase, tampoco el más decidido, pero sí podía presumir de constancia, y es esta señora que luce las más de las veces casi desapercibida la que mueve al mundo más que cualquier otra. Y Hugo se hizo policía.

Aquella noche —lo sé de primera mano, o debería decir de boca de Hugo— los hermanos la pasaron arropados en la misma cama, haciendo valer su ventaja frente a los sueños con alma de Torquemada. Desde la distancia y los años, apostaría igualmente esa mano a que fue Hugo el que cruzó las sombras tenebrosas que separaban las camas.

Habíamos mencionado a Marcos. ¿Quién iba a adivinar entonces que acabaría poniendo el anillo en el dedo de Blanca? Nadie. Igual que nadie hubiera adivinado que ninguno de aquel grupo de amigos asistiría a esa boda. Solo Hugo se salvó, absuelto por razones tan obvias como las de Marcos, del intento de borrar a base de olvido y distancia un episodio que les marcaría la vida a los cinco —a los seis— para siempre; en algunos casos, incluso la muerte.

Marcos pudo ser eso que llaman un líder. Esa clase de niño que destaca, ese al que todos buscan por una razón u otra. No pasó de serlo más que en el colegio y con los amigos de la infancia. Puestos a apostar, apostaría de nuevo envidando todo a que aquella semana tuvo mucho que ver con ello. Hay momentos que marcan toda una vida.

Hay seres que piensan, que piensan de verdad. Seres que, por una razón u otra, llevan esa misma razón en cada una de las palabras que sueltan; seres a los que la gente *echa cuenta*. Uno de esos era Marcos: atrevido pero prudente; valiente sin temeridad; sensato a la vez que divertido. Después de aquello no volvió a ser el mismo. Ese liderazgo que rezumaba se fue diluyendo, como una pastilla de cloro en una piscina, hasta desaparecer, y si entonces era Blanca la que lo perseguía, fue él quien terminó haciéndolo con ella, invirtiendo los papeles para dejarse llevar, lejos, huyendo.

En aquel entonces, aquel niño alto al que Ana Lorca me hiciera odiar sin malicia al recordarme los hoyuelos que dibujaba con la sonrisa al límite de los labios estirados no era más que un chaval más, uno de tantos, pero uno que despuntaba, hijo de unos padres tan anodinos como despreocupados. Siendo el tercero de cuatro hermanos varones, no era más que un intento añadido en busca de

una niña; una muesca en el camino. Ni siquiera era el mayor, ni tampoco el más pequeño. Solo el más alto. Si algo me dio realmente envidia en la vida de mi mejor amigo entonces fue su falta de censura familiar, el desdén y la parsimonia de sus padres ante horarios y obligaciones, su libertad. Él la aprovechaba a lomos de su bici —heredada, por supuesto—, y por alguna razón que aún hoy se me escapa, me eligió a mí (que no yo a él) como su mejor amigo.

¿Qué decir de Nico? El bufón, el tiquismiquis, el amigo de todos y de ninguno. Nico era ese que, siendo amigo de todos, no tenía a nadie especial. Era ese al que todos aguantaban lo que no se aguantaba a nadie; ese al que se quería a la vez que se detestaba. Un alma libre que superó sus propias circunstancias sobreponiéndose a la prematura muerte de su padre en un accidente en el mar —no llegó a conocer a su madre— para continuar malcriado por una abuela que lo adoraba con el mismo ahínco con que se compadecía de su suerte. Si alguien superó desde un principio aquel asunto que nos cambió a todos, ese fue él. Un superviviente. Nico podía superar cualquier cosa. Si alguno escapó en rebelión de las pesadillas del hoyo aquella noche, solo pudo ser él. Nico ya tenía sus propias pesadillas.

Y no tengo más que contar que no cuenten aquí los días y el tiempo por sí solos. Cinco amigos como otros tantos a los que una tarde amarga y rastrera fue separando a hurtadillas para reunirlos de nuevo en un capricho de mal gusto. La vida.

No me olvido: Ana. También estaba Ana… No llegué a conocerla. De aquella niña apenas recuerdo sus zapatos de charol, negros y relucientes bajo un sol huidizo, y un niño inocente que los miraba temiendo alzar la vista para enfrentar su mirada. Y una sonrisa brillante. Y una muñeca sin amor.

18

Dos vueltas al sol más tarde a nadie se le había ocurrido preguntarles. Dos días en los que un pacto se fue fraguando a fuego lento hasta quedar sellado. No fue fácil. Hubo ideas encontradas, conciencias enfrentadas a responsabilidades y algo de miedo, pero al final hasta Hugo, último bastión que abogaba por acudir a la policía y soltarlo todo sin puntos ni comas, acabó cediendo bajo el peso de las horas que se amontonaban como piedras que levantan una muralla.

Blanca, que había protagonizado la incursión a la casa junto a Marcos en busca de respuestas, estaba empeñada y enrocada en que si hablaban los culparían a ellos de alguna manera. Se habían echado el peso encima al acudir a la casa, y hablaran o no, ninguno de los cinco sabía nada. ¿Qué iba a arreglar eso? ¿Y si Ana se había ido porque le había dado la gana? En realidad, nadie la conocía hasta el episodio de la muñeca, solo unos días atrás. La semana anterior no pasaba de ser una cara sin nombre. ¡Y hasta habían hablado con un policía! Les había preguntado, y ellos habían negado la mayor. Los tratarían como a los asesinos esos que matan y cogen luego merodeando en la escena del crimen.

—¿Y si le ha pasado algo? —medió Daniel, cauteloso por genética o educación.

Su madre era dada a imponer cosas, y todos lo sabían. Nadie podría asegurar que Daniel no fuera cauteloso por imposición de su madre. Un martillo puede clavar cualquier clavo por pequeño que sea el uno o grande que sea el otro, y hay dos maneras de hacerlo: por la fuerza o por insistencia. La madre de Daniel tenía de las dos cosas, y así lo demostraban los calcetines a diario. Así que sí, de una manera u otra, Daniel era cauteloso, «y seguramente su madre tenía algo que ver», pensó Nico dándole la absolución por esta vez; lo exasperaba tanta cautela siempre y para todo.

—Si le ha pasado algo, nosotros no tuvimos nada que ver. Ya

viste que no estaba en el hoyo de los cojones.

—¿Hace falta ser grosero? —protestó Daniel, que no soportaba las groserías. Otra herencia impuesta.

—A veces hay que serlo para que la gente se entere, o eso dice mi padre —dijo Nico—. No es que suela llevar razón siempre, pero en esto creo que no se equivoca. ¿Tú te enteraste?

Daniel se limitó a asentir con la cabeza. Con Nico era imposible discutir. O mejor dicho, muy posible; tanto como imposible hacerlo bajar del burro.

—Y si no le ha pasado nada, ya aparecerá… si quiere. ¿No? —cerró la discusión Nico, levantando las manos como si le fueran a poner dos bandejas en las palmas—. Igual ha aparecido mientras jugamos a los pactos. Habría que aclarar qué pasaría con el pacto si aparece más tarde como sea. Jo, sí que es complicada la cosa.

—¿Qué quieres decir? —volvió Daniel al rondó de Nico.

—Pues que puede aparecer tarde o temprano, ¿no? Lo normal. Se puede haber caído en un hoyo de vuelta a… Quiero decir otro hoyo, ya me entendéis. De allí salimos todos corriendo; o se la puede haber comido un perro rabioso, qué se yo, pero lo normal es que aparezca, viva o… —Calló, por una vez.

El que se mantuvo callado casi toda la reunión fue Marcos. Todos entendieron que sin palabras daba la razón a Blanca con silencio; no en vano él había ido también a la casa. Se limitó a aceptar lo que acordó la mayoría, y el pacto de silencio se selló, bajo cualquier circunstancia y pasara lo que pasara después. Incluso si Ana volvía y les echaba la culpa de lo que fuera, ellos lo negarían todo. No habían estado allí. No conocían a Ana, más que un poco del colegio, eso sí. Vamos, lo normal.

—Lo hago por mi hermana, que lo sepáis —atajó al fin las dudas el futuro policía, que ya aquella tarde sintió la atracción por el *Cuerpo* sin saberlo.

Dicen que el efecto mariposa no descansa. Aquel día pudo ser el inicio de la vocación de Hugo, aquel en que la primera partícula del poso cayó sobre él, esperando su momento para germinar, como una semilla que espera el buen tiempo.

—Si no fuera por ella, cantaría —añadió.

—Como si lo haces por la Virgen del Carmen —apostilló Nico.

—Está bien —habló al fin Marcos—. Un juramento es un

juramento. Para siempre.

Y alargando la mano, instó al resto a unir las suyas en el centro, hasta que cinco fueron una.

—Para siempre —repitió.

—Para siempre —repitieron arrodillados casi a una, las manos formando una torre aplastada sobre las espigas caídas que alfombraban el pinar.

Como una secta masoquista, habían vuelto a reunirse bajo el mismo pino en que lo hicieran el día de la desaparición, cuando el pinar aún no tenía ojos, ni las sombras formaban lóbregos intrusos que acechaban en la distancia.

—Un momento… ¿No vamos a sellarlo con sangre? —protestó Nico cuando ya recogían las manos.

—Madura de una vez, Nico —recriminó Blanca.

—Tengo catorce años, ya tendré tiempo de madurar; ¿es obligatorio? Mi abuela dice que mi padre todavía no lo hizo, y eso podría ser genético. Seguro que hay un estudio o algo de eso; hay estudios para todas las estupideces que se le ocurran a uno, podéis creerme.

Y así, ansiosos y dejando atrás un peso tan etéreo como real bajo los pinos que acariciaban la valla del vertedero, caminaron buscando la luz cenital y dominante que reverberaba sobre las líneas recién pintadas del asfalto que recorría el límite del pinar entre el colegio y el conjunto urbanizado del pueblo.

Disimulados con la distancia y las sombras, unos ojos entre arbustos vigilaban las figuras que se alejaban livianas como pecadores tras una confesión, inventando motivos nuevos por los que reír, regalando empujones cargados de amistad. A las tres de la tarde y con el sol en plenitud disparando rayos que calentaban las coronillas de los humanos de aquel punto del globo, la noche quedaba lejos, y las pesadillas no volvían hasta la noche. ¿Quién se acordaba de las pesadillas con un pacto recién sellado —sin sangre; nadie es perfecto, y los pactos tampoco—, y a las tres de la tarde, en un día soleado de un pueblo con mar?

Dos días más tarde el pacto fue sometido a su primera prueba de fuego.

Una pareja de policías uniformados cruzó el patio en plena hora del recreo, marcando las huellas de goma de sus botas al compás sobre el albero hasta la escalinata que daba acceso al edificio y las clases. Si la parálisis de los cinco en aquel patio pasó desapercibida, al ver a los policías ser engullidos entre las sombras del pasillo que llevaba al despacho del director, no fue sino porque en un colegio —cualquier colegio— los uniformes con gorra, escudos y botas, y sobre todo las pistolas al cinto, son motivo de alboroto y cuchicheo general. Una fugaz y estirada estela brotó tras la pareja que hacía de cometa surcando el patio, emborronando las huellas que apenas nacían para morir. Cuando uno de los policías tuvo la ocurrencia de quitarse la gorra para posarla sin soltarla sobre una de las cabezas que lo rodeaban, el alboroto llegó a su cénit en un clamor de regocijos ajenos que provocaron un latigazo seco y eléctrico en Daniel. Como un fotograma perdido, la imagen le cruzó el pensamiento. Vista y no vista: un reo atado a un poste en una de esas películas del Oeste que tanto gustaban a su padre, un güisqui en la mesita mediante, hecho fuerte en el sillón de orejeras, las cortinas corridas y la botella cerca, bien por las reservas, bien por empatía con el entorno tras la pantalla. Un reo y un *sheriff*, un *sheriff* y un látigo. El tercero ayudado por el segundo para atormentar al primero en busca de una confesión. Una confesión como la que ellos evitaban, entre una muchedumbre que jaleaba el espectáculo.

—¿Crees que han venido a por nosotros? —le preguntó al oído Marcos, que había llegado desde atrás por sorpresa, a Daniel.

Daniel se limitó a asentir, sin volverse.

Fue a mitad de clase de lengua, tras el recreo, cuando, interrumpiendo a don Alfredo y sus alabanzas a Bécquer, los uniformes irrumpieron en la clase acompañados de don Manuel, «el Dire». Y su bigote, claro. Don Manuel siempre iba unido a su bigote, y no al revés, que podría pensar alguno. No en vano era el bigote más famoso del pueblo.

Los docentes apenas se lanzaron un movimiento de cabeza que acompañó una mirada, dejando el protagonismo a la pareja de azul. Fue uno de los uniformes el que cogió la batuta y dio un paso al frente, de cara a la clase, a la que faltaban ojos para tanto adulto y uniforme juntos.

—Buenos días, chicos. Soy el oficial Gutiérrez. Antes de nada, os aviso que no hemos venido a detener a nadie. No nos dedicamos a las chuletas. —Sacó a relucir los dientes, arrancándole a la clase un cúmulo de risas soterradas—. Solo os haré un par de preguntas, y espero que nos podáis ayudar. Si alguno tiene algo que contestar, solo tiene que levantar la mano, ¿de acuerdo?

Un «sí» con vocación de «amén» flotó desdibujado sobre los pupitres, fruto del murmullo general.

—Bien. Es importante que no os guardéis nada. Una compañera necesita vuestra ayuda. —Se tocó Gutiérrez la nariz con el índice, paseando la vista por la clase—. La primera pregunta es muy fácil: ¿alguien ha visto este fin de semana a vuestra compañera de clase Ana Lorca?

Esperó. La clase negó con el silencio.

—La segunda es igual de fácil. Os advierto que cualquier cosa puede ser útil, hasta la que os parezca más tonta. Ahí va: ¿alguien sabe algo de ella? Repito: cualquier cosa puede ser útil, algo que os dijera, algún plan que tuviera o comentara, lo que recordéis, por tonto que os parezca.

El oficial Gutiérrez esperó de nuevo. El silencio se masticaba, denso como la Ciénaga de los Muertos. Una pequeña Moleskine de tapas negras y elástico de cierre apareció de la nada desde el interior de la chaqueta de Gutiérrez. Este ojeó las páginas, pasando alguna en un orden secreto, hasta dar con lo que quería, y volvió sus ojos a la clase, estudiándola con atención.

—Muy bien. Eso es todo. Fácil, ¿verdad? Solo una cosa más: necesitaré la ayuda de un par de vosotros. A ver… —Volvió la vista a la libreta un segundo, y de nuevo a la clase—. ¿Blanca Campos? ¿Marcos Rojas?

Blanca y Marcos levantaron los brazos, temerosos. Blanca miraba al frente, como la buena y futura jugadora de póker que sería. Marcos se aguantaba el brazo derecho con la mano izquierda en el codo, como si pesara más de lo normal. La realidad era que intentaba que no se le notara el temblor.

—¿Podéis acompañarnos fuera un minuto? No hay de qué preocuparse. No estáis detenidos. Si me sois de ayuda, incluso pediré al director que os suba un punto la nota. —Sonrió Gutiérrez.

La clase se relajó de nuevo con el comentario. Todos excepto

cinco. Alguna observación huérfana de dueño dejó entrever algo sobre los distintos niveles de dureza en las caras («qué caradura»), lo que provocó algunas risas. Marcos y Blanca abandonaron la clase junto a la pareja de policías y el director. El profesor de lengua recuperó su feudo a la vez que la tiza que había dejado reposar sobre la mesa, eficaz alegoría de una vara de mando en aquel pequeño mundo.

Daniel pisoteaba en un código morse inventado el suelo bajo el pupitre, torpe imitador de su abuela cuando cosía con su querida Singer los dobladillos de los pantalones de la familia. Hugo hizo amago de levantarse, y a punto estuvo, solo amortiguado por Nico, que sentado a su izquierda le puso la mano sobre el muslo para retenerlo.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó el profesor al resto de la clase, y acalló susurros levantando las manos, como si fuera una bendición papal.

Fuera, solo a la vista de los alumnos de la primera fila de la clase y a través del cristal, el oficial Gutiérrez se centraba en la pareja, escoltado por el director y su compañero.

—¿Vosotros sabéis algo?

—No, señor. ¿Por qué íbamos a saberlo? Ya nos ha preguntado antes —se apresuró a contestar Blanca.

Gutiérrez frunció el ceño, evaluando a la niña. Sin mover la cabeza, volvió los ojos para centrarse en Marcos.

—Es importante que no os calléis nada —sentenció, para, a continuación, callar. Los niños parecían de piedra.

—Lo sabemos, señor. No sabemos nada —abrió la boca Marcos, manteniendo la mirada—. Si supiéramos algo, lo habríamos dicho.

—Estuvisteis el viernes en casa de Ana —dijo Gutiérrez, pasando de largo ante la respuesta de Marcos.

—Sí, le llevamos los deberes. Pero no la vimos; por eso no dijimos nada —se adelantó Blanca.

—Ajá.

—Ya está.

—¿Ya está?

—Sí.

—¿Qué deberes eran? ¿Tú lo recuerdas, chaval? —apretó Gutiérrez, mirando de nuevo a Marcos. Marcos negó sin abrir la

boca.

—Bueno, en realidad no eran muchos, creo —se adelantó Blanca de nuevo.

Gutiérrez se enderezó, aflojando para mirar a su compañero. Este le pasó una carpeta con el escudo de la Policía grabado. Gutiérrez la abrió, para sacar otra carpeta del interior, como si fuera la matrioska de las carpetas. Blanca la reconoció al instante, a pesar de ser una carpeta común. Una de esas azules y baratas que se vendían en las papelerías en primer puesto. Una de esas como la que habían usado de excusa y le habían dejado a la madre de Ana.

Esa.

Gutiérrez la abrió, enseñándola a ambos. Estaba vacía. Como vacía estaba la que se había quedado abrazando la madre de Ana, en el porche de su casa junto al agente Alejandro.

—¿Sabéis qué es esto?

—Claro. Una carpeta.

—Es la carpeta que dejasteis a la madre de Ana el viernes pasado, cuando fuisteis a su casa.

—Ahh… Puede ser. Esas carpetas son todas iguales.

—Es esta. Esta en concreto —contestó Gutiérrez, que ya empezaba a cansarse—. Y está vacía, como se la dejasteis a la señora Lorca.

Tocaba improvisar, o casi. Marcos había tenido tiempo de pensar en la carpeta durante el fin de semana, cuando todavía ni sabía que dos policías iban a rastrear las clases en busca de pistas. Pero él era así. Previsor. Y como buen previsor, gastaba mucho tiempo y energía en cosas que terminaban por no hacer falta la mayoría de las veces, en «porsiacasos», hasta que al fin una de ellas sí hace falta. Y te alegras; y mucho. Casi tuvo que apretar los dientes para esconder la sonrisa.

Blanca titubeaba, sin respuesta.

—Sí. Culpa mía. El profesor de dibujo nos había mandado un dibujo artístico sobre el mar para la semana siguiente, y Blanca me dijo que como a Ana le gustaba el dibujo —arriesgó en la apuesta, pero no había encontrado otra excusa mejor. Esperaba que a Ana le gustase el dibujo—, lo mejor sería que le llevásemos los deberes, no fuera a ser que faltara unos días y se perdiera el dibujo. Como un dibujo no tiene nada que explicar, cogí una carpeta vacía para

reírme de Blanca y Ana cuando le diéramos la carpeta con los deberes. Al llegar a la casa, la madre nos pidió la carpeta, y la verdad, como estaba la policía. Vamos, que me dio cosa decir nada, allí con los dos polis y la madre, y sin Ana. Y Blanca, como no sabía nada, se la dio. Hasta ahora no había recordado contárselo. Tampoco tenía importancia, ¿no?

Calló, esperando. Había hablado rápido, evitando cualquier interrupción, para salvar cualquier error de coordinación con Blanca. Gutiérrez lo examinaba en silencio.

—Ahh, perdón por lo de «polis». ¿Cómo es? ¿Los agentes? — Puso la guinda al teatro.

—Polis está bien. Somos polis, ¿no? —claudicó Gutiérrez, sonriendo, sin quitarle la vista de encima—. ¿Y la carpeta era de…?

—Vaya, no lo sabía —desvió la atención Blanca en ayuda de Marcos.

—La carpeta era mía, claro. ¿Me la puedo quedar?

—No, no puedes. —Gutiérrez se volvió para mirar a su compañero, mudo hasta el momento. Este se encogió de hombros, y se mantuvo en modo Chaplin.

—Está bien —se rindió el oficial—. Si recordáis algo, avisad a don Manuel, por favor. —Señaló al bigote tras el que se escondía el director. Después se volvió y los olvidó como a chinches que se van a lomos de un perro callejero.

—Podéis entrar, chicos. Gracias. —Se meneó el bigote y les abrió la puerta de la clase.

Dentro, la voz ronca y redonda de don Alfredo amenazaba a sus alumnos con un futuro comentario de texto sobre lo leído en clase.

Marcos casi se olvidó por un momento de los polis y la carpeta. Odiaba los comentarios de texto.

19

El reencuentro no fue como hubieran soñado. A decir verdad, todos hubieran soñado no reencontrarse. Pero allí estaban.

Daniel, Marcos, Blanca, Hugo y Nico.

Había habido abrazos y palmadas en la espalda, sí, pero descafeinadas; sin brío.

En realidad, excepto la pareja de Marcos y Blanca, que se habían trasladado a algo más de cien kilómetros y no volvían a Rota más de lo necesario, e incluso menos, los tres restantes se veían a menudo. Y lo de verse era casi literal, porque las más de las veces el encuentro se quedaba en un saludo a distancia, desde el coche o la otra acera, apenas un movimiento de cabeza o una mirada. Espías del mismo bando que se cruzan en una calle.

No había sido así siempre, ni era nada establecido, pero desde el incidente, el pacto, o la desgracia —el sustantivo dependía de la cabeza pensante— el distanciamiento fue gradual, casi imperceptible, como una gota de agua que va erosionando la piedra caliza. Constante. Y la constancia, si fuera aficionada a los juegos de cartas, sería ese jugador al que siempre le toca el as, una y otra vez, y otra, y otra más, siempre con la carta que ilumina la sonrisa del que la lleva y gana a todas las demás, si no en la primera mano, con seguridad a la larga.

Así que sí, apenas se veían.

Nico, quizá como portador de ese carácter más despreocupado y hasta sarcástico, burlón para unos y cargante para otros, había sido hasta el momento el más conciliador, buscando el oasis dentro de la *desgracia* —para él era «La Desgracia». Todo más claro y conciso, sin paños calientes—, relativizando la gravedad de las cosas respecto al universo. Y, por lo tanto, remodelaba los hechos, reduciéndolos a un rincón olvidado la mayor parte del tiempo. Era el que más se dejaba querer, buscando a veces a Daniel, y otras, a Hugo. Una cerveza allí, un cambio de impresiones aquí («¿Cómo te va?, cuánto

tiempo…»). Casi nunca los tres juntos. Nico no tenía una línea clara ni definida para marcar un comienzo del declive de la amistad. Para él no existía realmente tal declive, o no de la manera en que lo sentían los otros.

Para Daniel era «El Incidente». Para Daniel, todo había empezado aquel día, ese día anterior en que ayudó a Ana a tirar la muñeca. Ese era para Daniel «El Incidente» que lo cambió todo. Nunca debieron arrojar la muñeca allí, a aquel hoyo sucio y anodino que reconvirtieron en cementerio de muñecas, y quién sabe qué más. *Cementerio maldito* para siempre desde aquel día. Ese fue el día en que los problemas empezaron en realidad. Allí empezó su distanciamiento del resto.

Para Hugo era «El Pacto». Porque el problema de Hugo no era el hecho en sí. Lo que atormentaba a Hugo era el secreto, «El Pacto». Fue el que quiso acudir a la policía —qué ironía—, y el resto lo convenció de no hacerlo, para martirio y condena del resto de sus días. El secreto los maniataba, apretando un poco más las bridas de las muñecas cada día que pasaba. La liberación estuvo a su alcance: solo tenían que haber hablado, haber confesado, y al ser menores de edad. Pero entonces vino «El Pacto», como una pesada losa que intentas levantar y no puedes, y cada día que pasa tienes menos fuerzas y parece pesar más. Tenía que haberse resistido un poco más, haber aguantado, haberlos convencido de lo que tenía que haber sido y no fue. Pero cedió, cedió y no lo hizo, y para él el distanciamiento comenzó con «El Pacto».

Marcos y Blanca… eran eso: Marcos y Blanca. Se habían marchado, y así todo tenía sentido. No hacían falta justificaciones, o sí, pero no había por qué darlas.

Así que allí estaban, juntos de nuevo. Casi perfectos desconocidos, unidos por un comienzo sin fin. Y, pese a todo, Daniel pensaba en aquel instante que se alegraba de volver a verlos, mirando sus rostros cambiados, maduros y en la plenitud que dan las inmediaciones de los cuarenta.

Habían hablado de todo un poco. Lejos de formalismos y cumplidos, había pedido unas *pizzas* a domicilio para acompañar las cervezas y refrescos, y vino para Marcos como excepción. Se habían puesto al día con preguntas y respuestas adscritas al protocolo: «¿Te casaste? ¿Cómo te va? ¿Tienes hijos? ¿Dos barcos? ¿Y cómo es ser

policía? ¿Y bombero? ¿Y los niños? ¿Y sigues soltero?». De todo un poco, pasando bolas sin malicia ni intención de un lado a otro, dejando pasar de puntillas el vertedero y los negocios de Daniel por extensión… Pero tenía que llegar. Fue Hugo, el policía, quien abrió la lata.

—¿Creéis que *lo del vertedero* será ella? —preguntó de golpe.

No habló muy alto, fue solo algo más que un murmullo en clase entre compañeros de pupitre prestándose una goma, pero las conversaciones que flotaban en la mesa quedaron amortiguadas para desaparecer sin más ruido ni retorno, como balas que se hunden en un muro de gelatina.

Marcos se adelantó a romper el silencio.

—Llevamos veinticinco años esperándola. ¿Quién va a ser si no?

—Yo espero que sea ella —dijo Blanca—. Estoy cansada de esperar. De esperar y del maldito pacto.

—¿Y qué si es ella? Todo seguirá igual. ¿Crees que se romperá el pacto? Pues te equivocas. Hicimos un pacto hasta la muerte, pase lo que pase, y si es ella estará más vigente que nunca. —Nico miraba al suelo, la mirada perdida.

—Tienes razón. No cambiará nada. Pero podría salir información nueva, algo que nos exculpe de alguna manera. Algo que nos diga que hiciéramos lo que hiciéramos no tuvimos la culpa… Yo quería ir a… la policía. ¿Y si hubiera servido de algo? —replicó Hugo.

—Solo digo que espero que sea ella. No sé por qué, pero me aliviaría —insistió Blanca.

—¿Crees que pudimos hacer algo más? —preguntó Daniel.

—Claro que pudimos hacer algo más. Debimos ir a la policía. Contarlo.

—Ya. Inculparnos, dices. Nos hubiera cambiado la vida, eso seguro. De lo que no estoy seguro a día de hoy es de que fuera para mal —rebatió Daniel a Hugo.

Un silencio espeso envolvió al tiempo, dejando un espacio en blanco. Todos pensaban en las últimas palabras, imaginando vidas distintas.

—No hicimos bien, y eso nos martiriza. Al menos a mí. Hay… Hay veces en que daría mi vida por ella.

—No digas estupideces, Hugo. Sigues tan tonto y sentimental

como siempre, si me lo permites. El pasado, pasado está. Si es ella, pues estupendo —sentenció Nico—. Se cerrará un círculo. Si no es ella…

—Tiene que ser ella —repitió Marcos—. La pregunta que debemos hacernos es: ¿quién más lo sabe? Alguien sentado a esta mesa rompió el pacto y habló. Si no, que alguien me explique cómo ha aparecido un zapato en la puerta de mi casa, donde duermen mis hijos —alzó la voz, remarcando las palabras—, mis hijos, y no me digáis que es una casualidad. Una mierda, una casualidad.

Las miradas bailaron en torno a la mesa, saltando, como en un vals donde nadie estuviera a gusto con su pareja. La Sospecha llamó a la puerta, pero nadie se movió. Atisbando por la ventana, vio a cinco desconocidos que se miraban entre sí; y sonrió. No se iría sin dar un buen achuchón a cada uno. Con la impaciencia de un ladrón que sabe que no lo cogerán, voló para dejarse arrastrar por la corriente de la chimenea de aquella lujosa casa hasta flotar libre en el salón, deleitándose con la duda que adivinaba en las caras, envenenando a los desconocidos hasta someterlos, como un escape de monóxido de carbono en una habitación cerrada.

El pacto recibía una nueva andanada tras veinticinco años, y esta vez lo habían cogido desprevenido y más viejo. La lealtad absoluta, esa que solo bebe de la infancia y las madres en los humanos, se había secado con los años, y ya no habría océanos para saciarla.

En el salón de Daniel y con la imagen de un zapato de charol, algo se empezaba a resquebrajar.

Blanca hurgó en su bolso un instante, estampando sin palabras un zapato sobre la mesa con un sonido seco como una sentencia de muerte; negro y de charol, idéntico a aquel de hace muchos muchos años ya, aunque nunca demasiados. Y la imagen se deshizo inútil, dando paso a la cruda realidad.

El Silencio arrolló a la Sospecha. Un manotazo bastó para barrerla, como se barren las migas de pan de un banco en el parque para sentarse. Un reino cayó, dejando atrás su fértil simiente; otro se irguió en su lugar, efímero.

—¿Es… es el mismo?

La voz, vacilante y tímida, sonó ajena y desconocida, tanto como lo era oírla salir de Nico en ese registro.

—¿Acaso importa? —respondió Daniel en un susurro, encorvándose, entornando los ojos, mirando el zapato como se miran las cosas que no se quieren ver.

—Importa, pero no es lo más importante —volvió Marcos al ruedo, que no había dejado de buscar las reacciones del resto ante el zapato—. Tal y como yo lo veo, tengo dos preguntas sin respuesta: ¿ha sido alguien sentado a esta mesa? Y si no lo ha sido, tengo la segunda, consecuencia de la primera: ¿quién habló? Debemos encontrar el rastro de migas de pan para salir de donde estamos. Yo no juzgaré a nadie. Solo quiero la verdad, para saber a qué nos enfrentamos. En otro caso, nos acabarán juzgando a todos.

Y la Sospecha, paciente y confiada por milenios de experiencia, volvió a reclamar su feudo, atraída por un baño de feromonas recelosas.

20

ANA

Se despertó desorientada, lenta y aturdida, como la televisión del cuarto de sus padres cuando la del salón estaba ocupada con uno de esos telediarios aburridos de noche, y ante sus protestas, alguno de ellos la mandaba a su dormitorio para ver la tele desde la cama a condición de que se quitara los zapatos. Su madre odiaba ver unos zapatos sobre una cama, aunque fueran las zapatillas de casa. Aquella tele siempre tardaba una eternidad en encenderse, entre puntos borrosos que se iban haciendo grandes hasta conseguir dar una imagen nítida. Era odioso. Según su padre, ello tenía que ver con el tubo de imagen, o algo así.

Poco a poco el negro se convertía en gris.

Miró a su alrededor, sin demasiado éxito. Estaba oscuro, y se sentía como si estuviera en un bote en medio de una tormenta. Presentía las paredes en las tinieblas, pero aún parecían moverse. Apoyó las manos en la superficie que la soportaba, palpando un colchón, o eso le pareció. Una cama, estaba en una cama. Una cama que se movía, como las paredes. Cerró los ojos, contó hasta diez, como le decía su padre cuando le mandaba tranquilizarse, y volvió a abrirlos. Bien. La cama había parado; las paredes parecían materializarse, un grado más al menos, como un salto de tono de aquellos libritos que traía su madre de la tienda del señor Gabriel cada vez que pensaban en cambiar el color de las paredes de su cuarto. El movimiento parecía reducirse ya a un balanceo suave, como una Virgen mecida camino de su iglesia. Unos segundos más y podría incorporarse.

Tenía miedo. Era una sensación incierta, pero claramente negativa. Eso sí lo sentía.

Se obligó a recordar, echada en la cama a la espera de que todo

parase por completo. ¿Qué era lo último que recordaba?

Una nube negra bailaba sobre ella, escondiendo el pasado cercano. Debía de haber tomado algo. No recordaba nada. ¿Estaría en un hospital? No lo parecía, pero no se le ocurría otra explicación. ¿Estaría saliendo de una anestesia?

El hoyo.

La certeza la aplastó con indiferencia insultante, como una bota de paso a una hormiga. Había caído en el hoyo.

Se abrazó el torso con los brazos, exprimiéndose unas gotas de sorpresa y miedo, sintiendo de nuevo el frío y el agua, la ciénaga y el agotamiento, el horror que la arrinconaba hasta ahogarla casi. Y la muñeca, recordaba la muñeca, abrazada a ella como tabla de salvación. ¿O ella a la muñeca? Eso.

Pero estaba viva, estaba en una cama. Eso era bueno… ¿Y los demás? Se incorporó a medias, sobresaltada, cayendo de nuevo envuelta en el vórtice de un torbellino, derrumbada.

El hoyo… Recordaba haber mirado en el hoyo; alguien la empujó. Recordaba caer; recordaba esperar que volvieran; recordaba que no volvían, y recordaba el horror, que desplegaba su sombra como un monstruo paciente a la espera de que el cansancio la venciera; recordaba sentir los labios amoratados en el crepúsculo acentuado entre las paredes de tierra que la apresaban, y los dientes que se desbocaban en un castañeteo tétrico. Recordaba el corazón echando el freno, los latidos espaciados y débiles, como un tren que ve la estación al salir de una curva abierta, con tiento, con tiempo… Y no recordaba más.

Rompió a llorar, impotente, rebuscando entre recuerdos escondidos, cuando un crujido delató una puerta que se quejaba. Unos pasos resonaron con un eco amortiguado. Estaba en un sitio cerrado. Ni el sonido escapaba, pensó. Contuvo el llanto, atenta. Los pasos cesaron, y la luz de una bombilla inundó la habitación, cegándola con el poder de una bomba de fotones planetaria.

Cerró los ojos, protegiéndose con el reverso de ambas manos. Un ruido, familiar como el de un plato al ser depositado sobre una mesa, acompañó a los pasos que sonaban de nuevo alejándose entre nuevos lamentos, esta vez de escalones.

—¿Hay alguien ahí? —atinó a balbucear.

Su propia voz le sonó como si fuera de otra, como si llevara mil

años sin escucharse. Los pasos cesaron por un momento, y Ana aguzó el oído, esperando una respuesta.

—Come. Estás débil, y tengo planes para ti.

La voz sonó cercana, tanto como invisible. Los pasos volvieron a restañar la madera, la puerta crujió por segunda vez, una cerradura se delató girando, y el silencio se adueñó de la habitación, que como la imagen de la televisión del dormitorio de sus padres, se iba conformando al fin en torno a ella.

Lo peor era la voz. Era una voz dura, impersonal, exenta de bondad. Una voz que había provocado un miedo forastero, un pavor desconocido que crecía en su interior y la inundaba con el sabor de la hiel y el temple de las montañas de Cthulhu[5] en Plutón.

Un plato humeaba sobre una mesa. Desde su posición en la cama no atisbaba el interior. Un corazón pugnaba por seguir latiendo, desamparado. Una pesadilla acababa de arrancar, y no se antojaba corta: tenía servicio de comidas.

21

Alicia se rindió al fin, embocando la rampa de acceso al *parking* subterráneo del hospital. Detestaba pagar por estacionar, y lo que era peor, le generaba estrés. No era un problema de dinero —su sueldo de inspectora no la haría millonaria, pero no podía quejarse —, sino de saber que los minutos pasaban y había un reloj contando en su contra. Era un estrés irracional, pero más irracional era perder más de veinte minutos dando vueltas en los aledaños del hospital buscando un hueco donde incrustar el Audi A3. Modelo anterior; viejo, pero decente.

Habían trasladado los huesos al Policlínico de Sevilla. No era lo habitual, pero por alguna razón científica que se le escapaba, y además no le importaba demasiado, las pruebas necesarias para intentar aportar algo de luz sobre aquellos huesos solo podían hacerse con alguna máquina que tenían allí. Y al fin y al cabo, mover unos huesos con los que ya era difícil recomponer un puzle humano tampoco era un problema. Ella misma había visto cómo habían entrado en una caja algo más grande que la de sus botas de cuero. A todo esto, ¿dónde estaban sus botas? Con lo de la mudanza a Rota lo tenía todo aún en cajas que ocupaban rincones. Ni se había acordado de las botas. Le encantaban esas botas de caña alta en invierno. Se apuntó remover algunas cajas al llegar a casa mientras pulsaba el botón del ascensor del *parking* anexo al hospital.

Desde el traslado tras el fiasco del último caso no había vuelto a Sevilla. Unos meses en un pueblo apacible acariciado por el mar habían bastado para que en solo una hora echara de menos la tranquilidad de la costa y su nuevo hogar. Lo que le había parecido un destierro profesional se había convertido en un regalo a título personal.

Se descubrió pensando en los atascos de su ciudad, en las vueltas que había dado para aparcar, y en las ganas que tenía de irse cuando acababa de llegar. El ascensor se detuvo, borrando de un

soplo las divagaciones. Salió, se plantó en el pasillo y consultó el móvil para releer los wasaps con las indicaciones de Torres. Un intercambio de frases con el técnico del mostrador de la planta, tres pasillos, cuatro puertas batientes y cien fluorescentes de techo más tarde divisó al fin el pequeño letrero que presidía otro nuevo par de puertas, batientes pero con cerradura, a diferencia de las anteriores.

«Laboratorio Forense».

Luces encendidas delataban supuestas presencias a través de los ventanucos de cristal de las puertas. Empujó.

—Hombre, por fin. Ya estábamos a punto de deshacer el puzle, solo por entretenernos —exclamó Torres, señalando una mesa metálica donde se adivinaba un esqueleto, incompleto pero claramente humanoide.

El técnico que ya recogiera los restos del vertedero para ordenarlos en una caja de botas sofisticada llevaba unos días en Sevilla, ocupado en el trabajo de los huesos aparecidos.

—Yo también te quiero, Torres —respondió Alicia con un ademán de desdén fingido—. ¿Y usted es? —Alargó la mano dando unos pasos hacia la segunda presencia.

Era una presencia alta, seria, la jubilación a la vista y más canas que pelo, amén de aires quijotescos. Él la rehusó, levantando como excusa las palmas enfundadas en unos guantes celestes, a juego con la bata.

—Juan Galindo, para *no* servirla, espero —reutilizó el juego de palabras, Alicia supuso que por millonésima vez en su vida.

—Gracias, yo también. —Sonrió—. Alicia Tressi. ¿Y bien? —dirigió la pregunta a Torres, volviéndose.

—Juan es el rey y señor de este lugar maravilloso, orgullo de la ciencia forense, y el que conoce al dedillo todas estas maquinitas que ves por aquí. Yo apenas me limité a ordenar un poco las piezas —señaló de nuevo al esqueleto— y a hacer de escudero.

Alicia pensó que seguramente Torres había tenido la misma impresión que ella respecto a Juan Galindo. La imagen aceptada del Quijote es casi tan universal como la de Jesucristo, y la referencia al escudero no podía ser en balde. También pensó que Galindo no era nuevo, y más de una vez y dos le debían de haber dejado caer la dichosa referencia al hidalgo. Y quizá hasta le gustaba; una mueca que escondía una sonrisa lo delataba.

Alicia se volvió hacia el quijote de nuevo, y este le dijo:

—No tenía por qué haberse molestado. Estamos terminando el informe, y todo está ahí. Podía haberlo leído mañana mismo.

—Gracias, no me importa. Prefiero verlo con mis propios ojos. —Se acercó al esqueleto, clavando los ojos en él. Tampoco tenía que explicar que aprovechaba el viaje para saludar a antiguos compañeros de su anterior destino, y que la noche prometía ser larga. Tenían reserva en La Marrana para ocho, y sería la única mujer… Pero a eso ya estaba más que acostumbrada—. Verlo y escucharlo. ¿Podría adelantarme lo importante, ya que estoy aquí?

Miraba los restos de lo que había sido el soporte de una persona, testigo mudo del intercambio de palabras. A Alicia le pareció que los huesos se veían sucios, verdosos y repulsivos, y que aquello había sido una persona dentro de una vida, y que la muerte no entendía de dignidad. Algunos fragmentos, sin embargo, aparecían más blancos, como limpiados con esmero; entre ellos, el cráneo.

Galindo carraspeó, quitándose —ahora sí— uno de los guantes para mesarse la barba incipiente en torno a una perilla afilada bajo la barbilla.

—Será un placer. ¿Quiere la versión extendida, o me ahorro los detalles técnicos? Hemos realizado pruebas radiológicas, cocido el cráneo, o las partes que lo componían, para ser más exactos. La TC ha…

—Me bastará con la versión para torpes. Me he comido una tostada con jamón hace un rato, y además de estar buenísima, me la han cobrado bien. No quisiera devolverla —cortó Alicia juntando las manos bajo el mentón en otra señal tan universal como Jesucristo y el Quijote.

—Claro. Disculpe, es la costumbre —carraspeó de nuevo Galindo —. Veamos. Algo así más de Hollywood, ¿no?

Torres no pudo evitar una risilla al otro lado de la sala. Disfrutaba. Galindo arrancó de nuevo:

—Varón, sesenta años, probablemente caucásico. Complexión fuerte. El deterioro de los huesos y la falta de tejidos no nos permiten más que hacer suposiciones en alto grado, lo advierto, pero me aventuro a tasar el tiempo tafonómico en nueve años y ocho meses, con un margen de cuarenta días de más o de menos.

Alicia pensó que al tipo le gustaba regodearse, pero se abstuvo

de comentar nada.

—¿Y eso quiere decir…?

—Eso quiere decir que lleva diez años muerto, poco más o menos —aclaró Torres alzando la voz, al fondo.

—Ajá. ¿Y ese color verdoso? —Señaló la reconstrucción ósea Alicia.

—Hongos y mohos —cogió el mando de nuevo Galindo.

—¿Eli?

—Ese color se debe a la humedad de la tierra donde ha permanecido estos años. Los huesos, cuando se entierran desprovistos de las partes blandas, adquieren el color de la tierra en que reposan. En este caso, sin embargo, a la tierra se sobreponen los elementos propios de la humedad de la zona, que les confiere ese color verdoso que usted ha señalado. Eso, y la alta concentración de óxido ferroso en la tierra, testigo de los años en que la zona fue depositaria de chatarra en todas sus variantes, según me confirmó ayer su compañero Torres ante los resultados. Nada relevante para el caso. A propósito de esto, podemos afirmar que no se ha movido de allí, al menos desde que lo enterraron.

Vaya, el quijote antropólogo forense también se aventuraba a discernir lo que era importante para ella y lo que no. Seguro que era de los que se tragaban *CSI* con la bragueta abier… Lo dejó pasar, cerrando los ojos con fuerza para abrirlos de nuevo, desechando la imagen.

—¿Causa de la muerte? —preguntó.

—Es difícil afirmarlo con rotundidad, pero…

—Un momento —cayó Alicia, cortándolo—. Ha dicho usted antes que los huesos adquieren ese color cuando se entierran desprovistos de las partes blandas. ¿Quiere decir eso lo que estoy pensando?

—Inspectora Alicia. Déjeme decirle que soy forense, no adivino. No sé lo que está pensando. Sí puedo decirle que estos huesos se enterraron desprovistos de su envoltorio. Es decir…

—A palo seco —intervino de nuevo Torres, al fondo.

—Es una manera de decirlo, aunque yo preferiría otras palabras.

—A veces, con menos palabras, las cosas quedan más claras —insistió Torres—. Lo leí en un libro, aunque el tío era un poco pedante, lo confieso.

—Debe de ser usted una esponja, Torres. Lo absorbe todo —contraatacó Galindo, entrando a pinchar a puñal, como en los tiempos de su hidalgo en las distancias cortas.

Torres captó el sarcasmo, mirando a Alicia y dejándolo pasar. Alicia tuvo que sonreír —el dardo lo merecía—.

—¿Dice usted que el sujeto fue enterrado…? Perdón, reformularé la pregunta: ¿Dice usted que solo quedaban los huesos del sujeto cuando lo enterraron?

—No lo digo yo; lo dicen las pruebas —afirmó Galindo.

A Alicia le entraron unas ganas enormes de preguntarle al forense si habría leído el mismo libro que Torres, pero se abstuvo. Necesitaba la colaboración de Galindo, y si el tío era como era, no lo iba a cambiar ella a punto de jubilarse.

—¿Hasta qué punto estamos seguros? Y, si lo estamos, ¿cómo de seco estaba? —No le gustó la palabra empleada, pero no se le ocurrió otra para expresarlo—. Me refiero a que… Reformularé la pregunta de nuevo: ¿Qué lo provocó?

—Todo indica que fue poco menos que incinerado.

—Quemado —apuntó Torres, que andaba aún digiriendo el puyazo anterior, y le iba la marcha—. Bien quemado.

—Me hago una idea. ¿Fue la causa de la muerte?

—Es difícil afirmarlo, pero todo parece indicar que no. ¿Ve estas marcas de aquí? —Señaló Galindo una marca visible a simple vista a la altura del esternón.

Alicia asintió, acercándose a los restos. No le gustaban nada los sótanos de los hospitales. Tampoco sabía por qué demonios tenían que colocar las salas de autopsias en lo más hondo, bajo tierra, como una tétrica antesala de un futuro sin futuro. Estaba deseando salir de allí, respirar aire puro, y a falta de aire puro, el de la calle le valía como el que más.

—¿Apuñalamiento? —preguntó—. Parece directo al corazón.

Galindo asintió, sin palabras.

—Ahora viene lo bueno —dijo Torres, sin moverse del fondo de la sala.

Galindo lo ignoró, señalando la parte superior del fémur, para abarcar con el dedo índice extendido toda la zona de la pelvis, en un círculo al aire más propio de un mago a punto de sacar a levitar un conejo de la chistera.

—¿Lo ve? En la parte superior del fémur derecho, el ilion, incluso en la parte interna del sacro.

Alicia lo veía. Más marcas. Marcas incisivas, puntiagudas (o debían de haberlo sido, ahora ya algo erosionadas), y muchas y repartidas como semillas en una siembra, puñaladas asestadas a lo alto y ancho de los huesos de la pelvis del sujeto.

—Lo veo —contestó, asimilando lo que veía—. Debemos suponer que fue esto lo que lo mató, dada la violencia que se desprende.

—Si no eso, la estocada final en el pecho —apuntó Torres, que por fin se había acercado, y miraba el esqueleto desde detrás de Alicia—. Pero apostaría por esto. Nadie aguanta demasiado esa masacre. Debió de doler… ¡Uf! —exclamó, semejando un escalofrío.

—A juzgar por el número de puñaladas, la zona y la profundidad, debemos de suponer que la víctima murió desangrada. No duraría mucho —retomó el discurso Galindo.

—Una regadera…

—¡Torres, por favor! —lo interrumpió Alicia—. ¿Se puede inferir algo más de las marcas, Galindo? ¿O prefiere Juan? ¿Qué es esto de aquí? —Señaló Alicia la mano del esqueleto.

—Me es igual. Mañana nos olvidaremos unos de otros para siempre, a no ser que haya un juicio en un futuro. Eso es, o era, un dedo. Le falta un dedo, seccionado. ¿Ve la marca en el hueso?

Alicia asintió. «Desde luego, el tío era un regalito», pensó Alicia.

—Le falta un dedo, índice, mano derecha, OK. ¿Y el resto de marcas?

—Se infiere por la dirección de las marcas, la altura y el ángulo, que el verdugo debía de ser más bajo que la víctima, y con cierta seguridad, zurdo. No hay nada asegurado al cien por cien, pero apostaría mi anillo de casado (y ello viene a ser lo mismo que la vida; no conocen a mi mujer) a que deben buscar a un hombre blanco, de entre veinticinco y cincuenta años, zurdo y de estatura media, teniendo en cuenta que la víctima debió de rondar, ateniéndonos al fémur, el metro ochenta y cinco. La ausencia de marcas en los antebrazos y las manos parece indicar que la víctima no se defendió. Ante la falta de más datos —señaló Juan Galindo el cuerpo—, podemos suponer que la víctima estaba inconsciente, atada o…

—O muerta —dijo Torres, al fondo, de nuevo.

—O muerta —siguió Galindo—. Imposible afirmar que no lo estuviera ya, pero.

—Pero no lo cree usted, y yo tampoco —se adelantó Alicia—. Ese ensañamiento es inútil con un muerto. Todo parece indicar una furia desmedida, un deseo de hacer daño, de provocar sufrimiento. Y un carácter claramente sexual.

Alicia volvió sobre las palabras del forense, recordando un detalle.

—Ha señalado usted antes que el verdugo debía de ser un hombre de mediana edad. ¿Qué lo empuja a hacer esa suposición?

—Es lo habitual. No es común en el género femenino este despliegue de violencia, y la furia y la fuerza ejercidas parecen indicar un comportamiento vehemente, más propio de una edad no demasiado avanzada. El hombre, por naturaleza, se vuelve más calculador y menos violento a medida que pasan los años. Pero es pura suposición, basada solo en mis años de experiencia —zanjó Galindo en un ademán de falsa modestia, quitando importancia a sus palabras.

Era un atrevimiento por su parte, pensó Alicia, pero podría tener razón. Sacó su Moleskine del bolso, pensando ya en salir de allí, y garabateó algunas palabras mientras hablaba en voz alta, para ella y los dos forenses, esperando que la contradijeran si erraba en algo.

—Veamos, tenemos un asesinato, de eso parece no haber duda razonable a pesar del estado del cadáver. Cometido hace unos diez años, de eso también podemos estar seguros —miró a los forenses, que asentían, instándola a seguir—, y a partir de aquí empezamos a formular hipótesis, aunque con bastante grado de certeza. Tenemos a un hombre, la víctima, de unos sesenta años de edad, uno ochenta y cinco, complexión fuerte, al que han quemado hasta dejarlo en los huesos y suponemos que torturado antes hasta que murió, sin defensa y con golpe de gracia incluido, y, a juzgar por las heridas, involucrado en un crimen pasional o sexual.

»Por otro lado, tenemos al asesino, presuntamente un hombre, de entre veinte y cincuenta años [amplió un poco el arco], zurdo, de entre uno setenta y uno ochenta, no necesariamente fuerte, con una clara motivación sexual y posible venganza o ajuste de cuentas, a juzgar por el ensañamiento.

Calló, apuntando con trazos rápidos en la pequeña libreta de tapas negras:

«-Posible familiar de víctima de violación. ¿Padre, hermano, marido?

-Listado de agresiones: remontar 10-15 años. Absoluciones y sin resolver.

-Condenas y excarcelados también».

Pensó unos segundos tras la última frase, para añadir a juego, con una mueca de disgusto:

«-Remontar más años atrás. Condenados y excarcelados. Desaparecidos con condenas sexuales».

Frenó de nuevo, y preguntó a los forenses:

—¿Posible arma?

—Común, muy probablemente un cuchillo de cocina o similar. Puntiaguda. A juzgar por la profundidad de las heridas, de unos quince, quizá veinte centímetros. Está todo en el informe —respondió Galindo, disfrutando.

—Ajá —apuntó.

De momento, creyó tenerlo todo. El resto lo leería en el informe, tal y como le recordó el forense. Solo le quedaba una pregunta.

—¿Cómo diría usted que quemaron el cuerpo, doctor?

—¿Puedo? —Levantó una mano Torres—. Debo ganarme el sueldo. Si lo llego a saber, me quedo en Cádiz.

Galindo le cedió la palabra con un gesto. A disgusto.

—Descartando el crematorio municipal, y dada la intensidad necesaria para limpiar los huesos, apostaría por un bidón metálico, de esos que salen en las películas donde los *sintecho* se calientan las manos. O similar. Y no fue rápido. El asunto se debió de alargar como un cochinillo sin trocear.

—Purificar —apuntó Alicia.

Los forenses la miraban, confundidos.

—Purificar —repitió—. Has dicho «limpiar». No soy especialista, pero hasta en *CSI* —miró a Galindo— saben que el fuego está asociado, en la mayoría de las ocasiones, a la purificación. Y en este caso, más que hacer desaparecer el cuerpo, que no lo hicieron, y creo que aposta dadas las molestias, se diría que buscaban un elemento purificador.

—¿Ve, Galindo? ¿No le dije que además de guapa, era lista?

—No tengas prisa en volver, Torres. Cádiz te lo agradecerá, en general. Gracias, doctor, cuento con el informe completo mañana en el correo —se despidió Alicia, empujando la puerta batiente en busca de aire libre.

Hasta contaminado le valía. Odiaba esos pequeños azulejos blancos y baratos con que levantaban los hospitales, caviló, los tacones de sus botas resonando en el pasillo frío con olor a formol y muerte enlatada.

—Saludos a su santa mujer —dejó atrás el bisbiseo en el largo pasillo, como un tren de vapor va pintando nubes de humo pasajeras, pensando en el pedacito de cielo que se merecía la señora de Juan Galindo, y en la que se le caía encima con la jubilación del portador del anillo.

Aunque… ¿Quién sabía nada? Igual el santo era él. Desechó la idea, pulsando el botón de la planta baja. Por primera vez desde que bajara, notó un zumbido que se filtraba entre las paredes, un zumbido que flotaba, monótono y perenne. En algún lugar cercano debía de esconderse un cuarto de máquinas.

Aire acondicionado. Lo último que pensó Alicia, sola y de cara en el ascensor de tamaño industrial, frente a dos puertas metálicas que se cerraban para enlatarla y devolverla a la superficie, es que los muertos agradecían el fresquito, y allí abajo había más muertos que vivos.

22

ANA

Quejidos de maderas y pasos de nuevo. ¿Cuánto había pasado? No lo sabía. Sin referencias ni reloj, había perdido la noción del tiempo. No había llegado a probar el plato que estaba encima de la mesa. Sentada sobre el camastro, vio cómo el humo fue menguando hasta desaparecer, como la niebla de una mañana de verano. Ni siquiera se levantó a mirar qué era aquello que se enfriaba. Después había llegado la furia, y el manotazo que mandó el plato al otro extremo de la habitación. Lentejas. Y desde entonces las miraba, allí en el suelo, esparcidas como si las hubiera disparado con la pistola de agua de plástico rosa y transparente que debía de estar sobre la repisa de los libros de su cuarto. También rosa; pero allí no había nada rosa. Estaba recluida en un mundo de blancos y negros. Todo grises y claroscuros. Sin ventana. Solo una cama, una mesa, una silla, el armario del fondo, que no se había molestado en abrir, y las lentejas, frías y esparcidas por el suelo mugriento y gris, inservibles, como semillas dispersadas en un campo de cemento. Y el plato, también estaba el plato, la única nota de color, descontando el marrón excremento de las lentejas. Era un plato de plástico, de esos de bordes altos que usaban las madres para las papillas de los niños pequeños. Azul. Ni siquiera era rosa. El rosa era su color preferido, de siempre. Hasta tenía unos zapatos de charol rosas.

Ahora, sentada en la cama mirando sin ver los restos de lentejas que salpicaban el suelo, sintió miedo. No miedo como el de antes, cuando la sombra bajó; no ese miedo desconocido y nuevo, no. Este era un miedo viejo, no tan atroz ni salvaje, pero también miedo. Era un miedo por las lentejas, por el desaire y el desafío inútil. Y era un miedo que hacía crecer al primero, levantando sombras monstruosas y demoniacas en las paredes grises y frías, paredes de

piedra húmeda y mohosa. Moho gris y siniestro, como de otro mundo sin sol. Un mundo gris.

No tenía que haber tirado las malditas lentejas. Estaba hambrienta, y le parecía que habían pasado siglos desde la última vez que comió. El estómago protestaba aún a susurros, pero alzaría la voz pronto, seguro. A sus casi quince años, empezaba a asimilar, entre vaharadas de horror que iban inundando aquel agujero gris para cercarla y asfixiarla, lo que podía proponerse el loco que la tenía encerrada. Porque, a pesar de sus casi quince años, o gracias a ellos, Ana se hacía una idea de lo que podía pretender alguien que hace una cosa así a una niña.

Había intentado gritar, o le parecía recordarlo. No estaba segura; sí lo estaba, sin embargo, de que no serviría para nada. De eso estaba segura.

De nuevo especulaba con el tiempo y el hambre: ¿Cuánto había pasado? ¿Y si intentaba probar las lentejas menos sucias del suelo, las que estaban encima de otras, sin tocar la piedra?

Entonces fue cuando crujió la madera, y el pavor la rodeó como un tufo casi palpable, y la hizo olvidar todo.

Pasos. Esta vez vio las botas aparecer, hollando escalones en descenso, pegadas al resto del cuerpo. Esta vez había luz y estaba preparada, y eso fue lo que la hizo temblar sin control en cuanto vio la primera bota salir de las sombras.

Para entonces Ana ya no escuchaba la madera y los quejidos de los escalones. Si hubiera pasado una ambulancia tras un camión de bomberos en urgencia por la estancia que se adivinaba arriba, tampoco los habría escuchado.

Una bota enorme, y una cadencia de pasos precisa le crispó todos los músculos de su pequeño cuerpo, y toda la figura se dejó ver bajo la luz cenital de la bombilla desnuda. Casi temió sentir saltar un tendón por tensión en alguna articulación. Aflojó la barbilla cuando le pareció sentir un pequeño crujido en la boca. Se pasó la lengua sobre los molares, juntó para palpar con los dientes las dos mandíbulas de nuevo y relamió arrastrando unos pequeños granos de lo que supuso eran restos de parte de un empaste. Fue una sensación desagradable, que le hizo recordar cuando a su madre se le escapaba un minúsculo trozo de cáscara de huevo en la tortilla. Casi nunca pasaba, pero algunas veces sí, y era realmente

desagradable, como pocas cosas que recordara. Aunque eso, pensó, tenía visos de cambiar. Y este pensamiento, unido al recuerdo de su madre, fue la combinación que llamó a la puerta de las lágrimas. Y la primera cayó, indiferente a todos y olvidada para siempre, deslizándose por una mejilla tersa y suave hasta gotear sobre las sábanas de aquella cama desconocida entre las piernas de Ana.

—¿Estás llorando? No llores —dijo la voz, ronca y renqueante, como un cortacésped herrumbroso que atravesara un campo de patatas.

La figura se agachó, apoyando las manos en las rodillas para enfocar la vista en Ana y el surco húmedo que le marcaba la mejilla izquierda. Una calva incipiente parecía configurar un islote de mechones rizados sobre la frente, acentuado por la posición y el ángulo de la luz de la bombilla. Sombras tenebrosas y alargadas nacieron bajo los ojos bajo el mismo efecto. Una barriga pareció crecer bajo la camiseta sucia y la postura, una barriga prominente y dura, de esas que su padre le decía que eran la joroba donde algunos hombres guardaban las cervezas. Este debía de ser de esos.

El hombre adelantó una mano, camino del surco de lágrimas, porque donde hubo una que abrió un camino, lo aprovechaban otras muchas ahora. Ana reculó en un reflejo, retrayéndose al centro de la cama. El hombre frenó y reconsideró el gesto.

—No… No llores. Te, te he traído una cosa. Te gustará.

Ana podía sentir el aliento desde su posición. Olía a cerveza, a ceniza y a diente picado. Y la abrazaba, rodeándola, como el humo de la pipa de papá cuando fumaba en el salón, pero con una gran diferencia: esta vez no se atrevía a soplar, ni a mover la mano delante de la cara. Ni a decir «qué asco».

El hombre, indiferente a todo esto, se rascó el ojo derecho con los nudillos de una mano, los ademanes torpes y exagerados, como si quisiera borrar con una goma de lápiz el trazo de un bolígrafo.

—Te he traído una cosa —repitió.

Le dio la espalda a Ana y volvió a la escalera para subirla entre quejidos nuevos y bajarla con sus ecos al cabo de unos segundos. Todo cuidando de agarrar la barandilla de madera para ayudarse en el ir y venir.

—Mira —dijo, presentando a Ana lo que había ido a buscar, como un director de escuela presenta a un profesor sustituto a

mitad de curso—. La cogí para ti. Supuse que te gustaría.

Retiró la mano y la dejó caer sobre Alicia sin equilibrio, esperando quizá que esta la abrazara.

La muñeca cayó sobre Alicia, inerte y pesada.

—Eso sí, tendrás que limpiarla. Eso es cosa de mujeres, y tú ya eres una mujercita. Está bastante sucia. Ya sabes, el hoyo.

Era la muñeca. *Su* muñeca. La que había tirado, la que odiaba y habían llevado al vertedero para deshacerse de ella y olvidarla por siempre, como un criminal sin conciencia. La que habían vuelto a buscar, como si fueran a mofarse de ella y de su destino, e ironías de la vida, para acabar compartiéndolo.

Ana sintió que perdía las pocas fuerzas que le quedaban. Casi obligada a abrazar la muñeca que le cayó encima, la sostuvo frente a ella, envuelta en barro seco, los pelos negruzcos y pegajosos que antes habían sido rubios acariciándole la cara; impúdica, con la falda levantada y pegada al plástico arañado que conformaba las piernas; terrosa y salpicada, como testigo escabroso y recordatorio del abismo de donde había salido. Y mirándola de cerca desde donde miran las muñecas, esta parecía decirle sin vida, con profundos y oscuros ojos de tiburón: «Te encontré».

Ana se dejó llevar, y se rindió a esa mano invisible que parecía querer arrastrarla al mundo de las pesadillas. Se dejó hacer, casi agradecida. Pero antes, solo un segundo antes, entre efluvios de tierra muerta y vahos de otro mundo, buceó en el fondo de aquellos ojos de plástico que la miraban, y creyó que eran castaños, castaños como los suyos, cuando antes eran negros. Y se desmayó, presa del horror.

23

—Dime, Rosa —dijo Daniel levantando el auricular del teléfono del despacho.

Rosa estaba a unos metros, al final del pasillo tras la puerta, en el departamento de administración.

En la práctica y a tal efecto, el departamento estaba situado tras la puerta de entrada a la empresa, y además de ocuparse de la administración, esto hacía que actuase como recepción, centralita y un poco de todo, como en la mayoría de los departamentos de administración de todas las empresas familiares del mundo. Y entre Rosa —jefa de administración sin galones, que formaba parte de la empresa casi desde sus inicios, hacía unos diez años—, Adrián —contratado recién salido de la formación profesional, tres años en nómina ya— y Eva —en prácticas sin remunerar, y aspirando a quedarse sin saber que cada tres meses salía un becario y entraba otro nuevo, según el programa de la Junta de prácticas e introducción al mercado laboral—, el departamento de administración mantenía el orden contable de la empresa y gestionaba el papeleo en tándem con una gestoría externa para los temas de impuestos y contrataciones, además de los añadidos, como el que mantenía a Rosa y a Daniel conectados ahora en línea.

—Es la inspectora Alicia —contestó Rosa sin más, dando por obvio que buscaba hablar con Daniel.

Daniel titubeó un segundo. Necesitaba pensar.

—Dile que estoy reunido, que deje el teléfono y yo la llamaré.

—Dijo que dirías algo parecido. También que puede venir ella ahora si te viene bien, o mandar un coche patrulla a recogerte, si prefieres ir tú a comisaría. ¿Qué le digo?

A Daniel le pareció que Rosa disfrutaba un poco. Quizá no, pero se lo pareció.

—Está bien, pásamela… No, mejor no. Dile que puede venir, que estaré aquí, que la espero. —Miró el reloj: eran casi las doce—. Pero

no antes de la una. Si no puede aguantar, que mande la patrulla —lanzó el órdago Daniel.

Colgó. Estaba acostumbrado a negociar, y esto era una negociación más. Todo se basaba en aparentar, básicamente.

Cerró la carpeta que tenía delante, sabiendo que de nada serviría intentar trabajar en lo que quedaba de mañana, y descolgó de nuevo para llamar. Pero ¿a quién llamaba? Colgó de nuevo y se recostó en el respaldo para pensar. Necesitaba pensar. Tenía una hora para mover piezas y proponer jugadas y respuestas en la mente, como en una partida de ajedrez, donde él debía de ser el rey negro, y veía venir a la reina blanca.

Claro que los hombres tienden a sobrevalorarse las más de las veces, y solo más tarde, bastante más tarde —demasiado tarde—, visualizaría su color y posición real en el tablero.

La hora voló, como una golondrina cruzando ante una ventana.

—Hazla pasar —contestó Daniel levantando la voz al pasillo sin descolgar, viendo encendida la lucecita que le chivaba que era Rosa de nuevo.

Un minuto y saludos de rigor mediante, se miraban sentados y separados por el ébano que había saltado de continente para convertirse en escritorio.

—Bonita mesa —dijo Alicia.

—Ébano de Tanzania.

—Vaya. No debe de ser barata.

Acarició la mesa Alicia escrutándola. Era una pieza grande, de buen grosor. Una sola pieza, negra como café espeso.

—No lo es. ¿Qué es tan urgente? Supongo que no ha venido para hablar de maderas exóticas.

—No. Yo me limito al IKEA. No creo que allí haya de estas. —Sonrió, separando los dedos de la mesa, como si dejara de acariciar a un gato—. No distingo un pino de un eucalipto. Pero podría hablarle del fresno y el arce. Hace años hice un máster, cuando cogimos a un tipo por la clase de madera utilizada para modelar el bate con el que abrió la cabeza a su camello.

—Ya veo —cortó el hilo Daniel, dando a entender que esperaba.

—Los detalles… Los detalles son lo importante la mayoría de las veces. Otras, la cosa parece más clara, pero, al final, los detalles son lo relevante. Y tengo precisamente un par de detalles que aclarar

con usted. Su ayuda podría ser útil.

—En lo que pueda ayudar, cuente conmigo. Ya se lo dije.

—Iré al grano. Debe de ser usted un hombre ocupado.

—Se lo agradezco.

—Verá, el caso es que creemos haber identificado los restos de su vertedero.

—No es *mi vertedero*. —A Daniel le ponía los pelos de punta aquella palabra.

—Llámelo como prefiera. —Alicia pareció notar cierta repulsa por el término en Daniel. Por alguna razón, no le gustaba aquel vertedero, pensó. Y debía de venir de antes. También pensó que no le había dado tiempo a cogerle manía por la aparición del esqueleto. Lo anotó en un rincón mental y lo dejó pasar, de momento—. ¿Quiere saber quién es?

—¿Qué? —La pregunta tras la mención del vertedero lo cogió desprevenido. Había notado algo en la inspectora, algo que ella parecía haber captado, y la estudiaba.

La inspectora se mantenía serena, las piernas cruzadas y embutidas en unos vaqueros estrechos y desgastados. Unas zapatillas deportivas de *running* parecían hacer juego con sus ojos, verde agua ambos, y sin embargo, profundos el par de arriba, que lo escrutaban ahora como un lepidopterólogo a una mariposa desconocida que se posara en el alféizar de su ventana.

—El desconocido, digo. Era un hombre. ¿Quiere saber quién?

Daniel intentó permanecer impasible, pero le pareció que no lo consiguió. ¡Un hombre!

—Sí. Sí, claro. ¿Quién es? ¿Quién era? —rectificó.

Alicia estaba desconcertada. Estaba preparada para esto. Preparada y acostumbrada, y no era ni de lejos el primer interrogatorio que hacía. Es verdad que en su último caso los interrogatorios no habían ido como debían, y su traslado se debía en parte a ellos, pero había aprendido la lección. Y esto no era propiamente un interrogatorio, aunque ella lo trataba como si lo fuera. Estudiaba reacciones, movimientos de manos, ojos que se desviaban… Cualquier cosa valía. Daniel, allí sentado tras el escritorio de ébano que debía de costar más de un sueldo de inspectora, escondía algo. No sabía el qué, pero había algo. Y su trabajo era averiguarlo.

—Por eso estoy aquí —dijo sin delatarse—. Necesito su ayuda.

—¿Mi ayuda? No sé en qué puedo ayudarla.

—No se preocupe. Será fácil. Solo necesito su ADN.

—¡Mi ADN! No entiendo para que puede necesitar mi ADN.

A Daniel no le gustaba nada el cariz que tomaban las cosas.

—Creemos que el hombre del vertedero —incrustó la palabra Alicia en la conversación de nuevo, aprovechando para fotografiar la reacción de Daniel, que esta vez no movió una ceja— es Manuel Sarmiento, más conocido como el Gordo.

—Ma… Ma… ¿Mi tío? —A Daniel no le salían las palabras—. No puede ser. Mi tío se suicidó. Dejó una nota.

—Puede ser, o puede no ser. El caso es que hemos datado el tiempo tafonómico en diez años, y la edad de la víctima en unos sesenta años, sin demasiado margen de error, y hemos comparado el dato con…

—¿Víctima?

—Perdón. Sí, víctima. ¿No lo dije? Todas las pruebas indican que estamos ante un homicidio, asesinato diría yo, sin margen de error también. ¿Continúo?

—Por favor —dijo Daniel, alzando una mano.

Sentía las piernas flojas, y un sudor frío generalizado le recordó aquella vez en que su madre lo llevó a urgencias porque se desmayó por una bajada de azúcar después de un partido de fútbol, justo al llegar a casa, frente a la puerta de la cocina, mientras ella traspasaba los platos y vasos secos del escurridor al mueble. Recordaba que al volver del médico uno de ellos estaba roto y repartido en añicos a lo largo y ancho de la cocina. También recordaba que estuvo casi un mes sin poder salir a la calle, hasta que a ella se le pasó el pánico, a pesar de que el médico dijo que no había sido nada; y no se le olvidaba que estuvo meses jugando al fútbol a escondidas, hasta que el pánico reconvertido en miedo volvió a su cauce habitual: la prevención. Hicieron falta un par de estaciones para que aquel cauce rebajara su caudal lo suficiente como para que a su madre le pareciera una idea soportable el que Daniel volviera a dar patadas a un balón.

—Como decía, comparamos el dato con las personas desaparecidas en la zona durante esa época, sin resultado. Después se nos ocurrió ampliar el margen, y lo cruzamos con datos a nivel

nacional. Hubo varias coincidencias, pero fueron descartadas fácilmente. Después…

—Pero mi tío no desapareció…

—A eso iba. Después, a Amargo (Amargo es un compañero de la comisaría) se le ocurrió ampliar aún más el margen. Alguien tenía que faltar, porque los muertos no aparecen así como así sin haber nacido antes, así que incluimos en la lista a fallecidos cuyos cuerpos no aparecieron… y bingo. Apareció su tío. Todo coincidía: la edad, la zona y hasta los motivos plausibles.

—No entiendo nada. Mi tío se suicidó. Dejó una nota…

—Ya lo ha dicho antes, me hago cargo. Lo estamos investigando, a la luz de los nuevos datos. En efecto, se suicidó, o eso parecía, y así se trató en su momento. Hubo una nota donde se despedía y afirmaba perderse en el mar para siempre, y una pequeña barca desaparecida cuyos restos se encontraron a los pocos días, y asunto cerrado… Hasta hoy.

—¿Y qué les lleva a pensar que es mi tío? Hasta ahora no veo más que alguna casualidad cogida con alfileres. Mi tío se suicidó, ya lo ha dicho usted; en su momento quedó bastante claro, aunque no encontraran el cuerpo.

—El caso, como le decía, es que los detalles son importantes, y a veces esos alfileres aguantan más peso del que parece.

—¿Y?

El sudor le empapaba ya toda la espalda, pegándole la camisa al cuerpo. Daniel pensó que se la cambiaría en cuanto la inspectora se marchara. Siempre tenía algunas en la oficina. Los ojos migraron fugaces hacia el armario disimulado entre estanterías, al fondo, donde las camisas limpias se escondían de la vista.

—Pues que es una casualidad, solo otra más, pero cuando se juntan algunas empiezan a dejar de serlo. Son unos cuantos alfileres: que su tío fuera de la zona, que su tío cuando *desapareció* tuviera la edad del cuerpo, que la granja estuviera situada a apenas un kilómetro de *su vertedero*, y que su empresa, esta en la que nos encontramos ahora, floreciente y fuerte desde hace justo diez años, naciera a raíz de la herencia que casualmente su tío le dejó por sorpresa al morir, aun sin tener ustedes dos demasiado trato, como al parecer dicen por ahí a poco que se indaga, y pudiendo haber repartido sus bienes de cualquier otra manera…

—¿No querrá decir…? —Daniel hizo amago de levantarse.

Acababa de captar lo de «motivos plausibles». Ahora el calor lo iba a matar. Buscó el mando del aire acondicionado con la vista, sin éxito, hasta caer en que estaban en enero y estaría guardado en algún cajón, en barbecho, esperando a los meses de verano.

—No quiero decir nada, Daniel. De otro modo lo hubiera dicho. —Levantó la mano Alicia, para calmarlo—. Lo único que necesito, como le decía, es su ADN, y saldremos de dudas.

—Supongo que necesito un abogado —dijo sin más, dando la reunión por concluida.

—¿Eso es un no? En tal caso, deberíamos tramitarlo todo de manera, digamos, más oficial.

—Buenos días, Alicia —saludó a modo de despedida Daniel.

—Piénselo, Daniel. Solo le estoy pidiendo un poco de colaboración. A lo mejor tiene suerte, y no es su tío. Ya sabe dónde encontrarme. —Se dirigía ya a la puerta Alicia—. No tarde demasiado. Cuanto antes corte de raíz los rumores, mejor para todos. Ya sabe lo que pasa en los pueblos.

Con la última palabra, Alicia Tressi desapareció en el pasillo, como un fantasma que busca otro sitio donde asustar. Y eso es lo que parecía haber visto Daniel, si alguien lo hubiera contemplado allí, inmóvil y blanco como el mármol de las estatuas.

24

ANA

—Tienes que comer. Bebe al menos un poco de leche —dijo él dejándole un vaso sobre la mesa—. Estoy seguro de que tu madre querría que comieras.

Era el segundo día, y nada había cambiado, o casi nada. Había un plato nuevo de lentejas sobre la mesa, y el único cambio era el vaso de leche y la cuchara de plástico. Ahora todo era de plástico: el vaso, la cuchara y el plato. Todo de esos paquetes baratos que se vendían para los cumpleaños de los niños. Modelo básico, en blanco.

El hombre había recogido el plato roto y las lentejas del primer día sin protestar, había barrido y limpiado luego los pocos restos que quedaban con una fregona mojada y ya repleta de flecos grises por la mugre acumulada, sin cubo donde enjuagar nada. Y todo con una parsimonia infinita que hacía que Ana sufriera más que si la hubiera abofeteado por tirar la comida, temiendo las consecuencias y el castigo que aquella mente enferma podía estar cavilando mientras recogía los residuos.

No había pasado nada.

La fregona había dejado un pequeño rastro húmedo en el suelo de granito, que desapareció casi al mismo tiempo que el hombre por la escalera. Y ahora estaba allí de nuevo, sentado en el último peldaño de la escalera, los brazos cruzados sobre la barriga, hablándole de su madre como si la conociera.

«¿Y si la conocía?». Ana se tensó en la cama, alertada por el pensamiento.

—¿Conoce usted a mi madre? —se atrevió a pronunciar. Eran sus primeras palabras desde que se despertara en aquella prisión.

El hombre sonrió, sin sonido, solo estirando los labios. Sin duda

agradecía que le hablara, y sonreía confiado, como si ya supiera de antemano lo que iba a ocurrir tarde o temprano.

—No tengo el placer —dijo—. Pero estoy seguro de que querría que comieras. ¿Tú no?

La exhortaba a seguir hablando con la pregunta. Ana no pudo evitar pensar en lo que su madre querría. Tuvo que admitir, sin vocalizarlo, que el hombre tenía razón. Se limitó a asentir.

—Come entonces. Coge fuerzas.

Ana pensó que comería, pero cuando se hubiera ido él. No quería darle el placer de hacerlo delante de él. Era absurdo, pero era la única rebeldía que se podía permitir. En su lugar, dijo:

—Me estarán buscando. Me encontrarán. Mis amigos…

—Tsss, tsss… —la cortó él—. No estés tan segura. No eres la primera, aunque espero que aguantes un poco más que la anterior. Me tomé muchas molestias para nada. En tu caso, ha sido al contrario, casi una casualidad. Creo que es una señal. Sí, eso creo.

—Mis amigos habrán ido a la policía, y seguirán el rastro, y…

—¿Tus amigos, dices? Tus amigos no han hecho nada. Están todos en su casa, con sus mamis y papis y sus cenas calentitas, y sus vasos de leche calentitos, y dentro de un rato estarán bajo sus mantitas en sus camitas calentitas. Pero mira, tú tienes leche también, aunque fría. No sabía si la tirarías y no quise molestarme. No me gusta la gente desagradecida. Y una manta. —Señaló la cama sobre la que Ana se sentaba—. No está tan mal.

Se levantó, provocando el retroceso de Ana en la cama, por instinto. Él obvió el hecho y, dirigiéndose al fondo del sótano, cogió la fregona que apoyaba en las sombras de la pared del fondo y se acercó con ella hasta la mesa, plantándose con ella como un soldado de guardia a la puerta de un palacio, firme. Claro que aquello no era precisamente un palacio. Ni siquiera un castillo; quizá los sótanos del castillo, las mazmorras.

—Lo que me recuerda lo de ayer. No me enfadaré por ser la primera vez. Lo entiendo, estabas desconcertada. Pero la próxima tendré que ser más duro. Lo entiendes, ¿verdad? Di que lo entiendes. Me basta con que muevas la cabeza. —Esperó, y Ana asintió. Sentía que la situación se tensaba y no sabía qué podía esperar—. Me había tomado muchas molestias para prepararte esas lentejas, y no me gustó nada verlas en el suelo, como si fueran

cagadas de rata.

Soltó la fregona, volviéndose para apoyarla junto a la pared, al pie de la escalera, y posó el culo gordo en el peldaño de nuevo.

—Estas te las comerás. —Señaló las lentejas de la mesa—. Da igual dónde estén. Lo entiendes, ¿verdad? Di que lo entiendes. Puedes asentir, aunque preferiría oír tu voz. Tienes una voz bonita, ¿te lo han dicho alguna vez?

Ana asintió de nuevo, negando después. Estaba confundida y no sabía cómo actuar. Acopió valor y habló. Necesitaba saber, saber cosas.

—Pero mis amigos me vieron. Mis amigos…

—¡No son tus amigos! —Se levantó el hombre a la vez que su voz.

Ana se asustó. Por primera vez, alcanzó a vislumbrar la locura que asomaba en los ojos que la miraban. Fue solo un momento, apenas un segundo, pero le bastó para tener la certeza de que no saldría de allí. No si dependía de aquel hombre grande y gordo de aliento a flores muertas y diente picado. Y a estiércol. También olía a estiércol.

La bombilla desnuda quedó tras él, dándole un aire siniestro, acentuándole la calva incipiente que asomaba entre mechones ralos y despeinados. El pelo rubio tostado, quizá castaño claro, dudaba Ana, pero sucio, eso seguro.

Ana no dijo nada.

—Tus amigos te han abandonado. Yo soy lo único que tienes ahora. Cuanto antes lo entiendas, mejor para los dos. —Calló, inspirando y espirando con profundidad, calmándose—. Cómete las lentejas, si no las quieres ver mañana para desayunar. Buenas noches.

Recogió el palo de la fregona y desapareció escaleras arriba, entre crujidos de peldaños.

—¿Por qué me salvó? —Alzó la voz Ana, imperiosa.

Los pasos cesaron y el sótano quedó en silencio, solo roto por la respiración trabajosa del hombre en las sombras.

—Para que fueras mía. Te lo he dicho. Fue una señal. Si no fuera por mí, estarías muerta. Ahora me perteneces.

Los peldaños se quejaron de nuevo, una puerta y una cerradura dijeron «aquí estamos» con sonidos propios, y Ana se quedó sola.

Cruzó las piernas, sentada sobre la cama. Se echó la manta por encima, tapándose la cabeza y oliendo a polvo de siglos, a baúl cerrado y a humedad, y tapándose la nariz, caviló por primera vez en por qué llevaba casi tres días allí y nadie había ido a buscarla. Ni siquiera su padre, que siempre parecía saberlo todo.

¿Sus amigos no habían dicho nada?

Como pensaría muchas otras veces, más tarde, se le pasó por la cabeza que quizá hubiera sido mejor morir en aquel agujero, ¿o quizá había muerto ya para todo el mundo?

Decidió darse un poco más de tiempo. Si todo empeoraba, encontraría la manera de hacer como si nunca hubiera salido de ese hoyo, de morir sin recordar, olvidando los últimos días de su vida.

25

A Eusebio Márquez le parecía casi increíble que le pagaran por hacer aquello. Y le parecía increíble simplemente porque le encantaba, y no acababa de creerse la suerte que tenía.

No es que fuera el mejor trabajo del mundo, tampoco era eso. Pero a él le gustaba, y eso era lo que importaba. Además, el horario le dejaba el tiempo y la oportunidad de dedicarse libremente a su vocación oculta sin que nadie lo molestase. Cuando el mundo se enterase —aparte de su Felisa, claro. El otro, el resto del mundo— se iban a quedar todos con la boca bien abierta, sí señor. Ser el vigilante nocturno del vertedero le daba toda la libertad que necesitaba.

Soñaba con ser poeta. No, en realidad debería decirse que *había soñado* con ser poeta. Ya no; ya sentía que se le había pasado el tren, aunque apenas rozaba la cincuentena, pero eso no lo disuadía de pasar las noches juntando palabras, componiendo ideas para otorgarles una melodía propia, solo evocada por ojos iniciados. Música silenciosa, como las corrientes subterráneas que recorren la tierra sin testigos.

Las últimas semanas le rondaba la idea de publicar sus poemas, o de intentarlo al menos. Se sentía más valiente, más confiado quizá. Tenía un buen repertorio, podría decirse, y confiaba en que sonase bien a oídos de todo el que quisiera —supiera— escuchar.

Sí, decidió. Mañana lo pondría en marcha. ¿Quién sabía? ¿Y si alguna editorial respondía? ¿Y si…? Sus «Poemas al mundo» volarían como las golondrinas de Bécquer. Volarían…

Miró al fondo del cuartillo, donde las llaves de la empresa colgaban ordenadas por ganchos sobre un escritorio desvencijado y una silla a punto de jubilarse, tentado a sentarse y escribir, a crear, a dibujar golondrinas nuevas, pero desechó la idea. Esta noche se la iba a tomar libre. Llevaba un par de días con un dolor de cabeza que no acababa de irse del todo, y pensó que debería visitar un

oculista. Mañana cogería cita en el centro de salud al terminar el turno. Serían los ojos, sin duda. Había notado que últimamente tenía que alejar lo que fuera que leyera para enfocar bien. En cuestión de meses se iba a quedar sin brazo suficiente si no ponía remedio antes.

Pero algo tenía que hacer. Las noches no son cortas para nadie cuando se está despierto. Esta noche estaba decidido con premeditación y alevosía. Dejaría sus ocupaciones nocturnas por un día y vería la tele. Tenían una tele en la caseta; no era gran cosa, pero era una tele. Se había traído escondido el aparato de vídeo en una bolsa deportiva de esas grandes que usaban los tenistas. El VHS, los cables, e incluso había pasado por el videoclub para alquilar un par de películas de Bruce Lee. Las noches de guardia sin nada que hacer eran aburridas, y un par de películas del maestro no le harían mal a nadie. Claro que tampoco era cuestión de pregonarlo a los cuatro vientos. Le gustaba su trabajo, la soledad buscada y las noches, y lo último que quería era estropearlo.

Abrió la cremallera de la bolsa, sacó la sudadera que envolvía el vídeo, y lo dispuso todo en su sitio, bien colocado. Ya estaba sacando la primera cinta de su estuche para introducirla en la ranura cuando León comenzó a ladrar.

Un gato, seguramente.

El vídeo se tragó la cinta. Eusebio le dio al *play*, retrocedió dos pasos de espaldas para caer en el sillón viejo que regalaba algo de comodidad a las guardias entre ronda y ronda, y alargó el brazo para encender el piloto rojo de la cafetera y recalentar el café que reposaba en lo que parecía una pecera con asa a medio llenar de líquido oscuro.

El perro ladraba, algo más lejos. Iba en busca de una presa. El gato se la estaba jugando, pensó Eusebio con una mueca. Él se encargaba de los intrusos, y León, de los gatos. Solo quedaban las ratas. Las ratas eran lo único que no le gustaba de su trabajo allí, pero eso era una guerra perdida en un sitio como aquel.

León ladraba, rabioso. Ya lo tendría. En la próxima ronda echaría un vistazo a los restos, sonrió. A Eusebio le gustaban los gatos… Le gustaban los gatos destripados, para ser exactos.

León dejó de ladrar con un aullido lastimero y repetido. A Eusebio le recordó los frenos de una bici con las zapatas gastadas.

Mencionó a la madre del perro a regañadientes y se tragó los títulos con todos esos nombres complicados de pronunciar. Al fin echó de menos algún ladrido. Algo no cuadraba, no del todo. Se adelantó en el sillón, levantó el culo y paró la cinta, contrariado, justo cuando el semblante de Bruce Lee, en un primer plano que mezclaba sabiduría y contrariedad —como un padre que ve al hijo fumar de lejos y lo espera en casa con la reprimenda preparada—, llenaba la pantalla, alejándose para dejar ver al maestro del kung-fu paseando camino de quién sabía dónde aún.

«Maldita sea, Bruce, ahora vuelvo».

Cogió el chaquetón azul de la empresa de la percha, se lo enfundó y cogió el bate que reposaba junto a la puerta. No era lo propio, pero le gustaban más los bates que la porra reglamentaria. En Rota y con la base americana a un paso, los bates y el béisbol eran casi una moda. Y era más divertido golpear gatos heridos con un bate que con una porra. Mucho más.

León seguía sin ladrar. Se iba a enterar también León. Había hecho esperar a Bruce.

Abrió la puerta y se quedó paralizado. No lo había visto venir, y no lo vería irse.

El hombre lo esperaba tras la puerta. Tal y como abrió, tirando del pomo hacia su barriga, y dio un paso para salir, un cuchillo de caza, largo y brillante bajo la luz de la bombilla a su espalda, atravesó el lado derecho del chaquetón azul casi junto a la cremallera de cierre, acariciado por las plumas del forro, para hundirse en la carne, blanda y desprevenida.

Un puñado de plumas escaparon de su prisión entre telas, flotando en la noche unos instantes hasta aterrizar sin ruido a los pies de Eusebio. El bate las anunció, precediéndolas con un cloc seco, como una tecla de piano apenas golpeada, madera contra madera, tan sorprendido al verse huérfano de mano como Eusebio de lo que pasaba allí abajo donde se recogían sus tripas.

Estorbado por el chaquetón, que entorpecía el movimiento, el cuchillo salió para volver a entrar a dos dedos de la primera hendidura, directo a la camisa gris de la empresa. A Eusebio no le dio tiempo ni a pestañear. El cuchillo bajó, en un movimiento certero y decidido, abriendo el abdomen como Moisés hiciera con el mar Rojo. El cuchillo se retiró, y las tripas asomaron, como a mirar

qué pasaba fuera. Eusebio bajó la cabeza, incrédulo, para verlas desparramarse sin prisas sobre un plástico negro, como de bolsa gigante de basura, dispuesto tras la puerta escondiendo las tablas de madera que conformaban la entrada de la caseta.

Eusebio cayó de rodillas, como si quisiera recogerlas. Al fin y al cabo, eran sus tripas. Pestañeó, preguntándose qué había pasado, y si el mundo llegaría a conocer su obra, y se dobló a cuatro patas sobre el entablado cubierto de negro y sobre sus propios intestinos, que sanguinolentos y húmedos se movían resbalosos como gusanos enormes sobre el plástico extendido.

—Espero que pasaras por el banco —dijo el único hombre que permanecía de pie.

Se agachó, metió el dedo índice y el pulgar en el bolsillo trasero de Eusebio con delicadeza y sacó la cartera del guarda del vertedero. Entró en la caseta, de apenas diez metros cuadrados, rebuscó un poco con los ojos, enjuagó el cuchillo en el lavabo portátil, se sentó en el sillón y la examinó, sin prisas.

—Eusebio Márquez —habló a la figura rendida a la entrada, mirando un DNI que sostenía entre los dedos enfundados en guantes de cirujano—, ¿te ibas a ir de putas al salir, o qué?

Eusebio seguía a cuatro patas, sostenido en gran parte por el brazo izquierdo, que, como si perteneciera a otra persona, resistía agarrado al marco de la puerta como un ave de presa al guante de cetrería.

Tiró el DNI al fondo, sacando veinticinco mil pesetas de la cartera en billetes de cinco mil.

Eusebio cayó de cara sobre la gran bolsa de basura con un solo golpe seco. Un golpe áspero, como una palada de cemento sin fraguar que cae donde no debe.

—Menuda fiesta te ibas a montar, ¿eh?

Eusebio no contestó. Su último aliento vagaba ya entre la chatarra cercana. La boca abierta babeaba con los labios pegados al plástico, y la saliva se mezclaba con la sangre, que manaba sin fuerza por la nariz, incrustada, bolsa mediante, en la pequeña abertura entre dos tablas, como si quisiera oler la tierra por última vez.

El hombre sabía que Eusebio no iba a ningún sitio y no estaba para fiestas, pero siempre que salía de caza la adrenalina lo

inundaba, y no podía evitar bromear. El hombre sabía que era sábado, y que Eusebio, como el resto de trabajadores del vertedero, cobraba en metálico los viernes. Y puestos a salir de caza, cuantos más pájaros con el mismo tiro, mejor.

Removió la bolsa grande junto al sillón a su derecha, sacó un pequeño cuaderno, lo ojeó, aireando sus páginas hasta parar al azar en una, como mago con baraja al escuchar «basta», y leyó sin prisas. No le gustaban las prisas. Cerró los ojos, pasó un par de páginas y leyó nuevas líneas de letras, todas a bolígrafo. Los poemas se sucedían. Primero con líneas dubitativas, repletas de tachaduras y correcciones; después repetidos de nuevo, inmaculados, como recién lavados. Miró alrededor una vez más, y salió, cuaderno en mano, cuidando de no pisar a Eusebio ni sus restos desparramados.

Inspiró, recortado a la luz de la puerta de la caseta del vertedero, exultante, y se guardó los billetes en el bolsillo derecho del pantalón, lanzando la cartera de Eusebio tras la chatarra —en otra vida, coches— amontonada como balas de paja que se extendía ante él. Miró el cuaderno, un rulo prisionero en su mano derecha, miró a Eusebio y, levantando el rulo para apuntarlo, dijo:

—Así que eras un artista, quién lo diría. Si no te importa, me los quedaré, ya que no los necesitarás. Siempre quise ser artista.

Y resoplando, cambiando de tema como el que pasa una diapositiva, se dispuso a terminar el trabajo, empezando por unir en el centro los picos de la gran bolsa improvisada, escondiendo a Eusebio como un mago que se dispone a efectuar su mejor truco. La limpieza era importante. Ciento once minutos después soltó la escoba en la misma esquina de la caseta, pasó un trapo a lo largo del palo, se limpió el sudor de la frente con el mismo trapo, se lo enganchó al cinturón a la espalda dejándolo colgar como cola de caballo y se perdió en las sombras sin mirar atrás, pensando que además de matar, le estaba cogiendo el gusto a robar. La vida estaba cada vez más cara.

Si algo había aprendido de las películas, es que no hay mejor crimen que el que le endosan a otro. A él le gustaban las de crímenes, y no esas bazofias de Bruce Lee que se tragaba Eusebio. Casi le había hecho un favor. Manuel Sarmiento sonrió, fundiéndose entre las sombras de los pinos tras el vertedero.

26

El recreo no había vuelto a ser lo mismo desde el día del hoyo. Para empezar, faltaba Ana. Después había venido el pacto, que hacía que se mirasen todos como si hubieras matado al presidente ese famoso de los americanos, y el resto lo supiera; era algo incómodo, la fórmula valía para cualquiera respecto a cualquier otro de ellos (de los del pacto). Luego vino la poli, con sus preguntas suaves y sus caras de querer agradar, pero con aire de tener el mazo escondido tras la espalda. Y por último, estaba el día a día —eso era lo peor—.

Porque lo que pasó, pasó, y uno intentaba olvidarlo, aunque fuera poco a poco. Y lo mismo valía para el pacto y los polis; eran sucesos, desagradables pero puntuales, confinados en un marco temporal… Pero el día a día en el colegio, cuando estaban juntos y se veían, y sobre todo el recreo, cuando podían y se suponía que debían hablar y pasarlo bien, eso era lo peor. En clase casi no importaba, en clase tenían que permanecer callados, obligados a pensar en otras cosas.

Las clases se habían convertido en el mejor momento del día, pensó Daniel con tristeza, mirando los pies de sus amigos, en círculo y rodeados del barullo y los balones que volaban cerca. Rodeados de estudiantes sin pactos ni preocupaciones.

—¿Os habéis enterado? —los sacó del trance Hugo. Les hablaba a todos.

—¿De qué se supone que debemos enterarnos? —preguntó Daniel, de rodillas y levantándose tras estirarse los calcetines.

—Ha desaparecido —apuntó Blanca levantando las cejas.

Como buenos hermanos, estaban al día de las mismas noticias.

—Ha desaparecido —repitió Hugo.

—¿Queréis dejaros de misterios y hablar de una vez? Parecéis cotorras.

—Eso, hablad, cotorras —dio Marcos la razón a Nico.

Blanca lo fulminó, seria. Pareció como si Marcos retirase sus

palabras sin decir nada.

—Fue el guarda de la caseta.

—El guarda de la caseta —repitió Hugo.

—Hugo, como vuelvas a repetir lo que digo, te vas a…

—Venga, me callo. Cuéntalo tú, pesada.

Blanca suspiró, teatral, e hizo la ola con la mirada sobre el resto.

—A ver, ayer por la noche, en la cena, nuestros padres discutían acerca de… *Eso*. De la búsqueda de Ana. Decían que el guarda del vertedero y su perro han desaparecido. Es raro, ¿verdad?

—¡Tuvo que ser él, lo sabía! —exclamó Daniel.

—Tú no sabías un pimiento —atacó Nico—. Ni caso, sigue —se excusó levantando las manos.

—Bueno, de momento, según mis padres, lo único que se sabe es que ha desaparecido y lo están buscando. Yo estoy de acuerdo con Daniel: tuvo que ser él. Por eso Ana no volvió. El muy cabrón la tendrá. —Blanca calló, dejando atrás sus palabras como espuma de marea al retirarse.

—Lo encontrarán. No ha podido ir lejos, no con una niña a cuestas —dijo Marcos.

—Sí, eso pienso yo. El caso es que tenemos que ir. —Hugo de nuevo.

—¿Dónde tenemos que ir? —Daniel ya temblaba, temeroso.

A tenor de los últimos acontecimientos, la experiencia le decía que, cada vez que había una sorpresa, en un alto porcentaje solía ser mala.

—¿Dónde va a ser? A la búsqueda. Esta tarde hay una búsqueda. Hay reunión de voluntarios a la entrada del vertedero, y allí darán instrucciones. Van a ¿peinar, se dice? —Blanca asintió, reforzando las palabras de su hermano—. Van a peinar la zona.

Daniel suspiró.

—Yo no voy. Quiero decir, me gustaría, pero. Bueno, no me gustaría, pero qué más da. Mi madre no me dejará, seguro. Ya la conocéis —dijo aliviado, intentando no gesticular demasiado.

—Verdad. Tú no vas seguro. Los demás debemos ir —se adelantó Marcos para cortar retiradas—. Era nuestra amiga. *Es* nuestra amiga —rectificó—. Sería raro que no fuéramos.

—Jo, juraría que vi algo parecido en una película. Una búsqueda por el bosque hasta que cazaron a un lagarto horroroso que andaba

como un hombre y se llevaba a las niñas de un poblado. Solo que era por la noche. Jo, espero que la búsqueda sea por la noche. ¿A qué hora han quedado?

—Eres imbécil, Nico —dijo Blanca.

—Sí que lo eres. A veces lo eres. —Lo señaló Marcos, hundiéndole los dedos índice y corazón alineados en el pecho.

—¡Eh! Cuidado con eso. Mira este. —Se señaló Nico el bíceps derecho con la izquierda—. Lo llaman la meningitis. Al que no mata, lo deja tonto.

—Imbécil sin remedio. —Rio Hugo.

Los demás lo imitaron, aunque una nueva nube negra planeaba ya sobre los cinco.

Como una alarma antiaérea, la sirena flotó sin aviso sobre los niños esparcidos por el recreo, que como zombis empezaron a desfilar para ser abducidos por la doble puerta que conducía a las clases.

—¿Dónde oíste eso? —Le echó el brazo Hugo por lo alto camino al descanso que suponían las clases.

—Aquí o allá… Tú sabes, soy una esponja.

—Pues a ver si absorbes algo más de historia, que viene ahora —alzó la voz Marcos unos metros detrás, junto a Blanca.

—Humm… ¿Sabes, Hugo? —dijo Nico sin volverse—. Dicen que la envidia es una admiración mal gestionada[6].

—¡Toma ya! —Subían ya los escalones previos a las puertas—. ¿Eso es tuyo?

—No, pero podría serlo. Ya te dije que soy una esponja.

Nico cruzó las puertas, engullido por las sombras del pasillo. El resto hizo piña detrás. La clase de historia pasó de largo, desapercibida, como un tren ante una estación abandonada. Esponjas o no, los cinco la dedicaron a pensar en la búsqueda de Ana, en el vertedero y en la tarde que los esperaba.

27

Nico dejaba ya atrás la calle Charco, recorrida de punta a punta. Alcanzó la plaza de España tras pasar bajo el arco de piedra canela y la cruzó camino del puerto. Hoy dormiría en el barco.

Era una costumbre arraigada. Cuando algún problema llamaba a la puerta y no lo dejaba conciliar el sueño, el barco era su ibuprofeno preferido. Amarrado a puerto, se dejaba mecer como un niño en su cuna, escuchando las jarcias tocar su melodía, cables y cabos golpeando mástiles, acastillaje acompañando al compás.

Había tomado un par de cervezas en El Gato, quizá tres o igual cuatro, que tampoco es costumbre contar cervezas, acompañando unos gambones a la plancha y un montadito para matar el hambre; había cambiado impresiones con los cofrades de costumbre, alabando la última victoria del Cádiz; había pensado incluso pasar por donde los rones con cola adulterados y las mujeres de sexo sin lengua. Se había molestado hasta en comprobar el efectivo de la cartera. Pero no era su noche, aquella no. No estaba fino, que le había dicho al compadre Juanito allá en El Gato, entre caras alegres y barricas de vino; entre olores a madera vieja, a serrín y a sudor; a humo de marisco vuelta y vuelta, y a camaradería.

Y se había despedido, pensando que una retirada a tiempo es una victoria, y había atravesado la calle Charco, el arco de piedra y la plaza, para tomarse la última en solitario, en la esquina donde, hacía mil años, antes de perder la inocencia en aquel hoyo, se paraba casi a diario al volver del colegio para admirar las pistolas y escopetas de aire comprimido que se exponían en el escaparate de lo que ahora era un bar donde un camarero desconocido y solícito le dejaba una cerveza sobre un barril convertido en mesa, y entonces era ferretería. Pero ferretería de las buenas, de las que te vendían pistolas de aire comprimido sin preguntar ni la edad, y balines de plomo de diábolo y de bola.

«Cómo pasa el tiempo», pensó. Seguramente ahora sería más

fácil conseguir una pistola de verdad sin papeles que una de aire comprimido en una tienda.

Pensó en su pistola y, encadenando ideas, en su padre; y en el barco. La pistola fue el último regalo de cumpleaños que le hizo su padre antes de morir. No era su padre de los de ir a recoger niños a los colegios, y tampoco era Nico de los que se dejan recoger. De lo que sí era su padre era de esperarlo en El Gato con una copa en la mano, casi siempre de tinte oscuro y color de sangre espesa; a veces, las menos, veteada y con destellos de madera al sol del mediodía, cuando salía de la cueva y la sombra cerrada que formaba la boca de la Bodega El Gato.

«Ahí viene mi chico; miradlo, qué andares tiene, como su padre», solía lanzar el vozarrón que gastaba en inversa proporción a la vergüenza y el pudor.

Todo el que estuviera en la puerta o sus proximidades se volvía a mirar, ya fuera por deferencia o curiosidad, dependiendo de la asiduidad y la confraternización con la bodega.

De allí en adelante, saludando al Castillo de Luna, para llegar a la humilde puerta de fachada de cal blanca y macetas como estandartes, siguiendo el mismo camino que llevara esa noche hasta parar en la antigua ferretería-armería, seguían ambos juntos, entre empujones más propios de camaradas que de padre e hijo, para terminar clavando los ojos —«papá, solo un momento, a ver si aún están las mismas o las han cambiado», decía Nico hablando de las pistolas— en aquellas armas de aire, uno como un perro que viera un chuletón crudo recién cortado; el otro escondiendo una sonrisa, como el que espera el momento adecuado, sabiendo que las prisas no suelen ser buenas, y menos y hasta malas, para según qué cosas.

Hasta ahí se comentaban cosas de colegio, un niño más contándole a su padre los vaivenes de un mundo cerrado, pero con una imaginación infinita. Después de las pistolas, la conversación cambiaba de rumbo y siempre hacia la misma derrota, casi como si el aroma de los guisos de la abuela paterna llegara a ellos culebreando entre calles de cal blanca, aceras grises y adoquines por asfalto.

—¿Qué hay de comer, papá?

—¿Cómo quieres que lo sepa, Capitán?

Su padre siempre lo llamaba Capitán. Tanto y con tan poca falta

que a veces Nico se preguntaba para qué lo bautizaría como Nicolás. Pero a él le gustaba. Y con los años más, cuando a falta de su padre, olvidó aquella duda para preguntarse si su padre ya sabía a qué se dedicaría desde que lo viera nacer, como un brujo de los tiempos antiguos. Pero un brujo blanco, como ese Gandalf que arrasó en la taquilla hacía pocos años.

Entonces llegaban a la puerta tras la iglesia, la de la fachada blanca y las macetas presidiéndola, una a cada lado, y siempre cambiantes según el capricho de su abuela, dueña y señora de la casa y gran maestre de la cocina y los buenos guisos. De los pescados y su preparación, ya fueran a la plancha o fritos, se encargaba su padre, cuando tocaba; para todo lo demás, su abuela era la persona a quien señalar si había que colgar una medalla.

Y así fue hasta aquel último día de aquella semana maldita: la del hoyo. Aquel día en que su padre no lo esperaba en la bodega para subirse al tren y continuar juntos. Ni ese, ni ninguno más. Y aunque ese primer día, en ese primer camino solitario hasta casa de su abuela, Nico agradecía que su padre no lo esperara, pues él se lo notaba todo, se lo notaba y le preguntaba…

—Dime, Capitán, ¿ha pasado algo en el colegio? ¿Hay que zurrarle a alguien?

—¡Qué dices, papá! ¡Para eso me basto solo!

—Así me gusta. A ver esa *meningitis*…

Entonces Nico se remangaba y exhibía el bíceps, sacando músculo más con la cara y el cuello que con el brazo. Nicolás padre se lo palpaba, para retirar la mano como si se hubiera quemado, aullando como un lobo en retirada.

—Guau, esto ya da miedo… Pero, dime, entonces, ¿qué es? ¿Un profesor te tiene manía? No me mientas, Capitán, que nos conocemos.

—No es nada, papá. Qué pesado estás con eso.

Nicolás padre no volvió a pisar El Gato, ni a levantar copas con Solera, ni a recoger a su Capitán, ni a salir a buscar pesca de madrugada con que ayudar a pagar los guisos de la abuela.

Murió en el mar, donde le gustaba, pero no cuando hubiera querido, y sobre todo, no «como» hubiera querido. El brazo de la pequeña grúa que llevaba a bordo el pesquero en el que faenaba falló, cayó a plomo y le abrió la cabeza en dos, como un frutero con

un melón a repartir entre dos vecinas.

Y no habiendo conocido a su madre Nicolás, parto complicado mediante, y sin padre desde la semana maldita del siglo para aquel niño, vinieron a ser su abuela y los años que le quedaban, y su casa encalada, humilde pero decente, limpia y pulcra hasta rozar la indecencia, y la indemnización del seguro de accidentes, los pilares que hicieron que Nicolás no se torciera más que lo justo y justificable, dadas las circunstancias.

La pistola había llegado unos meses antes, y solo la habían usado una vez hasta aquel día. Su padre la sacó de aquel escaparate para regalársela bajo promesa de esperar al invierno siguiente, cuando rondara los dieciséis.

Y Nico esperó, y en eso pensaba ahora. Apuró la cerveza, soltó un par de euros sobre el barril y se limpió el bigote raso con una servilleta arrancada al servilletero de la mesa contigua, echó a andar, rebasó el modesto hostal con restaurante italiano incluido y manteles a cuadros blanquirrojos que adornaban la calle con un toque turístico y pintoresco a la vez, y enfiló hacia el Castillo de Luna, su plaza y los pocos centenares de metros que le quedaban para alcanzar el puerto y el pantalán donde lo esperaba una cama con alma de mecedora.

La noche era clara y limpia: ninguna nube, pocas estrellas y un satélite redondo y poderoso que alumbraba los rincones donde la electricidad no llegaba. Al doblar la esquina de la lonja del puerto y encarar los mástiles alineados que se mecían como trigo crecido al son de la luna y el viento, el borrón que manchaba el cielo resultaba incongruente.

Un cúmulo de humo ascendía desde uno de los pantalanes, disimulado en el telón de la noche pero palpable, como un tramoyista en las alturas de un teatro.

Acompañándolo cual trueno al rayo llegó el olor, rezagado y campando a sus anchas en el vaivén del viento y su indecisión en la noche calma, casi estancado. Nico sumó dos y dos, rastreó la chamusquina en la primera aspiración y arrugó la nariz.

Por último, vino la revelación, como llegan estas cosas, de golpe y sin avisar, cual *yoya* de aquel profesor que lo descubrió copiando en un examen de religión, para colmo; como las malas noticias, a traición.

Nico echó a correr enfocando el pantalán. Descubrió el camión con un presentimiento incómodo, rojo y reconocible en cualquier parte del mundo, como una mano adelantada y alzada para decir basta: los bomberos. Cuando alcanzó el pantalán ya sabía que tenía la papeleta del premio. Una docena de pantalanes, veinte o treinta barcos por cada uno de ellos, y el humo, que venía a arremolinarse alrededor del que estaba etiquetado con la «H», donde flotaba su pequeña flota de dos… «Caliente, caliente». Eso, y lo que no era eso, hicieron de Julio Iglesias para decirle: «Y lo sabes». Y lo sabía, vaya si lo sabía.

—¿Qué ha pasado? —resolló llegando a la altura de Camacho, bombero tipo y sargento del que se decía que dormía con el casco puesto.

Presuntamente. Buen bombero, y mejor bebedor de cerveza en sus ratos libres. Curtido, de uniforme tirando a ajustado sobre músculos trabajados, y calva y perilla lustrosa por exigencias genéticas la primera, por gusto la segunda.

—Ya ha pasado todo —respondió, casi escribiendo sin saberlo el diálogo para una comedia.

«¿Qué ha pasado?».

«Ya ha pasado todo».

Nico pensó sin querer, en uno de esos momentos absurdos que cualquier humano derrocha, y alargó el diálogo en su cabeza: «Pues ya no puede pasar más». Se limitó sin embargo a contestar sin palabras, instando a Camacho a contar más con un gesto en los ojos, recobrando el aliento. Camacho lo captó.

—Ha sido la motora. Te la han quemado, o eso creemos. Ya veremos.

Miró al fondo, temeroso aún de bajar a echar un vistazo. Estaban junto a la puerta del pantalán H. Camacho y él; el camión rojo, rojo espeso bajo el color de la noche; y gente, mucha gente, algunos conocidos, muchos otros solo caras vistas de refilón, curiosos como osos a la puerta de una mielería.

Mirando de nuevo al fondo atisbó a Urbaneja, que se acercaba, acortando metros sobre las tablas del pantalán. Había visto a Nico llegar y venía en su busca.

—Aquí viene el cuerpo del cuerpo —alargó la voz Camacho, consciente y buscando que Urbaneja lo oyera, además de Nico.

Rubia, guapa, madre y lista, además de otras muchas cosas que no vienen al caso, además de guardia civil, Eva Urbaneja estaba harta de comentarios y tipos como Camacho. Aburrida de machos alfa que no sabían que eran beta, que no se cansaban de soltar sandeces y machismos a la menor ocasión.

El comentario no era malo en sí. «Dicho por otro, podía ser hasta gracioso», pensó Eva Urbaneja. Por Nico, por ejemplo. Lo chirriante era que en boca de Camacho sonaba mal cualquier cosa.

Eva Urbaneja hacía ya tiempo que había aprendido a capear a tipos como Camacho y sus comentarios. Mujer y guardia civil al mismo tiempo obligaba a ello. Obviando a Camacho, se concentró en Nico.

—Hola, Nico. Lo siento, te tocó.

—Ya veo. ¿Tiene arreglo? —preguntó él repitiendo el gesto de ojos hacia el barco desdibujado y la columna de humo negro que se perdía en la noche.

—Poco, yo diría ninguno. No es consuelo, pero el velero está intacto.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—No lo sé. Dímelo tú. Parece provocado. Díselo, Camacho. —Eva miró al bombero.

Detestaba a Camacho, pero era un buen bombero, y no tenía más remedio que trabajar con él cuando el trabajo se cruzaba.

—Ajá —asintió Camacho—. Parece y lo es. Ninguna duda. Mañana lo sacarán a marina seca y lo examinaremos a fondo y ya veremos qué sacamos en claro, pero hay poca duda. Hasta la garrafa dejaron. Nada de disimular.

Camacho calló, cediendo la palabra a quien quisiera tomarla, orgulloso de su escueta y experta exposición.

—¿Qué me dices? ¿Alguna idea de quién pudo ser? Venga, ponlo fácil, Nico, que este mes tengo ya trabajo de sobra.

Eva Urbaneja se echó a un lado, dejando salir del pantalán a un cuarentón de paisano con una mochila abultada. Nico había visto *flashes* allá abajo, y supuso que sería el fotógrafo. Una cartera con una placa enganchada en la cintura lo delataba como compañero de Urbaneja.

—Ya está todo —dijo el desconocido al pasar entre la guardia civil y el bombero, camino a su coche—. Por mi parte, nada más.

Buenas noches, señores —se despidió en plural.

Nico estuvo a punto de contestarle a Eva Urbaneja que no tenía ni idea de quién podría haber provocado aquello, y era la verdad, o casi. En su movimiento para dejar pasar al fotógrafo, Eva se había apartado un poco, dejando a la vista la puerta acristalada del pantalán H, oculta tras *el cuerpo del cuerpo*. Un par de bomberos se atisbaban abajo, recogiendo la manguera muerta sobre la línea del pantalán.

Sin embargo, se quedó de piedra. Garabateado sobre el cristal con lo que parecía un rotulador rojo y a tamaño natural, alguien había dibujado un zapato. No un zapato cualquiera, no. Uno como el que había visto encima de la mesa del comedor de Daniel Bastida hacía muy poco. Idéntico.

Eva notó algo, no sabía qué, y se volvió para seguir con sus ojos la mirada del empresario que había visto reducida su flota a la mitad a golpe de cerilla.

—¿Te dice algo? —le preguntó.

Camacho se giró, despistado en el giro, como un inglés en una rotonda de Gibraltar.

Nico disimuló, o creyó hacerlo; quería hacerlo, en todo caso.

—¿Eh? No, nada. Solo pensaba. No sé, no se me ocurre nadie que pudiera… Tendré que poner una denuncia, ¿no? —cambió de tercio—. Digo, para el seguro…

—Sí. No hay prisa, mañana te pasas. ¡Luis! —Volvió la cabeza Eva al fotógrafo que cerraba el maletero tras hacer desaparecer la mochila—. Necesito una más; será solo un momento —alzó la voz, volviendo a mirar el zapato, escamada.

Nico no había despegado los ojos de él. Con trazos del color de la sangre de las venas y el vino tinto, un zapato, de charol al menos para Nico, presidía incongruente la entrada al pantalán H.

—Saca unas muestras también; nunca se sabe —dijo Eva Urbaneja a Luis, que además de hacer fotos, tenía algo de científico, sin dejar de mirar a Nico.

28

Ana

—No te has puesto la ropa que te dejé.

Los primeros días habían dado la bienvenida a la rutina. Comía de lo que el hombre le daba, dormía en la cama en que se despertó la primera vez, en aquella especie de sótano con olor a estiércol y humedad; incluso hacía sus necesidades en aquel cubo inmundo que el hombre le cambiada a diario, y hasta se lavaba con el agua de aquel bidón, en plena noche, suponía. Al menos era cuando el hombre nunca bajaba y la dejaba a oscuras. Los días y las noches allá abajo eran confusos.

Lo que no había hecho era cambiarse de ropa. La suya le hacía parecer ella, la de arriba en el mundo libre, en una ilusión que sabía que no podría mantener mucho tiempo.

Esa otra ropa seguía allí, doblada y limpia, esperándola.

Ana negó con la cabeza.

—¿Qué quieres de mí? —se arriesgó a preguntar. Era la primera vez que lo hacía sin lágrimas.

—Lo he estado pensando muy mucho, no creas —dijo él—. No sabía si quería una hija, o una mujer.

Ana notó cómo le temblaron las rodillas, pegadas al pecho sobre la cama. Las sostenía con las manos sobre ellas, escondiendo la parte de su cuerpo que la hacía parecer más mujer que niña. Las manos temblaban también. Él lo notó; ella notó que lo notaba. El labio inferior se divorció del superior, uniéndose por su cuenta al pequeño baile de rodillas y manos.

Él sonrió a medias, desde su puesto en la escalera. Ana no supo si de lascivia o de falsa ternura. Una dentadura acre asomó, desalineada. Ana llegó a atisbar la falta de alguna muela con repulsión disimulada.

—Al final, he decidido que prefiero una mujer —dijo el hombre como el que elige una película a los pies de una cartelera de cine—. Pero no te asustes, esperaré a que estés preparada. Tenemos tiempo. Tenemos todo el tiempo del mundo.

El sollozo se escapó solo, como un espasmo. Él se levantó, como si fuera una señal, recogió el cubo con los excrementos sin pudor, como si lo llevara haciendo años, y volviendo a la escalera, comenzó a subir escalones hacia la planta de arriba, donde Ana escuchaba los pasos y le seguía el ciclo de vida a aquel monstruo desde hacía ya casi un mes, día arriba, día abajo, según la cuenta de las pequeñas piedrecitas recogidas de los pies del muro mugriento que iba agrupando bajo la cama. Ya no estaba segura del tiempo exacto; las horas, calcadas las unas de las otras, se amontonaban para confundirla, y a veces no recordaba si había puesto la piedra del día o no; en ese caso, volvía a poner otra.

—Esto es un abono buenísimo, ¿sabes? —dijo él antes de desaparecer escaleras arriba. El sonido amortiguado de un interruptor apagó la bombilla, y volvió la oscuridad; una oscuridad que devoraba con hambre atrasada los débiles restos incandescentes de una bombilla caliente.

El último destello que veía siempre entonces eran los ojos, brillantes como los de un gato por un segundo, cuando la luz se iba y ella se quedaba sola; sola con aquella muñeca que antes odiaba y ahora era su única compañera, al fondo del sótano.

No le gustaba tenerla cerca, pero no se atrevía a decirle al hombre que se la llevara. Las primeras noches después de que el hombre la bajara no conseguía dormir. Creyó que se volvería loca. Imaginaba que la muñeca se acercaba entre las sombras, guiada por la respiración y el calor de su cuerpo, para saltar sobre ella y engullirla; para robarle el alma y la vida. Al final, el sueño la vencía y ella caía, y se despertaba entre pesadillas para descubrirse aún viva; y el ciclo volvía a empezar, hasta que los pasos volvían a sonar arriba, arriba y abajo, el olor a café recién hecho ganaba la batalla por breves minutos al tufo del estiércol, un silbido alegre entonaba alguna melodía desconocida, y tras el trasiego de la cerradura el hombre susurraba unos buenos días sin asomar, y la luz se encendía con un zumbido suave y efímero.

Ana vio el último rastro de luz acopiada que se desvanecía en

aquellos ojos de muñeca, y recordó por primera vez la mañana de aquel día, cuando aún cargaba aquella muñeca junto a Daniel camino del vertedero.

«¿No eran mates esos ojos entonces?».

Los dos puntos se diluyeron, como las cenizas del televisor de su cuarto al apagarse. Pero brillaban, siempre brillaban, cada noche.

Pensó que no estaba segura de lo que recordaba y cerró los ojos, abandonándose a la oscuridad. Hacía días que ya no la temía. Empezaban a ser amigas.

29

Alicia Tressi repasaba las notas de su Moleskine, sin revelaciones ni intuición alguna. Sentada en el escritorio que le adjudicaron provisionalmente en la comisaria, reconvertido en permanente, echaba de menos un despacho. No por pretensiones, ni por aires de grandeza impostada; era solo que no podía pensar con claridad entre el barullo de compañeros de uniforme, el ir y venir de detenidos camino al calabozo, y las quejas y denuncias de ciudadanos que se personaban en la comisaria de la Policía Nacional de Rota. No quería imaginar lo que sería aquello en verano, con la población invadida de sevillanos, jerezanos y de la gente que llegara de dondequiera que fuera a tomar las playas.

Lo tenía merecido. Aquello era el purgatorio por el desenlace de su anterior caso, que acabó con cierta confraternización con el acusado, a la postre, convicto y sentenciado, hasta que se fugó. Mierda de caso[7]. El tipo seguía desaparecido, y Alicia apostaba a que estaba mejor que ella en aquel momento, dondequiera que estuviese.

Esto le hizo recordar la entrevista con Daniel, el empresario de la obra. Quizá ella fue algo más desagradable de lo necesario. Nadie tenía la culpa de sus experiencias pasadas, se recriminó.

Cerró la agenda y la tiró encima del informe forense que descansaba sobre la mesa. Ni pistas, ni ideas firmes de quién era el muerto, y por descontado, tampoco de su asesino.

«Algunos tienen mala suerte hasta para morirse», pensó.

Álex apareció por la puerta, acompañando del brazo a una mujer en edad de cobrar pensión que lucía un moratón en la mejilla. Pasos lentos, de cofradía. Lo que faltaba. Álex era su mano derecha, si es que tenía alguna. Joven, de uniforme pulcro y casi almidonado, cola rubicunda a la espalda y tez clara, casi parecía inglesa. Siempre presta, pero inexperta, a Alicia le caía bien, y además era mujer. Últimamente prefería las mujeres para todo. Menos testosterona y

más ganas de hacerse valer. O quizá era necesidad. Ser mujer y policía era cada día menos extraño, pero no la norma. Alejandra cumplía con eso, de momento. Los años contarían el resto.

Álex se acercó, adelantó a la anciana para acomodarle la silla externa de su escritorio y se la ofreció. La mujer miró a Alicia, sonrió brevemente con la mirada y dio las gracias, dejándose caer. Álex rodeó la mesa para ocupar su silla, de cara a Alicia.

—Hola, inspectora. —Levantó la mano.

—Buenos días, Álex. ¿Qué ha pasado?

La mujer se volvió hacia Alicia, en un remedo de tortícolis aguda.

—¡Qué no ha pasado, dirá usted! Mire la cara, cómo la tengo. ¿Y ve mi bolso? Yo no lo veo.

—Ya, lo siento mucho, señora…

—Sentirlo no vale para nada, pero se lo agradezco a usted.

—Dejemos a la inspectora, Amalia, que ya tiene bastante con lo suyo. Repítame cómo…

—Anda, inspectora nada menos. Si mi Eustaquio levantara la cabeza se caía de espaldas. Con lo que era él para estas cosas. Más franquista que Franco, se lo digo yo.

Alicia ya tenía suficiente. Lo que venía luego se lo sabía. Media horita de paciencia, redacción y estadística las más de las veces inútil. Recogió la Moleskine y el informe, se levantó y, excusándose, enfiló hacia el baño de señoras.

—Si lo ve, dígale que ya tenemos hasta vestuario propio en las comisarías. —Sin esperar la protesta de Amalia, cambió el tercio hacia Álex, señalando el teléfono sobre su mesa—. Voy al baño. Si llaman, cógelo por mí, por favor.

—Hecho —se limitó a contestar Álex acompañando un guiño.

Media hora después, Alicia seguía enfrascada en el informe, enclaustrada en un excusado del vestuario femenino. Al menos allí había tranquilidad.

El rastreo de denuncias antiguas de índole sexual no había dado resultados, ningún convicto actual o excarcelado había hecho saltar la alarma, y no constaba ningún desaparecido en las fechas anteriores o posteriores al supuesto enterramiento del muerto. Al menos, que cuadrara con lo que buscaba. La única coincidencia arrojada en el tiempo era la desaparición de Ana Lorca.

Ni hombre, ni vieja, ni nada de nada.

A falta de otra cosa y aburrida, rebuscó entre los datos impresos que le había pasado Álex hasta encontrarla.

«Ana Lorca. Catorce años. Desaparecida sin dejar rastro a la salida del colegio el 22 de abril de 1995. Madre: Eva Gaza Palacios; padre…».

El informe detallaba las actuaciones llevadas a cabo a raíz de la desaparición. El caso seguía abierto, sin resolver. Las diligencias arrojaron un único sospechoso, igualmente desaparecido para siempre.

«Eusebio Márquez Miñón. Varón, 36 años, de profesión vigilante en el vertedero municipal. Turno de noche. Casado, una hija…».

36 años. Alicia echó un cálculo rápido. No cuadraba. En el momento de la muerte, su desconocido sobrepasaba el medio siglo. Demasiada diferencia.

Barrió el resto del registro con los ojos, hasta reparar en la última línea. Alguien con cierta empatía con el caso se había tomado la molestia de abrir el expediente y había escrito la anotación a bolígrafo: «Febrero 2002: se inaugura la calle con su nombre. No te olvidaremos». Y esto era lo más interesante del último folio.

Y tanto que tenía una calle. Alicia cayó de pronto. ¡Ana Lorca! Ni más ni menos que la calle de la comisaría de la Policía Nacional.

«No te olvidaremos». La anotación no podía ser más acertada. Todos los policías del municipio veían el nombre a diario. Todos los membretes de papel oficial que salían de allí llevaban impreso el nombre. Como para olvidarla…

Buen tanto, alcalde.

Volvió al informe firmado por el quijote sevillano y su escudero gaditano, a la sazón, el eficaz aunque a veces —casi siempre— cansino Torres. Allí estaba lo único que tenía:

«El hombre que se quedó en los huesos», pensó, recriminándose la ocurrencia.

—¿Inspectora? ¿Alicia?

Álex. La policía llamaba a las puertas de los excusados, una a una. Alicia recogió los papeles haciendo un rulo rápido en la mano, se guardó la Moleskine en el bolsillo de la chaqueta de cuero, y salió del último.

—No te ha dicho nadie que es de mala educación molestar a la gente en.

—No se lo va a creer, Alicia.

—Por milésima vez, no soy tu abuela. Tutéame.

—No te lo vas a creer.

—Prueba. Soy bastante crédula.

—Te han llamado y lo he cogido. Han encontrado otro cadáver en el vertedero.

—No me lo creo.

—Que han llamado, o que…

—No me vaciles, que apenas me tuteas, Álex.

La policía rio.

—Le dije que no me creería.

—Tenías razón. Hasta que no lo vea, no te creeré.

En el fondo casi se alegraba. Un cambio eran nuevos datos para resolver un problema; siempre que el problema fuera el mismo y no uno nuevo.

—Vamos… ¿Acabaste con la abuela?

—Sip.

—Pues vente conmigo. Hace un día estupendo para ver muertos. Y llama a Torres.

30

Daniel sufría el sol allá donde empezaba a ralear el cabello, sobre la coronilla. Se atusó el pelo, pensando que debería coger cita para uno de esos implantes que anunciaban a todas horas en la tele. Pero en España, nada de Turquía. De los turcos solo le gustaban los baños, de momento.

Se ensuciaba los zapatos en el vertedero otra vez, nervioso, casi ansioso por salir de allí, como un mal árbitro en un campo de tercera. La llamada llegó en el desayuno, a medio mordisco. Bajo una sombrilla cortesía de Cruzcampo en la terraza del segundo bar más cercano a la oficina, un aceite virgen extra bañaba el jamón ibérico recién cortado que alfombraba la tostada.

—Jefe, ¿estás sentado?

—Ya que lo dices, sí.

—Hay otro muerto —soltó a plomo el jefe de obras.

Pensando ahora que podían haber sido tres, con el susto y el jamón a medio tragar, había abandonado el desayuno para volar al vertedero, aún vivo, pero con cara de muerto. Ni llegó a probar el café.

Torres aparcó fuera, junto a la acera, a unos trescientos metros de Daniel y sus recuerdos.

—¿Qué haces? ¿Por qué no entras? —preguntó Alicia, en el asiento del copiloto; Álex, muda en el centro de los traseros.

—Joder, acababa de lavar la furgoneta cuando me llamasteis. Se va a poner perdida. Qué menos que el que dure un día.

—Tú mismo. Los bártulos son tuyos; tú los cargas.

—Álex me ayuda, ¿verdad?

Álex asintió. Torres sonrió. Alicia ya caminaba hacia el hombre nervioso que estaba al mando de aquel terreno maldito.

A tiro de piedra de Daniel, los tres caminaban ya juntos bajo el

sol del mediodía. Hacía calor.

—Parece que ha comprado usted un cementerio indio —alzó la voz Torres cuando los alcanzó.

Daniel agachó la cabeza. Tuvo que tragar.

—Disculpe a Torres, Daniel. Es así con todos, y siempre. —Frunció el ceño Alicia—. Torres, a lo tuyo. Álex, acompáñalo, no se vaya a perder.

Solos los dos, ambos esperaban, escudriñando el talante del otro.

—Tiene usted una buena ruina aquí, Daniel.

—Si fueran casas, sí. Nadie quiere vivir en una casa construida sobre un cementerio. Pero saldremos de esta. Lo que se levantará aquí son bloques. En los bloques nadie se acuerda de lo que había debajo. Lo único que quieren es que haya garaje y buenas vistas.

—¿Es eso lo que cree que es esto? ¿Un cementerio?

—Yo no creo nada. Para eso está usted aquí. ¿Puede decirme algo de la investigación hasta ahora? ¿Saben algo que deba saber? —Daniel metió los dedos, por probar. La curiosidad le circulaba por las venas como bólido de Scalextric.

—Aparte del nuevo —señaló Alicia al punto donde Torres y Álex desplegaban utensilios sacados de un maletín de metal con trazas de maleta de motocicleta del París-Dakar—, nada que añadir. Estamos intentando identificar al primero. Quizá esto ayude, ya que usted no.

—No veo cómo —obvió Daniel la puya.

—¿Sabe ese dicho que dice: «Un hombre con un reloj sabe la hora que es; uno con dos no está tan seguro»? Pues parecido, pero al revés. Quizá pueda confundirnos un poco de primeras, pero ayudará a acotar *la hora*. Quizá nos regale un patrón. Entretanto, ya sabe cómo va esto. Deberá retirar esas máquinas, acotaremos la zona de nuevo, y…

Calló. Acababa de caer en la cuenta del sitio en que estaba ubicado el muerto de la semana. Miró a un lado y a otro —Daniel siguiéndole la vista sin comprender— y volvió a Daniel.

—Vamos a necesitar un plano de este sitio. Tendrá usted uno, ¿verdad?

—Cientos.

—¿Cuánto le parece que hay desde el primero al segundo? Yo diría que están bastante lejos.

Daniel miró por segunda vez, ya sabiendo lo que miraba.

—Habrá unos… ciento cincuenta, doscientos metros. Si lo necesita exacto, puedo decir a los muchachos que pinchen el teodolito en un momento. Yo mismo tengo un telémetro de mano en el coche.

—No será necesario, de momento…

—¿No creerá que hay más? —se alarmó Daniel, pensando por primera vez en la obra antes que en el secreto que guardaba desde su juventud.

—Como usted dijo antes, yo no creo nada. Me remito a los hechos. Y los hechos son que cada vez que mete una pala en el suelo, aparece un muerto. Discúlpeme, mi compañera me llama.

A escasos cincuenta metros, Álex hacía señas a Alicia.

—Inspectora —alzó la voz Daniel a la espalda de Alicia, ya distanciada.

—¿Sí? —Se volvió.

—¿Es hombre o mujer? El de ahí, digo. —Señaló adelante. Las manos cruzadas a la espalda, como los dedos.

—¿Cómo quiere que lo sepa? Recuerde, retire las máquinas de esta zona, y el mapa. Mañana pasarán a recogerlo por su oficina, si le parece bien.

Daniel asintió, contrariado. Se llevó la mano a la frente, se masajeó las sienes tapándose los ojos con la palma, y volvió a espantar los fantasmas del pasado hasta la noche. En la noche mandaban ellos, y no se iban. Nunca.

—Este va a ser pan comido. Está entero, y lo mejor es que le gustaba el fútbol.

Alicia miró el cuerpo por primera vez. Lo de entero era mucho decir, pero al menos estaba ordenado, todos los huesos en su sitio. Dibujó una mueca, como si le hubieran dado a oler vinagre.

—Déjate de guasas, Torres, que un muerto es un muerto.

—Está vestido. La cartera no está, pero llevaba un abono del Cádiz en un bolsillo de la chaqueta. Como nuevo, lo tenía plastificado —medió Álex, ofreciendo la bolsa de plástico transparente donde habían metido la prueba.

—«Eusebio Márquez —leyó en alto—. Temporada 1994-1995».

«Eusebio Márquez».

¿Dónde había oído ese nombre antes?

Eusebio Márquez… Eusebio Márquez…

Y lo vio, como el miope que se pone las gafas por primera vez. Había tenido un informe en sus manos, metida en un retrete esa misma mañana, donde aparecía el mismo nombre.

El caso se estaba haciendo mayor. Ahora tenía un primer muerto sin identificar, un segundo que tendría muchas cosas que decir en boca de Torres, un antiguo vertedero lleno de sorpresas macabras… y una niña desaparecida. No podía dejar a la niña fuera. El principal sospechoso de su caso acababa de aparecer después de veinticinco años. Y todo parecía estar revuelto en la misma sartén.

—Álex, deja todo eso. Torres se basta solo. Localízame cuanto antes a la familia del muerto. Lo conozco.

—¿Lo cono…?

—He tenido un informe esta mañana donde aparecía —cortó con desdén, asintiendo—. Llevaba desaparecido veinticinco años. A ver cuántos de esos años lleva aquí. Tenía mujer e hija. Quiero hablar con ellas ayer. Torres, en cuanto acabes con él y levanten el cadáver, vuelves a Sevilla y me cuentas. Dale recuerdos a… ¿Cómo era?

—Don Quijote.

—¿Y en su casa?

—En su casa le dicen Juan, papá, quizá abuelo, o nene.

—¿No te cansas nunca, Torres?

—Mis hijos me cansan, pero los quiero. Juan, Juan Galindo.

—Eso. Galindo. Métele prisa; yo no iré. Y me…

—Y te llamo, ya. ¿Quieres saber algo mientras tanto?

—Cuenta.

Torres miró el socavón que la excavadora había empezado. En el centro, como escuchando sin nada que decir, un esqueleto vestido con andrajos los miraba, ya desenterrado y olvidado de nuevo. Un cordón policial delimitaba el perímetro. Tras él, la cuadrilla de la obra más lenta del año echaba un ojo entre cuchicheos, intentando captar algo, sin conseguir mucho. Estaban los tres solos, de momento. La judicial estaría al llegar; después, los basureros (así llamaba Torres a los de Salud que recogían cadáveres). El milagro era que no hubiera periodistas aún.

—Varón, por el carnet del glorioso Cádiz, y porque viste lo que parece un uniforme masculino, y sobre todo por el examen de la pelvis. —Enseñó los dientes alargando los labios en una mueca—. Metro setenta y cinco, centímetro arriba, centímetro abajo. El resto me lo reservo, ¿para qué arriesgar? Tengo una reputación que mantener. Previsiblemente será ese tal Eusebio que dices, y eso que no tengo placa. Lo que sí te puedo decir ya es que lo acuchillaron, a juzgar por los guiñapos estos, ¿ves, aquí, y aquí?

Torres guio con precisión de láser los ojos de Alicia y Álex, señalando una perforación alargada de unos cinco centímetros, clara y visible entre los restos de lo que había sido un chaquetón en otros tiempos. Otra más, algo más grande y desgarrada, se apreciaba en lo que parecía una camisa… ¿gris?

—Me vale. Te dejo con él, despídeme de aquel —dijo señalando por orden a Eusebio y Daniel, que los enfocaba de lejos, tras la cuadrilla—. Ni una palabra, Torres.

—Soy una tumba.

—Y date prisa. No vaya a ser que se te amontonen —ganó la mano esta vez Alicia, adelantándose al técnico forense.

Cinco minutos más tarde, Alicia y Álex volvían andando camino a Torres de nuevo.

—Si es que lo sabía. Tengo un imán para las mujeres. Con todas, menos con la mía.

—No seas capullo. Se nos han olvidado las llaves.

—Es que son mis llaves —protestó Torres—. ¿Cómo vuelvo yo si no? Que esto pesa —dijo señalando el maletín metálico.

—Llamas y pides un zeta de mi parte. Necesitamos ir a un sitio.

Alicia alargó la mano y movió repetidamente las puntas de los dedos. Torres resopló, se metió la suya en el pantalón y la volvió a sacar, tirando la única llave que soportaba un llavero con el escudo del Cádiz. Alicia lo atrapó y, mirándolo, sonrió.

—Ahora entiendo cosas. Gracias, Torres —se despidió y se alejó, con Álex siguiéndole los pasos.

—¿Dónde vamos, jefa? —preguntó la policía cuando el motor arrancó a vuelta de llave.

—Tú, a comisaria. Tienes gestiones que hacer. Te dejo allí. Yo, a pedir en persona una escucha. De otra manera, no me la van a dar.

—¿Un micro a quién? No entiendo nada.

—A Daniel Bastida. No me fío un pelo de ese tipo. ¿Sabes qué me ha preguntado antes, cuando llegamos? Que si era hombre o mujer, el muerto. ¿Quién pregunta eso? Ahí hay más. No sé qué, pero hay más.

Álex asentía, acompañando las palabras de su jefa.

—¿Y cómo vas a pedir el micro?

—Lo iré pensando por el camino. Si se te ocurre algo me llamas. El tipo tiene dos muertos y un solar maldito. Y después está lo de su tío desaparecido, que le dejó una fortuna. Y no tenemos mucho más. A ver si con algo de esto y con hincarme de rodillas y juntar las manos basta. No me gustan las mamadas.

—Aggg. No me hice policía para escuchar estas cosas.

—Prepárate. Esto es de lo mejorcito que vas a oír. No todo son viejecitas simpáticas a las que acompañar del brazo.

III

La condesa desbocada

31

No tenía ganas de nada. Camino a casa, recién salido de turno, Hugo daba pedaladas con la cabeza puesta en la reunión en casa de Daniel. Aquel pacto había sido una mierda como un piano de cola de grande.

Dejó atrás el Mercadona y su trasiego incesante, sorteó la rotonda y tanteó el bolsillo del pantalón para pulsar el botón del mando a distancia que abría la puerta del garaje. Hacía un par de años se había mudado a una casita pareada de nueva construcción. Nada de lujos extremos, lo suficiente para él y sus *hobbies*. Tenía aficiones que abultaban mucho, y ya que no tenía mujer ni hijos que mantener, la mejor inversión fue su casa nueva, toda para él, con patio y jardín y, sobre todo, con espacio donde guardar y sacar sus trastos con comodidad. Le gustaban las bicis y los kayaks, además de la pesca desde la playa.

Agachó la cabeza, traspasó la puerta, que aún se levantaba, y volvió a apretar el botón. Apoyó la bici en el muro lateral del jardín, rodeó la casa e hizo girar la cerradura de la reja de la puerta del porche. Le gustaba entrar por detrás. ¿Para qué dar la vuelta hasta la principal si dejaba la bici en el jardín?

No le dio tiempo a pulsar el interruptor. Sintió la descarga cuando apenas lo rozaba; en el cuello, por detrás. Y cayó al suelo, desparramado entre espasmos, de medio lado, las rodillas flexionadas. Una mano desconocida le metió algo en la boca, taponándola, obligándolo a tragar. Parecía un biberón para niños, más pequeño incluso, como esos de juguete de muñecas. Tragó, casi por reflejo y obligado por una de las sacudidas, marcando el movimiento de la nuez con la cabeza hacia atrás, forzada por la mano que le tiraba. Tragó otra vez, en vacío ya, buscando aire dentro a falta del que lo rodeaba, y la mano se retiró. Aspiró con agonía, queriendo atesorar todo el oxígeno del salón, todavía temblando, cuando aterrizó la segunda descarga, a traición y a

destiempo, como la primera, pero más larga.

Después vino la oscuridad y la paz relativa. Soñó que nadaba, dando brazadas en un mar agitado. Pero al menos nadaba. También le gustaba nadar. Era su afición más barata y la que menos abultaba.

32

ANA

Devoraba las páginas como si fueran de hojaldre recién horneado. Quería, y la vez no quería acabarlo. Cuando lo terminara lo empezaría de nuevo.

Cerró el libro sobre sus rodillas, acariciando la portada, leyendo las letras grabadas con las yemas de los dedos. Negro sobre rojo. Tapas duras de escarlata surcadas por los trazos negros del título y el autor. Hojas sepias, recias, con cuerpo, para conformar la novela más voluminosa que nunca tuvo en las manos. Una historia que la revolvía por dentro, desatando los demonios que acunaba. Y los quería para ella, para el día en que los necesitara.

Nunca antes había leído; ahora sí. Ahora lo necesitaba. Y le gustaba.

Se había acostumbrado a su nueva vida. Esa no le gustaba, no le gustaba nada, pero era eso o dejarse morir, y a punto estuvo al principio. Después ganó el instinto; el sobrevivir al horror a toda costa. Ahora el horror era pura rutina.

Levantó la vista y la miró. Quizá la había ayudado. Aquella muñeca falta de amor y desterrada, superviviente como ella al fin y al cabo, la miraba cada noche desde su rincón, los ojos, otrora mates, ahora brillantes, envuelta en sombras, recordándole día a día que ella seguía allí, y a buen seguro la sobreviviría.

Había sido en el quinto mes, dos semanas antes, cuando asqueada, la cordura pendiente de un hilo invisible y bamboleante, decidió que no la soportaba más, allí mirándola desde su rincón. Se levantó, tanteando la oscuridad en busca de aquellos ojos que señalaban el camino al purgatorio, decidida hasta que estiró la mano un par de metros antes, cuando se apagaron. Esas brasas gemelas que parecían escrutarla desde otro mundo se desvanecieron

de repente, dejándola sumida en un abismo opaco y casi tangible, espeso.

Dudó. Detrás, el horror convertido en monotonía; delante, la locura y lo desconocido. La dejadez y el abandono. El dejarse llevar…

Avanzó, decidida. Palpando la oscuridad, hasta tocar. Una melena, rubia y artificial incluso a oscuras. Palpó más, temblorosa, acariciando el plástico en forma de frente, buscando los párpados… Y tocó, temerosa.

Ojos, negros flotando en negro, ocultos tras párpados vencidos.

Párpados cerrados…

¿No estaban abiertos antes? ¿No estaban abiertos siempre?

Cedió, de repente, dos pasos vacilantes hasta recuperar un equilibrio incierto y negro. Todo era negro allí.

¿Se habían movido esos párpados? Parecía. Aguzó la vista, tan segura de intentarlo como de no conseguir ver nada. Adelantó el brazo izquierdo, tanteando el aire quieto y pesado, como un ciego sin bastón. Recordó por un segundo aquel juego de cuartos cerrados y luces apagadas en el que los niños inocentes y felices se buscan a oscuras. Fue solo un segundo, justo lo que tardó en notar el roce de las pestañas negras en las yemas de sus dedos. De abajo arriba. Levantándose.

Inspiró, anhelando apaciguar los temblores. Una inspiración larga y eterna, como los días allí abajo; como todo allí abajo. Dio un paso más, indecisa, y tocó. De nuevo el pelo.

Esta vez no se atrevió, no pasó de un pensamiento. ¿Estarían cerrados esos ojos, o la miraban? De frente, horadando el negro que las separaba. No, no se atrevió. Se limitó a levantar el brazo derecho, acompañando al izquierdo para dar la vuelta a la muñeca. De espaldas, cara a la pared. Y retrocedió.

Retrocedió como retroceden las presas que no quieren ser comidas, de cara al cazador. Lenta pero segura, usando los brazos como aspas de molinos cervantinos.

Tocó el armazón metálico, frío, y dobló las rodillas para caer sentada sobre el colchón, tan negro como el mundo y los objetos que la rodeaban. Apoyó las palmas sobre los muelles vencidos, rozando aquel libro gordo que le habían dejado hacía dos días para sustituir al anterior. No había televisión allí; solo libros, sacados de

la biblioteca municipal a nombre de un demonio en forma de hombre. En el mundo de verdad, donde todo parecía bueno y no lo era, los demonios podían apuntarse a bibliotecas y pedir libros prestados. En el infierno se leían, y después se devolvían…

Después se devolvían.

Una esperanza cruzó entre aquella muñeca y Ana en forma de idea. Fugaz y negra, como todo allí. Pero una esperanza era mejor que ninguna.

Abrazó el libro entre sus brazos, pegado al pecho, y se acurrucó a esperar el nuevo día, y los pasos de arriba, y la luz de la bombilla, su único sol.

Pensó en el libro, las tapas rojas todavía en su mente, sus letras negras en la portada, devorando el rojo, y apartó los colores para centrarse en la memoria de esas letras:

«El conde de Montecristo.

Alexandre Dumas».

Y se durmió, pensando en Edmond Dantés y su infortunio, su alma gemela.

Por la mañana, cuando los sueños se fueron al país de donde vienen y la realidad abrió los ojos con ella, la bombilla ya estaba encendida. Ana miró, girando la cabeza sobre la almohada. La muñeca, esa muñeca de párpados advenedizos y nombre olvidado, la miraba, reflejando los fotones débiles enviados por la bombilla en dos iris negros y brillantes.

¿Le había dado la vuelta o lo soñó?

El libro, escarlata como la sangre de las arterias, descansaba a su lado a medio abrir.

Las siguientes dos noches, Ana volteó la muñeca de cara a la pared antes de sumirse en la oscuridad, cara a cara, desafiante. Por la mañana, las dos mañanas, la encontró de cara a ella, mirándola desde su rincón. ¿Acaso se levantaba sonámbula en plena noche a girarla?

Fue tres días más tarde cuando Ana comprendió. Fue tres días más tarde cuando le puso nombre. Fue tres días más tarde cuando empezaron a hacerse amigas.

Y volvió a ser Irina otra vez. Irina la de entonces, la de su dormitorio. Irina la que arrastró al vertedero junto a Daniel.

«Perdóname, Irina».

Y ya no era solo Ana, sino que eran dos. Y las cosas entre dos pesan menos, y se soportan, aun insoportables. Y se hablaban y se comprendían.

Y tuvo suerte, porque fue al tercero de esos tres días cuando el demonio bajó y le comunicó su decisión.

Al final decidió que quería una mujer y no una hija. Claro que Ana ya lo sabía, con tanta claridad como lo temía.

Sola no hubiera reunido el valor para soportarlo; pero ahora Irina estaba allí, para ella, paciente y mirando desde el rincón.

33

Alicia cerró la puerta de su A3 con más fuerza de la necesaria, dejándose oír. Al mirar en derredor, atisbó el movimiento de cortinas de la casa de rejas verdes. Discreta y desapercibida entre otras tantas visiblemente costosas, pero bien situada, en primera línea de playa, frente al paseo de Sanlúcar de Barrameda.

Había llamado para avisar; habían quedado a las cinco; eran las cinco. Al volverse, se demoró contemplando la playa, quieta y tranquila, casi un espejo, sus barcas amarradas a muertos pintando un paisaje apastelado; el Coto de Doñana en la otra orilla, de fondo, escoltando al Guadalquivir en su salida al mar desde el corazón de Andalucía. Un mercante del color del sol de otoño a media tarde surcaba el agua levantando ondas largas y suaves, saliendo, despidiendo el agua dulce en busca de la sal, la silueta de una mano de plátanos pincelada al costado.

«A Canarias de cabeza», pensó. No es que apostara: lo sabía. No en vano, en su anterior caso, uno de esos barcos había sido juez y parte en su denostada reputación, como se demostró más tarde. Llegaban y salían de Sevilla dos veces por semana desde y hacia las Afortunadas, surcando el mar y el río sin descanso, majestuosos en su avance entre dos orillas, cargados de contenedores. Puzles de hierro que dominaban el transporte mundial.

Se daba tiempo a sí misma, relajando los ánimos para abordar a la familia que se disponía a visitar: la de Eusebio Márquez, durante veinticinco años sospechoso y prófugo de la justicia, buscado por el secuestro y la desaparición de Ana Lorca; Eusebio Márquez, que presumiblemente llevaba esos veinticinco años enterrado entre escombros, como el soldado desconocido de cualquier guerra decente, si adjetivo y sustantivo admitieran juntarse un poco para la foto.

Aún faltaba el informe forense —debía ser cauta—, pero blanco y en botella solía ser leche. Casi siempre. Aspiró el yodo del aire,

contó diez y cruzó la calle.

—Cuéntemelo otra vez. Esta vez a mí. Sé que es demasiado, que hubo otras mil veces antes, y…

Un par de tazas de café humeaban sobre una mesita de cristal baja. Porcelana vieja, pasada de moda. Un tarro a juego, sin tapa, reposaba entre las dos, repleto de terrones de azúcar. El café disimulaba el olor a rancio, a viejo, a persona mayor.

—¿Por qué está usted aquí?

La respuesta la cogió desprevenida. Esperaba hacer las preguntas, no contestarlas. Felisa Sánchez insistió:

—Míreme. Mírenos. —Señaló Felisa a la anciana que ocupaba el sillón orejero frente a la televisión—. Vivo con mi madre. Tuve que dejar mi casa, olvidar una vida y criar una hija sola, y de la noche a la mañana, sin siquiera la pensión de viudedad. ¿Sabe lo que es vivir en un pueblo donde tu marido es acusado y condenado por todo el mundo como pederasta y secuestrador de una adolescente?

—Yo no…

—Yo se lo diré: es agotador; es un suplicio en vida; es morir a cada paso; es…

Felisa Sánchez, mujer recia y fuerte, de sesenta años recién cumplidos, echó a llorar conteniendo las lágrimas entre las manos, de espaldas al sillón orejero donde una anciana permanecía abstraída por el programa de la tarde de Canal Sur. Otros ancianos jugaban a Tinder en directo. Adultos que jugaban a ser jóvenes. Jóvenes con apariencia de adultos.

—¿Dónde está su hija? —preguntó Alicia cambiando de tema.

—En Sevilla. —Una pausa, un pañuelo aparecido del escote con la diligencia de un prestidigitador, una nariz acorralada, unos mocos que abandonan su refugio, un pañuelo que desaparece como apareció—. Estudia en Sevilla. Económicas, ¿sabe? Será su segunda carrera. Ni se le ocurra molestarla; ella era una niña entonces. —Se puso tensa Felisa, agrandándose en el sofá, como una jirafa que no llega a una rama.

—Le doy mi palabra, Felisa. Solo quiero su testimonio. ¿Puede contarme lo que recuerde, por favor? Solo será una vez más, se lo prometo.

—Llámeme Feli, todos lo hacen. —Suspiró—. Ya se lo dije a sus compañeros entonces. Mi Eusebio no pudo ser. Tuvo que pasarle algo. No pudo ser. Él no.

—¿Por qué está tan segura, Feli? No son pocos los casos donde un hombre no es lo que parece.

—Estaba mi hija, Ámbar. Es bonito, ¿verdad? Fue ocurrencia de Eusebio. Decía que los nombres están para distinguir, no para confundir. No quería ponerle mi nombre, y se le antojó lo de Ámbar. Decía que le parecía poético. Cosas de mi Eusebio.

—Ya —se limitó Alicia a dejarla seguir.

—Sé lo que está pensando. Pero un padre no le haría eso a una niña. No un padre como Eusebio. Y después está lo de la bolsa. Eusebio…

Alicia comprendía el razonamiento. Tanto como sabía que un padre era capaz de hacer cualquier cosa a una niña. Solo hacía falta estar enfermo en el sentido más horrendo de la palabra, como enfermos estaban todos los locos y desquiciados que poblaban los telediarios día sí, día también. El pan nuestro de cada día. No se lo iba a recordar a Felisa. Lo de la bolsa llamó su atención.

—Espere —la cortó—. Cuénteme lo de la bolsa.

—La bolsa, ya sabe. La que encontraron en la caseta. Eusebio nunca se hubiera ido sin aquella bolsa.

Alicia repasó mentalmente sus notas. No había referencia de ninguna bolsa, al menos relevante. Adelantó el cuerpo, sentada en el sofá frente a Felisa, instándola sin palabras a seguir. Era un sofá viejo y gastado, anciano casi; con seguridad, propiedad de la anciana madre ya antes de la llegada de su hija y su nieta a la casa. La mujer continuó, captando el lenguaje corporal de Alicia.

—Se lo dije a sus compañeros, pero no me echaron cuenta. Me ignoraban, como la repudiada que ya empezaba a ser. Eusebio no se hubiera ido sin su cuaderno de poemas. Esos poemas eran su vida. Vivía, soñaba y respiraba para esos poemas. Para ellos y para Ámbar, claro.

El pañuelo volvió a aparecer sin aviso. Un hilillo de moquillo desapareció con él.

—Si creen que Eusebio era un monstruo capaz de hacer lo que creen que hizo, creerán que podía abandonar a su hija. Pero no se hubiera ido sin ese cuaderno. Eso no pueden rebatirlo. Era su vida,

su obsesión.

—Feli… —asintió Alicia, convencida sin saberlo aún—. ¿Sabe usted de alguien que quisiera hacerle daño a Eusebio?

Felisa Sánchez la miró con ojos vacuos, y comprendió.

—¿Qué han encontrado?

—No estamos seguros aún… —Enseñó las palmas de sus manos Alicia—. Verá… Hemos encontrado unos restos en el antiguo vertedero donde trabajaba su marido. —Felisa se llevó las manos a la boca, como intentando retener la misma vida—. Dos cuerpos. Según los indicios, y esto es provisional, uno de ellos podría ser su marido.

La mujer no pudo contenerse más. El quejido llenó la habitación como la espuma de un extintor disparado, arrancando a la anciana del embrujo del televisor. Se volvió, miró a su hija y amagó con levantarse, sin conseguirlo. Felisa fijó los ojos en su madre y se levantó, arrodillándose junto a ella para abrazarla, las lágrimas salpicando el sofá.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía, lo sabía, lo sabía!

La anciana se dejó abrazar, rodeando a su hija con brazos torpes; brazos torpes pero llenos de ternura, rebosantes de amor, sin pretextos ni motivos, los de cualquier madre que consuela a una hija.

—Felisa, yo… No tenemos ninguna seguridad todavía. Las pruebas son circunstanciales. Habrá que esperar a…

Felisa se revolvió, deshaciéndose del abrazo de su madre.

—¿Esperar? ¿No le parece que he esperado lo suficiente? ¿Tiene usted hijos? —Alicia intentó responder, abortando el intento…—. ¿Sabe lo que es dejar una vida de la noche a la mañana? Venderlo todo, abandonar tu casa, tus amigos te dejan de hablar, ¡tu vida! Acorralada, asediada, ¡les faltó escupirme! Para volver con el rabo entre las piernas a casa de tu madre porque de la noche a la mañana tu marido es un criminal y no tienes para dar de comer a tu hija. Y ahora…

—Lo siento, Feli. Haré lo que esté en mi mano para. —Alicia reculaba hacia la puerta.

—¿Y ahora qué? ¿Quién me devuelve esos años? ¿Quién? Dígame usted, con su placa y sus pesquisas al cabo de veinticinco años. ¿Dónde estaba usted entonces?

Felisa Sánchez rompió a llorar libremente, avanzando hacia Alicia, mientras la anciana intentaba atraparla por detrás, como a un corredor de relevos que se escapa sin el testigo. Alicia abrió la puerta y salió, mascullando apenas un adiós. El sol la acusaba con sus rayos desde su posición sobre el Coto; el aire salado llenó sus pulmones; la vida seguía viva allí fuera, como si nada. Corrió al coche, agradeciendo no haberse olvidado el bolso dentro. De haberlo olvidado, no sabía si habría vuelto a por él.

Dentro, una voz traspasaba fronteras de ladrillo y cal, histérica, acusadora.

—¡Se lo dije! ¡Se lo dije!

34

ANA

Después se devolvían.

Ana miraba la contraportada del libro. Pegada al cartón ocre, una pegatina anunciaba las fechas y números de socios que habían hecho uso del volumen de la biblioteca. Miró el último:

2666.

Adivinó que sería el número de su carcelero. No podía dejar de ser una coincidencia, pero le parecía una coincidencia del demonio. Suspiró, sacó la hoja que tenía preparada bajo el colchón y dudó.

Era una hoja arrancada del mismo libro. Pensó en arrancar una de las primeras, cualquiera de entre los cientos de ellas que estaban impresas; sin embargo, le dio pena, y acabó eligiendo la última, esa que no decía nada, la de regalo. Ana no le encontraba sentido a esa página en blanco, y hasta le pareció que estuvo siempre ahí esperándola, a ella.

Miró la hoja por última vez:

> *«Me llamo Ana Lorca. Estoy secuestrada por un hombre gordo en un sótano. Creo que en su casa. No sé dónde estoy, pero a veces huele a vacas, y otras a mar y algas. Llevo… llevo mucho tiempo aquí, pero seguro que me están buscando. Si lee esta nota, por favor, por favor, por favor, avise a la policía. Mi nombre es Ana Lorca. Estoy secuestrada y el hombre me… Por favor, no es una broma. Es todo verdad; compruébelo. Mi nombre es Ana Lorca».*

La había escrito sin pensar demasiado, tal como brotaron las palabras. Ahora repasaba y no se le ocurría qué podía cambiar. De

hecho, no podía cambiar nada. Le había llevado horas escribirlo.

No tenía bolígrafo ni lápiz. Una pequeña piedra gris del tamaño de un guisante, pero afilada como una flecha, hizo de pluma; el polvo rascado de la pared del sótano tuvo que valer como tinta, arañando el papel con el cuidado de marcarlo sin llegar a romperlo. El resultado era una cuartilla donde un párrafo de letras grandes y desdibujadas ocupaba todo el espacio, pero valdría. Solo esperaba que las letras no se borrasen entre las páginas del libro.

No se atrevía a entremeter la hoja al principio, junto a la pegatina que anunciaba los préstamos. Era el sitio más idóneo, pero aumentaba las posibilidades de que cayera de manera accidental y se perdiera para siempre, o incluso de que el monstruo se diera cuenta. Desechó el pensamiento; no quería pensar en eso. Al final se decidió por el centro. Le parecía el sitio más seguro, allí donde las páginas y la presión del tomo aguantarían mejor su esperanza. Claro que tendría que esperar a que alguien lo pidiera en préstamo en la biblioteca después de que la bibliotecaria —supuso que sería una mujer, seguramente con gafas— lo colocara en su sitio de nuevo, después de repasar la primera página a buen seguro, donde no podía insertar su nota. Y por fin tendría que esperar a que quien fuera que pidiera el libro lo leyera, y además le gustara lo suficiente como para alcanzar la mitad, hasta su nota, hasta su botella lanzada al mar.

El resto…, bueno, el resto se basaba en lo que esa persona pensara de la nota, en lo que hiciera. Pero era una oportunidad, una esperanza.

Incrustó la nota con cuidado hasta el fondo, cerró el libro, lo volteó, comprobó que no se caía, y lo dejó sobre la mesa para que el monstruo lo recogiera en una de sus bajadas… y lo devolviera…

Y rezó, aunque no creyó que esto sirviera para algo. Ya había rezado antes, y no había servido.

35

Ya no nadaba. Más bien flotaba; sí, eso era, flotaba. Flotaba como los globos de helio que su padre les compraba el día de reyes a Blanca y a él. Era una tradición familiar, casi. En cuanto la última carroza de la cabalgata les daba la espalda, corrían en busca de uno de los vendedores ambulantes que arrastraba el evento como rémoras de tiburón. Mickey para él; Minnie para Blanca.

Flotaba como los globos el 10 de enero, desganado. Pasados tres o cuatro días de la cabalgata, llegaban aquellas horas en que el globo empezaba a perder gas y flotaba a media altura en el dormitorio, sin fuerzas ni ganas para alcanzar el techo. A Hugo Campos era cuando más le gustaba el globo. Solo entonces eran asequibles las patadas al estilo de Bruce Lee a la cara de un Mickey que las aceptaba sin rechistar.

La bruma se disipaba; los ojos se adaptaban; la luz volvía poco a poco, difusa como una mañana de niebla.

—Hola, Hugo —se abrió paso entre la bruma una voz de mujer.

Las pupilas luchaban por enfocar, y Hugo dejó de flotar. Una mujer lo miraba, sentada en el sillón reclinable. En *su sillón* reclinable. Permanecía en las sombras, las piernas cruzadas, enfundadas en lo que parecían unas mallas negras; zapatillas deportivas de *trekking* turquesas. Una mujer, sí. El modo de cruzar las piernas lo hacía intuir; la silueta era inconfundible; el timbre de voz lo confirmaba. Una mujer. De no ser por la voz, podría haber sido una estatua, sentada en su sillón.

Hugo quiso girar el cuello, escudriñar las sombras a su alrededor. No pudo, y se tuvo que conformar con los ojos. Estaba en su salón. Se obligó a recordar, y un dolor de cabeza apareció como un tren al salir de un túnel. Uno de los grandes, con vagón restaurante y coches cama.

Recordó; parte, al menos. En un gesto mezcla de instinto y costumbre adquirida en la galería de tiro, se echó (se quiso echar)

la mano a la cintura, en busca de su pistola reglamentaria. Ni estaba allí la pistola, ni apareció la mano. Forcejeó, mirándose incrédulo.

Estaba atado a una de las sillas del comedor; de *su comedor*. Bien atado. Cabos del grosor de un dedo lo rodeaban, inmovilizándolo en la silla; con la silla. El brazo izquierdo forzaba su posición natural, obligado a la espalda, sobre el respaldo de su prisión; el derecho —el que no apareció cuando buscó la pistola— sacaba músculo sin sacarlo, como un culturista en una pose, atado a una suerte de escuadra macabra en ángulo agudo que de forma obtusa lo obligaba a apuntarse la sien correspondiente. Al extremo, una pistola fusionada con una mano que no sentía como suya, el conjunto envuelto para regalo en cinta americana negra, como la tarde. Tiró de músculo, esta vez sí, intentado apartar el cañón de sus sesos. Lo notó dormido, insubordinado; pensó en la falta de riego debido a la postura justo antes de advertir el hilo de sangre que le corría desde la cinta americana hasta el codo. La mujer siguió un hilo distinto, atenta, escarbando en la confusión ajena.

—Siento lo del dedo. No entraba en los planes e improvisé. Vi que tenías el lector de huella activado y… Pensé que podría serme útil. Estuve tentada a esperar a que despertaras. Después pensé que sería desagradable para los dos y aproveché que dormías. Puede que algo más tarde te empiece a doler un poco, cuando espabiles.

Un movimiento se intuyó en las sombras, un restregar de tejidos, y una bolsa de cocina transparente voló para caer a los pies de Hugo. Un dedo lucía en su interior, encharcado en rojo, como si lo fueran a marinar al vacío de un momento a otro.

Hugo hizo el amago de vomitar, pero las fuerzas le fallaban aun hasta para eso. Tosió desganado; forcejeó en vano.

—Yo de ti no lo haría —dijo la voz.

Las palabras pasaron de largo sin ser procesadas por la mente de Hugo, absorto como estaba intentando explicarse la situación.

—¿Ves ese cabito fino, el que te recorre el brazo guiado por los agujeritos soldados a la escuadra que te da esa pose tan… incómoda? Ese que acaba en un lacito que te rodea el cuello. Es de aramida, seguro que sabes lo que es. Es una fibra curiosa, la aramida. Los chalecos antibalas se hacen con eso. Más resistente que el acero (lo sabías, ¿verdad?). Tiene unas propiedades curiosas la aramida, y fíjate en esta que te digo; es importante: apenas tiene

estiramiento.

Hugo era de sal ahora, mudo y petrificado. Una estatua hubiera perdido jugando con él al escondite inglés: *undostresesconditeinglés*. Solo escuchaba, intentando identificar la voz. Era una voz dulce en la superficie, aparentemente; amarga si se escarbaba apenas bajo la primera capa. Una mantis esperando su momento.

—Tú, Hugo, dirás: «¿En qué me atañe esto a mí?». Yo estoy aquí para contártelo, no te preocupes. Es solo un seguro, por si te da por intentar zafarte de mis artes con la cabuyería. He tenido tiempo para practicar, mucho tiempo, y se me da bien. Ya sé que a nadie le gusta tener una pistola apuntándole a la sien, y menos si es uno mismo. También sé que la desesperación puede obrar milagros, créeme, sé de lo que hablo.

Hugo escuchaba silente, repasando todas las voces en el archivo de su vida, ignorante.

—A poco que lo intentes, el cabito se ira tensando, sin estiramientos, como te decía, achicando el lazo en torno al cuello. ¿Te he dicho que se me dan bien los nudos? Ese es de los de sin retorno, como la soga de un ahorcado. Milímetro que tenses, milímetro que pierdes para siempre. Yo que tú no jugaría con él.

—¿Qué quieres de mí? —Hugo recobraba la lucidez, asomando entre el horror y la confusión como sol entre nubes impertinentes. Recién pronunciada la última sílaba, recordó la reunión pasada, el pacto y los últimos acontecimientos. No hizo falta más. Aun así, preguntó—: ¿Quién eres?

—¿No lo sabes? Me decepcionas, Hugo. Hoy día cualquier desgraciado puede ser policía.

La mujer se levantó, y el contorno de una figura se esbozó entre las sombras. Dio un paso adelante, otro más, y las facciones se dibujaron a la luz débil y tiroteada que se filtraba entre los mil agujeros de las persianas desenrolladas que mantenían la penumbra en el salón. Hugo estiró la cabeza, como una tortuga asomando del caparazón, y sintió un punto de presión en torno al cuello.

Y la vio. La vio como los profetas a los aparecidos; como Lázaro a Jesús; como un conductor soñoliento a la niña de la curva en una noche cerrada; como un fantasma del averno a las almas agazapadas entre la carne y los huesos.

—La muerte viene a buscarte, Hugo.

Hugo no podía hablar; ahora no, aunque quisiera. Lo que antes era saliva era ahora arena.

Era ella. Entre los años y los pliegues de la piel, era ella. Ana. Era aquella niña que dejaron atrás ese día.

Ese día.

—Pudiste hacer más, Hugo.

Hugo asintió, levemente, casi en trance.

—Debiste contarlo.

Asintió de nuevo, horrorizado. Ana Lorca, reaparecida de entre los muertos veinticinco años después, sacó un móvil del bolsillo del cortavientos negro y pulsó un par de puntos indeterminables desde la posición de Hugo. La voz de Hugo saltó al aire, metálica, enlatada.

«Claro que pudimos hacer más. Debimos ir a la policía. Contarlo».

Ana pulsó de nuevo, y la grabación cesó.

¿Los había grabado? Era su voz, su voz en casa de Daniel días antes. Hugo empezaba a valorar la situación en su justa medida. Hizo amago de rascarse la oreja con el hombro, y el lazo achicó un par de centímetros su abrazo; el cañón de la Heckler & Koch modelo USP Compact le recordó que estaba allí con un amable toc-toc en la sien derecha.

—Pero no fuiste —se limitó a decir ella, valorando el desasosiego en los ojos de Hugo, disfrutando.

—Éramos unos niños… —balbuceó Hugo.

—Niños, adultos, ¿qué más da? ¿Acaso crecemos alguna vez? No creo… ¿Has leído *El conde de Montecristo*, Hugo?

Hugo negó, apenas un movimiento imperceptible, más con los ojos que con la cabeza, consciente ya de la silla, los cabos en torno al torso, la escuadra metálica que le forzaba la posición del brazo, la pistola y la cinta americana, el lazo de aramida y el demonio en forma de mujer ametrallado por los rayos del sol de la tarde que lucían fuera, en otro mundo, filtrados como un mosaico de luz sobre el cuerpo enfundado en negro, como el alma que lo contemplaba.

—Deberías. Oh, ya no podrás, lo siento. Como no podrás comerte las porquerías vitamínicas que guardas en la nevera, ni montar en la bici carísima que dejaste fuera, como. ¿Te importa que me la lleve? Vine andando.

—Ana, todavía podemos arreglarlo; todavía.

La mujer se acercó hasta pegar su cara a la cara de Hugo, escupiendo las palabras a la vez que la ira contenida por lustros, por décadas. Los ojos destilaban venganza acumulada en lágrimas de odio, de rabia y de hiel.

—Pudiste, Hugo, pudiste y no lo hiciste. ¡Dos veces! Callaste como los demás, y solo por esto —levantó el móvil frente a Hugo— te voy a dar la opción de elegir que otros no tendrán. Yo no la tuve. Como Edmond Dantés, he vuelto de entre los muertos, y vuestro tiempo me pertenece. Con creces. A ti te regalaré el poder elegir tus últimos momentos.

«Dos veces». Hugo Campos se estremeció, recordando aquella tarde de años después con Daniel, en aquel sitio…

—No lo hagas, Ana…

Ana avanzó de nuevo, el odio salpicando la habitación. Esta vez fue un susurro arañado al oído, y sonó como una profecía que viajaba entre mundos para proclamar el fin de uno:

—Si te oigo pronunciar esas tres letras otra vez, ni eso tendrás.

La mujer se enderezó, volvió a la oscuridad del sillón y se sentó, envuelta en sombras.

—Te voy a dar la oportunidad de arrepentirte y morir en paz, Hugo. Por nuestra vieja amistad. —La voz tornó hacia matices tan cómicos como tétricos—. Si llegas al arrepentimiento verdadero, podrás apretar el gatillo y cumplir tu penitencia. Morir en paz. Si prefieres esperarme en el infierno, déjame decirte que el verdadero infierno está en la tierra. Yo estuve en él. Allí descubrí que no hay Dios. Si hay otro infierno que desconozco, yo tardaré un poco más, pero el cansancio y el cabo que te adorna el cuello se encargarán de enviarte para que te pudras en él para siempre. Tú eliges.

Hugo la vio levantarse por última vez, recoger el dedo embolsado del suelo, y buscar la cocina y la puerta lateral. Seguro que había entrado por la puerta de la cocina. Llevaba meses pensando en cambiar la cerradura original de la constructora. Como policía, no tenía perdón.

Estuvo a punto de llamarla, de suplicar su perdón, de pronunciar su nombre. Recordó la amenaza y una certeza le susurró que la cumpliría. Y calló.

Desde la cocina, la voz retumbó con un eco siniestro que rellenó

el mundo privado de dos almas atormentadas.

—No te molestes en esperar. He mandado notas en tu nombre a los lugares apropiados. Te vas de fin de semana y hace un rato pediste el lunes de asuntos propios desde el móvil a tu jefe. Tengo tu dedo. —Levantó la bolsa al aire—. Tú eliges, Hugo. Morir en paz y a voluntad, en penitencia debida, o como un perro abandonado, jadeando por el aire que te quede. Como me dejasteis a mí. Yo no pude elegir: te estoy dando más de lo que me diste tú. —Ana Lorca desapareció, arrastrando sus últimas palabras consigo al jardín trasero—. Tú eliges. Te doy la oportunidad de pagar la deuda. Y ya sabrás que las deudas que se dejan a deber se heredan por los familiares, como las hipotecas.

El portazo se perdió entre las paredes y la oscuridad. Una cerradura giró, sellando lo que ya parecía un mausoleo a los ojos de Hugo. Las últimas palabras repicaban con voz de niña y ecos del pasado.

Las horas iban a ser largas, muy largas. Y podían ser las últimas.

«¿Dónde estuviste todo este tiempo, Ana?».

36

La despertó George Harrison cantando *Here comes the sun*. Le gustaban las melodías alegres para comenzar el día. Optimistas. Siempre había alguien que aparecía y cambiaba el disco conforme avanzaban las horas; venía con el sueldo.

Deslizó un dedo por la pantalla con desgana, alargando la mano al suelo para rozar el móvil, y Harrison se fue a cantar a otra parte. Alicia pensó en cuánta gente del mundo en que giraban estaría escuchando aquella canción en ese instante.

«Ni me importa».

Empuñaba la alcachofa de la ducha cuando donde había estado segundos antes el guitarra de los Beatles se escucharon los primeros compases de la *Trauermarsch* para piano de Chopin.

«Mierda». La *Marcha fúnebre* anunciaba a Torres. Era su tono de llamada particular, apropiado con agonía, y Alicia se había encargado de comentárselo debidamente más de una vez, cervezas mediante. Se enfundó el albornoz que colgaba tras la puerta —le gustaban los albornoces, aunque reconocía que no secaban ni una mala pera recién lavada— y saltó por encima de la cama hasta alcanzar el móvil. Estaba esperando los resultados de la segunda autopsia de la semana.

—¿Torres?

—El mismo que viste y calza.

—¿Tienes…?

—¿Estás hablando con el mejor forense criminalístico que conoces? ¿El cielo es azul? ¿El agua moja? Puedes esperar a que vuelva o escuchar la versión telefónica.

—El hielo seco no moja.

—No me decepciones, inspectora. El hielo seco es dióxido de carbono. Por favor, que soy doctor y hasta tengo un cuadrito que lo dice, un respeto.

—Habla —se limitó a contestar Alicia.

Recién levantada, a punto de ducharse y en albornoz húmedo aún del día anterior, no estaba para mucho Torres, pero la curiosidad, además de matar al gato, había clavado su daga hasta el mango en Alicia con aquel caso, que ya empezaba a levantar más polvo del aconsejado. Levantó la comisura del labio en silencio, cayendo en lo apropiado de la ocurrencia.

En el pueblo, con cierta guasa, ya se conocía como el Cementerio Indio al terreno donde se pretendía levantar un bloque de pisos con sus zonas verdes y su pista de pádel si uno de estos días dejaban de aparecer cadáveres. El comentario lanzado por Torres a Daniel Bastida, mandamás y dueño y señor del lugar, debía de haber sido captado por algún obrero chistoso, y el mote había corrido como una liebre en un canódromo. El *Espejo de Rota* lo había utilizado en primera plana esa misma mañana, aunque eso Alicia no lo sabía aún cuando hablaba con Torres. La canción de Harrison se desvanecía en el recuerdo. Débiles notas flotando en el viento, que diría su amigo Dylan. Que en Rota el levante soplaría con fuerza ese día no lo sabían ni Dylan ni Harrison, pero así era. Desde su ventana, la oreja calentándose bajo la presión del móvil, Alicia veía las ráfagas de arena seca barrer la superficie de la playa, delatando los antojos de Eolo en aquel rincón de la costa gaditana.

—¿Estás sentada?

—Estoy envuelta en una toalla (albornoz), a punto de entrar en la ducha.

—Inspectora, por favor, que estoy casado.

—Torres…

—Vale, vale… Al grano. Como imaginábamos, el fiambre es el dueño del carnet del glorioso Cádiz, Eusebio Márquez. En este caso, la muerte es menos interesante que la primera. Una marca a la altura del esternón, arma blanca y autor posiblemente diestro. Si hubo más, no tocaron hueso. A juzgar por los restos del cuerpo y las ropas, las hubo, y lleva enterrado allí desde el día de su desaparición, apenas trasladado del lugar donde le dieron el finiquito.

—Gracias, Torres. ¿Para esto tenía que estar sentada?

—Eso… era solo que sale en las pelis y me moría por decirlo alguna vez. Pero a que funciona, ¿eh? Te pusiste alerta, que te conozco. Ah, recuerdos del quijote.

—Adiós, Torres. —Colgó.

El vapor de la ducha inundaba ya el salón con descaro. La puerta del baño parecía la entradilla para la aparición estelar de una estrella de cine tras los cañones de humo. Alicia pensó que podría aparecer Brad Pitt, puesta a elegir. No salió nadie. Al entrar en el baño se preguntó si estaba en su casa o en una sauna en los confines de Finlandia. Si Brad Pitt llegó a estar, se había derretido esperando. Cerró el grifo y salió a esperar fuera. Si se duchaba ahora, saldría sudando; el día empezaba tonto.

Aún no había tocado el albornoz el sofá cuando volvió a sonar el móvil, esta vez el *We will rock you*, de Queen. Álex.

—Cuéntame —contestó, seca, en todos los sentidos.

—¿Está sentada?

—No puede ser. ¿Has hablado con Torres?

—¡Qué va! ¿Por qué? Buenos días, a todo esto.

—Déjalo. Buenos días, Álex.

—¿Está sentada o no?

—Álex, no estoy para bromas, y tutéame de una vez. ¿Alguna novedad?

—Alguna hay. ¿Está al tanto del incendio del otro día en el puerto?

—Algo he oído, ¿por?

—Ha llamado Urbaneja.

—¿La civil?

—La misma. Lleva el tema del incendio.

—¿Y? —Alicia se miraba las uñas de los pies sobre la mesita, acomodándose el albornoz.

—Es muy raro. Al parecer, tomaron muestras de unos trazos dibujados en rojo sobre el cristal de la puerta de acceso al pantalán del incendio. Según ella, las tomaron de casualidad, más que nada porque vio extrañado al dueño del barco siniestrado mirando el dibujo. Un zapato.

—¿Qué?

—Un zapato. Habían dibujado un zapato. En rojo. Creyeron que podría ser sangre, pero no. Era pintura.

—¿Qué tiene que ver todo esto con nosotros, Álex?

—Lo bueno viene ahora. Les saltó un aviso. Esta mañana metí en el sistema a todos los presuntos implicados en lo nuestro, a ver qué

saltaba… y bingo. El dibujo se hizo a dedo. Las huellas los tenían desconcertados y…

—Álex, abrevia. ¿De quién son las huellas?

—Eso es lo raro. Las huellas son de Manuel Sarmiento.

«Manuel Sarmiento… Manuel Sarmiento…».

—¡El tío de Daniel Bastida! —exclamó Alicia, enderezándose sobre el sofá, plantando los pies en el suelo de mármol frío—. ¿El muerto?

—El mismo.

—No puede ser. —Alicia procesaba la información—. Se supone que está muerto. Suicidio. ¿No es el que le dejó la herencia a Daniel Bastida hace diez años?

—Ya te dije que era raro. Las huellas son suyas, no hay duda. Estaba fichado por agresión. Está claro que sigue vivo, y esta semana pintó a dedo en el pantalán. Apuesto a que tiene que ver con el incendio.

Alicia desechó la ducha, enfundándose los vaqueros, el albornoz olvidado ya sobre el marco de la puerta del baño.

—Llama a Urbaneja. Dale las gracias de mi parte y recoge todos los datos que puedas. Nos vemos en diez minutos, y vamos a buscar al dueño del barco. ¿Lo conocemos?

—Se llama… —Alicia supuso que Álex rebuscaba entre páginas. Se escuchaba el trasiego de papeles— Nicolás; Nicolás Gil. ¿Te suena?

—Te veo en nada —se limitó a contestar—. Ah, pídele a Torres un kit de muestras de ADN. Después pasaremos a ver a la madre de Daniel Bastida. —Colgó.

37

¡Oh, sí! Algunos libros tienen suerte, y nacen para ser leídos. O quizá la suerte no tiene mucho que ver con ello, o solo un poco, un mínimo.

El conde de Montecristo era uno de ellos, y apenas un mes después de que Manuel Sarmiento lo devolviera a la biblioteca, reposara un par de días apilado junto a otros volúmenes devueltos tras el mostrador de la recepción y Eugenia Sempere —tal era el nombre de la bibliotecaria— lo devolviera a su lugar en las estanterías, bajo la «D» de Dumas en el pasillo de clásicos, Antonio Martín lo sacaba de su lugar tirando con el índice de su esquina superior para liberarlo de su prisión entre otros dos *Condes de Montecristo*. Una hoja intrusa y garabateada seguía tan prisionera como inadvertida entre sus páginas, esperando su momento de gloria. Había tres ejemplares idénticos en la biblioteca. Cuando eres *El conde de Montecristo* y pesas tanto como abultas, los préstamos, además de constantes, se apuran al último día, y tres ejemplares se hacían pocos a veces. Estudios recientes afirman que las plantas emiten un chillido inaudible al sentido humano cuando les cortan una rama, una hoja o un tallo, como una especie de aviso a sus congéneres. Quizá algún día algún otro estudio afirme algo parecido de los libros, quién sabe. En aquel pasillo, las novelas vecinas parecían rezumar envidia hacia aquellos tres hermanos tan voluminosos como demandados.

Antonio Martín buscó a su hijo con la mirada. Antonio Martín júnior sonrió desde el estante de cuentos infantiles, un libro tan infantil como él en las manos. Aún no sabía leer, aunque ganas no le faltaban.

Con un gesto y dos sonrisas, padre e hijo se encontraron ante el mostrador de Eugenia, hipnotizada por el *Romancero gitano* tras el mostrador. Tenía gafas y era mujer, como había vaticinado Ana; y ambas cosas desde hacía cincuenta y siete años, mes arriba, mes

abajo. Quizá lo de mujer llevaba unas docenas de meses de ventaja a las gafas, no más. La miopía y su remedio la habían acompañado casi como relevo a los pañales.

—¿Dos? —dijo Eugenia levantando la cabeza del genio de Lorca.

—Uno para cada uno —contestó Antonio.

—Eso está muy bien. Así cogerá el hábito y mi sustituta seguirá teniendo clientes cuando me jubile. —Sonrió Eugenia—. Necesito el carnet.

—Claro —contestó Antonio echando mano de la cartera.

Lo hizo con el mismo brazo bajo el que sostenía a Dumas, atrapado en la axila, y el destino quiso que el volumen resbalara para caer a los pies de Antonio Martín júnior.

—¡Vaya! —exclamó el padre—. Lo siento, no volverá a ocurrir —se excusó, sin saber que años más tarde aquellas mismas seis palabras coparían titulares en boca de un rey—. ¿Puedes con él, Toni?

Toni, rozando los cinco años, tenía entonces por meta en la vida repetir los gestos de su entonces todavía héroe si el humor lo acompañaba, y aquella mañana de sábado, tras haber desayunado sus cereales preferidos, haberse montado en los coches locos ambulantes instalados junto al Chorrillo y haber paseado a media mañana con un helado por micrófono y terminar en la biblioteca con un cuento nuevo bajo la axila —como su padre—, rezumaba buen humor y ganas de agradar.

—Claro, papi. Tengo cinco años, no dos.

Eugenia sonrió, y Antonio sénior la copió, depositando el carnet de la biblioteca sobre el mostrador. Los adultos se olvidaron de Toni por un momento, y este se agachó —no mucho— para recoger el libro gordo que había dejado caer su padre. Fue al levantarlo cuando una hoja voló como una pluma mecida por el viento para coger impulso en uno de los vaivenes y aterrizar acelerando a unos metros de distancia, como si una pista de aterrizaje invisible estuviera esperándola, solo visible y dispuesta para ella.

—¿Qué es eso? —preguntó Antonio padre mirando al suelo.

—Nada, papi —se excusó Antonio hijo con su mejor cara.

Antonio padre miró la hoja, en la distancia, un papel garabateado por un niño, elucubró alguna travesura de su hijo minutos antes… Y disimuló ante la bibliotecaria, como había hecho

su hijo con él.

—¿Dónde se tiran las cosas, Toni? —preguntó.

—A la basura, papi —contestó Toni con una sonrisa más.

—Pues anda, ve. Recógelo.

Y Toni fue, salvado, y recogió aquel papel que aún no podía leer, y dio algunos pasos más allá mientras su padre se guardaba el carnet en el bolsillo trasero del pantalón y recogía los dos libros que su hijo había abandonado en el suelo… Y Toni hizo lo que su padre le había dicho: tirarlo a la papelera.

Después se volvió, intercambió otra sonrisa más con su padre, que lo miraba, y corrió a apretujarle las piernas, le dio la mano y salió andando de la biblioteca.

—¿Qué se dice al irse? —le dijo su padre antes de alcanzar la puerta.

Toni se volvió, agitó la mano y le lanzó un adiós sin palabras a Eugenia. Ella, además de una sonrisa, le regaló un beso embarcado en un soplido tras el mostrador.

Al fondo, una papelera repleta de esperanza lo vio todo.

38

ANA

Primer año

Cuando dijo que se había decidido por una mujer hablaba en serio.

Los días duros habían quedado atrás; al menos, los más duros; los insoportables. Hubo algunos en que pensó en abandonar, imaginándose colgada de una soga de las vigas del techo, inerte y libre, pero el hecho era que no tenía ninguna soga de la que colgarse. Hubo otros en que ideó la soga confeccionada con las sábanas de la cama; hubo muchos en que se vio colgando, en un balanceo acompañado de una canción de cuna con la voz de su madre como réquiem. Después llegó Edmond Dantés. Él fue quien la salvó, al menos al principio. Él y sus ganas de venganza. No, venganza no: justicia.

Al fin llegó lo inevitable. Hacer de mujer conlleva un riesgo natural, y nueve meses mal contados desde una noche —quizá un día, quién sabía— de horror entre otras muchas, llegó ella. Fue entonces cuando la ironía quiso que fuera cuando estuvo más cerca de morir desde que se viera por primera vez entre aquellos muros húmedos y grises. Sin ayuda, sola, unos pocos analgésicos esparcidos en el suelo por todo apoyo. El monstruo no apareció hasta tres días más tarde, pintando la cara de sorpresa al descender escalones y descubrirlas vivas a las dos. Fueron días de temor, dolor y calma; temor por el futuro de su hija ante el monstruo; dolor físico, visceral, en estado puro; calma relativa —podría decirse pausa— a la espera de nuevos horrores perversos y recurrentes.

Rogó por ella, suplicó; él accedió, indolente, despreocupado, como un emperador romano levantando el pulgar frente a un

gladiador vencido.

—Todos debemos tener juguetes —dictó como sentencia una sonrisa torcida bajo un par de ojos de cazador.

Después vino el nombre. Un nombre envuelto en eco y humedad; un nombre para ellas dos y nadie más. Debía ser «Haydée», no hubo duda. La princesa ahijada y cómplice de Dantés y su venganza lo cedería encantada.

Y así la prisión se convirtió en un hogar, maldito, lúgubre, pero hogar, al fin y al cabo. Algo de las tres y solo de las tres. Porque Irina ya era parte de la familia. La muñeca de ojos de obsidiana era su confidente, su amiga, su familia, eterna vigía en su rincón oscuro.

El monstruo que exigía una mujer volvió al despuntar el segundo mes, ufano de la tregua concedida.

Ana aprendió a abandonarse cuando veía aquella mirada en el rostro del monstruo; casi se veía a sí misma salir de su propio cuerpo, volando ingrávida como esos fantasmas que había visto en la tele cuando tuvo un hogar de verdad, mil años atrás, en otra vida. La rutina y una vida nueva que cuidar hacían el resto, los días pasaban y Haydée crecía, fuerte y contenta ante el único mundo que conocía, exenta de comparaciones, inocente. Feliz en el infierno.

Todo llega. La rutina tiene propiedades interesantes: goza del poder de la constancia y, comprometida con el tiempo, desgasta las aristas más afiladas y resistentes con la parsimonia de las tortugas centenarias y la rotundidad de las ruedas de molino. Al fin llegaron los días en que el horror se convirtió en costumbre, y fue al menos un horror soportable. Como un preso con un motivo por el que luchar, el infierno fue menos infierno, más frío, lo justo para atemperar el alma perdida… Y luchar. Luchar como Edmond y Haydée.

39

La búsqueda de Ana había revolucionado el pueblo. La actividad se había paralizado en el casco urbano, y una muchedumbre de voluntarios había salido en masa hacia los pinares que lindaban con el colegio, como un ejército que olvida una ciudad arrasada y desolada para salir en busca de otras conquistas.

No los habían dejado participar. Los menores eran prescindibles para este tipo de cosas. Aliviados, esperaban sin palabras en la esquina de Susan's a Daniel, que se retrasaba. Se miraban las caras, taciturnos y conscientes del rastreo, incapaces. Vampiros arrinconados que se arracimaban bajo el letrero de la peluquería buscando el cobijo de la sombra. Un mar de sol asomaba como marea creciente al volver la esquina, ganando terreno a cada minuto, lento pero implacable.

—Deberíamos contarlo —rompió el silencio Hugo.

—Cállate, ya discutimos eso —recriminó su hermana—. De nada vale repetir lo mismo.

—Es tarde, Hugo —dijo Marcos—. Ha pasado el tiempo y nos echarían la culpa de todo. Dirían que pudimos evitarlo y no lo hicimos.

—¿Y no es así?

—No, no lo es —habló Nico—. Hicimos lo que pudimos. Volvimos, y no estaba allí.

—Estaba el zapato. ¿No te parece suficiente?

—¿Qué quieres decir? —A Nico no le agradó el tono de Hugo.

—Pues que…

—Cállate, Hugo —volvió a recriminar Blanca—. Tú estabas allí igual que nosotros, y estuviste de acuerdo en el pacto.

—¿Qué pacto me he perdido? —La voz llegó como tartazo a la cara.

Nico recordó el piano de cola que le caía un episodio sí y otro también al inspector Clouseau en los dibujos de *La Pantera Rosa* que

tanta gracia le hacían, pero sin gracia. Un piano, un armario, una viga…, lo mismo daba. Todos sabían que de una manera u otra acabaría aplastado en cualquier momento y episodio. Claro que después se recomponía, eran dibujos animados. Allí, bajo el letrero de Susan's, se quedaron los cuatro paralizados, como si un viento helado de otro mundo los hubiera congelado en un instante, mirándose unos a otros sin procesar nada.

El dueño de la voz se introdujo en las sombras, aparecido desde el dominio reverberante del astro amarillo tras la esquina. Manuel, el tío de Daniel. El Gordo.

—Hola, chavales. ¿Qué os pasa? Os habéis quedado de piedra. Parece que hubierais visto un fantasma.

Un deje indefinido parecía conferir a las palabras de Manuel cierto tono de complicidad, como alguien que sabe algo pero no lo dice abiertamente.

—Es solo que nos has asustado, así de repente tras la esquina —reaccionó Blanca.

—Eso. ¿Nos estabas espiando? —Achinó los ojos Nico.

—¡Qué os voy a espiar! Como si no tuviera otra cosa que hacer. ¿Y mi sobrino? Siempre vais juntos, y no lo veo.

—Lo estamos esperando —dijo Marcos—. ¿Usted no participa en la búsqueda?

—No puedo. Mis vacas me reclaman todas las horas del día. Son como niños. ¿Y vosotros?

—No se admiten niños —dijo Nico.

—Pero vosotros ya sois mayores. Mira Blanca, si parece toda una mujer. Mirad sus curvas.

Blanca se ruborizó, bajando la cabeza, incómoda.

—Pues no nos admiten, y punto —saltó Marcos, molesto.

—Bueno, bueno…, no te pongas así, chaval. Era solo un apunte. Mira, ahí viene mi sobrino.

Daniel se acercaba, cauteloso. Había visto a su tío en la distancia hablando con sus amigos. Un tembleque le había nacido en la mano derecha, la misma que agarraba una bolsa de basura amarillenta y semitransparente —eran las que usaba su madre; no encontró otra —. Dentro, un zapato solitario bailaba al son de sus pasos. Cruzando el asfalto y los últimos metros del mar de sol que dominaba el cruce, se introdujo en las sombras junto al grupo.

—Hola —saludó al grupo—. Hola, tío.

—Hola, Daniel —respondió Manuel el Gordo.

Unos goterones de sudor le corrían sobre las patillas, formando arroyos desagradables en las mejillas, aparecidos bajo el pelo escaso que ya clareaba en la coronilla. Un michelín enorme, semejante a un gran flotador, probaba la elasticidad de una camisa blanca de trabajo moteada por manchas de diversas naturalezas. No era realmente un hombre obeso, de esos a los que les cuesta moverse, pero la corpulencia del hombre, sumada a la grasa acumulada, le habían hecho justo merecedor del apelativo.

—Tus amigos me iban a contar algo de un pacto ahora.

A Daniel se le aflojaron los músculos del cuerpo. La bolsa de basura cayó a sus pies, sin dueño.

—No le íbamos a contar nada —se adelantó Nico—. Otra cosa es que usted preguntara. Son cosas nuestras.

—Ajá —dijo el hombre, dejando asomar los dientes indecisos en una sonrisa depredadora—. ¿Qué llevas ahí? Déjame…

Se agachó, recogiendo la bolsa del suelo, el zapato a la vista entre transparencias. El color de la piel de Daniel perdió varios tonos en un segundo: Drácula ascendido a mulato por comparación.

—No es nada —reaccionó, tarde—. Solo basura para tirar que me dio mamá.

—¿Un zapato solo? Qué cosas más raras tira mi hermana. Parece de niña… ¿Y el otro?

—No… No lo sé.

Las palabras salieron por su cuenta, sin pensar. Daniel no era dueño de su cuerpo. El resto permanecía petrificado, como si el viento helado hubiera vuelto a dar un segundo lengüetazo y a saborear de nuevo a aquellos chavales a cobijo en las sombras. El ambiente era gélido, el sol arañaba centímetros tras la esquina, girando curioso para asomarse a ver qué sucedía a sus espaldas.

—Es igual. Bueno, os dejo. Mis vacas me esperan. Que lo paséis bien. Espero que encuentren a vuestra amiga.

El hombre comenzó a andar, alejándose.

—¡Tío! ¡La bolsa! —alcanzó a levantar la voz Daniel a la vez que el brazo.

—¿Esto? —Levantó la bolsa con el zapato el Gordo—. No te preocupes, yo la tiro. Hay un contenedor a la vuelta de aquella

esquina. —Señaló—. O igual me lo quedo, quién sabe. Tengo una muñeca a la que le falta uno parecido. ¿Y si le queda bien?

Se alejó, dando la conversación por concluida.

—Mierda —dijo Nico—. Mierda, mierda, mierda.

—No me cae bien tu tío, Daniel —dijo Blanca.

—A mí tampoco —masculló él, arrodillándose para subirse los calcetines y enmascarar el temblor de las manos.

—Solo teníamos que enterrarlo, solo eso. Y vas tú y se lo das —dijo Hugo.

—No te metas con Daniel, Hugo —dijo su hermana—. Estás insoportable hoy. No te he visto a ti quitárselo tampoco.

Marcos callaba, ajeno y pensativo.

Cinco minutos más tarde, los cinco veían avanzar el sol como piedras, rozando ya los zapatos, sentados como convictos en un paredón, la espalda recostada sobre la cancela de Susan's. El cruce de calles permanecía vacío mirase donde se mirase, la mayoría de adultos recorriendo a aquella hora el pinar en busca de una niña desaparecida.

Mudo y misterioso, Marcos se levantó para perderse a zancadas tras la esquina en la que desaparecieran el Gordo y la bolsa. Cuatro convidados de piedra lo miraron alejarse. Tres minutos más tarde, la esquina vomitó a Marcos, enmarcado entre los rayos de sol que lo acusaban de cara.

—No está. He buscado en el contenedor y no lo ha tirado.

—Mierda. Mierda, mierda, mierda —repitió Nico.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo Daniel.

La pregunta se desvaneció huérfana, barrida por una brisa de levante que vagaba perezosa y libre de culpa por calles desiertas.

40

El fin de semana pasó de largo como pasan las cosas que no tienen mucho sentido. A Nicolás Gil parecía habérselo tragado la tierra. Más suerte hubo con la muestra de ADN de la señora en la residencia. Alicia, en un alarde de tacto y sensibilidad, le expuso los hechos de la forma más escueta que le fue posible: cabía la posibilidad de que uno de los cuerpos encontrados en el vertedero fuera el de su hermano Manuel, que supuestamente se había suicidado en el mar hacía diez años. En sus manos estaba salir de la duda. La mujer, unas manos huesudas tapando la boca y una mirada incrédula, estuvo encantada de colaborar con la policía y firmar la autorización. Las muestras se procesaban ya; con suerte, los resultados estarían a final de semana.

Las escuchas eran harina de otro costal. El juez no estuvo por la labor de colocarlas en la casa de Daniel Bastida. A cambio, concedió una escucha telefónica sobre el móvil de Daniel: una semana. Ni un día más. En un mundo donde cada vez se hablaba menos y se escribía de más para comunicarse, de poco serviría.

«Algo es algo: si no se tira la caña, es imposible pescar», le había dicho Alicia a Álex.

El lunes a primera hora, el técnico tecleaba comandos en un portátil enfrentado a Alicia, al otro lado de su mesa, en la comisaría. En el segundo café empujó un móvil que reposaba junto al portátil con la mano hacia la inspectora.

—Listo. Llamadas entrantes y salientes. Todo lo que diga lo tendrás registrado ahí. ¿Ves el simbolito rojo, donde pone «Recorder» debajo? Pulsas, y tienes el listado de llamadas. Pulsas la que interesa, y a escuchar.

Pasadas las diez, Alicia escuchaba varias grabaciones donde Daniel, en dos llamadas, emplazaba a Nicolás Gil, Blanca Campos y su marido Marcos Rojas a reunirse con él en su casa esa misma noche a las nueve. Conversaciones cortas, escuetas. Sitio y hora,

asentimientos parcos, poco más. Una tercera llamada arrojaba la grabación del buzón de voz de Hugo Campos, hermano de Blanca, donde con voz monocorde el policía instaba a dejar un mensaje, al no estar disponible, bajo promesa de devolver la llamada. Daniel no dejó mensaje.

Apenas pasadas las seis, Alicia y Álex se apostaban en un coche corriente a distancia prudencial, dispuestas a vigilar la llegada de los citados y el anfitrión sin ser vistas. La intuición llamaba a su puerta y le decía que todo estaba relacionado. Aún no sabía cómo, pero tímidos indicios afloraban poco a poco, y muchos *pocos* siempre terminaban siendo un *mucho*. Un agente de paisano seguía los pasos de Daniel desde primera hora de la mañana y vigilaba su salida de la oficina, de la que no se había movido en todo el día.

Una hora y seis minutos antes de que Alicia apagara el motor del coche frente a la casa, Daniel se revolvía incómodo en el sillón de su despacho dando vueltas a la reunión de la tarde. El incendio del puerto y el dibujo de la puerta habían enturbiado el poco ánimo del grupo. La apuesta había subido, y ya no eran simples señales. Alguien los estaba poniendo a prueba, y la lógica le decía que debía de ser uno de ellos. Si todos habían mantenido el pacto, nadie más lo sabía, pero… ¿Y si alguien había hablado? Entonces podría ser cualquiera. Pero ¿qué demonios quería?

Eva, la becaria, lo sacó del trance al llamar a la puerta del despacho.

—Hola, Eva. No sabía que aún estabas aquí.

—Estoy poniendo al día unos papeles atrasados, pero en media hora los liquido. ¿Quiere un café de la máquina? Me iba a tomar uno y se me ocurrió que quizá.

Se atusó el pelo. Un movimiento lento y cavilado. Una melena platino y ondulada irradiaba el esplendor del cuarto de siglo que debía de tener la becaria. Daniel captó la señal, o eso le pareció. Desechó la idea que le cruzó por la cabeza como estrella fugaz, y decidió aceptar el café por simple cortesía hacia la empleada temporal, buscando ahuyentar fantasmas y entretenerse.

—Te lo acepto. Solo, sin azúcar. Muchas gracias.

A las seis y veinte, Alicia y Álex vieron salir a una mujer de la casa,

y separaron las espaldas de los respaldos de los asientos del coche a la vez. Pelo corto, color indefinido bajo una gorra con visera, complexión delgada, caminar decidido y rápido. ¿Qué hacía esa mujer en la casa? Y, sobre todo, ¿quién era? No tenían noticias de novias ni de convivientes. ¿Personal de limpieza? Si hubiera sido una película, una u otra hubiera sacado una cámara con el objetivo suficiente como para enfocar a la mujer en dos segundos y sacarle unos primeros planos; pero las películas eran solo películas, y, sin cámara ni objetivo, Alicia se conformó con una ráfaga de fotos de móvil desde una distancia que le parecía otro continente. Por un momento les pareció que la mujer se giró hacia ellas, encogiéndose las dos por instinto en su sillón; si las llegó a ver, no hizo amago de parecerlo.

A la misma hora, Eva, la becaria, luchaba con el cuerpo desparramado de Daniel, sudando mares para meterlo en el portamaletas de su todoterreno. Le había llevado casi una hora arrastrarlo por el pasillo de la oficina vacía hasta la puerta trasera que comunicaba con el ascensor comunitario del garaje, aprovechar una ventana de tiempo en que no hubiera nadie en el pequeño garaje vecinal y acarrearlo hasta el maletero. Cuando despertara del sueño provocado por el *café*, tendría algunos moratones repartidos a discreción, pero ¿qué más daba eso?

Cerró el portón, arrancó el coche con las llaves de Daniel, pulsó el botón de apertura del garaje con su mando y salió a la luz tibia de la tarde con la tranquilidad que regalan las cosas bien hechas.

A las nueve menos cuarto, cuando Alicia y Álex ya no tenían de qué hablar y el culo protestaba por el síndrome del taxista, un Volkswagen blanco aparcó en la acera, delante de la puerta del imponente chalet de Daniel Bastida. Marcos Rojas y Blanca Campos bajaron de él, rumbo a la puerta peatonal de entrada.

A las nueve menos diez, los ojos de Daniel luchaban por levantar los párpados y salir de una neblina espesa y oscura. A las nueve menos cinco, Nicolás Gil aparecía tras la esquina en bicicleta para acompañar a Blanca y Marcos a la puerta de Daniel, que sin duda no estaba en casa. El agente que vigilaba sus pasos había llamado sobre las seis y media. El coche de Daniel había salido desde el garaje. Preguntó si lo seguía. Alicia lo desechó —ya habría tiempo de arrepentirse después—, pensando que venía directo a su casa.

Desde entonces no había noticias de él, pero una cosa era segura: no estaba en su casa. A Álex y a ella les dolían los ojos de mirar aquella puerta durante toda la tarde. La cosa empezaba a no pintar del todo bien. Los tres de la puerta esperaban. Nicolás Gil insistiendo al telefonillo con la impaciencia de un repartidor de flores con un ramo en la mano al que no le abren. La pareja de casados algo más calmada, al menos de lejos.

—Le deben de estar diciendo que ya han llamado ellos —dijo Álex.

—Estoy por ir yo a decirle que aún no ha llegado, qué tío.

Álex rio la gracia de su jefa.

—Me preguntaste si lo conocía, ¿recuerdas?

—Sí que lo hice, y no me contestaste.

—Pues no, no lo conozco, pero no me importaría, la verdad. —Sonrió Alicia.

—Me da que lo vas a conocer.

—Ya. Lástima las circunstancias —contestó Alicia, recordando en un *déjà vu* su último caso, donde el curso de su relación con el principal sospechoso había terminado con ella en su nuevo destino —. Debe de ser que me gustan los malos.

—Todavía no sabemos si es malo, inspectora.

—Ya verás que sí. Me da en la nariz.

—Eso es poco científico, ¿no?

—Sí que lo es. Siempre fui más de letras… Espera.

A escasos sesenta metros, a alguno de los tres vigilados le había dado por empujar la puerta de metal cobriza que daba acceso peatonal al interior del chalet. Había cedido, abierta, y los tres entraban decididos, cerrando tras ellos.

—¿Será posible? ¿Abierta? ¿Ahora qué hacemos?

—Esperar. Nos falta el anfitrión. No debe de tardar.

41

La niebla se desvanecía, y el mundo a su alrededor parecía ganar consistencia. La luz de una bombilla que colgaba de un cable lo obligó a entornar los párpados, graduando la absorción de los incómodos fotones que inundaban la habitación; porque estaba en una habitación. Todavía sin enfocar las paredes, ya las percibía. Muros grises. Piedra húmeda y mohosa. Olor a alcanfor con trazas de tierra mojada. Debía de estar en una especie de sótano.

—¿Dónde estoy? —La voz surgió indecisa, arrastrada.

Dos figuras se mostraban torneadas en forma de sombras difuminadas al trasluz de la bombilla.

—Hola, Tino. No tienes de qué preocuparte. Estás en casa —dijo una de las figuras. La más alta, a juzgar por la dirección de la voz.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Daniel, un escalofrío irradiado como una descarga desde algún punto indefinido.

«Tino».

Hacía casi veinticinco años que nadie lo llamaba así. Solo una persona lo había hecho, hacía mucho mucho tiempo.

«Tino».

Pero no podía ser. Imposible.

Todos los fantasmas que lo acechaban por las noches desde la adolescencia se asomaron desde el abismo en el que se escondían de día a fisgar, como vampiros que pierden el miedo a la luz.

La luz. Parecía que iba bajando de intensidad; o eran sus ojos los que se iban acostumbrando. Empezó a recordar. ¿Cómo había llegado allí? Su despacho, la becaria, un café… Las ideas se reorganizaban, encajando poco a poco como piezas desordenadas de un cubo de Rubik.

«El *café*».

La idea lo sobresaltó, lanzando una alerta que lo hizo incorporarse sin pensar. El golpe en la cabeza lo impelió a volver a caer sobre el colchón, la cabeza encogida como tortuga amenazada.

Estaba en una cama. Una litera. En la cama inferior de una litera, sin duda. Por primera vez sintió el crujido de los muelles en los oídos y la espalda. Distintos sentidos actuando juntos de nuevo, coordinados. Se llevó las manos a la cabeza, y se encontró esposado a algún sitio. Las muñecas tintinearon con un ruido metálico y desacompasado, como castañuelas en las manos equivocadas.

«Esposado».

La situación empeoraba a la vez que las figuras mejoraban en nitidez. Dos mujeres. Al menos algo era bueno, de momento. Las mujeres derrochan menos crueldad que los hombres. No en vano allí estaba, sin violencia, pero allí, donde fuera, preso.

Sintió magulladuras repartidas por todo el cuerpo. ¿Le habían dado una paliza? ¿Se equivocaba? No conseguía recordar; podía ser. Todo podía ser.

«Tino».

Solo Ana lo había bautizado y llamado Tino, el día antes de su desaparición en el hoyo. Recordaba esos dos días como si fueran ayer, siempre ayer, sin posibilidad de cambiar nada, y llevaba haciéndolo cada noche desde los últimos veinticinco años. El pasado, pasado está. No se puede cambiar ni con todos los rezos del mundo; bien lo sabía él. También había oído que el pasado siempre vuelve. Quizá fuera cierto para el resto; el suyo no se había llegado a ir nunca.

La cabeza parecía querer escapar del cráneo; el resto del cuerpo protestaba en silencio; lo habían drogado, y estaba preso en algún sótano.

—Me duele la cabeza —atinó a decir.

—No te preocupes, se te pasará —dijo otra voz. Una voz conocida.

—¿Eva? ¿Eres tú? ¿Qué…?

—Relájate, Tino. Será lo mejor. Tienes que dejar que pase. Quizá *Eva* se pasó con la dosis. No podía arriesgarse.

—¿Qué…?

Confirmado: lo habían drogado. La lucidez ganaba terreno. Los rasgos de las mujeres —eran claramente dos mujeres ya— se iban afinando. La luz se atenuaba a niveles aceptables.

Y la vio, al fin.

—No… No puede ser. No puede…

—Claro que puede ser. Vaya si puede ser, Tino. Las cosas más imposibles pueden ser. No lo sabes bien… aún.

—Pero nosotros, nosotros te buscamos. Nosotros. —Una punzada fugaz le atravesó la cabeza, obligándolo a llevarse las manos esposadas de nuevo en su busca, y se apretó las sienes, buscando contener el dolor.

—Descansa, será lo mejor. Mañana hablaremos. Tenemos tiempo de sobra, ya verás. El tiempo es una moneda muchas veces despreciada, y sin embargo, la más valiosa. Yo aprendí a valorarla en su medida. Durante muchos años me la robaron (billetes grandes; nada de calderilla) y se me debe. Mañana lo verás todo más claro. Puedo esperar; podemos esperar. Llevamos esperando casi veinticinco años. ¡Qué más da un día más!, ¿verdad?

Ana Lorca, la niña desaparecida, la niña del pacto de silencio, la niña que lo atormentaba cada noche de su vida, aparecía como un fantasma enviado desde el purgatorio y lo miraba bajo la luz mortecina y amarillenta de una bombilla que se mecía sutil, moviendo ociosas sombras de un lado a otro sobre los muros grises; lo miraba con la intensidad con la que se mira un tesoro codiciado mucho tiempo; esa con la que en otro tiempo y otra tierra cuentan los libros que otros ojos miraron un anillo. Después se volvió y, seguida por la última becaria de su empresa, se esfumó por una escalera de madera descuidada y quejumbrosa.

Daniel solo tuvo tiempo de pensar dos cosas antes de volver a abrazar el desvanecimiento. La primera fue que los tesoros codiciados mucho tiempo no se dejan escapar una vez se consiguen; la segunda…: ¿le había dicho que estaba en casa?

Aquella noche las pesadillas subieron un escalón, rayando con uñas afiladas la superficie de la realidad.

42

ANA

Segundo año

Haydée recorría su mundo con pasos inciertos, un alma inocente y libre dentro de aquellos muros. Ana consumía su vida entre cuidados y lecturas de libros que el monstruo le regalaba al azar, como se regalan cacahuetes a un mono. Ana suponía que debía de comprarlos de saldo en alguna librería o mercadillo. Eran libros leídos, manoseados y estrenados por quién sabía quién en un mundo lejano donde el sol calentaba las mañanas, la lluvia mojaba, y las olas ronroneaban al son de las mareas a la orilla del mar.

Haydée gateaba tras un tropiezo, insistente y decidida en la frontera entre las dos y las cuatro patas y en busca de Irina, la muñeca que las acompañaba desde su rincón, hierática vigilando sus pasos, paciente testigo de los horrores y las alegrías que tenían cabida en la sala de tortura particular de Manuel Sarmiento. Le gustaba aquella muñeca, y no perdía ocasión de buscarla y acurrucarse bajo ella a la menor ocasión. Ana la dejaba hacer cuando el cerrojo superior anunció una bajada de Manuel.

—¿Cómo están mis niñas hoy?

Ana había aprendido a capear el temporal de su vida, consciente de su fragilidad y la de su hija. Dos años dan para eso y más.

—Bien —respondió—. Haydée ya anda.

—Eso está bien —dijo él sin mirar a la niña—. Ven, tengo una sorpresa para ti.

Subió las escaleras, instándola a que lo siguiera.

—¿Quieres decir… arriba?

—¡Claro! ¿Pensabas que te tendría toda la vida aquí abajo?

Venga, vamos.

Ana dio dos pasos en busca de Haydée.

—Tche, tche… Tú sola.

—Pero ella…

—Ella se queda. Estará bien; no te preocupes. Tiene a esa… ¿Cómo se llama?

—Irina.

—Eso. Tiene a Irina. Aquí no corre peligro —asintió Manuel—. ¿Qué le va a pasar? —dijo abarcando con la mano el perímetro.

—No…

—Vamos —ordenó seco.

Ana subió, estirando una mirada a Haydée, que, ajena a todo, avanzaba aún en busca de Irina. Manuel cerró tras ella, girando la llave. Ana entrecerró los ojos, cegada por la luz del sol que entraba por las ventanas tras las cortinas. Hacía dos años que no sentía el sol en la piel. Vio un vallado ciego tras las cortinas, lejano. Vio vacas y un establo, vio estiércol y tierra y tonos ocres que había olvidado. Vio el cielo, un cielo azul y limpio, grande. ¡Inmenso! Respiró un aire nuevo, más liviano. Un aire que se movía, meciendo la falda de las cortinas sucias. Aspiró, cerrando los ojos.

Después pensó en Haydée, abajo, sola.

—Gracias. Debería bajar… Haydée…

—No le pasará nada. Si llora bajaré a verla.

—No, yo…

—Tú tienes que limpiar. Creo que es hora de que hagas cosas nuevas; te vendrá bien.

Ana miró la puerta, y un pensamiento fugaz cruzó su mente. Manuel la miraba, jugando a adivinarlo.

—Sé lo que estás pensando. No sería bueno para Heidi. Sí, quizá podrías escapar, pero recuerda que ella está abajo, esperándote.

Calló, dejando que las palabras calaran. Para él, Haydée era Heidi. Ni se le había pasado por la cabeza que el nombre no fuera el de la famosa niña de los dibujos animados.

—Si llegas a cruzar esa puerta alguna vez, tendría que huir. Pero antes… Antes tendría tiempo de bajar. Tendría que hacerlo. Tendría que llevármela. No me dejarías otra opción. ¿Crees que la volverías a ver?

Calló de nuevo. Ana lo entendió todo.

—No, por favor… —Ana miró hacia la puerta del sótano, cerrada. La puerta del infierno.

—Claro que no lo haré. Siempre que tú no cruces esa puerta. —Señaló Manuel la otra, la que daba paso a la libertad, el sol y las nubes. La puerta del cielo.

—No lo haré.

—Claro que no lo harás —asintió Manuel, dejando caer todo su peso en un sillón vencido frente a una televisión sin voz.

—¿Te gustaría escuchar la tele mientras limpias? Ya no dicen nada de ti. Antes lo hacían a veces, incluso hubo un *especial*, pero hace tiempo que te olvidaron.

Ana intentó recordar las facciones de su madre. Por alguna razón que la angustiaba, a veces la olvidaba. Cada vez le costaba más recordar su voz, sus ojos y su cara. Solo el olor permanecía como el primer día, ese olor a madre que no percibía cuando la tenía cerca, en otra vida.

Manuel subió el volumen. Un presentador de chaqueta tan planchada como el cabello señalaba puntos en el mapa de España, anunciando el tiempo venidero.

—En la cocina tienes las cosas. Si nos llevamos bien aquí arriba, con el tiempo podrás hacer otras cosas. No te esfuerces en gritar. Las consecuencias serían muy parecidas a las de cruzar esa puerta, y no te oiría nadie. Estamos alejados del pueblo. Aquí solo se oyen los coches pasar. —Señaló algún punto invisible tras el cercado de madera.

Ana recordó la vaqueriza, y cómo algunos de sus amigos iban a por leche fresca cuando sus madres los mandaban a por ella. Giró la cabeza hacia la ventana, buscando el establo.

—Ya no viene nadie aquí —adivinó Manuel los giros de Ana de nuevo—. Todo lo llevo al pueblo. He prosperado, ¿sabes? Ahora tengo una tienda en el pueblo, y empleados que reparten la leche de mis vacas.

Ana lo miró, muda.

—Dos horas. Y recuerda, Heidi está ahí abajo. ¡Vamos! Muévete, mira cómo está todo. Puedes empezar por aquí.

Puso las piernas sobre la mesa baja que separaba el sillón de la televisión, golpeando de forma repetida con el talón la madera de pino descolorida, señalándola con el pie, atestada de platos sucios y

restos de comida. Ana miró los restos. Al menos comían lo mismo, pensó. No era que ella comiera mierda, sino que la comían los dos.

Se giró, adivinando el camino a la cocina en busca de los enseres de limpieza. La cocina daba tanto asco o más que su dueño…, pero al menos tenía ventana, con más cielo azul y sol, que a esas horas se colaba y se posaba sobre el fregadero, reflejando sus rayos en el metal para enviarlos a los ojos de Ana, que entornándose se quejaban ante aquel derroche de luz y color.

El llanto de Haydée subió las escaleras, colándose bajo la puerta para esparcirse apagado en la planta de arriba. Ana sintió el acelerar del pulso.

—Yo iré, no te preocupes.

Se levantó del sillón Manuel, una mole que se llevó la mano a la cadena que le colgaba del cuello, donde una llave bailaba sola, pegándose y liberándose sobre el sudor que exhalaba el pecho del monstruo. Conocía ese sudor. Se impregnaba y se agarraba a su cuerpo, como pulga que cambia de perro hastiada del suyo.

«No te preocupes», había dicho.

Ana ya contaba los minutos restantes de las dos horas, el sol olvidado. Iban a ser dos horas largas, eternas. Todo era eterno allí. Una lágrima que resbaló por la mejilla y le cayó sobre el empeine desnudo la sacó del infierno conocido y le mostró el nuevo que se abría ante sus ojos. La ampliación.

Jamás imaginó anhelar el regreso al submundo de muros grises y húmedos. El monstruo había «prosperado», y su infierno prosperaba con él.

43

Blanca quedó paralizada antes de llegar a la puerta interior del chalet. El diablo en su forma más repugnante no hubiera obrado mayor efecto. Marcos y Nico la adelantaron.

Sobre el mármol blanco de la entrada, un objeto resaltaba como un albino en el centro de Mombasa. Un objeto conocido. Un zapato de charol, virgen y negro, como el alma de un ángel recién caído. Bajo el pequeño tacón, un papel aleteaba bajo el mandato de la brisa de la tarde.

En dos zancadas, Nico subió los tres escalones del porche y envió el zapato a reposar entre los setos cercanos con la tercera zancada.

—Hasta los huevos de zapatitos estoy.

El papel, libre, alzó el vuelo tras el zapato y quedó estampado contra el seto, como un panfleto recién pegado a una pared. Fue Marcos el que se apresuró a cazarlo antes de que volara de nuevo.

—¿Qué pone?

Marcos lo estudiaba absorto, como si estuviera en arameo y lo intentara traducir a base de mirarlo.

—«Los amigos que perdemos no reposan en tierra; están sepultados en nuestro corazón[8]. Es hora de desenterrarlos» —leyó Marcos, el semblante compitiendo con el mármol bajo sus pies en lividez—. ¿Te dice algo?

—Me dice que alguien nos está tocando los huevos y sueña con retorcérnoslos. ¿A ti te dice otra cosa?

—No. A mí me dice más o menos eso. ¿Quién crees que puede ser?

—¿Quién falta aquí? —contestó preguntado Nico.

—Daniel y Hugo. ¿De veras crees…?

—No creo que sea Daniel. Es el más perjudicado.

—¿Hugo? —Marcos se volvió a Blanca, su mujer, la madre de sus hijos, además de hermana de Hugo. Blanca los miraba desde la

distancia. No se había movido del sitio—. Escucha, Nico. No creo que Hugo tenga que ver con esto, y espero que no sea así, pero sí te pido que lo dejes fuera delante de Blanca. Está pasando unos días duros con este tema.

—Todos lo estamos pasando mal. Hay algunos a los que hasta les han quemado barcos y todo.

—Ya, pero es su hermano. Y Blanca estaba con los niños cuando encontró el zapato en la puerta de casa. Si tuvieras hijos lo comprenderías.

—Mi barco era como un hijo para mí.

—Nico…

—Vale, ¿qué quieres?

—Que te guardes tus dotes de detective para ti, de momento. ¿Cuándo fue la última vez que viste a Hugo?

—Qué se yo… ¿El otro día, cuando nos reunimos?

—¿Notaste algo raro?

—¿Estás de coña? Hugo lleva raro toda su vida, desde lo de… Eso.

Blanca se acercaba, lánguida, pisando por el jardín como si cruzara un campo de minas.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a tu hermano? ¿No viene Hugo? —Alzó la voz Nico. Marcos lo miró, los ojos anegados en recriminación. Nico se dirigió a este—: ¿Qué? —le susurró Nico—. No estamos para tonterías, Marcos.

Blanca alcanzó el primero de los escalones.

—¿Hugo? —Se alarmó—. ¿Por qué? ¿Qué dice la nota? —Saltó, arrancándola de las manos de Marcos.

«Los amigos que perdemos no reposan en tierra; están sepultados en nuestro corazón. Es hora de desenterrarlos».

—¿Qué quiere decir esto? —balbuceó Blanca, la nota temblándole en la mano como motor al ralentí.

—Pues está bastante claro. Alguien quiere que cantemos *La traviata*. Que rompamos el pacto y lo larguemos todo, vaya. Y para mí que es tu hermano.

—¿Mi hermano? —Se revolvió Blanca.

—Eso he dicho. Desde el primer día quiso contarlo todo. Se ve que ya no aguanta más.

—Mi hermano sería incapaz de hacer algo así. Y además, es

policía —remató, como si solo ese dato lo dejara todo zanjado.

—Ah, bueno. Entonces, ya está. Si es policía todo aclarado —ironizó Nico—. ¿Y dónde está la policía cuando se la necesita? Porque no lo veo aquí.

—Está… Se ha ido unos días fuera. Me mandó un wasap: necesitaba desconectar.

—Qué oportuno. Nosotros citándonos como gánsteres y él de *camping*. Dile que recoja el tenderete y se venga. Tenemos que vernos… Todos.

Blanca miró a Marcos. Marcos asintió. En la puerta principal de entrada al jardín, dos mujeres tapaban la vista a la calle bajo el marco, mudas y atentas a la conversación. Ninguno de los tres había reparado en ellas. Nico fue el primero en verlas, sin tiempo para interpelaciones.

—Llámelo. —Dio dos pasos al interior la mayor. La joven la siguió—. Va siendo hora de escarbar en la basura acumulada. ¿Me permite? —Alzó la mano hacia Blanca, en busca del anónimo. Blanca lo soltó, y el papel cayó a sus pies.

La joven, por su parte, había visto el zapato negro bajo el seto, y ya se dirigía hacia él para cogerlo, como si fuera invisible y nadie la viera ni nada fuera con ella.

—No lo toques, Álex —dijo Alicia sin despegar la vista de Blanca —. Ponte un guante y mételo en una bolsa de pruebas. Tengo uno en una foto muy parecido. Pintado en rojo sobre la puerta de un pantalán —añadió mirando a Nico—. Ya tengo curiosidad… profesional, por supuesto. Inspectora Alicia Tressi, Policía Nacional —se presentó al fin, sacando su placa.

—Vuelvo en un minuto —dijo Álex escueta, en busca del coche, sin presentaciones.

—Ella es mi compañera Alejandra. Prefiere Álex. ¿No iba a llamar a alguien? —Se volvió hacia Blanca.

Blanca estaba pálida. El móvil temblándole en la mano que antes agitaba la nota. El anónimo, huérfano en el suelo. Alicia se agachó, recogiéndolo para leerlo.

—Es… un wasap de Hugo —dijo Blanca hipnotizada por el móvil.

—¿Qué dice? —salió del mutismo Nico. Blanca callaba, mirando el móvil, dejando vagar el silencio entre los cuerpos presentes.

—«Es necesario haber deseado morir para saber lo bueno que es vivir[9]» —leyó al fin, la voz temblándole como un flan sobre un altavoz en pleno *We will rock you*.

—¿Alguno lo descifra? —dijo Alicia, mirándolos uno a uno. Todos callaban—. «Es necesario haber deseado morir para saber lo bueno que es vivir» —repitió, despacio, pisando cada sílaba.

—No sabemos qué quiere decir —dijo Marcos mirando a Blanca.

—¿Este tampoco? —Levantó Alicia el anónimo—. No soy Sherlock Holmes, pero llevo apenas escuchadas dos frases, y una habla de morir, y otra de desenterramientos y sepulturas, y de esas casualmente tengo dos en un descampado cerca de aquí, un descampado del dueño de esta casa, casualidades de la vida. —Apuntó a la mole de ladrillo y metal.

No me van las casualidades. ¿Alguien me va a explicar algo, o nos vamos a comisaría a aclararlo?

Álex, de vuelta del coche, ocupada en su cometido, captó parte de la conversación.

—No sé lo que pone ahí —respondió, el zapato en la mano dentro de una bolsa cerrada—, pero lo que ha dicho ella —señaló a Blanca— es una cita.

Calló. Todos la miraron, expectantes. Alicia la instó a continuar con los ojos.

—Una cita de un libro, quiero decir. No recuerdo quién la decía, pero es de *El conde de Montecristo*. Eso, seguro.

Alicia hizo memoria. Había leído el libro, pero no era más que un recuerdo difuso. Líneas generales, personajes lejanos, tesoros, cárcel, venganza. Poco más recordaba. Casi más por alguna adaptación para la televisión que por el mismo libro.

—¿No iba de una historia de injusticias y venganza?

—Algo así —dijo Álex.

Alicia se volvió hacia Blanca.

—Parece que su hermano tiene una vena poética.

—Usted no conoce a mi hermano. Es policía.

—Habrá que remediar eso. ¿Se vienen conmigo, o me esperan en comisaria? Álex —se giró—, llama a central y que manden apoyo. Mejor prevenir, el sospechoso tiene un arma. —Miró a Blanca—.

Que no hagan nada hasta que lleguemos —alargó la voz a Álex, que ya se alejaba camino al coche, el zapato, negro y de charol, con ella.

Arriba, las nubes se agrupaban, inofensivas y blancas, esponjosas, curiosas por olisquear entre los tejemanejes de aquellos cinco insignificantes humanos, bajo un cielo azul infinito.

44

ANA

Tercer año

Haydée miraba el pastel sin comprender. Ana le había pedido al monstruo una tarta para celebrar su primer año. No importaba que estuvieran allí abajo, en su mundo reducido: Ana quería que Haydée supiera lo que era un cumpleaños, como cualquier niño, como los niños del otro mundo. Él la había escuchado condescendiente, como el dueño que nota el tirón de su perro cuando quiere levantar la pata junto al árbol y aprieta el botón de la correa para darle unos metros extra, y se había marchado sin contestar.

Había bajado al final de la tarde con dos pasteles de nata y chocolate; porciones cuadradas, sacadas de un todo más grande.

—Esto valdrá —se limitó a afirmar dejándolos sobre la mesa—. Uno para cada una. Una tarta hubiera resultado raro para un hombre que vive solo con sus vacas.

Dejó flotar el silencio, mirando a Ana con esa mirada que le echaba a veces.

«No, por favor, ahora no», pensó ella.

—¿No dices nada?

—Gracias —masculló.

Le resultaba especialmente repulsivo dar las gracias a un ser que la violaba cada vez que lo aburría la televisión o se descubría el dedo en la nariz, pero ahora no era solo ella. Eran dos, y las exigencias habían aumentado. Ahora, además de cubrir las perversas necesidades del monstruo, debía ser amable. Estar agradecida. Por Haydée. Para Haydée. Si el diablo recorría alguna

vez sus dominios repasando sus logros, sin duda debía de estar contento con el trabajo que se estaba realizando en aquel rincón olvidado por Dios. Hacía tiempo que Ana había dejado de creer en Dios. Sí creía en el diablo. Ese sí que existía.

—Eso está mejor. Hay que agradecer los esfuerzos que se hacen por uno. He tenido que ir andando hasta la pastelería que hay junto a la peluquería esa donde quedan tus amigos, y después volver igual, y todo para nada. ¿Crees que ella lo va a notar? —Señaló a la niña absorta en el pastel, las diminutas manos codiciando arañar el chocolate, contenidas por su madre—. Si ni siquiera habla; solo sabe llorar. Lo que me recuerda: no le des mucho o le dolerá la barriga después, y te juro que si esta noche llora como ayer bajaré y le taparé la boca con cinta americana hasta que lo entienda.

Ana sintió pararse el corazón, o eso le pareció. «Sus amigos». ¿Estarían buscándola aún? Había pasado mucho tiempo. Demasiado.

—Lo haré, tendré cuidado. Será solo un poco, para que pruebe un sabor nuevo —se limitó a contestar.

—Eso espero, por su bien —dijo el monstruo de espaldas, el pie apoyado en el primer escalón del camino al mundo libre. Al normal.

Las maderas crujían con ritmo cansino, y el monstruo desaparecía peldaños arriba, ya en las sombras creadas sobre el nivel de la bombilla colgante de su mundo cuando Ana no pudo evitar que la pregunta saliera de su boca.

«Sus amigos». Las palabras seguían resonando en algún rincón de su cabeza.

—¿Me están buscando? —Levantó la voz, incrédula de sí misma.

Los crujidos cesaron, las sombras de la escalera se revolvieron de alguna manera difusa, y la voz —esa voz que anhelaba escuchar lo menos posible, pero que esta vez esperaba escuchar ansiosa— habló:

—Nadie te busca. Has muerto para todo el mundo. —Ana miró a Haydée, ajena a todo. Intentaba borrar las últimas palabras de su mente, pero sabía que sería imposible, que se quedarían ahí y la mortificarían durante meses. Se maldijo por haber preguntado—. ¿Y sabes lo mejor? Tus amigos, esos pardillos de la esquina de la peluquería, esos, podían haber hablado, haber contado al menos dónde caíste, y ¿sabes qué? No lo hicieron. ¿No es gracioso? Joder,

vaya si lo es. Vaya amigos que tenías. Y no sería porque no les preguntaran. Vaya si les preguntaron. Vaya que sí. —Rio—. La juventud de hoy será la que se cargue a este país, sí señor. Casi se los puede ver con el mojón en el culo de un lado para otro. Deberían llevar pañales todos.

Los peldaños gruñeron de nuevo, y la cabeza del monstruo salió de las sombras a la vez que sus pies. El resto del cuerpo permanecía invisible, entre tinieblas. El efecto produjo un escalofrío en Ana. La imagen del Sombrerero Loco de Alicia en el país de las maravillas se dibujó en su mente sin que lo hubiera podido explicar si le hubieran preguntado, cosa que nadie iba a hacer. La había visto en una ilustración entre las páginas centrales del libro y, por alguna razón, apareció en ese momento.

—Sin embargo, tú, Ana, tú y Heidi sois fuertes. Fuertes gracias a mí. Heidi es pequeña aún, pero tengo planes para ella. Será fuerte, fuerte como tú ya eres gracias a mí.

Si alguna otra persona hubiera escuchado aquellas palabras en boca de aquel ser sabiendo lo que sabía Ana, no hubiera dudado de la maldad que atesoraban y de la locura y enfermedad del que las pronunciaba. Ana no lo dudó; ella lo sabía hacía tiempo. No era eso lo que le había provocado ese último estremecimiento y la gota de sudor frío que le resbalaba sobre la columna vertebral desde la nuca, no. Había sido el plural. Había creído a Haydée inmune a la maldad del monstruo (era *su* familia, *su* hija), pero esas palabras arrastraron un terror nuevo con ellas.

La cabeza y los pies desaparecieron entre quejidos nuevos de madera vieja, la puerta sonó como suelen sonar las puertas que dan paso a los infiernos, el chirrido alargado se extinguió con el portazo, y la cerradura entonó tres vueltas.

Ana suspiró, aliviada. Tres vueltas solían significar que no bajaría; al menos esa noche. Podía equivocarse, y la incertidumbre era una de las armas más poderosas del diablo, pero en un mundo tan reducido, los detalles cobran mayor relevancia, y tres vueltas tenían un significado; dos también, y solía ser que la llave se quedaba puesta del otro lado —seguramente sin poder ser retirada a media vuelta— y el monstruo estaba en casa o fuera con las vacas, pero en casa, trabajando; una era lo peor: podía bajar —las más de las veces bajaba— en cualquier momento, y el infierno adquiría su

dimensión más perversa. También se daba el caso cuando Ana estaba arriba limpiando. Entonces Haydée quedaba abajo y una vuelta de llave las separaba. Uno era el número maldito.

—Ma… ma. Ma… ma… ma.

Ana volvió a su realidad. Haydée balbuceaba sus primeras palabras ¡y en su cumpleaños! Miró a su pequeña, deseosa de regalarle un abrazo y felicitarla por sus progresos.

Bien, Haydée, bien. Ven con mamá.

Haydée, inmersa en sus propios pensamientos e indiferente a los de Ana, atravesaba con pasos torpes la habitación buscando a Irina, testigo mudo del horror imperante en aquel reino subterráneo. Con un último paso alargado y valiente, atrevido por la proximidad de la muñeca que ya rozaba la pequeña con su suave manita de niña, Haydée alcanzó por fin a Irina, abrazándola como dos amantes que se despiden en un andén antes de una guerra. Después volvió la cabeza a Ana, que, orgullosa de los avances de Haydée, desde la otra punta de la habitación, casi al pie de la escalera, dejó escapar una lágrima. Una de las *buenas*.

—Ma… Ma —alzó la voz Haydée abrazando a Irina, sin dejar de mirar a Ana de soslayo—. Ma… Ma.

—Ven, Haydée, ven. Mamá está aquí.

Haydée arreció su abrazo a la muñeca. Sus ojos negros y brillantes parecían mirar a Ana desde la distancia.

—Ma… ma —repitió, estrujando la nariz diminuta hasta hacerla desaparecer entre los pliegues del vestido, en el abdomen de la muñeca—. Mamá.

Una gota nueva, fría y pesada, nació escondida bajo la melena que escondía la nuca de una mujer confundida y cayó por gravedad, siguiendo el secreto surco dejado por una anterior. Un escalofrío nuevo la acompañó. Un escalofrío distinto, hijo de un miedo distinto, desconocido hasta la fecha.

El diablo descubría su infinita capacidad, y el infierno ampliaba esta vez sus dimensiones sin necesidad de crear nuevos espacios. En un mundo donde el hombre restringía los límites del diablo con la capacidad de su imaginación, una nueva frontera se abría. Ana no lo supo entonces —al menos, no abiertamente—, pero esa gota debía de significar algo. Eso sí lo supo.

Bajó la vista a la mesa, donde dos porciones de pastel reposaban

esperando a quien las quisiera para siempre, y lloró. Lloró una vez más, por una nueva razón. Una que aún no entendía.

45

Los temblores habían cesado. Hacía horas, puede que más de un día —había perdido la noción del tiempo—, que el brazo había dejado de enviarle punzadas. Ahora lo miraba como a un extraño, como si perteneciera a otro cuerpo. Se preguntaba si sería capaz de apretar el gatillo —siempre que quisiera apretarlo, claro está—. Lo dudaba; lo dudaba mucho.

Habían pasado dos, quizá tres días. Una sed perversa lo asediaba, como un perro rabioso que anhela que le suelten la correa para abalanzarse a la yugular y se entretiene lanzando zarpazos mientras espera. El aire del salón parecía condensarse casi hasta tomar consistencia. Las partículas de polvo que los rayos filtrados a través de las miríadas de agujeros de las persianas descubrían flotando en las primeras horas habían desaparecido. Ahora todo estaba quieto, muerto. Todo menos él. Aquel salón donde tantas horas había pasado en lo que le parecía la vida de otro le resultaba casi desconocido, distante. Apenas un montón de ladrillos y cemento relleno de enseres insulsos.

Escuchó: el corazón bombeaba con fuerza. Casi lo sentía empujar demandando sitio al cuerpo, pero al menos lo sentía latir con ritmo constante. Un vértigo pasajero lo sobrevoló por un momento, y Hugo rogó por que no se posara en él de nuevo. Los últimos días daban para un compendio de síntomas: primero llegaron las náuseas —creyó recordar que se había vomitado encima; solo que no había expulsado más que unas babas ácidas—, después sintió el corazón enloquecer, sin compás ni ritmo, tan pronto acelerando como frenando. Recordó haber rezado, adivinando entre las sombras a la figura de la capucha, la guadaña apoyada en el reposabrazos, sentada en el sillón donde había estado Ana Lorca. Ahora, el corazón controlado, sentía un hartazgo general, un *para qué*; un *estoy cansado*. Y además, estaba lo de encontrarse allí atado, con una mano que no sentía suya, paciente,

esperando su turno. Casi parecía decirle: «¡Venga, tío, ¿a qué esperas?! ¡Vámonos ya!».

Había tenido tiempo para pensar; vaya si había tenido tiempo. Había repasado su vida, desde el Hugo de la niñez acuchillada por un juego al que nunca debieron jugar, hasta hacía dos, quizá tres días.

También había pensado en ella. Mucho. ¿Dónde había estado todo este tiempo? Habían pasado años. Lo peor era que lo sabía. Esto lo atormentaba; le oprimía ese cerebro apuntado por el cañón, que, como un índice estirado, parecía acusarlo y condenarlo sin necesidad de juicio.

Y también había pensado en el pacto, por descontado, y en las consecuencias que pudo tener en aquel fantasma del recuerdo que había vuelto en cuerpo, pero sin alma, para amordazarlo y mortificarlo.

Ahora pensaba en lo que se merecía. Si hubiera hablado… Si hubiera hablado… Tuvo la oportunidad…

Pero no lo hizo. No habló, y una niña se perdió para siempre en el recuerdo común de un pueblo, y un velo de amargura se instaló en su alma y lo martirizó durante años…

Se lo merecía.

Miró la pistola —de reojo—. Se preguntó por enésima vez si tendría fuerzas para apretar el gatillo. Fuerza física. Aquel dedo que no sentía como suyo, en una mano que no sentía suya, en torno a una pistola que lo apuntaba. Esa sí era suya; era su pistola.

Se lo merecía. La habían condenado. La rabia que había vislumbrado en el rostro avejentado de una niña lejana y borrosa lo expresaba sin palabras.

Miró la pistola —de reojo—, atrapada en la mano azulada, apuntándolo. Se preguntó si el dedo… Intentó moverlo, solo moverlo un poco, por probar. Un calambre aislado nació y se irradió —se disparó— hacia el centro neurálgico de su cuerpo, donde quiera que estuviese, recorriéndolo como el pinchazo de una aguja bajo una uña.

Se lo merecía. Intentó despegar los labios resecos para relamérselos en busca de humedad; la lengua, acolchada y torpe, desobedeció.

Se miró los pantalones, tan secos como mugrientos tras los

escapes fisiológicos que no pudo ni quiso evitar en las primeras horas. Solo un tímido cerco delataba lo que había sucedido. También estaba el olor, un olor agrio y putrefacto, amalgama del forcejeo y el sudor de las primeras horas —ya no sudaba, el cuerpo exiguo y falto de líquido—, de defecaciones y orín. Un olor a muerte y descontrol, a fin.

Cerró los ojos y se concentró en el dedo. Debía de ser fácil. Solo mover un dedo y todo se acabaría. Pagaría y descansaría. Fin.

No se movió.

«Dedo inútil».

Abrió los ojos, miró al frente y divagó, exhausto entre los recuerdos que le traía la foto enmarcada de su primer día como policía.

Se lo merecía. Todo sería más fácil luego.

Cerró los ojos, concentrando las pocas fuerzas que le quedaban para enviarlas como pelotón a los párpados, buscando acumularlas, como una dinamo mental que consiguiera trasvasarlas a un dedo. Solo eran un dedo y unos milímetros… Cerró los ojos con más fuerza, hasta sentir la opresión bajo las cuencas, como pequeños globos de agua en las manos de un niño en busca de nuevas sensaciones. Un niño inocente, no él. Reventarlos; liberarlos para siempre. Apretó, más fuerte… más fuerte… más.

46

La detonación llegó a oídos de Blanca como el golpe de una regla sobre un pupitre; uno de esos golpes que daba cuando los alumnos en clase se olvidaban de que tenían un profesor delante y los murmullos mutaban a alboroto.

Lo supo. Nunca antes había escuchado una pistola más que en las películas, pero lo supo.

Acatando las órdenes de aquella inspectora, se habían montado los cinco en el coche que conducía la ayudante —o eso parecía— dirección a casa de Hugo. Como si hubiera estado esperando a que llegaran, el reglazo explotó justo un segundo después de que Álex cortara el contacto frente a la puerta del garaje de la casa del agente Hugo Campos. Apenas habían tardado cinco minutos desde la casa de Daniel, Álex guiada por las indicaciones de Blanca.

Durante un par de segundos se miraron unos a otros, dentro del coche, todos calibrando el sonido, como un niño que se despierta en mitad de la madrugada y oye el crujir de una puerta en la oscuridad; juzgando si desechar el sonido al cajón de las cosas sin importancia, un simple capricho del viento que se cuela por una ventana abierta, o abrir los ojos al límite para buscar formas malignas que hollaran el dormitorio entre tinieblas en busca de niños a los que meter en el saco.

Alicia y Álex no tuvieron duda ninguna. El sonido no era nuevo para ellas, aun amortiguado entre paredes; Blanca simplemente lo supo, y si llegó a albergar alguna duda en ese par de segundos que precedió al caos, se evaporó al enfrentar las miradas de alarma y complicidad entre las agentes de los asientos delanteros. Sentada entre Nico y su marido, una voz que identificó como suya propia, pero que no salió de las cuerdas vocales, le sopló una sola palabra, directa al córtex cerebral.

«Corre».

Lo que vino a continuación lo supo por Marcos horas más tarde,

cuando se lo contó en una sala de espera alicatada de blanco y triste, muy triste, como lo es cualquiera de las de cualquier hospital, luzca el color que luzca. Si un estado de ánimo se podía impregnar en la materia inorgánica, las salas de espera de los hospitales debían de estar en el *top ten* del *ranking* general, solo precedidas por sus pasillos largos y solitarios y las lápidas sucias de las tumbas olvidadas. Era como si algo invisible e incorpóreo se pegara a las losas, a los azulejos y las paredes, dolor y pena de unos y otros acumulados, como se acumulan las capas de polvo en una casa abandonada.

Ella no recordaba nada. Solo ese sonido de regla sobre la madera, eso sí lo recordaba, una y otra vez, martilleando en su cabeza, cayendo plana y decidida bajo el mandato de una mano.

Según Marcos, fue Alicia la que irrumpió primero por la puerta trasera de la cocina, patada mediante, el arma desenfundada. Después el orden cedía terreno a la confusión, los cinco en el salón, la inspectora y su ayudante intentando impedir sin éxito que los tres restantes —Blanca con empeño extra y desgañitándose— contaminaran el escenario, donde un charco de sangre viscosa y fuera de sitio adornaba las baldosas en la oscuridad, rozando el negro, como un derrame de aceite usado en el suelo de un taller. Pequeños puntos rojizos resaltaban obligados por los tiros de luz que despedían los rayos filtrados desde las persianas del cierre acristalado a la espalda del agente Hugo Campos, que, con una mueca grotesca y la cabeza ladeada hacia atrás junto a un brazo que se mantenía flexionado e incongruente apuntando aún a la cabeza, parecía reír desganado, como aquel que empieza a hacerlo y no se acuerda de parar hasta dormirse, exhausto a la vez que feliz.

El punto de la sien derecha era apenas perceptible, solo delatado por el débil reguero que se dejaba llevar por gravedad hacia la mejilla rozando la oreja, conquistada para gotear desde el lóbulo y escapar por el cuello como un río que busca su cauce, encharcando la camisa para correr por el tronco y gotear con la cadencia de un grifo mal cerrado bajo la silla, como en clase el orín de un niño que creyó aguantar hasta el recreo y no pudo.

Cuando llegaron los refuerzos y el caos reconvertido en histeria —principalmente de Blanca— dio paso al orden y la desesperación bañada en llanto, no había baldosa en el salón sin mancillar por una

huella plasmada con parte de los cinco litros de sangre que media hora antes circulaban bombeados dentro de Hugo Campos.

Apenas cuarenta minutos más tarde, cuando Torres llegó dispuesto a intentar salvaguardar algo de lo que pudiera contar el cuerpo desmadejado, pero aún atado a la silla, de Hugo, un examen minucioso quizá hubiera podido afirmar que Blanca, la hermana que atendían los sanitarios en el jardín trasero, portaba más sangre en sus ropas que su propio hermano. Lo que nunca llegó a saber Blanca —y Marcos se juró no contarle nunca— es que, entre la histeria y el sinsentido de esos primeros minutos, el cuerpo de Hugo Campos, aun careciendo de actividad cerebral, aún bombeaba sangre con timidez, vivo, coleando como rabo de lagartija sin cuerpo. El hecho, corroborado por Torres tras un primer examen profesional, solo lo había percibido Alicia Tressi, la inspectora, justo antes de que Blanca se abalanzara a abrazar a su hermano zafándose del abrazo de Marcos, que, como un jugador novato de *rugby*, intentó retenerla en vano junto a la puerta de la cocina. Fueron apenas unos segundos, los justos hasta que el cuerpo de Blanca tapó la visión a Alicia, pero fueron suficientes. Un bombeo débil parecía incrementar el flujo oscuro que corría por el cuello de Hugo en busca del suelo, como si en alguna parte, en algún sitio oculto, alguien apretara una pequeña perilla con suavidad.

Más tarde aquella noche, ya en su casa y de madrugada entre dos sueños con alma de pesadilla, la inspectora se preguntaría —camino de la cocina a por un poco de agua fresca— si habría debido apartar a Blanca Campos del cuerpo de su hermano por la fuerza, cosa que se le antojaba muy difícil, e intentar lo que fuera que hubiera podido intentar para mantener unos minutos más en el mundo la vida del agente. Y solo un poco más tarde, saciada la sed y buscando una postura en la cama que no encontraba, antes de caer en manos de nuevos juegos malvados del subconsciente, llegaría a una conclusión negativa, en parte porque lo creía, en parte porque buscaba su propia absolución.

Si algo podía sentir aquel cuerpo en sus últimos minutos de vida, física al menos, si no cerebral —¿quién podía asegurar del todo esas cosas?—, mejor un último abrazo de familia que un manoseo inútil. Porque de eso sí estuvo segura Alicia en cuanto pisó aquel salón. Cualquier cosa era ya inútil. Menos un abrazo, quizá.

IV

Recuerdos y desacuerdos

47

—Te voy a dar la oportunidad que yo no tuve.

Daniel estudiaba las facciones de aquella mujer desconocida que albergaba a la adolescente que conoció. La escudriñaba, buscando a la niña despierta que odiaba las muñecas grandes y lucía zapatos de charol, sin encontrarla. En su lugar, contemplaba a una mujer de ademanes decididos y mirada aguda que parecía traspasarlo. Ojos que lo penetraban para rebuscar en su interior sin pudor, como la luz que se baña en los primeros metros del agua del mar, arañando sus secretos más oscuros.

Daniel seguía esposado a la cama. Le parecía que debía de ser por la mañana, aunque era difícil estar seguro entre aquellos muros grises. Más que otra cosa fue una intuición, quizá el horario interno que aún conservaba el gobierno de su cuerpo, guiado por años de costumbre.

Había levantado la voz y golpeado los barrotes metálicos de la litera haciendo mover las esposas, un tañido continuado de llamada que tuvo su recompensa. La mujer había bajado, él había cesado en su empeño y allí estaban, ella de pie, él agachado, grotesco homenaje en recuerdo de aquel lejano día en que se encontraran en una acera, cuando él se alzaba los calcetines, arrodillado, y ella plantó sus zapatos de charol a sus pies, camino del vertedero para deshacerse de una muñeca.

—Éramos niños, Ana. Solo niños.

En algún lugar, seguramente una película, Daniel recordaba haber escuchado que pronunciar el nombre de una persona surtía un efecto conciliador, y le pareció una manera de empezar no peor que cualquier otra.

—Yo también era una niña. —Fijó la vista en él tras dar un rodeo visual sobre los muros, como foco de circo huérfano entre actuaciones, despreocupada; como en casa—. Pero eso también me lo robaron.

—Ana…

Ella levantó la mano, autoritaria, en un gesto inequívoco que cortó las palabras de Daniel.

—Me condenasteis con vuestro silencio. Mira estas paredes —hizo un ademán recorriendo la sala, como un torero sin capote, pero con más decisión—, míralas, saboréalas. Esto es lo que yo tuve, y esto es lo que te ofrezco. Serán tuyas hasta que te canses de vivir, como yo hice.

—No puedes hacer eso…

—Claro que puedo. Los muertos pueden hacer cualquier cosa, y yo lo estoy. Oficialmente, desde luego. Quizá hasta fuiste a mi entierro. ¿Fuiste, mi cobarde Tino?, ¿o también eso te dio miedo?

Daniel se limitó a bajar la cabeza. En realidad, fue su madre la que no lo dejó ir, sobreprotectora hasta el hartazgo, pero qué más daba eso ahora.

—Ya veo. —Ana dejó pasar unos segundos teatrales, acaparando atención, como esos presentadores egocéntricos y autocomplacientes de la televisión—. Hay muchas formas de morir. Formas que ni imaginas, pero no te apures, las conozco todas, y yo misma probé un poco de cada una. Después llegó Haydée y me salvó de la última, la más vulgar y conocida. Esa es insignificante (¿no es gracioso?), y es posible que la pidas a gritos en menos de lo que crees, y tú no vas a tener a una Haydée. Perdón, puede que tú la conozcas mejor como Eva. Es una preciosidad, ¿verdad?, y además la chica más lista que conozco. Como becaria no tiene precio, y he de decirte que eres un tacaño con tus empleados, aunque eso ya lo sabes. Lo que no sabes es que es mi hija, mi salvadora.

Los ojos de Daniel parecieron avanzar en sus cuencas, y si algún religioso hubiera campado por allí en esos instantes, quizá hubiera apostado a que *vio la luz*. No hubiera errado del todo, claro que no era la misma *luz*, pero una luz sí que había visto.

«Eva».

—No, eso no te lo daré. No tendrás tu Haydée. Lo que sí te daré, como te he dicho, es una oportunidad, y será la misma que tuve yo. Tan fácil como eso, porque hasta los muertos pueden tener alma, por negra que sea.

—Ana, deja que te explique…

Ana levantó la mano de nuevo, desdeñando el comentario.

—No hay nada que explicar. Ya tuviste la oportunidad de hacerlo, y la arrinconaste hasta hacerla desaparecer.

—¿Qué tengo que hacer? —Daniel decidió seguir el juego.

¿Qué otra cosa podía hacer? Habían transcurrido veinticinco años, y nada de lo que dijera iba a hacer que cambiaran las ideas de aquella mujer que rebosaba ansias de venganza por cada poro, comprendió. Esa luz también la había visto.

—Esa es la mejor parte. No tienes que hacer nada. Son ellos los que tienen que hacerlo; solo ellos. ¿Te das cuenta? Es tu oportunidad.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó Daniel, aunque ya sabía la respuesta.

—Ya sabes quiénes son. Los mismos que pudieron hablar hace veinticinco años, los mismos que pudieron ahorrarme las muertes de las que te hablo. Nico, Blanca… y Marcos, tu gran amigo Marcos, aunque ahora creo que no estáis tan unidos. La distancia es la gran prueba de fuego de las amistades, y me temo que vosotros dos no la lleváis demasiado bien.

—No se trató de eso —espetó Daniel entrando en el juego. Desde el pacto, el distanciamiento del grupo en general se fue agrandando, como un gran globo que se hincha en el que cada uno estuviera en un punto de su superficie, unos más cerca, otros más lejos, pero todos separándose poco a poco, como estrellas del universo establecido en expansión. Y cayó, como la manzana de Newton. Faltaba uno—. ¿Y Hugo?

Una mueca indescifrable bañó el rostro de Ana, que se limitó a levantar la comisura derecha de sus labios.

—Hugo no podrá ayudarte. Se ha ido y no volverá.

—Hugo no se iría a ninguna parte —contestó Daniel, aunque ni él supo que había querido decir.

Realmente, ¿qué sabía el resto de todo aquello? Unas horas antes todos recelaban de los otros miembros del grupo ante los nuevos acontecimientos.

—Ya lo creo que sí. Ayer tarde, por concretar. ¿Y sabes qué? Creo que descansa en paz, dondequiera que descansen los cobardes. —El rechinar de las esposas contra la barra metálica de la litera delató la tensión de Daniel—. De todas las muertes que existen, solo

me falta una muesca, y esa eligió Hugo. Puedes verlo tú mismo.

Acabando la frase, Ana le dio la espalda para buscar un objeto camuflado entre las sombras del fondo de aquella estancia, apenas iluminada por una bombilla tan débil como desnuda. Daniel la siguió con la mirada, y el poco valor que pudiera atesorar se esfumó como el humo de un cigarro por una ventana abierta. En el rincón, tras los movimientos de Ana y camuflada entre tinieblas al resguardo de la bombilla, una muñeca parecía mirarlo, gritándole a los ojos el futuro que se avecinaba. Era ella, sin duda. Era la misma. Era esa muñeca que viera por última vez sobre el borde de un hoyo maldito. Esa que no cerraba los ojos negros como pozos de petróleo, la que él recordaba escalando sobre el lodo en las noches de insomnio y sudores fríos.

Y lo miraba, sus ojos negros brillando como pequeñas bolas de obsidiana fuera de lugar.

Un latido tropezó con otro en algún rincón de un corazón atropellado, y Daniel se llevaba la mano libre al pecho, como el que intenta calmar al perro de otro con una caricia tímida, cuando Ana ocultó la visión de la muñeca. Arrastraba una mesa desvencijada, las ruedas chirriando sobre el hormigón desigual y rayado del suelo, portando un televisor quizá más viejo que la misma mesa.

—¡Sorpresa! Esto no lo tuve yo, al menos durante un tiempo. Tú lo tendrás desde el primer día, para que estés al tanto de lo que pasa en el mundo; el de arriba. —Arqueó los ojos como dando por sentado lo que no necesitaba explicación.

Enchufó el cable a un rollo de alargadera que Daniel no había advertido hasta el momento, pulsó el botón de encendido y, dejando la vieja televisión sobre la desvencijada mesa a la suficiente distancia como para que Daniel no pudiera alcanzarla desde la cama y la esclavitud de sus esposas, subió el volumen lo justo y se volvió, advirtiendo la lividez del rostro y la dirección de su mirada. Y sonrió.

—¡Vaya! ¿Te acuerdas de Irina? No quiso perdérselo. No tuve más remedio. Olvídala, no te molestará si tú no quieres. —De nuevo el ademán de la mano, ese que quita importancia a las cosas y que ya parecía un comodín en los gestos de la mujer—. Ya está. —Volvió su atención de nuevo al televisor.

Daniel, aterrado sin una razón estrictamente lógica ante la

presencia física de la quieta protagonista de sus pesadillas más antiguas, escupió la pregunta como si una palada de arena le llenara la boca, indeciso.

—¿Qué tienen que hacer?

—¿Tus amigos? Hablar, solo hablar. Romper un pacto y hablar. Parece fácil, ¿verdad? —Guiñó un ojo la mujer. A cualquier otro individuo ese guiño en esos ojos le hubiera podido despertar los instintos más apetecibles, pero no fue el caso de Daniel—. Después, buscarte, claro. Después tienen que buscarte. Y encontrarte.

Enseñó la espalda escotada a Daniel y subió la escalera sin más despedidas; un tatuaje recorría la columna vertebral de Ana, como un mantra que no se quiere olvidar. Desde su sitio, y bajo la luz cimbreante de una bombilla escasa de vatios que alumbraba un cuerpo que acompañaba el cimbreo al subir las escaleras, Daniel no pudo leer lo tatuado. Sin embargo, algo le decía que semejante recordatorio no debía de ser del todo bueno para él.

Entonces se acordó de Hugo, y de las palabras pronunciadas por la mujer, y puso toda su atención en aquella tele. La cadena local daba las noticias del día en bucles de media hora. Debía de correr la madrugada, cuando las cadenas rellenan las horas con las sobras.

No tardó en reconocer la casa de Hugo y adivinar un cuerpo escondido bajo unas sábanas escapando de la cámara en el interior de una ambulancia, a su puerta. Cordón policial, gente en las gradas, luces oficiales de colores pintando las copas de los árboles a brochazos rápidos, una joven periodista de piernas largas y falda corta seguramente en prácticas copando cámara en tomas alternadas, intentando disimular sin éxito que la noticia le venía tan grande como el escote, intentando enganchar palabras sin tartamudear…

Más tarde lloró sin lágrimas, y se acordó de su madre, y de la residencia donde estaba, acompañada pero sola, y hasta de Leonor, la recepcionista, y de su risa sincera y lejana, y de muchas más cosas que sin entender por qué le vinieron a la cabeza. Lo único que no hizo hasta sumirse en una marejada onírica fue mirar al rincón, donde unos ojos negros parecían vigilarlo como un lobo a una presa entre la espesura de un bosque helado en una noche sin luna, o eso le parecía a él. No quiso comprobarlo, al menos, no en su primera noche sin luna.

48

—Hollywood ha hecho mucho daño —dijo Nico—. Esperaba algo más…, no sé, algo más, simplemente.

Se alineaban los tres en sendas sillas frente a una mesa, en lo que se suponía que era la sala de interrogatorios de la comisaría de policía de Rota. Solo que no era una sala de interrogatorios, o no lo parecía. Ni la mesa grande que acaparaba el centro de la sala estaba anclada al suelo, ni había grilletes donde encadenar las esposas de un preso vestido con un mono de color chillón e ínfulas de Hannibal Lecter, ni nada. Ni siquiera un mísero flexo que apuntara a las caras, ni un simple espejo espía donde sacar la lengua al del otro lado.

—¿Te parece que es momento para bromas? —recriminó Marcos.

—No lo es —le dio la razón Nico. Solo intentaba…, bueno, ya sabes.

Blanca, entre ambos, cogía el relevo del discreto Marcos por una vez y permanecía encerrada en un mutismo casi trapense desde que se despidiera de su hermano, o de su cuerpo. Volvía la cabeza hacia Nico, la mirada compuesta por lo que este no supo si era agradecimiento o reprensión, cuando Alicia traspasó la puerta, en todo momento abierta.

—Les agradezco su tiempo. Sé que el momento no es el mejor, pero de otra manera tampoco estaríamos aquí.

Sentándose, dejó una ristra de papeles y dos carpetas que había custodiado contra su pecho sobre la mesa y calló, mirándolos uno por uno. En la otra mano mantenía un papel protegido en una bolsa de plástico transparente, para todos identificable.

—¿Y? —Nico hizo de Nico, impaciente.

—Eso me preguntaba yo. ¿Y? Miren —abarcó la sala con los brazos—: esto no es un interrogatorio, ni están detenidos, ni tienen ninguna obligación, pero aquí estamos, en la sala de reuniones,

donde lo mismo se habla de presupuestos que de cualquier otra cosa. Me pareció el lugar más apropiado, dadas las circunstancias. Claro que estas pueden cambiar.

—¿Qué quiere decir?

—Verán, intenten ponerse en mi lugar por un momento. Tengo un cadáver en una casa… —Hizo un inciso para dirigirse a Blanca —: Siento que tenga que pasar por esto, Blanca, pero es necesario. —Y a continuación prosiguió—: A todas luces un suicidio. —Blanca levantó la cabeza, clavando los ojos en Alicia, como un águila que volara en círculos en el cielo, a cien metros por encima de la tierra, lo haría en un ratón desprevenido—. Pero un suicidio provocado. Hasta el abogado más inepto ganaría un juicio con «inducción al suicidio» en un caso como este. —Miró Alicia a Blanca, que suavizaba la expresión, como la de un águila sin hambre que mirase al mismo ratón—. Pero, claro, para eso primero tenemos que detener al sospechoso. Además, resulta que haciendo nuestro trabajo —dio un par de golpecitos a las carpetas que reposaban en la mesa— e hilando indicios que nada tienen que ver, o que nada *tenían que ver*, acabamos delante de la casa de su amigo Daniel Bastida, y resulta que es entonces cuando entran ustedes en escena.

—Íbamos a ver a un amigo. ¿Qué tiene eso de…?

—Deje que termine, Nicolás. Después habrá tiempo para todo. Para una vez que la policía quiere hablar en lugar de exhortar a otro a hacerlo, ¿verdad? El caso es que los indicios que nos llevan hasta la puerta de Daniel, donde ustedes están, tienen que ver con otros dos cadáveres desenterrados en un antiguo vertedero. Seguro que están al tanto; todo el pueblo lo está. Y, a su vez, esto se conecta, no me pregunten cómo, con un incendio provocado en un barco en el puerto: su barco. —Sacó el dedo índice de la mano cerrada para señalar a Nico, sin moverla de su sitio sobre las carpetas—. Por último, gracias al particular sentido del humor de nuestro, digamos, sospechoso desconocido, y por si hubiera duda de que todo está conectado, tenemos el tema de los zapatos. —Alicia notó que Blanca se tensaba, y no solo Blanca, si la intuición no la engañaba—. ¿Recuerda el zapato dibujado en el pantalán, Nicolás? Ah, y también tenemos esto. —Levantó por fin la mano del papel en su bolsa y la agitó en el aire—. Casi se me olvida.

Alicia calló, dejando que las palabras reposaran, calando en la

audiencia.

—La cuestión es… ¿Cuánto saben ustedes? Yo creo que algo más de lo que parece. Y, lo que no es menos importante: ¿me van a ayudar a atrapar al que escribió esto —agitó de nuevo la bolsa— o tendré que sacárselo por la fuerza? Entiéndanme, es una forma de hablar. Hace tiempo que la policía no tortura a los sospechosos. Tampoco a los cómplices —pinchó.

—Nosotros no somos cómplices de nada. —Fue Marcos quien habló.

—Eso no debe decidirlo usted, pero, si no tienen nada que ocultar, y no deberían, lo más sensato sería hablar. Aunque sea del tiempo; por algo se empieza. ¿No quiere coger al que le hizo esto a su hermano, Blanca?

Abrió una carpeta un segundo: apenas levantar la tapa para volver a cerrarla. Unas fotos se adivinaron dentro, amontonadas.

—¿Nos deja solos unos minutos? —dijo Blanca, la voz pausada y arrastrada, como quien ha llorado durante horas y no le quedan fuerzas para nada más; y así era.

—Claro. ¿Quieren un café? ¿Algo de beber? A mí me apetece uno. Vuelvo en diez minutos.

—Una botellita de agua estaría bien —dijo Nico—. Mineral. Apúntelo a los presupuestos esos que debaten aquí.

—A esa invito yo. Si más adelante tengo que encerrarlos por encubrimiento al menos, ya tiraremos de los presupuestos.

Alicia salió. Los tres se miraron: una pareja de casados, donde muchas veces dos son uno y las circunstancias apuntaban a que el mando recaía sobre ella, y un amigo de una infancia lejana, más acostumbrado a no tener que decidir nada en común con nadie que a otra cosa.

—Me gusta —dijo Nico, apuntando hacia la puerta.

—Imbécil era, e imbécil se quedó —dijo Marcos—. No te ofendas.

—No lo hago. ¿Qué pensáis?

Y pensaron, quizá por primera vez en años.

49

—A ver si lo entiendo: ¿me están diciendo que todo esto tiene que ver con la desaparición de Ana Lorca, veinticinco años atrás?

—¿Se le ocurre otra razón? Le hemos contado lo que sabemos. Ahora haga su trabajo y coja al que mató a mi hermano.

Lo habían contado todo, al menos, todo lo que sabían. Se habían vaciado, como una jarra de agua que se vuelca sobre una mesa. El pacto se había esfumado en una sala de reuniones cual cucaracha por un desagüe seco. Nico se mantuvo reticente hasta el final, pero las circunstancias mandaban, y esas mismas circunstancias le daban más peso a Blanca. Hugo Campos actuaba como un comodín de una baraja de póker en manos de su hermana. Y Blanca había decidido poner las cartas sobre la mesa; todas de una vez. Veinticinco años eran demasiado, y esos zapatos que aparecían como dedos acusatorios le estaban destrozando los nervios. Y, por supuesto, estaban sus hijos. El primer zapato había aparecido en la misma puerta de su casa, con ellos, y el solo pensamiento de que la mierda que los rodeaba a ella y a sus viejos amigos rozara a sus hijos de alguna manera le producía náuseas. Pensó en ellos, ahora con su abuela, y en lo que le gustaría volver a casa y olvidarse de todo lo sucedido; pero no podía. Si algo tenía claro, era que todo esto llegaría hasta el final de una manera u otra, y ella estaba dispuesta, por su hermano y por sus hijos. Quienquiera que fuese el que estaba haciendo esto tenía que pagar. Lo que no tenía claro era qué tipo de final sería.

—Supongamos que les creo. ¿Tienen idea de quién puede estar haciendo esto?

A Marcos se le atragantaban las palabras. No había parado de darle vueltas desde que viera a Hugo en aquel salón, y por mucho que lo intentaba no se le ocurría otro camino que aquel al que lo llevaba la lógica.

—Tiene que ser Daniel. Nadie más lo sabía.

—¡Imposible! —exclamó Nico—. Daniel no haría nada de esto. Él estaba tan desconcertado como nosotros.

—¿Y dónde está ahora? ¿Has pensado en ello? Todo encaja con él. Yo solo sé que yo no he sido, y Blanca tampoco. Hugo… Solo quedas tú… o Daniel.

Nico calló, incapaz de rebatir el argumento. Daniel, dueño del vertedero (¿a quién en su sano juicio se le ocurriría comprar aquel terreno?) donde ya habían aparecido dos cuerpos. También los había dirigido de alguna manera, al reunirlos en su casa y citarlos después para acabar no apareciendo. También estaba lo de su tío Manuel. La inspectora les había dicho que era uno de los cuerpos enterrados en el vertedero. ¿Y si todo había empezado por ahí? Toda la fortuna de Daniel empezó a gestarse con la desaparición de su tío. Solo a alguien como Daniel podía ocurrírsele enterrar a alguien allí. ¿Y si…?

—¿Recordáis el día del hoyo? —dijo en alto, obviando a la inspectora presente. Blanca y Marcos lo miraban sin comprender—. Me refiero a la huida, cuando salimos corriendo.

—¿Cómo no íbamos a recordarlo? ¿Qué tiene eso que ver? —contestó Marcos.

—Blanca, Hugo y yo nos encontramos al inicio del paseo marítimo, sin tiempo para nada. Solo Daniel y tú llegasteis más tarde.

—¿Qué insinúas?

—No insinúo nada. Estoy pensando en voz alta. ¿Dónde te encontraste a Daniel? ¿Lo recuerdas?

Marcos no necesitó hacer memoria. Lo recordaba como si hubiera sido la noche anterior.

—Cómo no me voy a acordar. Apareció en la esquina de Susan's. No sé por qué, me pareció que era el sitio indicado para esperar, y así fue. Cinco o diez minutos después llegó él. Me dijo que había pensado lo mismo. Después… después ya lo sabéis: nos encontramos con vosotros… —titubeó— y con Hugo.

—Lo recuerdo —dijo Blanca—. Fue Daniel el que dijo que seguramente estaría ya en su casa, que Ana no conocía la esquina de Susan's.

—Pero entonces…, tuvo más tiempo. Quiero decir, nadie lo vio cuando salimos corriendo. Quizá pudo quedarse en el hoyo y… no

sé. —Nico dudaba de su propio planteamiento. No se imaginaba a Daniel haciendo lo que su mente le dibujaba.

—Daniel no haría nada de eso que estás pensando. Al menos, no entonces —dijo Marcos.

—Solo digo que llegó el último. Nosotros estábamos juntos desde antes, y tú dices que estabas en Susan's cuando llegó. Solo eso. Y está lo de su tío después. Mierda, esto es una mierda. No sé…

Ya era bastante para Alicia. Había escuchado la confesión de unos chavales atormentados convertidos en adultos atormentados, y tenía tres muertos y un desaparecido. Las piezas no acababan de encajar, pero debía mover ficha y solo se le ocurría una.

—¡Álex! —alzó la voz dejándola correr pasillo abajo tras la puerta. Álex apareció bajo el marco de la puerta; no llegó a hablar —. Tómales declaración de nuevo, todo oficial y firmado. Después pueden irse. —Miró a los tres, que la miraban, mudos de repente—. Antes cursa una orden de búsqueda para Daniel Bastida.

—Sí, jefa.

Y desapareció como vino.

—Álex vendrá en unos minutos. Repítanle lo que me han contado. Sé que estarán cansados y ha sido un día duro, pero es necesario. Después podrán irse a descansar. Si tienen cualquier noticia o recuerdan algo más, lo que sea que crean que pueda ayudar, o, aunque no lo crean, me llaman —dejó tres pequeñas tarjetas sobre la mesa—, a la hora que sea. Ya saben: la policía nunca duerme. —Se levantó.

—Alicia… —la paró Blanca camino de la puerta.

—¿Sí?

—¿Cree usted que Daniel pudo ser…? Ya sabe.

—Yo no creo nada. Pero de momento es lo único que tenemos. Ustedes lo han dicho: ¿quién si no?

Salió con pasos rápidos al pasillo, camino a su mesa. Una idea le había cruzado por la cabeza cuando mandó cursar la orden de búsqueda para Daniel, y quería ponerla en práctica cuando antes. En uno de sus últimos casos, el que la había llevado a cambiar de destino desde Sevilla a Rota, uno de los sospechosos había huido en su coche para refugiarse en la sierra de Granada. Resultó que el coche tenía un localizador instalado por la empresa, uno de esos GPS que te dicen en todo momento dónde está el coche. La habían

pifiado, y no fue hasta los pocos días cuando a alguien se le ocurrió probar esa vía. Esta vez no iba a ser así. Dudaba que tuviera esa suerte, pero no iba a ser ella quien dejara de jugar la carta. Se cruzó con Álex en el pasillo, camino de la sala de reuniones.

—¿Sabes dónde anda Seco?

—En su mesa lo tienes, con papeleo.

No se molestó en contestar, dejando a Álex seguir su camino, ella en busca de Ángel Seco.

Ángel Seco era aquel al que todos buscaban cuando se trataba de indagar a base de teclear órdenes y pulsar clics sobre un ratón. Procedente de la Brigada de Investigación Tecnológica de Cádiz, había pedido y conseguido destino en Rota por la más común de las razones, el amor, reconvertido de rebote de cola de león en Cádiz a cabeza de ratón en Rota. Si alguien necesitaba resolver alguna complicación informática en la comisaría, Ángel Seco era el mejor para ello. Si alguien necesitaba buscar algo sin levantar los pies de la mesa, Ángel Seco era el hombre apropiado. Eficiente y rápido, disfrutaba de su trabajo casi tanto como con su novia.

—Seco, te necesito —dijo Alicia antes de llegar a su mesa.

Ángel repasaba papeles desperdigados sobre la mesa sin orden aparente.

—Y yo una bonoloto. Estoy hasta los mismísimos de papeles.

Alicia se sentó a su lado, arrastrando una silla de una mesa contigua y vacía.

—Daniel Bastida; aquí tienes sus datos. —Dejó una escueta ficha de Daniel sobre los papeles que copaban la mesa—. Necesito saber qué coches tiene, él o su empresa, y dónde están ahora.

Apartando los papeles a un lado, echó un vistazo de reojo a lo que Alicia había puesto delante de sus narices.

—La primera parte es fácil, pero ¿cómo voy a saber dónde están los coches? A no ser que tuvieran un… Ya sé por dónde vas —captó la idea.

—Céntrate en el suyo personal, o en los que tenga. Es posible que tenga más de uno, y de los caros. Si tiene instalado un localizador, quiero saberlo, y la localización.

—Si hablamos de carros de seis cifras, dalo por seguro; o de cinco sin premio. Y, si no, tenemos la segunda opción. Hoy día hay mucho friki con línea de móvil independiente en el coche. Cada vez

llevan más tonterías.

—Mientras sigan sirviendo para llevarnos a los sitios, no me quejaré. ¿Podrás hacerlo?

—No merezco la duda. ¿Para cuándo?

—Para ya.

—Pues en el tiempo de que me traigas un café lo tienes. —Alicia lo miró, divertida—. ¿Qué? Siempre quise que una inspectora mayor que yo me trajera un café.

—Hecho. Si no lo tienes cuando vuelva, te lo vuelco en los pantalones. Sin riesgo no hay recompensa. De lo de mayor ya hablaremos.

No le había dado tiempo a levantarse a Alicia, cuando los dedos de Ángel Seco ya tecleaban líneas en un lenguaje para elegidos, los papeles arrinconados de un manotazo alegre en la esquina de la mesa y una sonrisa tonta en la cara.

50

ANA

Sexto año

Si el libro Guinness hubiera sabido de aquel lugar, sin duda le hubiera otorgado el premio al récord de la monotonía. Ana dudaba mucho que existiera un apartado para eso, pero estaba segura de merecerlo.

Ojeaba el famoso tomo donde se recogen los récords de cualquier proeza o estupidez —había un poco de todo— que a alguien se le antojara realizar con más acierto que al resto.

Seis años entre muros daban para eso y más. Había conseguido algunos pequeños logros, arrancarle al monstruo unas gotas de compasión —si podía llamarse así—. Alguna cesión.

Lo último había sido la cama para Haydée. Con cuatro años ya, Ana había pedido al monstruo —tras uno de esos ratos en los que él la hizo subir para saciar su lascivia (ahora las cosas sucedían arriba) — una cama para Haydée. La niña crecía como suelen crecer todos los niños, y la cama de Ana parecía menguar en inversa proporción a su hija. Él no dijo nada, pero a los pocos días apareció con la gran caja de cartón que contenía el armazón de hierro de una cama desmontada y el colchón usado. Fue un buen día, o un día menos malo. Madre e hija rompieron la rutina por unas horas, entretenidas en el empeño de ensamblar barras y apretar tornillos, hasta completar la nueva cama de Haydée.

Haydée insistió en colocarla en el rincón del fondo, junto a Irina. Le gustaba mucho aquella muñeca. Siempre que Ana volvía a bajar tras la llamada del monstruo para limpiar la casa o *eso* otro, la encontraba en su rincón, con su muñeca.

En las horas libres de horrores u obligaciones, Ana enseñaba a leer a Haydée; a sumar, a restar, a todo. La niña era despierta y absorbía cada palabra, y Ana solo temía el día en que sus truncados conocimientos no le permitieran darle más. Esto fue lo que propició lo de los libros, una de sus primeras peticiones. En un mundo de grises carente de sol y nuevas experiencias, la vida se vivía a través de libros y cuentos. El monstruo había accedido. Las primeras veces trajo los libros que le parecía, algunos acertados, otros no tanto, pero leídos igualmente; hasta periódicos alguna vez. Más tarde Ana se animó a hacer peticiones, al principio traídas por el recuerdo de su otra vida; después dirigidas por los intereses creados allá abajo.

Le encantaban las plantas, tanto como encantan a los humanos las cosas inalcanzables. Lo llamaban botánica. Fue en uno de esos libros llegados al azar donde descubrió su pasión oculta. A veces se preguntaba si hubiera sido igual si corriera libre en aquel otro mundo lleno de árboles, flores y toda clase de tentaciones. Era una pregunta para la que nunca tendría respuesta, pero allí abajo, en ese otro mundo sin sol, las plantas adquirían otra dimensión, y los libros sobre ellas, con sus curiosidades, sus fotos llenas de luz, sus bonitas denominaciones en latín, sus propiedades medicinales, su todo, eran una ventana abierta al mundo. Más que una ventana, casi una suerte de proyección extracorporal, una vía de escape para volar sin alas ni límites.

Sobre la cama, el libro sobre las rodillas replegadas y los pies cruzados, Ana pensaba en la vida universitaria que no tendría nunca, cuando Manuel Sarmiento bajó cargando un televisor viejo.

—Hoy es tu día de suerte —dijo soltando la carga sobre la mesa de madera, echando a volar de un manotazo los restos de una manzana comida a bocados por Haydée en el desayuno.

La manzana rodó y fue a parar debajo de la cama de Ana. Ella apenas miró cómo rodaba, digiriendo las palabras del monstruo.

«Nunca la suerte bajó por esa escalera», pensó. En su lugar, dijo:

—Aquí no llegará la señal.

—Ya solucionaremos eso. Me la han regalado y pensé en ti. ¿Así me lo agradeces?

—No, claro que no. Muchas gracias, estoy muy contenta. Haydée podrá ver los dibujos animados, y yo…

—¿Qué es eso, tío?

La niña llamaba tío a su padre desde que aprendiera a hablar. Al monstruo no le gustaba aquello de papá. A Ana le gustaba aún menos.

—Esto se llama televisión. Ya verás cómo te gusta —contestó Manuel—. En el mundo de arriba nadie puede vivir sin uno.

—¿En el mundo malo?

Una lágrima rodó por la mejilla de Ana sin avisar. Solo una, furtiva y rápida. Ana la hizo desaparecer con el roce de un dedo. «En el mundo malo». De momento había conseguido apartar a Haydée de la realidad, pero no tardaría demasiado en darse cuenta de su lugar en el mundo.

—Exacto —dijo Manuel—. Allá arriba están todos locos. Es una suerte que yo tenga esto para protegeros. ¿Quieres subir a darme las gracias, Ana? —Se volvió hacia Ana.

—Claro. ¿Me trajiste los libros que te pedí?

—Solo uno. En la librería no tienen demasiados libros especializados en plantas, pero te he traído una revista que vi en un quiosco. *Flores y jardines*.

—Muchas gracias, Manuel.

Al monstruo le gustaba que le dieran las gracias. Era una de las cosas que Ana había aprendido con los años. Si estaba condenada a esta vida, había aprendido a dulcificarla en parte con frases y actos que aplacaban la locura de aquel ser. Fingir o morir.

La revista resultó un tormento, más que otra cosa. Era una de esas revistas donde solo salían casas enormes que ella nunca vería, casas enormes con jardines enormes, donde todas las plantas parecían dibujadas con pincel. Plantas domésticas de colores vivos; plantas con olor a tinta y a papel impreso. El libro, sin embargo, la cautivó durante días: una edición impresa con ilustraciones de cada planta. Bajo la foto, el nombre común y científico; tras ellos, un informe detallado de zonas donde crecía cada especie, con detalles de sus aplicaciones medicinales u ornamentales, además de una pequeña guía de poda, siembra y trasplante en algunos casos. Una joya en un aislado universo del todo inútil para lucirla.

Claro que eso fue más tarde, cuando bajó tras dar las gracias al monstruo.

La televisión no llegó a funcionar hasta cinco meses después de aquello, cuando Manuel, en un día menos malo que otros, practicó

un pequeño agujero en algún lugar para hacer llegar un cable de antena hasta el televisor.

Aquello fue una revolución para Haydée. Una revolución distinta, lenta, muy lenta, pero una revolución, al fin y al cabo. Un mundo nuevo apareció ante sus ojos; un mundo apenas imaginado hasta entonces. Un mundo de gente que se movía de un lado a otro, de cielos azules y lluvias que mojaban, además de traer un repiquetear lejano, de sol que calentaba. Y ya se sabe lo que pasa: cualquier revolución acarrea grandes cambios.

Solo una cosa se mantuvo siempre igual que el primer día en todos los años que Ana y Haydée pasaron allí. Una muñeca en el rincón, de ojos negros y cabello rubio, ropas viejas y mugre en los tobillos, como un soldado de guardia en un puesto avanzado al que nadie dijo nunca que la guerra terminó.

Por alguna razón desconocida, nunca nadie la movió. Solo Haydée se acercaba a ella: miles de tazas de café le ofreció en sus primeros años, acercándole una taza de plástico y vacía a los labios como solo lo hacen las niñas que juegan con sus muñecas; miles de confidencias en susurros le vio Ana confesarle al oído más tarde cuando creció, como a ese amigo imaginario y querido que solo los niños y los locos tienen. Bisbiseos ininteligibles que se desvanecían entre las sombras de un rincón que parecía rehuir la luz.

51

Resultó que Daniel Bastida tenía dos coches y una moto. Todos a nombre de TINO CYP. Descartadas habían quedado tres furgonetas y un utilitario, todos adquiridos por *renting* a nombre de la misma empresa.

—Anda que también va cojo el tío: un Range Rover, un Porsche 911 y una BMW. Qué hijoputa.

—Esa boca, Seco —dijo Alicia.

Ambos sentados a la mesa de nuevo. El café calentando las tripas de Seco.

—¿Es familia tuya, Tressi? El apellido no cuadra.

—Qué va a ser familia mía —replicó Alicia.

—Pues entonces no lo retiro. Qué hijoputa. Tendrá hasta barco, el cabrón.

Alicia meneó la cabeza, cortando el diálogo absurdo.

—¿Y? Céntrate.

—Estás de suerte, o no. Los dos coches tienen localizador; quizá la moto también: muchos se lo ponen a los bichos caros como este, por los robos, pero yo no lo he encontrado. Habría que investigar un poco más, averiguar el proveedor del aparato… En los coches fue fácil: vino de serie.

—Olvidemos la moto de momento. ¿Puedes localizar los coches?

—Poder puedo, pero no debo. Cosas de jueces, que son quisquillosos con esas cosas.

—Ni se te ocurra levantarte del sitio hasta que vuelva.

—El comisario está en su despacho con el alcalde. No sé si es buen momento —alzó la voz Seco captando a Alicia.

—Los alcaldes vienen y van; no puede ser tan malo. Y solo es cuestión de esperar cuatro años —dijo Alicia, pensando que quizá era el mejor momento para pedir cosas con urgencia en un caso que ya era el único tema de conversación de todo el que tenía orejas y boca en Rota.

Tocó con los nudillos y abrió sin esperar.

—Disculpa la interrupción, Santi. ¿Puedo? Es importante. Señor alcalde —saludó Alicia entrando sin más.

—Pase, pase, no se corte —contestó el alcalde con ironía—. Estábamos de cháchara, nada importante.

—Es la inspectora Alicia, la que lleva el tema de marras —aclaró Santiago.

—Hombre, pues me quedo a escuchar. Hablábamos precisamente de qué cabeza cortar en este caso si las cosas se ponen feas —dijo el alcalde, ni rastro de humor en el comentario—. Yo digo que la mía me gusta. Santiago creo que también le tiene apego a la suya.

Touché. Pasó página y fue al grano.

—Necesitamos autorización urgente para localizar dos automóviles vía localizador GPS. Pertenecen al principal sospechoso del caso. Lo estamos buscando, pero está desaparecido. Podría ser vital localizarlo cuanto antes.

—Dalo por hecho —descolgó Santiago el teléfono mirando al alcalde, que asintió—. Ponte a ello, no me esperes.

—Gracias, comisario —se despidió Alicia enumerando cargos—. Señor alcalde…

Ganó asiento junto a Seco pensando en las palabras del alcalde. Ya se imaginaba subiendo al ferri cargada de cajas camino a algún destino como Ceuta, quizá Melilla, si la cosa se torcía.

—Dale, Seco.

Apenas cinco minutos le costó a Seco localizar ambos coches. El Porsche declaraba, con un punto sobre un mapa virtual, estar situado en la dirección que coincidía con la residencia de Daniel Bastida. Debía de estar metido en el garaje, pensó Alicia, que no había visto cuando estuvo allí.

—¿Y el otro?

—Qué barbaridad. ¿Así de seguida eres con todo? Dame un minuto, inspectora.

—No me quedan.

Seco tecleó de nuevo, los dedos bailando sobre el teclado a ritmo de Fred Astaire. El mapa se desplazó, marcando un punto en las afueras de Rota. Parecía estar en medio del campo. En aquel mapa donde las carreteras eran toscas líneas grises, la zona urbana se

limitaba a figuras geométricas de tonos naranjas y sus variantes dibujando manzanas de edificios; el agua era azul al sur; el resto, verde.

—No es que sea el mejor mapa del mundo, pero ahí está —dijo Seco.

—¿Dónde está esto? Vaya mierda de mapa —dijo Alicia plasmando la huella de su índice en la pantalla.

—No toques la pan… Agg, odio cuando hacen eso. —Meneó la cabeza Seco—. Parece campo. ¿Qué más da el mapa cuando tienes una ubicación exacta? —Señaló sin tocar la pantalla las cifras de números por pares que daban la ubicación por coordenadas, impresas en la esquina inferior derecha.

—¿Se puede saber de quién es ese terreno?

—Eso ya es abusar, inspectora.

—¿Para qué están los jefes si no? Podría hacerlo yo, pero tardaría más.

—Como excusa barata me vale, pero esto te costará otro café. —Seco tecleaba de nuevo, haciendo saltar otra ventana en la pantalla —. Si tuviera que apostar, diría que es la antigua vaqueriza. He pasado por allí en bici. El sitio da pena, todo abandonado y descuidado. Debe de hacer años que nadie lo pisa. Dame un minuto.

Una alarma saltó en Alicia, impaciente, viendo una mecha larga recién prendida al final de una bomba. «La antigua vaqueriza».

—Y… lo tenemos: Felisa Sarmiento Avellaneda. Terreno rústico. Si acierto en lo de la vaqueriza, la construcción será ilegal, pero eso no es nuevo. Allí hay al menos una casa y un par de establos, el sitio es grande. ¿Te dice algo?

—Mucho. —A estas alturas no le hacía falta revisar el expediente para visualizar que Felisa era la madre de Daniel—. Gracias, Seco. Nada de café de máquina. Te has ganado un irlandés, con espuma y todo.

—Prefiero el dinero entonces. No bebo alcohol, pero acepto Bizum.

Se echó mano al bolsillo izquierdo del culo sonriendo a Seco, recordó que tenía el móvil en la chaqueta, sobre la silla de su mesa, apuntó los números en la Moleskine a velocidad de batir de alas de colibrí y desapareció con un gracias lanzado al vuelo. Comprobó que Álex seguía tomando declaración al trío del pacto, y salió por la

puerta sin pensarlo dos veces, desnudando la silla de su mesa de la chaqueta que la vestía. Camino al coche ya metía las coordenadas en Google Maps. Cuando las luces del A3 parpadeaban declarando el desbloqueo de puertas pulsó el cuadrito azul con la leyenda «Cómo llegar». Antes de sentarse al volante, una amable voz de señorita ya pedía casi rogando que cogiera la segunda salida en la siguiente rotonda.

52

Había vuelto a bajar. Había dejado sobre la mesa un bocadillo de mortadela y una botella de agua y se había acomodado en los últimos peldaños de la escalera. Ahora lo miraba, expectante. Daniel aguantaba la mirada, esposado aún a la cama.

—¿No tienes nada que decir? —dijo Ana.

Daniel lo pensó un momento.

—Supongo que nada de lo que diga valdrá de nada. —Miró a su alrededor, desentrañando los pormenores de la estancia. Creía saber dónde estaba, pero algo se le escapaba, una incongruencia que no acababa de resolver—. ¿Puedo preguntar cómo escapaste? No me quiero imaginar lo que tuviste que pasar.

La expresión de Ana se crispó, la mente perdida en otro sitio y lugar. Daniel pudo notarlo en sus ojos. No obstante, habían sido muchos años de entrenamiento, muchos años fingiendo para sobrevivir, aprendiendo a mantener a raya sentimientos e impulsos. Unos segundos bastaron para que la ira acumulada en aquellas pupilas retornara a niveles soportables, como una cafetera recién levantada del fuego que se mete bajo agua. Solo faltó el tímido silbido del calor al disiparse.

—Oh, no te preocupes por eso. No te hará falta la imaginación. Lo otro…, bueno, es una historia larga y triste, pero tenemos tiempo, si quieres oírla. Puede que te aburras, quién sabe, que sepas ya algo de ella.

—Yo no sé…

—Cállate —alzó la voz—. No era una pregunta. *Sé* que lo sabes. Dime, ¿dónde estamos?

—No… no lo sé —titubeó Daniel.

—Otra mentira. —Se levantó—. Ya perdí demasiado tiempo en mi vida. Volveré cuando quieras hablar. Te garantizo que rogarás por hablar con alguien, aunque tenga que ser conmigo. Claro que siempre tendrás a Irina. Ella es callada, pero sabe escuchar. —

Señaló al rincón entre sombras, donde la muñeca parecía no perderse nada, como un jurado en un juicio.

Daniel miró a Irina, como se miran las cosas que no se quieren ver.

—Espera… Sí.

—¿Sí? ¿Sí qué?

—Lo sé. Estamos en casa de mi tío. Él fue quien te retuvo —confesó, apartando la mirada para posarla sobre el granito gris y áspero.

Podía apreciar sus propias huellas rebujadas sobre el polvo acumulado. Ana volvió a sentarse, despacio. Un peldaño se quejó bajo su peso.

—¿No te sientes mejor ahora, Tino? La verdad libera el alma atormentada.

Daniel no respondió, buceando en las mazmorras de su conciencia. Los demonios asomaban al borde del abismo, y esta vez no los podría detener despertando.

—Ponte cómodo… si puedes… ¿Quieres saberlo? Te voy a contar una historia. Una historia de niñas y monstruos, de comienzo aterrador y final. No, «feliz» no es la palabra. «Justo»; esa es la que más se acerca, creo. *Lex talionis*[10]. ¿No te parece bonito el latín? A mí siempre me gustó. ¿Recuerdas los pinos que hay junto al vertedero? Cómo íbamos a olvidarlos, ¿verdad? Yo no sé tú, pero a mí no se me olvidan. Tengo recuerdos encontrados de ellos. Antes de conocerte, me gustaba pasear entre sus troncos de la mano de mi padre. Paseábamos recogiendo piñas en una cesta que después desgranábamos en casa. Siempre me gustaron los piñones. *Pinus pinea*. Ese es su nombre: pino piñonero.

»Después de conocerte, bueno, después de conocerte no volvería a pisar las púas caídas que tapizan el suelo entre sus sombras durante mucho tiempo; años. Seguro que recuerdas aquel día, cuando yo pensaba que te gustaba, ambos agazapados entre arbustos bajo las sombras, junto al vertedero. Ahora todo está cambiado, pero, claro, ha pasado mucho tiempo; demasiado. Quizá si alguna vez sales de aquí te pase a ti lo mismo.

»¿Por dónde empiezo? Te ahorraré los años de tortura y espera. No hay nada como sufrirlo uno mismo para comprenderlo, ya me contarás tú a mí. Creo que lo más apropiado será comenzar por el

día que amaneció de nuevo. Fue mi segundo amanecer, el primero para Haydée. Sí, fue un día especial para ella. No todos los días se ve el sol por primera vez. Supongo que debe de ser comparable a aquellos que ven el mar tras muchos años anhelando conocerlo. No es lo mismo verlo en fotos que en persona. Nadie se hace a la idea.

Daniel levantó la cabeza, mirándola.

—Tú la conoces por Eva. La conociste por segunda vez el otro día. Quizá aún no tenías la cabeza del todo en su sitio. Demasiado Rohipnol puede provocar visión borrosa, además de pérdida de memoria, entre otras muchas cosas. ¿Sabes que se produce a partir de la familia de las solanáceas? ¿No es increíble que de la misma familia de los tomates y las patatas pueda producirse una droga que duerme a los *mierdas* como tú? Con frecuencia las flores más bonitas son las más mortales. Las de las solanáceas me gustan particularmente, simples pero preciosas, con su forma típica de campanilla, como pequeñas lámparas colgantes a punto para encenderse. Claro que también pueden dormir. La vida está llena de incongruencias: mira la patata, una solanácea que es una incongruencia en sí misma. Desechamos el fruto para comernos el tubérculo, tan feo, pero tan bueno, y lo bonita que es su flor.

Daniel escuchaba, tan ensimismado como confundido. Ana calló, estudiándolo, para empezar de nuevo.

—Pero a ti no te importan las plantas. Cómo te van a importar las plantas si no te importan las personas. Dejemos las solanáceas… Eva es mi hija, tu prima, podría decirse. Otra de esas incongruencias. Trabaja en tu empresa… Ya debe de estar al llegar. No me entretengo más; no me gustaría que volviera a revivir todo aquello. Fue un día especial para ella, pero también fue un día duro, de una dureza particular, si alguno de aquellos no lo fue. Todo lo desató una frase, un comentario. Yo lo llevaba temiendo durante años. Allí todo eran temores, pero este era especialmente intenso, y yo tuve tiempo para esperarlo, para prepararme. Todo buen guerrero encuentra su arma ideal, y yo ya era una guerrera con un ejército a mis pies entonces —se tocó la sien con el dedo índice—, agazapada a la espera con la fuerza de los libros y la paciencia de las plantas.

53

Ana

Decimocuarto año

Todo tiene un principio y un final, y Ana sabía que el suyo no estaba lejos, fuera el que fuese. Haydée había cumplido doce años. Leía tumbada sobre su cama, linterna en mano, Irina detrás, sobre ella, hierático centinela eterno, como un curioso que asoma a un periódico ajeno en un café. Los pies sobresalían sobre el límite del colchón, colgando desatendidos. Siempre leía a Dumas allí, junto a Irina.

Levantó la vista sobre el libro, como si tuviera unas gafas que no estaban y quisiera zafarse de ellas.

—¿Cuándo lo haremos, Ana?

Siempre la llamaba Ana. Desde pequeña, el apelativo de mamá había quedado reservado a Irina. Ana lo atribuyó desde un principio a las muchas horas que pasaba la niña en soledad sin más compañía que la muñeca, mientras ella limpiaba arriba para el monstruo o las obligaciones eran otras. No le importaba. Había aprendido que los hechos restan valor a las palabras, y la familia era algo muy diferente a un parentesco y un nombre.

Se refería al plan de escape. Lo habían repasado hasta el hartazgo, pero Ana postergaba el momento de manera inconsciente, aterrada ante las posibles consecuencias. Si algo salía mal, las consecuencias y la cólera del monstruo serían dignas del infierno terrenal desatado.

—Pronto.

Los niños son impacientes por naturaleza, y Haydée, aun con su estatura y sus largas piernas, su melena de miel recogida sobre la

cabeza con un lápiz y la inteligencia de sus ojos, no era más que una niña en un cuerpo de mujer incipiente. *El conde de Montecristo* no ayudaba, influyente como solo lo son los libros en las mentes adolescentes.

De todo ello, lo que más preocupaba a Ana eran las pequeñas protuberancias que ya se dejaban ver tímidamente bajo el pijama de Haydée a la altura del pecho. Ana conocía al monstruo. Más de lo nunca deseado. Los años la habían ayudado a comprender su verdadera naturaleza. Y daba miedo. Mucho miedo.

Quizá fue una casualidad, una señal o premonición, quién sabe, pero fue solo minutos más tarde cuando se tomó la decisión.

La puerta se abrió, resultado de pretéritos sonidos de roces de metal y cerradura. Los escalones crujieron cediendo bajo el peso de Manuel Sarmiento al bajar la escalera. Echó un vistazo al mundo de granito y piedra que los rodeaba y habló:

—Me gusta cómo has decorado esto. —Las paredes se escondían disimuladas entre dibujos de Haydée, frutos de la imaginación y la televisión. Soles redondos y amarillos se repartían como lámparas en un plató. Mirases donde mirases, un círculo redondo y dorado se enfrentaba a tu mirada, insolente y pertinente—. Le da luminosidad —se mofó Manuel enseñando los dientes, esperando un público agradecido.

—Tienes razón, nunca lo pensé así —se adelantó Ana a contestar.

—Gracias, tío —dijo Haydée desde su rincón, cambiando la expresión.

Él se volvió hacia ella, y fue entonces, en ese justo instante, cuando Ana leyó en sus ojos que él había visto lo mismo que ella apenas un minuto antes.

Dos ojos rebosantes de maldad, lascivia y obscenidad miraban a Haydée con un interés hasta ahora reservado para ella. Sintió el corazón acelerarse, el pulso desbocado sin dueño, y el aire se espesó hasta un límite irrespirable. Aspiró fuerte, lo más que pudo, como un apneísta a punto de sumergirse, presa de un terror tan nuevo como esperado. Fue peor de lo imaginado. Antes de soltar el aire lo había decidido.

Quizá fuera su último día, no le importaba. La pena sería insustancial para el mundo. Quien tuviera que llorarla ya lo habría

hecho hacía años, y estaba en deuda. Solo rogó que no fuera más que uno nuevo para Haydée. El primer día de su *vida*.

Manuel Sarmiento ni se enteró del torrente de reacciones químicas que sufrió Ana en apenas un instante, ni de que su vida acababa de envidarse en una ruleta rusa para dos, ensimismado en la niña que reposaba sobre la cama: la segunda decisión que tomó Ana antes de que Manuel hablara de nuevo mientras el aire escapaba de sus pulmones inevitable y retenidamente, como muerto que no lo sabe invitado a seguir hacia la luz con un abismo negro detrás, fue que lo haría sola, y el plan donde antes eran tres se largaba para siempre con la última bocanada de Ana, exigua a todas luces para ella. Serían ella y él. Doce años inocentes merecían la oportunidad y protección que ella no tuvo.

Dicen que, al contrario que los hombres, aficionados al despropósito y la barbarie, salvo excepciones, la mayoría de los crímenes cometidos por mujeres se revisten de un halo de sutileza, se cargan con el engaño y el disfraz, agazapados a la espera del momento. El de Ana era el envenenamiento, orquestado a base de libros y de las pocas semillas que, con lisonjas en momentos de la debilidad del uno revestidos de la humillación de la otra, había conseguido que el monstruo le dejara plantar y mantener en la planta de arriba, junto a la ventana de la cocina. Una pequeña licencia de la que Manuel se vanagloriaba, como aquel que, teniendo millones, se siente ufano y salvado al tirar unos céntimos sobre un cartón a la entrada de una iglesia.

Pero ¿y si no funcionaba? La teoría está en los libros; la práctica hace al maestro. Y Ana no tenía práctica. Cero. ¿Y si fallaba? ¿Y si funcionaba, pero no con la rapidez necesaria? ¿Y si…? Demasiados *Y sis*. Se había estado engañando, presa del deseo de una solución limpia y fácil. Tenía que deshacerse de todos los *Y sis*. De otra manera, estaría tejiendo la soga que hubiera de rodear el cuello de su hija.

—Heidi, ¿te apetece subir? Nunca te enseñé la casa.

Ana se levantó, los puños cerrados tras la espalda, las uñas clavándosele en las palmas de las manos.

«Dame un día más, por favor, solo un día más», rezó, por primera vez en años, a un Dios en el que no creía.

—Seguro que está deseando ver la casa, pero yo deseo subir

especialmente hoy. Hace días que no me reclamas, y una mujer tiene sus necesidades.

Manuel la miró, confundido. Verdad era que Ana sabía jugar a ser mujer cuando quería algo, pero no estaba acostumbrado. Pensó unos segundos, indeciso. Ana dio un par de pasos hacia él, la mirada divertida.

«Más semillas», adivinó el monstruo.

—¿Te importa esperar a mañana, Haydée? —insistió Ana, otro par de pasos.

—Claro. Mañana sería perfecto, si me lo prometes, tío. Quiero terminar el libro y hoy me duele un poco la barriga, si te parece bien. —Levantó el volumen la niña.

Ana advirtió la alarma en sus ojos, los dedos crispados sobre el libro. Solo esperaba que él no viera lo que ella veía.

—Prometido —dijo al fin él—. Mañana. Ponte guapa para subir por primera vez. Quizá tu madre te pueda pintar con alguna de esas pinturas para la cara que le traje. La ocasión lo merece. Hoy —dijo volviéndose hacia Ana— accedo a una petición, y toda petición exige esfuerzos.

Ana sonrió, rozándole el brazo con la palma de su mano, arrastrando a Manuel hacia la escalera sin apenas tocarlo, arrostrando lo que podían ser sus últimas horas a la suerte.

—Gracias, Haydée. Te quiero —dijo sin más, para subir tras él.

Cuando la llave que Manuel solía llevar al cuello daba la vuelta a la cerradura que enclaustraba a Haydée, esta ya se abrazaba a Irina, consciente del juego que había comenzado; Edmundo Dantés olvidado sobre un colchón vacío. Fue un abrazo dilatado y fuerte, como lo son los de despedida. Lágrimas sin sal mojaban deshechas las mejillas de la muñeca cuando se separó. Haydée se tocó las suyas confundida, secándolas entre caricias al plástico reseco de años, donde dos manchas difusas y desiguales de polvo y humedad quedaron decorando las mejillas sin vida, como borrones de un cuaderno de matemáticas. Ese fue el pensamiento que corrió a la mente de la niña, que en una asociación aparecida de la nada sonrió con timidez.

—Todo saldrá bien. *Pronto*.

54

Siguiendo las indicaciones del móvil, atrapado en la pinza del chino, atrapada esta, a su vez, en una de las rejillas de ventilación del coche, Alicia superó el *camping* y el antiguo cuartel, dejando a su izquierda la playa de Punta Candor. La carretera era estrecha, sin arcenes, el tráfico escaso, contrariamente al de su cabeza, donde un atasco se obstinaba en no dejarla avanzar, todo hipótesis y teorías donde siempre faltaba algo. Algo no encajaba, pero era incapaz de encontrar la pieza que restableciera el orden en aquel Tetris.

Tenía el móvil: sin duda, el dinero. ¿Dónde había amasado el tío de Daniel todo ese supuesto dinero? Eso era otro problema, un afluente que se perdía en la espesura, aún por descubrir. Daniel pudo matarlo —hasta ahí, perfecto—. Eso desembocaba en que se enfrentaba a un psicópata sin escrúpulos que había sido capaz de matar apenas cumplidos los treinta y de seguir su vida con total normalidad, sin remordimientos aparentes. Eran los peores. Ya en la academia les decían que los crímenes más horrendos los cometen las personas más corrientes.

También estaba el guarda. Eso creaba otra incógnita. Aquello se relacionaba, sin duda, con Ana Lorca, la niña desaparecida. ¿Qué podía tener que ver Daniel Bastida con aquello? Solo se le ocurría que la locura se hubiera desatado en él siendo adolescente, a raíz del pacto que habían sacado a la luz el matrimonio de la comisaría y Nicolás Gil. ¿Qué había ocurrido allí realmente? ¿Qué pintaba el guarda en todo aquello? ¿Había sido una simple pieza en el lugar y momento equivocado, o algo más? Esa era la cuestión, pero faltaban fichas para formar el puzle. Y esas fichas las tenía, sin duda, Daniel Bastida.

Avistó la casa y redujo la velocidad. No podía aparcar en la puerta: alertaría a quienquiera que estuviese dentro con seguridad. Aminorando sin detenerse, rebasó la entrada a treinta kilómetros por hora hasta aparcar el coche en un recodo de la carretera

quinientos metros más adelante, donde un camino de tierra se abría paso entre arbustos en dirección a la playa. Tocaba andar un poco. A carrera ligera no serían más de cinco minutos, calculó. Acostumbrada a correr como aficionada, mantenía su marca personal en algo más de cuatro minutos por kilómetro, pero no estimó oportuno el momento para intentar superarla y llegar a la casa sin resuello. Después de todo, cinco minutos no podían significar mucho tras veinticinco años. Que supiera, nadie estaba en peligro inminente.

Sacó un cargador de repuesto de la guantera, comprobó su HK USP 9 mm y echó a correr, desechando la idea de pedir refuerzos en el último momento. Si un patrullero andaba cerca casualmente, podría incluso llegar a la casa antes que ella, tirando al retrete cualquier oportunidad de sorpresa.

Tres minutos más tarde se enfrentaba a la cancela que daba entrada a la casa. Desde su posición todo se veía quieto, casi demasiado tranquilo. Un vistazo a la tierra de la entrada bastó para descubrir las marcas de neumáticos recientes. Un ligero empujón a la puerta reveló que estaba abierta. Y entró. Por la puerta grande, como los buenos toreros, pero al revés.

«Demasiado fácil», elucubró.

—Demasiado fácil —susurró al viento sacando el arma de la funda, aguzando los ojos verdes, estudiando el perímetro.

Todo aparecía abandonado y desierto. Junto a la entrada y bajo el amparo de un pino, pisaba con las Nike de *running* las púas que decoraban lo que en un día lejano pudo haber sido grama, ahora tierra yerma y ocre que pedía a gritos un poco de agua. Como centinela de compañía, otro pino reposaba al otro lado del camino de entrada, parejo. Al frente, un grupo de congéneres desperdigados salpicaba sin orden las estribaciones del núcleo central del terreno. Al final de un camino árido y desprovisto de cualquier tipo de decencia, una casa blanca como una sábana arrastrada por el barro y jalonada de parches la aguardaba paciente y serena, protagonista.

Decidió que ese no era el camino —demasiado fácil— y rodeó el perímetro sin perder de vista las huellas de neumáticos que rodeaban la mole de color tan blanco como impreciso y se perdían tras ella por el lado oeste.

Cien metros más cerca del sol desganado de la tarde y pisando

albero seco, agradeció dejar atrás las púas de los pinos y su insistente crujir de patatas fritas pisadas bajo sus pasos como náufrago que ve una isla con recibimiento de nativas bronceadas y collares de flores al cuello. Como despedida, una piña rodó dos metros renqueante con un puntapié imprevisto. Maldijo para sí, levantando la pistola hasta tocarse la frente dos veces con el metal frío de la corredera como penitencia.

«Tenía que haber dejado la chaqueta en el coche». No era que la *bomber* Top Gun cereza le estorbara. Era que el calor la iba a matar antes que cualquier otra cosa. Regueros de sudor le corrían por la espalda, sentía el pelo pegado al cuello como lasaña reseca en un plato y la adrenalina campaba a sus anchas, mandando bombear al corazón. Se oía respirar como caballos de *Ben-Hur* tras la carrera, las vías aéreas abiertas en toda su capacidad.

«La carrera la he dado», resolvió en su descargo, absolviéndose de lo último.

Miró hacia atrás una vez más, previendo sobresaltos inesperados. El cortejo de pinos parecía observarla, esperando sus movimientos. Solo un muro de insulsos ladrillos grises de hormigón la separaba de la carretera. Apreció el paso de coches, a lo lejos, a intervalos, los motores amortiguados por el muro y los metros. Dos docenas bien servidas de pasos cortos y rápidos sobre la agradecida arena que rodeaba la construcción la llevaron hasta la esquina oeste, donde divisó un destartalado establo. Las puertas estaban abiertas, y recibían las rodaduras de un coche que se escondían en un charco de sombra espesa que velaba el interior de las miradas. El sol no ayudaba, reverberando sobre la tierra yerma y amarillenta de la boca del lobo.

«Para esto has venido, Alicia. ¿Qué esperabas?».

Alzando la pistola, los brazos estirados a la altura de los hombros, cruzó la distancia abierta entre la casa y el establo en lo que le pareció una eternidad condensada en treinta metros kilométricos. Tres pasos, mirada atrás, y otros tres, de nuevo. La lasaña parecía aguantar sobre la nuca como garrapata en una perrera —«si salgo de esta, a la peluquería del tirón, por mi sobrino. Estilo *Pulp Fiction*; mejor, Nefertiti»—. Las sombras la recibieron con un soplo de aire fresco.

Un establo enorme se extendía ante sus pies. Desde fuera le

había parecido más pequeño. Un pasillo central dividía el espacio. A cada costado, una herrumbre sin fin permitía adivinar lo que antaño fueran los cubículos para el ganado. Minúsculos restos de pintura blanca salpicados sobre el óxido como la varicela anunciaban que un día había dominado el blanco. Sobre su cabeza, un ejército alineado de cables colgantes provistos de grandes focos sin brillo declaraba haber ostentado el cometido de la iluminación. En el centro de la nave, un coche. Un Range Rover inmaculado, del todo incongruente en aquel reino de polvo y podredumbre. Blanco, por no desentonar demasiado. Limpio hasta el insulto, por lo contrario. En el suelo, restos de lo que un día debió de ser paja y alimento conformaban una amalgama indefinida, mezcla y resultado de los días pasados. Alicia visualizó mentalmente las alfombras de algas que algunos días el mar dejaba como regalo al devorar la orilla. Le horrorizaba pisarlas, el tacto blando y esponjoso bajo los pies descalzos. Esto era igual, pero con sus Nike nuevas.

Nada. Un coche vacío, como vacío estaba el establo. ¿Había dicho «demasiado fácil» al entrar? «El que habla primero siempre se equivoca. Los que piensan siempre hablan más tarde», le decía su padre allá donde estuviera. Miró el reloj. «Durmiendo la siesta».

Reculó, un último vistazo al coche en la retirada. Ahora era el sol el que amenazaba desde fuera, siempre empeñado en no guardar secretos. Desde la entrada, aún a resguardo del astro acusador, miró a su izquierda. Un segundo establo se alzaba, casi tan grande como el primero, un gran rectángulo de sombra moteado de manchas de sol, cuyo techo había cedido dibujado sobre la tierra. Nada que indagar (uno menos). Al contrario que el primero, este carecía de paredes que pudieran esconder coche, persona o cosa. Solo una red de desvencijados postes de madera parecía aguantar el peso del conjunto como pequeños titanes cuyo poder residía en su número más que en el grosor y el porte.

Tras él, una extensión enorme se abría enmarañada de arbustos y estiércol de otra época. Un campo sucio, en cristiano, sin vacas ni *vacos* que pasearan a sus anchas por Castilla. Huellas de moto sobre los montículos que resaltaban a lo lejos acusaban a los chavales de las cercanías de invasión de propiedad ajena a ratos, y ¿a quién le importaba? Recordó de nuevo a su padre —no sabía por qué, pero era así; quizá por la tensión y por la cosa de poder despedirse del

mundo cruel sin poder hacerlo a modo particular—. Si viera lo que ella estaba viendo en ese momento, sin duda hubiera dicho: «Aquí pueden correr caballos».

Si la parte de la finca que daba a la carretera ocultaba el interior de miradas y vicios ajenos, el resto del cercado del perímetro podría tacharse de más terrenal: una hilera interminable de chumberas lo conformaba, disuasoria y espesa, atemporal. Mala hierba nunca muere.

Quedaba la casa, temida y atrayente. Lo había sabido desde el principio, pero los protocolos estaban inventados para cumplirlos, o para intentarlo. Estar sola allí rompía alguno de ellos. Pisar la propiedad sin permiso rompía algo más. Ya empezaba a pensar en lo baratos que serían los pisos en Ceuta cuando se acordó de lo malo que era ponerse morena sin crema, exponiéndose a la luz en una carrera que hubiera dado risa en cualquier otro sitio y momento, los pies apenas tocando el suelo sobre las punteras hasta posar la espalda sobre la cal —sería cal, pintura…; qué más daba, y pensaba en la chaqueta, que compró en la base al llegar a Rota, y en lo bonita que queda una espalda de chaqueta con la calcomanía de una pared impresa—. Sin pensar mucho más, tanteó el picaporte de la humilde puerta lateral que miraba al establo. Abierta. Allí todo estaba abierto. Y entró.

Ni protocolos ni hostias. Llevaba tres vidas dando vueltas a la casa. Cualquiera que la hubiera estado esperando la habría descubierto ya; y si no, más de lo mismo. Gritando «Policía Nacional» repartió patadas a las puertas, la pistola por delante como el perro de un ciego, y se encontró sola en una casa abandonada y marchita. Solo una gaviota sobre el alféizar de la ventana del baño del segundo piso le puso el corazón sobre las amígdalas, dejándola muda a medio camino entre la «L» y la «I» de «Policía». Casi tan desconcertada como ella, la gaviota graznó airada en una protesta fugaz y salió volando trastabillante hasta desaparecer. Dos plantas. Quedaba el sótano. Volando sobre los escalones levantó de nuevo —ya iban demasiadas veces en un mismo día— la pistola frente a la última puerta, la única cerrada. Un candado nuevo lo anunciaba, brillante como el sol que no veía.

Solo entonces, frente a aquella puerta candada, se sosegó para destrabar el *walkie* del cinturón que apretaba unos vaqueros tan

negros como ajustados para pedir refuerzos. Ya era hora.

«Inspectora Alicia Tressi. Estoy frente a la puerta de la antigua vaqueriza de Punta Candor. Seco conoce la situación. He escuchado gritos. Voy a entrar. Necesito refuerzos». Cortó la comunicación sin esperar respuesta, devolvió el *walkie* al cinturón y disparó. Un candado que ya no terminaría sus días en los modernos cementerios de candados —puentes del ancho mundo— reventó como un melón maduro que escapa de un camión en marcha camino de una frutería. Ya se sabe que los melones no tienen demasiado seso ni cordura; de ahí el dicho «eres un melón». El símil era de su padre, que se había empeñado en acompañarla aquella tarde.

Y bajó, desdeñando el lamento de los escalones, resuelta a terminar lo que había empezado. ¿Y qué más daba ya? Aún se disipaba el calor residual del arma bajo la presión de los dedos, y el día se le estaba empezando a hacer largo.

55

Ana

Decimocuarto año

Pronto cumpliría treinta años, y llevaba la mitad de su vida cumpliendo los sueños depravados de un monstruo, como una marioneta en manos de un ventrílocuo. Su problema siempre era el tiempo, siempre tan derrochado como ralentizado. Ahora necesitaba pensar, e irónicamente carecía del necesario. La próxima vez el entrenador podría dejarla en el banquillo, y no podría hacer nada para evitarlo.

Subió las escaleras de la segunda planta como tantas otras veces, cual prisionero al paredón frente al pelotón de fusilamiento, sumisa. Lamentó no poder pararse en la cocina, desde donde los cuchillos parecían llamarla como el coro góspel de una iglesia, todos juntos. Cualquiera le hubiera servido. Se había fijado otras veces en que el monstruo debía de tenerlos contados, pues siempre, siempre, desde que empezara a subir por primera vez para las labores de limpieza, había tres y solo tres unidades de cada cubierto. Desayuno, comida y cena. También estaban el cuchillo jamonero, el de corte y una puntilla; y las tijeras, las tijeras también le hubieran servido. Pero todo quedaba allí, en la cocina, en otra orilla, y el coro góspel parecía amortiguar su canto a cada escalón hacia la segunda planta.

La habitación: una cama, el armario, y las mesitas de noche, custodios mudos a cada lado de la protagonista principal. Todo en perfecto estado de revista; para eso estaba ella, además de para lo otro: para aquello para lo que había subido ahora. Un par de cuadros anodinos completaban el conjunto, casi como invitados. El estilo modernista de las láminas que exhibían desentonaba en la

habitación como una oveja en un rebaño de cabras. A simple vista pasaba desapercibida, pero a poco que te fijabas, chirriaba.

También estaba la lámpara. Sobre la mesita más cercana al armario, donde se situaba el único enchufe de la habitación, reposaba tan alargada como estrecha. Debía de ser de bronce, quizá de latón o hierro —Ana no había estudiado los metales, pero conocía las variantes teóricas por los libros; solo la botánica había conseguido captar su atención—. Ana sabía que no pesaba demasiado; la había levantado mil veces, el trapo del polvo en la otra mano. Lo que ahora se preguntaba era si sería suficientemente pesada; en caso contrario, o si no fuera capaz de imprimir la fuerza necesaria a la imagen que formaba en la cabeza, esa misma imagen podría revertirse, ella con la sangre y sin lámpara, en manos de él, la sonrisa loca, los dientes salivantes y húmedos en una mueca feroz y despiadada, desatada tras el desafío. Hasta veía esos hilitos desagradables de saliva que se le formaban entre los dientes superiores y los inferiores. Detestaba esos hilillos.

Por último, estaba la caja maldita: una caja de zapatos descansaba perenne en la otra mesita, recordatorio de un día lejano. En su interior, dormido entre paños de seda, un zapato de charol negro.

Su zapato.

Su madre le había comprado aquel par en la calle de la fruta; así llamaba ella a aquella calle desde que la pisara por primera vez, ajena al nombre oficial. Paralela a la calle Charco, la más animada de Rota en cuanto a comercios y compras compulsivas se refería, esta otra discurría paralela y desapercibida, y por causas que nadie se preguntaba, albergaba arracimadas tres fruterías que competían sin agresiones en apenas dos decenas de metros en el último tercio de calle. Si en la calle Charco se exhibían los negocios de moda, revistas, juguetes y bañadores cuando la estación lo requería, en esta predominaban los que pudieran tacharse de primera necesidad.

Y, entre una de las fruterías y la mercería, que solía lucir en su casi ridículo escaparate las bragas y fajas más grandes que tuvieran en inventario por razones que escapaban a madre e hija, y que lucían tan bien como un plasma de setenta pulgadas en un cuarto de baño, se atrincheraba una zapatería. No era una de esas zapaterías de tránsito continuo y colores vistosos que copaban la

calle Charco. Esta, más modesta a la vez que antigua, como jubilada que antes fue joven, era más de zapatillas de andar por casa amontonadas a granel y sandalias de playa de goma y hebilla a dos por uno. Y entre unas a granel y otras en oferta continua, María, que así se llamaba la dueña —se preguntaba Ana ahora si todavía seguiría allí la zapatería; María debía de ser mayor, si aún vivía—, siempre reservaba un rinconcito más recatado a la vez que especial, donde exhibía sus zapatos singulares a precios asequibles. Allí estuvieron una vez un par de zapatos de charol negros de los que Ana no quería acordarse, y que el monstruo se obstinaba en evitar que olvidara con alevosía y perversidad tales como para enterrar la Parroquia de Nuestra Señora de la O, la mayor de la Villa de Rota y la más bonita en el recuerdo de Ana, por sí misma y por reposar a los pies del Castillo de Luna, orgullo arquitectónico de la Villa; ambos juntos y complementarios. No en vano, curas y guerreros siempre fueron de la mano por los tiempos de los tiempos.

Ana recordaba el día en que su madre le compró los zapatos. Le encantaban los zapatos de charol. Era un día luminoso y alegre, tanto como oscuro y triste lo era el que los perdió.

Manuel Sarmiento, rey de la opresión y la tortura en su pequeño y cruel feudo, había debido de encontrar uno de ellos al sacarla de aquel hoyo junto a Irina, la muñeca. Durante años lamentó que no la hubiera dejado morir allí, descansar en aquel hoyo del demonio para siempre; ahora ya no. De Irina no sabía qué pensar; su relación con la muñeca nunca fue buena, como no lo es ninguna en la que una parte maquina un plan infantil para abandonar a la otra en un vertedero; además, estaba lo de Haydée. Ana había llegado a sentir celos de aquella muñeca.

Salió del mundo de los recuerdos cuando Manuel la conminó a desvestirse, hosco como solo saben serlo los depravados sexuales, asesinos y violadores. Avaricioso hasta el extremo, no dejaba ningún palo sin tocar. Que Ana sospechara, hasta el tráfico de drogas manejaba. No tenía más que un par de indicios de ello, pero le bastaban para apostar a que así debía de ser. No se equivocaba, sin saberlo aún aquel día. En un indeterminado lugar de la finca, un zulo hacía las veces de almacén de paso para uno de los clanes del ramo de la comarca. El negocio de las vacas no iba mal, pero no dejaban de ser vacas, leche y carne vieja. Nadie amasa fortuna sin

los ingredientes necesarios.

Mirando hacia la caja de zapatos de la mesita al otro lado de la cama, traspasaba con los ojos de la mente el cartón, como Superman, pero sin rizo ni capa. Podía ver el zapato, negro como el alma del que lo mantenía allí, recordatorio del día que se conocieron y de la cobardía y silencio de los que se decían sus amigos. Sin haber estado ella presente, habían sido tantas veces las que el monstruo le había narrado cómo había visto al grupo de adolescentes volver al lugar, escondido entre los arbustos al cobijo de los pinos, y mirar absortos un zapato de charol para callar para siempre bajo un pacto de silencio, que casi lo veía como si hubiera sido uno de ellos. Y aquel zapato estaba allí para recordárselo, día a día, año a año, cada vez que subía a aquella habitación, cuando el horror alcanzaba sus cotas más altas.

Tendría que valer la lámpara. Solo esperaba que el cable del enchufe no la entorpeciera, que no se empeñase en retener su ataque desde su anclaje a la pared. ¿Estaría enchufada? Que fuera lo que Dios quisiese, si es que decidía asomar la nariz de una vez en aquella mazmorra.

¿Acaso Dios tenía algo que ver en todo aquello? Si era así, debía de tener algo de diablo, como el diablo debía de tener algo de Él.

«Ya sea a uno u otro, tengo muchas posibilidades de verlos en un rato; ya ajustaremos cuentas».

Dejando caer el vestido al suelo como una vela que se sopla en un cumpleaños, miró a la figura oronda y peluda que ya esperaba tumbada en la cama. Sintió que la bilis pugnaba por subir llamando a las puertas de la garganta tanto como ella pugnaba por no dejarla pasar, y dibujó una de tantas sonrisas tan forzadas como impostadas a la vez que gateando a cuatro patas avanzó sobre el mullido colchón, acariciando las piernas regordetas del monstruo para sentarse a horcajadas sobre él, arrimándose al ser más repulsivo y depravado que había conocido nunca; a él, y a la lámpara, descarrió los ojos un segundo.

Manuel notó el desvío, la mirada fija y lasciva en los ojos de ella. Ladeó la cabeza, siguiendo sus ojos, y por un segundo quedaron los dos allí parados, como estatuas en un jardín, observando la lámpara, que como un muerto en el entierro equivocado declaraba no querer saber nada del asunto.

—Espera un momento —dijo él, colocando un codo sobre la almohada trabajosamente—, tú tramas…

No dio tiempo a más. La última palabra, como la última uva de fin de año, perdió el tren en la parada. Ana se abalanzó hacia delante, hincando la rodilla izquierda en el cuello del Monstruo en un movimiento más propio de un gato, y alargó el brazo derecho como un corredor de relevos. La mesita se movió arrastrada por el cable de la lámpara, como queriendo ayudar, la mano de Ana alzando ya el trofeo por la parte equivocada —la de abajo, no estaba el asunto para elegir—, el cable tenso como cuerda de guitarra. Manuel se zafó de la rodilla, las manos regordetas empeñadas en el intento.

—¡Zorra hija de puta! ¡Zorr…!

Por segunda vez en apenas tres segundos, no pudo acabar la frase. Pugnando por mantener el equilibrio ante el empuje de Manuel, fue el cable el que le echó una mano a Ana. Un humorista de paso quizá hubiera dicho: «Eso es echar un cable, y no los tres mil euros de mi cuñado». Con o sin público, fue el cable el que mantuvo a Ana a horcajadas, como rienda de caballo.

Los ojos de Ana parecían querer saltar de las órbitas. La boca abierta bramaba algo parecido al arameo de los tiempos de Moisés; quizá fuera hebreo. Los de Manuel salpicaban ira sobre las sábanas deshechas, compitiendo en el intento con los contrarios.

Ana bajó el brazo, la adrenalina concentrada en las blancas y crispadas yemas de los dedos que apresaban la base de la lámpara. El impacto fue de película de las malas, de comedia barata. Sin poder voltear el arma para imprimir más fuerza y desesperada, fue la pantalla de cartón —o parecido— la que golpeó la frente del monstruo. Él rio.

—¡Jaaa, jaaaaa! ¡Puta, vas a desear haber muerto en aquel hoyo!

Si Jack Nicholson hubiera escuchado aquella carcajada, habría pedido a Kubrick repetir su escena en *El resplandor* para incluir el registro; si el director hubiera escuchado lo mismo, habría aceptado sin escatimar gastos. Ana tembló de miedo y de ira, la risa de Manuel retumbando en su cabeza como una bola de acero de *pinball*. La pantalla se despidió de la escena, deshecha en pedazos, los torpes alambres que la conformaban bailando con nuevas formas. La bombilla explotó a destiempo, como un globo que nadie

tocó en una fiesta. Al fin, la peluda y regordeta mano derecha del invitado a la fiesta sorpresa alzó el vuelo, repuesta. «Demasiado tiempo y escasa fuerza», pensó Ana en el aire, cayendo a un lado de la cama, la cabeza por delante de los pies, golpeando el armario con el parietal. Nubes de colores confusos se fundían con miríadas de puntos de televisión sin sintonizar.

«Haydée», recordó Ana apretando los párpados.

Manuel se levantaba, pesado y lento. Más apropiado sería apuntar que se erguía. Como un coloso, hincaba ya ambas rodillas sobre la cama, jadeando, las manos apoyadas en el borde del colchón. Ana abrió los párpados y lo descubrió allá arriba, los dientes dibujando una sonrisa de hiena; ella debía de ser la carroña. Una lágrima solitaria cayó rodando, despidiéndose de la mejilla encendida donde una mano había dejado su huella, y aterrizó sobre el portalámparas, al extremo de la inocente arma, aún en manos de una atacante novel.

Quién sabe si Dios asomó por la ventana en forma de gaviota o si fue el demonio buscando la fila uno para disfrutar de las salpicaduras y gozar de una experiencia más vívida. Pudieran ser los dos en una tregua circunstancial, pero fue una y solo una gaviota la que se posó a mirar desde el alféizar, el cielo gris ceniza detrás, decorando el escenario como un escaparatista experimentado. Los ojos se encontraron de nuevo en la lámpara, insistente en su papel estelar. Enchufada aún, una lágrima tan mágica como la bala loca de J. F. K. hizo chisporrotear el casquillo de la lámpara, clarividente. Y los ojos de los únicos dos que todavía respiraban dentro del dormitorio conectaron de nuevo una última vez.

Sin demasiado que ganar y todo perdido, Ana alargó el brazo una vez más, aún con su testigo buscando nuevo dueño. El casquillo desnudo se hundió en Manuel Sarmiento, que, prestando la sonrisa de hiena a Ana para mudar la suya a la sorpresa del ñu que se ve atrapado por el cocodrilo en el Mara cuando estaba a punto de alcanzar la orilla, empezó a convulsionar ante la descarga. Positivo y negativo nunca se llevaron bien juntos. Ana se retiró, queriendo casi fundirse con el armario que la impedía huir, el brazo extendido, la mano al extremo sujetando la, al fin, útil base, el casquillo creando tímidos hilillos de sangre escarlata en la

prominente barriga de lo que parecía un oso loco amante del *breakdance*.

Cuánto tiempo pasó así no lo supo nunca Ana. El suficiente para mandar al monstruo a llamar a las puertas del infierno. Cuando retiró la mano, solo quedó en la habitación la respiración agitada de una niña convertida en mujer. Los jadeos parecieron aburrir a la gaviota, que, con una parsimonia insultante, batió sus alas y se marchó por donde vino sin decir adiós ni desear suerte. Suerte de su parte, de Ana por una vez, esa que llaman Fortuna y que siempre pasó de largo mirando hacia la playa al planear por aquella carretera que unía Rota con Chipiona tras dejar atrás Punta Candor.

«Haydée», volvió a pensar. Y voló por las escaleras, dejando escalones huérfanos a cada paso, la llave que había colgado hasta entonces en aquel cuello sobredimensionado y fofo, en sus manos, como Ulises de oro en las de Harpagón[11].

56

Un trasiego de pasos se filtraba por las escaleras, resbalando amortiguados hasta donde se miraban Ana y Daniel como enamorados que preguntan con los ojos dónde reposa la pasión que se evaporó con los años. Ana dedujo por el *crescendo* que alguien había entrado a la casa por la puerta trasera. Reconoció el crujir de las tablas sueltas del pasillo al pie de la escalera y esquivó a Daniel para mirar al techo oscuro y húmedo, como si la vista pudiera traspasar paredes, aguzando el oído.

Daniel amagó un grito de socorro, descubriéndose los labios resecos y la garganta estéril. Para cuando había terminado de humedecerse los labios, un pesado cuchillo de acero gris salpicado de cobre lo apuntaba. El brillo que lograba sacarle la única bombilla de la estancia hacía resaltar las diminutas motas cobrizas del óxido atesorado con los años. El grito no nato decidió germinar reconvertido en suspiro. Ana lo miraba.

—La historia de este cuchillo es interesante. Me muero por contártela, pero entra en el terreno de las confesiones, y no te lo ganaste aún. Quizá otro día, cuando nos hayamos hecho amigos. — El susurro reflejó tanta sutileza como el envoltorio de peligro que lo acompañó.

Los pasos se perdieron escaleras arriba, inspeccionando el segundo piso, ganando intensidad escaleras abajo al instante. Al fin, la puerta que salvaguardaba las tinieblas del sótano se abrió, y una lengua de luz natural lamió los primeros escalones escudriñando nuevos horizontes, hasta difuminarse sin fuerzas como niebla de amanecer a media mañana de un día soleado. Los peldaños imitaron con su quejido el de las bisagras abandonadas bajo el peso de un invitado que se unía a la fiesta.

Ana tensaba los dedos sobre el mango del cuchillo cuando la voz hizo los honores al cuerpo que todavía entre sombras y luces la había derramado escaleras abajo.

—Estáis aquí —dijo Eva mirando a Daniel—. Ya llegan —se dirigió exclusivamente a Ana, desechando a Daniel como cáscara de nuez vaciada—. Me han adelantado al menos tres patrulleros viniendo hacia casa.

Ana dejó respirar al cuchillo, aflojando la tensión.

—Bien —sentenció—. Una lástima no poder verlo en directo.

—Con la de molestias que nos tomamos… Una lástima —repitió su hija.

—¿Todo listo en tu fantástica empresa? —miró Ana a Daniel, interpelando a Haydée.

—Como fruta madura para ser recogida.

Ana asintió, la vista fija en su recluso particular.

—Hay tantas cosas de que hablar —matizó, acariciando la comedia—. No me dirás que no me debes el nombre de tu empresa. La idea fue mía, ¿no, Tino?

Si Daniel hubiera tenido que elegir una palabra y solo una que acertara a definir el estado en que se encontraba, «confusión» hubiera sido una excelente candidata. Pero no tenía nada que elegir. Si había alguien en la habitación que no tenía poder alguno de elección, ese era Daniel. No contestó, cerrando los ojos el tiempo que tardó en inspirar y espirar, buscando despertar. Solo que estaba despierto. Ya echaba de menos sus pesadillas, que parecían preferir su acogedor dormitorio acristalado a aquel sótano de olor tan espeso como rancio. No las culpaba.

Nadando en las oscuras aguas de la confusión, lo único que acertó a ordenar para formar un pensamiento fue que el olor debía de ser el suyo; caprichos de la mente humana, esa gran desconocida. El siguiente fue más consciente. Sí, la idea fue de ella.

57

La habitación olía a moho, a rancio, a olvido. El sudor se había enfriado, y la camiseta parecía haberse enterado. La inspectora Alicia Tressi se abrochó la cremallera de la *bomber* que un mundo antes le estorbara poco menos que un jugador de baloncesto en el asiento delantero de un cine.

No entendía nada, o casi nada. Habían aparecido piezas nuevas para el puzle, y aparentaban ser cruciales.

Aquello había sido una mazmorra, no cabía duda: una cama, una mesa, sillas, ropa de mujer tan olvidada como usada, ningún espejo, algunos libros, una televisión de aquel siglo en que abultaban tanto como pesaban, otra desvencijada mesa de ruedas oxidadas y pintura desconchada… y una muñeca. Una y solo una, en el rincón más alejado, abandonada. Del tamaño de su sobrino de seis años; casi se muere del susto cuando la vio, observándola desde su rincón de penumbras con ojos vivos y brillantes bajo el haz de la linterna. Si ahora se alegraba de haber mantenido la cazadora para protegerse del frío que la asaltaba, antes se había alegrado por la pequeña linterna led que siempre llevaba en el bolsillo interno del pecho. Nunca se sabe, hasta que se sabe.

Una de las cosas que sabía es que hacía muy poco tres antiguos amigos derrotados le habían contado una historia triste de muñecas. Y ahí estaba. Casi escuchaba los engranajes de su cabeza haciendo girar las piezas para ensamblarlas. El único que no estaba era Daniel Bastida. Su coche sí, él no, desaparecido como cromos olvidados a la puerta de un colegio.

La vibración del móvil en silencio la sacó del mundo que construía en la cabeza, abstrayéndola del horror que ya imaginaba campando a sus anchas entre los muros grises y casi sangrantes de humedad del sótano.

—¿Torres? —descolgó agradecida el teléfono identificando el número.

—Tressi, ¿dónde te metes? —contestó el forense.

—Eso me decía siempre mi padre cuando llegaba tarde a casa. ¿Desde cuándo me llamas Tressi?

—Desde que eres importante. Me he tomado la molestia de venir a verte a la comisaría y todo el mundo te está buscando. Y todo el mundo incluye al alcalde y alguna chaqueta más que no identifico, pero tienen pinta de fumar puros, y por descontado el comisario.

—Sería la cobertura —contestó seca, mirando en derredor—. Hazme un favor: avisa a los de la científica. Pueden seguir el rastro de los patrulleros —dijo escuchando las sirenas ganar intensidad—. Tenemos otro circo.

—¿Más trabajo?

—Tú te salvas… de momento. ¿Me llamabas para algo concreto, o por el simple hecho de tratar con los vivos?

—A veces me pregunto por qué me caes bien —suspiró el forense—. Yo ando entre dos mundos, como los fantasmas que no saben que lo son. Que no se te olvide —agravó la voz en una tosca imitación de fantasma de saldo.

—Torres, no estoy…

—Una curiosidad respecto al suicida. Me pareció lo suficientemente importante como para martirizarme en vida y pulsar tu nombre. Un día te diré cómo te tengo apuntada en los contactos.

—Yo a ti no. Dispara.

—Por si la inducción al suicidio no bastaba con los preparativos y la postura, y el agente era de los de voluntad de hierro, quienquiera que lo hiciera había pensado en un plan B. Los análisis revelan presencia de aconitina, oleandrina y alguna que otra «-ina»; no te aburro con detalles. Los tendrás en el informe. Dicho de un modo más poético, le llevaron las flores para el entierro por adelantado.

—En cristiano, Torres, y resumido. ¡Y un respeto, que era agente de policía!

—Todos son hijos del mismo Dios para un forense, o, dicho de otro modo, todos venimos del mono. Resumo: ¿Sabes qué es una adelfa? Las vemos casi a diario en márgenes de autopistas, jardines

y…

—Sé lo que es una adelfa, Torres. Aligera, que tengo al personal encima. —Ya se veía explicando ante el comisario aquello de «causa probable» para haber entrado allí sin una orden.

Las sirenas ladraban ya a la puerta de la verja como perros a punto de ser lanzados.

—Vale. Además de inspectora, botánica. Una joya, y soltera. Abrevio, no digas nada: imposible confirmar si lo hubiera matado o no, y me inclino a decir que no, tanto como me inclino a deducir que era una especie de ayudita, un empujoncito extra para ayudarlo a decidir, por si el finado hubiera dudado más de la cuenta en darle al gatillo. No debió de pasarlo bien. Los niveles de tóxicos apuntan a que le dieron a beber una infusión de adelfa, en corto. Es tan tóxica como presente está en nuestras vidas. La más tóxica de Europa. Apuesto a que esto no lo sabías.

—Ni falta. Gracias, Torres. —Colgó.

El forense se quedó con el móvil en la mano, pensando en la habilidad que algunos tienen para dar las gracias mandándote a tomar por culo.

—«Y tan arrepentido y encantado / de haberme conocido, lo confieso…» —parafraseó entonando Torres a Sabina, dejando atrás las chaquetas que copaban la comisaría de un lado a otro, como en el salón de una ópera en el entreacto. Solo faltaban el champán y las sonrisas impostadas, y de estas últimas alguna suelta había.

58

—Apuesto a que te estás preguntando de qué hablamos —dijo Ana. Daniel asintió—. Te lo voy a explicar por la amistad que nos unió, y ya estoy siendo generosa.

—Muy generosa —dijo Eva, la becaria, sentándose en la única silla de la estancia tras Ana.

—Ahora mismo, mientras conversamos, la policía debe de estar registrando tu casa.

—¿Mi…?

—Perdón, me expliqué mal. Es de tu madre, si hablamos con propiedad. No está lejos de aquí. Es la única que tu tío le dejó a ella. ¿Ahora?

Daniel comprendió. Se refería a la vaqueriza; la antigua casa de su tío Manuel. Recordaba el testamento, y cómo se habían extrañado todos cuando se le dejó todo a él, su sobrino, a excepción de aquella casa, adjudicada a su madre, y con una sola condición. Nunca, nunca, debía ser ocupada o vendida, condición *sine qua non* para validar testamento y herencia. Y así fue, cómo no. Y una jugosa herencia que todos desconocían y nadie quiso investigar recayó sobre Daniel como agua de mayo.

—Te diré lo que van a encontrar, y lo que no. —Posó Ana los ojos en Daniel, disfrutando el momento—. Encontrarán un lugar como este en el que estás. El original, ya ves; este no deja de ser una burda copia, lo que no quiere decir que no nos llevara años y mucho trabajo recrearlo. Ni falta nos hizo volver allí para calcarlo, no está de más decirlo. Encontrarán también la cama —señaló la de Daniel, alternando el índice entre los siguientes nominados—, la mesa, la silla, hasta la televisión… y una muñeca. No esta, claro. A Irina la trajimos con nosotras, no podríamos abandonarla. Otra, vulgar y desconocida. Encontrarán, y esto es importante, ropa y restos de cabello de una niña convertida en mujer. —Se señaló a sí misma con el mismo dedo índice—. Durante años los mechones

recortados de mi pelo decoraron las paredes de mi celda sin conocer su futuro cometido, y encontrarán, cómo no, tu coche.

»Así que, como dicen en las pelis americanas, ¿qué tenemos? Un montón de pruebas que apuntarán a la verdad, al infierno. Además, está lo de tu tío y la pasta que te dejó. No fue fácil convencerlo, pero con tiempo y paciencia todo se consigue. Él no tuvo mucho de lo primero, y yo tampoco de lo segundo, pero llegamos a entendernos bien. Yo lo disfruté más, para qué mentir. Casi ahí mismo, donde tú estás ahora, estuvo él un par de meses escasos; lo justo y necesario. No se merecía ni un día más. —El semblante de Ana cambió, sumiéndose en un cóctel de tinieblas y odio—. Otro día te lo cuento, tiempo habrá. Allí, junto a Irina, ardió para siempre en un bidón de gasolina. Hubo que hacer algunos… recortes, podríamos decir. Era un hombre grande. El olor a grasa y el humo acumulado impregnó el sótano durante meses. Después… el resto ya lo sabes. Compraste un terreno, y… —Ana se paró a pensar, hilando ideas—, si alguna vez Dios se inmiscuyó en nuestros asuntos, fue ese día en que encontrasteis el primer cuerpo.

—Una señal divina —dijo Eva, al fondo.

—Una señal divina —convino Ana—. Antes de que digas nada, te diré que no tuve nada que ver con el guarda. Casi tuvisteis vosotros más culpa que ningún otro, con vuestro silencio.

—Nosotros…

—¡Cállate! —ordenó Ana, enchufada en una historia que pesaba como plomo derretido en las entrañas—. También te diré lo que no encontrarán: no encontrarán nada más. Y lo mejor de todo es que no buscarán más. ¿Sabes por qué? Yo te lo diré. Porque tendrán a su culpable, el sobrino millonario del demonio que secuestró a Ana Lorca, tan depravado y enfermo como él, escondido entre sus semejantes aún de no ser por los cuerpos que no supo, o no quiso, hacer desaparecer. El demonio de la perversidad, que diría Poe. ¿Has leído a Poe? Uno de estos días te lo bajo; te gustará.

»Hasta puede que haya algún loquero criminalista que diga que estabas deseando ser atrapado, no lo descartes.

Daniel se revolvió, impedido por las esposas que lo ataban a la cama.

—Yo no hice nada; yo no…

—¡Exacto! ¡Nada! —escupió Ana acercándose—. ¿No es eso

pecado de omisión? Tres veces, como Pedro. La primera, junto al hoyo y en los días que siguieron; la tercera, cuando aparecieron los cuerpos, y callabas; la segunda… La segunda fue la peor, la que te condenó.

Daniel palideció, consciente de lo que estaba por venir.

—Veo que sabes de qué te hablo. —Se acercó dando un paso más, para quedar a apenas un metro, erguida sobre Daniel, sentado —. Recuerdo aquel día. Tu tío aún estaba vivo, casi donde tú estás ahora, desnudo y sudoroso como un cerdo a punto de ser sacrificado. Lloró, ¿te lo puedes creer? ¡Lo hizo! Lloró mucho aquellos días. Llegué a pensar que se ahogaría en sus propias lágrimas.

»¿Recuerdas el día? —volvió a la senda principal—. Fue al poco de leer el testamento; fuiste a la casa a husmear, extrañado. Yo te estaba esperando. —Una mano cruzó abierta la cara de Daniel, olvidando a su paso una marca de anillo en la mejilla. Un hilo de sangre se abrió camino por gravedad, tímido—. ¡Lo viste todo! Te vi bajar a aquel sótano. Y te vi volver con Hugo, entonces ya policía. Esperé. Días, incluso semanas después de que tu tío ardiera para pisar los infiernos. Esperé. Y te vi callar, a los dos, cómplices y cobardes como alimañas que no merecen vivir. Esa fue tu condena, y la de Hugo. Él ya la cumplió. La tuya… La tuya se va a alargar algo más.

Daniel dejó escapar una lágrima cobarde, que, ajena a las restantes, que llegarían, se adelantó para unirse al reguero escarlata, diluyéndolo para darle nuevos ánimos. Daniel no supo, no quiso, y no se atrevió a decir nada. La lágrima murió confusa, sin saber si era hija de la pena de su dueño por sí mismo o de la que le provocaba la mujer.

—¿Y los otros? ¿Por qué yo? —fue lo único que atinó a pronunciar, flotando entre la envidia y la cobardía.

—«No hay más ciego que el que no quiere ver». Porque lo merecías, más que los demás. La deuda reclamaba dos condenas: una muerte y un calvario. Los demás… quizá tuvieron suerte. La suerte juega un papel importante en el mundo. Cualquiera pudo caer en aquel hoyo, pero fui yo. Llámalo como quieras.

—¿Una muerte? No entiendo…

—Mi padre murió de cáncer de pena, llorándome. Lo recordarás.

Y un suicidio me cobré. Tú pagarás mi parte.

—Dijiste que si hablaban.

—Cierto. También dije que debían encontrarte. No dije que fuera fácil. Yo tampoco lo tuve nada fácil. ¿Sabes cuántas veces me he preguntado estos años por qué no lo hice antes? ¿Por qué no aproveché un descuido de tantos, una mínima oportunidad cuando se presentaba? El miedo es un arma poderosa; atenaza a las personas. Países enteros se gobiernan así desde que las fronteras existen; el mundo gira y se transforma bajo el dominio y la influencia del miedo. Yo… —recapacitó—, yo misma me liberé aquel día bajo el poder de un miedo supremo.

—¿Dónde estamos? —Daniel recobraba la cordura, intentando buscar respuestas a la vez que desviar el tema. Ana se encendía de nuevo, la mente en otro lugar y momento.

—En casa. Al fin en casa —dijo ella volviendo al presente—. ¿Te gustan las judías? Espero que sí. A Haydée le salen muy buenas. Tengo hambre, ¿tú no?

Daniel negó con la cabeza.

—Pues yo sí —entró en liza Haydée levantándose de su silla—. Luego te bajo un plato. Aquí no obligamos a nadie. Todo son lentejas, si quieres las tomas, y si no las dejas.

Ana sonrió y siguió a su hija por las escaleras. Daniel solo rompió a llorar cuando el roce de metales bajo el mandato de una llave le recordó lo difícil que sería salir de allí, si es que salía.

59

—Así que te pareció oír gritos —dijo el comisario, todo él repantingado en un sillón que parecía pedir a gritos la jubilación anticipada. Se miraban en el despacho.

—Eso me pareció —afirmó Alicia al otro lado de la mesa, y casi se lo creyó.

—Ajá. —Levantó él una ceja, estudiándola—. Pues eso pondrás en el informe, no se hable más. Que sea uno solo, no nos pasemos. —Acompañó sus palabras con una mueca cómplice.

—Uno fue, ahora que lo pienso.

Santiago Almeida se levantó y rodeó la mesa atestada de papeles para asomarse a la ventana, de espaldas a Alicia. Los años y la ciática se habían acostumbrado a martirizarlo a conveniencia, y lo que empezó como una pose disimulada para estirar la pierna derecha, allá donde el nervio se había cebado radiando los calambres, se había convertido en costumbre. Hoy no le dolía nada. Se descubrió mirando a un par de ancianos de la mano cruzar renqueantes la plaza de donde su despacho de planta baja robaba la luz al sol; el supuesto marido, con bastón.

«Ya mismo, Santiago», pensó.

No fue eso lo que dijo. Esperó a que la pareja se escondiera tras la esquina, y se volvió:

—Buen trabajo, Alicia.

—Gracias, Santi. Se hace lo que se puede.

—Según he oído, no todos pensaron igual, cuando aterrizaste aquí desde Sevilla. En cualquier caso, ni entré en detalles antes, ni lo haré ahora, y además ni me importa. Ya casi lo único que me importa es la jubilación —visualizó mentalmente a la pareja de la plaza—, aún me quedan cosas por hacer antes de andar a tres patas —cambió a los ancianos por un modesto fueraborda de recreo, con cañeros para pescar a cuatro manos—, y no veo el día. Mientras tanto… Me alegra tenerte aquí.

—Y yo de tenerlo a usted —olvidó el tuteo Alicia, dándole un plus a su jefe.

—Pues todos contentos. —Sonrió Santiago; Alicia le devolvió el gesto—. Termina ese informe. Tengo jefes que están deseando colgarse la medalla, y alguno no sabe ni quitar los grumos al Cola-Cao si no viene indicado por escrito.

De vuelta en su mesa, Alicia suspiró y refrescó la pantalla a golpe de ratón. Habían pasado tres días, pero le parecían semanas.

Los de la científica habían hecho un trabajo rápido y eficaz. Sobre la mesa, el informe cantaba a quien lo leyera sus hallazgos. Todo apuntaba a que Daniel Bastida, respetable y reconocido empresario de la comunidad, en una doble vida que erizaba pelos de antebrazos como gato en guardia, había seguido los pasos de su tío en un juego macabro. La hipótesis más plausible apuntaba a que la codicia, la enfermedad o la simple maldad lo habían llevado a orquestar la muerte del primero para continuar con su legado. Quizá el primero lo introdujo, maestro perverso, y el pupilo lo adelantó por la derecha. ¿Quién sabía? El caso arrastraba veinticinco años.

Todo cuadraba: móvil, oportunidad y pruebas se aliaban para señalar en una única dirección, con pocas dudas, casi ninguna.

Las pruebas del laboratorio arrojaban diferentes muestras temporales del pelo de la que presumiblemente había sido Ana Lorca, la niña desaparecida un cuarto de siglo atrás. Alicia no llegaba a imaginar aquello por lo que debió de pasar.

Quedaban un par de detalles, no carentes de importancia, y los que manejaban la batuta no escatimaban medios para cerrar el caso definitivamente cuanto antes: Ana Lorca no había aparecido, y todo parecía indicar que los restos podrían reposar en la zona cero. El antiguo vertedero semejaba una verbena en día de fiesta, las excavadoras trabajando a destajo, cuerpos de hombres enfundados en monos blancos rebautizados de ocre acotando espacios y lanzando órdenes a los cuatro vientos. No solo se trataba de dar descanso eterno al cuerpo de una niña —o mujer— en un lugar más apropiado donde poder llorar la pérdida; también estaba en juego el poder colgarle un asesinato más a Daniel Bastida. Para eso había que encontrarlo antes, pero esa liga se jugaba ya en un estadio mayor, donde cabían más jugadores, y Alicia no era más que un

suplente con ventaja.

Por otra parte, nadie albergaba la más mínima duda en cuanto a que la ocupante de la casa de los horrores había sido Ana Lorca. Pero había que certificarlo.

A primera hora de la tarde, Alicia había quedado en comisaria con Freire, de la científica. Había que cotejar el ADN, y nadie como una madre para esas cosas. Justo antes de pasar por el despacho de Santiago, Alicia había suspirado tres veces y había levantado el teléfono para marcar el número que figuraba en el expediente. Una mujer hecha a todo había contestado, seca y pausada, la voz cansada. «A las cinco es buena hora. Acabemos con esto cuanto antes», había dicho.

Alicia miró el reloj del fondo de la sala: las agujas negras sobre fondo blanco se confabulaban para alinearse y anunciar las tres y cuarto. Comprobó la dirección y calculó que tardarían unos veinte minutos en llegar. Restó media hora para comer y quedó un saldo de cincuenta y cinco minutos para enfrascarse en el informe que le debía a su comisario.

«Que sean veinticinco para comer y lo cuadramos en una hora», sopesó, una *pizza* ya planeando como ave fugaz entre la frente y el lápiz Staedtler de color oro y negro que le sujetaba la melena enroscada en la coronilla.

A las cinco y cinco minutos exactamente, Alicia enfilaba el Camino de la Reyerta por tercera vez en su coche, con Freire de copiloto; una calle agreste y mal pavimentada bordeada de chalets y parcelas edificadas con más o menos acierto. El ancho de vía no dejaba del todo claro si era de un sentido o dos. Entre Sanlúcar de Barrameda y Chipiona, lo que en tiempos debieron de ser tierras de cultivo se había convertido en una enorme urbanización con más improvisación que acierto.

—¿Esto será legal? —preguntó Freire, más que otra cosa por cambiar de tema. Llevaban buscando la casa quince minutos.

—Como diría tu amigo Sylvester, «esa no es mi guerra».

Freire era, además de técnico cualificado en la Policía Científica, gran aficionado a aprovechar las máquinas del gimnasio del Cuerpo, y lucía músculos para dos cuerpos bien servidos. También era avispado, y captó la indirecta.

—Ni la mía. Me conformo con ganar la batalla de encontrar el

número de la casa de esta dichosa mujer antes del partido. ¿A nadie le dio por pensar en el pobre cartero?

—Tiene que ser por aquí —dijo Alicia desechando la tentación de preguntar de qué partido hablaba Freire.

Recorrían la calle ya casi como vecinos: la primera fue de ida, hasta topar con un mar calmado que lucía tonos tan ocres como distantes del acostumbrado azul, al llegar a una pequeña cala presidida por un restaurante chiringuito. La marea estaba baja, y para ver la orilla casi se echaban de menos unos prismáticos, tan plana era la costa en la zona. Sin bajar del coche, y dando la vuelta, pudieron ver la desembocadura del Guadalquivir, sus aguas ocres y espesas como chocolate a la taza con sobredosis de leche, y la orilla opuesta, con su Coto de Doñana rebosante de vida salvaje y libre de la fiebre del ladrillo. En el agua y al fondo, escorado en una pose chocante para una embarcación, el barco del arroz.

—Estamos más perdidos que ese —dijo Freire antes de darle la espalda.

—¿Que quién?

—Que estamos más perdidos que el barco del arroz. —La miró —. ¿No te sabes esa?

—No puedo saberlo todo —dijo Alicia regalando media sonrisa a la vez que soltaba el volante para que volviera por sí mismo a enfilar el Camino de la Reyerta en sentido contrario.

—Ni tú eres de aquí, ni de España casi. ¿No conoces la expresión?

—N. p. i. Ilústrame.

—¿Viste el barco en el agua? Ese que parece querer hundirse sin conseguirlo. —Señaló Freire con el pulgar hacia la luna trasera.

—Sí que lo vi. ¿Es ese?

—Es el barco del arroz. Hace como… Joder, casi en la misma época en que desapareció Ana Lorca; ya es coincidencia. Pues, hace como veinticinco años, ese barco venía desde Bangkok cargado de arroz, y enfiló el Guadalquivir camino a Sevilla. Por una cosa o por otra, que varía según quién lo cuente, acabó encallado en el Bajo Picacho. Dicen que el arroz se infló hasta romper los mamparos de metal donde se almacenaba. El caso es que se partió en dos. De ahí el arroz inflado de los quioscos.

—¡Venga ya, Freire! Que lo de inspectora no me lo regalaron.

—Vale, lo de los quioscos es cosa mía. —Soltó Freire tres jajás gruesos y potentes—. Pero el resto es tal cual. De ahí lo de «estás más perdido que el barco del arroz».

—Pues así estamos, te doy la razón. Venga, mira por tu lado.

La segunda enfilación los llevó de nuevo a la gran rotonda que daba acceso al camino. El letrero en forma de flecha les repitió lo mismo de la primera vez mandándolos de vuelta hacia atrás: «Camino de la Reyerta».

—La madre que lo parió. Empiezo a captar lo de «Reyerta» —dijo Freire.

La tercera a medio camino, temiendo que se acabara como aquel que compra una ristra de rascas y no encuentra más premio que una uña empolvada en gris y cantando *sietedediezynada*, una mujer asomó a la puerta ciega de un terreno vallado que combinaba el ladrillo visto en sus tres primeros palmos con frondosas tuyas que ocultaban el interior de miradas curiosas. Escudriñaba el camino a izquierda y derecha. La edad y el porte parecían coincidir con la foto que Alicia recordaba en el expediente.

Tras la pérdida de su hija y el suicidio de su marido años después, Eva Gaza harta de la compasión ajena y de recuerdos enlatados, había vendido el adosado que Marcos y Blanca visitaran cuando la juventud se revestía aún de inocencia, y se trasladó a un lugar nuevo, buscando una vida nueva, o una vida a secas.

—¡Esa es!

—Que Dios te oiga —replicó Freire.

—Llegó la hora de ponerse serios. Esta mujer no debe de estar para bromas. —Levantó la mano Alicia tras el parabrisas para hacerse notar, aminorando.

La mujer correspondió, el semblante disfrazado de obligación.

Dos apretones de manos tan oficiales como indeseados dejaron un bonito edificio de dos plantas a la vista. Como si esperara la visita de un fotógrafo de revista, casi desentonaba con el dichoso y destartalado camino que dejaban atrás, con sus flores silvestres y sus matojos adornando desordenados los márgenes. Allí dentro todo estaba podado y cuidado al detalle —«más que podado, peinado», pensó Alicia—. Las flores lucían con un brillo añadido, los diferentes arbustos y pequeños árboles que adornaban un jardín sin césped parecían posar presumidos y sabedores de la belleza que

exhalaban. A sus pies, plantas que Alicia ni supo ni quiso identificar alfombraban el suelo hasta la casa, escoltando un camino estrecho y árido que parecía haberse colado sin permiso. Las persianas aparecían cerradas en habitaciones que la inspectora supuso sobrantes para una mujer que vivía sola y aislada; unos toldos tan opacos como floreados adornaban las ventanas escondiendo el interior, como si las persianas no fueran suficientes.

A las cinco y diez, Alicia Tressi (inspectora o Tressi en el trabajo, Ali para los amigos), Joaquín Freire (Freire para los colegas de profesión, Juaco en cualquier otro sitio) y Eva Gaza («la Madre» y Eva, respectivamente) tomaban asiento en un salón espacioso y cuidado, de gusto actual y tonos verdes que combinaban con grises suaves. Los verdes y entrenados ojos de Alicia escudriñaban cada rincón desde el sofá. Freire, en su papel, sacaba sus artilugios para tomar las muestras que servirían para cotejar el ADN con los restos de cabello encontrados sin más ceremonia que la imprescindible.

—Supongo que está… Iba a decir contenta, pero no es la palabra. Hay muchas probabilidades de que los… —rompió el silencio Alicia.

—Ya enterré a mi hija hace veinticinco años. Aquí. —Se señaló la cabeza con el índice e incómodas repeticiones—. Nada de lo que me digan va a cambiar eso.

No aparentaba la edad que Alicia sabía que tenía, cosa curiosa. En casos como este, los progenitores envejecían décadas en meses.

La Madre abrió la boca a petición de Freire. Este la banderilleó con un bastoncillo de algodón, escuchando, tenso como un atracador que cae en la cuenta de que olvidó el pasamontañas en el coche. Fue un frotis bucal rápido y más suave de lo acostumbrado.

—Sí, supongo que sí. Pero querrá salir de dudas, al menos, saber lo que pasó.

—Sé lo suficiente como para no querer saber más —contestó Eva Gaza («la Madre»), cortante—. Les agradecería que después de esto no vuelvan por aquí. Para las malas noticias ya están los periódicos. Me enteraré de una manera u otra.

—Claro, lo que usted prefiera. ¿Has terminado, Freire? —preguntó Alicia levantándose, viendo a Freire recoger los bártulos.

—Todo listo —dijo él, deseando acercarse a por el pasamontañas.

—Siento las molestias, señora Gaza. No la molestamos más. —Alcanzó la puerta Alicia, «la Madre» detrás, Freire en el vagón de cola—. Por cierto, bonita casa. ¿La decoró usted misma?

—¿Y quién si no?

—No sé, pensé que quizá… No importa. La felicito, tiene usted buen gusto. Muy… actual.

—Gracias. —Abrió la puerta Eva Gaza, apartando a Alicia con suavidad—. Supongo que sabrán salir. Todo recto por el mismo sitio por el que vinieron.

—No se preocupe; sabremos.

—Hace mucho que no me preocupo de nada. Si me disculpan.

La puerta se acercó a las narices de Alicia, que captó la despedida. Joaquín Freire ya se ponía el cinturón en el coche.

—Joder con la *viejoven*.

—No la culpo. ¿Te has fijado en la decoración? Parece más propia de su… —Alicia cayó, y calló.

—¿Nieta? —La sacó del embrollo Freire.

—No tuvo ni tiempo para eso. Pero sí, iba a decir hija.

Giró la llave, la puesta en marcha hizo su trabajo, y Alicia y Freire disfrutaron de la brisa que campaba libre en el Camino de la Reyerta por primera vez.

En la casa, Eva Gaza cerraba el cerrojo de la puerta interior de entrada a la vez que la puerta del sótano se abría desde dentro. Ana Lorca asomó, y dos palabras bastaron para entenderse. Eva añadió una tercera:

—¿Todo bien?

—Todo bien, hija.

Se cumplían diez años de la resurrección; del día en que Ana apareció acompañada ante su puerta para darle un susto de muerte y dos razones para vivir.

Días más tarde, las pruebas confirmaron lo que todos en Rota sabían. Ana Lorca, la niña desaparecida hacía veinticinco años, había estado en esa celda. Pruebas paralelas declaraban que la última vez, o el último pelo, databa sus últimos paseos entre las cuatro paredes en torno a una década atrás. Que estaba muerta nadie lo dudaba, por segunda vez. Solo restaba encontrar el cuerpo y al culpable. *Detalles*.

Entre el día de la Reyerta y los resultados, la inspectora recibió

una llamada inesperada. Gutiérrez, antiguo compañero e inspector retirado reconvertido en tertuliano en las mañanas de una de las principales cadenas televisivas del país, le dio la sorpresa. Inspector principal de su anterior caso y mano rastrera que la había echado a los leones para salvaguardar su culo fondón a punto de jubilarse —«No hace falta correr más que el león para salvarse; solo he de correr más que tú», le dijo días antes del traslado—, jugaba su baza olvidando los escrúpulos, buscando sacar rédito al caso frente a las cámaras. El caso copaba telediarios y tertulias como solo lo hacen los casos que no deberían hacerlo, Gutiérrez se ganaba el sueldo que le hacía sonreír ante la pensión desgranando los más sonados como experto en la materia y célebre inspector tan retirado como experimentado, y Alicia, que había leído el *best seller* más de una vez, recordó unas palabras publicadas desde la cárcel —tócate los huevos— por el convicto que la había abocado al traslado reconociendo que ella puso de su parte[12].

«La curiosidad mató al gato, pero mueve al mundo, como el mundo a la luna, la nicotina al fumador, y el olor de la sangre al tiburón, o a los periodistas[13]».

—¿Qué te parecería una entrevista en la tele? Cobrando, por supuesto —dijo él.

No era aficionada a los tacos, pero su padre siempre le remarcaba que más valía «una colorada que ciento amarilla», y decidió practicar el ejemplo.

—Anda y que te follen —fue la escueta respuesta a la invitación de Gutiérrez antes de colgar. Pensó que sería lo suficientemente colorada.

60

Ana

Decimocuarto año

A mitad de las escaleras, mandando al banquillo dos de cada tres escalones, volaba sin alas en busca de Haydée, hasta que frenó en seco. Estaba desnuda. No esperaba recriminación alguna, pero el asombro que podría provocar en Haydée, añadido al cuadro compuesto en la habitación del monstruo, la convencieron para voltear los pies en busca del vestido. No le llevaría más de medio minuto. Pero sucede que a veces un segundo es una eternidad —bien lo sabía ella— y el grito que explotó en el sótano la convenció.

Desnuda, volvió a volar raso hasta encontrar a Haydée donde la había dejado, la muñeca en sus manos y fuera de sitio. Jamás, en la perpetuidad de su cautiverio, había visto a su lejanamente odiada muñeca en otro lugar que no fuera su rincón. Eso y solo eso la hizo trastabillar en los últimos escalones, dando de bruces contra Haydée y la muñeca. Casi la tocó; no llegó a hacerlo. Nunca tocaba la muñeca; solo Haydée tocaba la muñeca.

—Se ha movido.

—¿Qué? —contestó sin comprender, los ojos fijos en la débil luz que reverberaba en los de Irina.

El color abandonó el cuerpo de Ana, que, desnuda y adoptando el color del mármol preferido por Miguel Ángel, alzó el brazo para sostenerse en el hombro de su hija.

—No te asustes. Solo que… se cayó. Se cayó de repente, solo eso, y me asusté.

Haydée, mirando ahora a su madre como si hubiera aparecido a semejanza de un profeta desde otro mundo a su apóstol, exclamó:

—¡Ana! ¡Estás desnuda!

Ana suspiró, vencida. Demasiadas cosas y demasiado juntas.

—¡Somos libres! —La abrazó, dejando a su vez correr libre el mar de lágrimas que pugnaba por ver mundo, obviando la obviedad expuesta por su hija, cuidando de no tocar la muñeca que asistía a la fiesta improvisada.

Haydée la abrazó, la confusión por capa aún, una mano sujetando a su muñeca, atrayéndola en el intento. Por primera vez en años, dos más una, una más dos, fueron una. Una lágrima se deshizo en la mejilla de Irina, tan juntas estaban, y Ana Lorca, achinando los ojos bajo la atención de su hija, tan cerca como ausentes las tres en un instante, levantó la mano para acariciar el plástico húmedo y gastado que dibujaba una mejilla. Nunca, en los recuerdos almacenados allá donde se guarda la vida, supo dilucidar si fue propia o transferida, archivando una duda en su lugar.

—Ven. —Deshizo el hechizo—. Esto no ha hecho más que empezar. Y subieron. Ana, por primera vez sin miedo; Haydée, desafiándolo para olvidarlo.

61

Alicia comprendió al fin el significado de tan manida frase en su pleno significado.

«Se lo ha tragado la tierra».

Habían pasado seis meses como si hubieran pasado seis días. Seguían igual, e igual seguirían.

Daniel no daba señales de vida pese a la búsqueda y los esfuerzos, tan constantes como intensos ambos.

Tan cierto era que todos pensaban que Ana Lorca estaba muerta como seguros estaban de que su cuerpo no se encontraba en el antiguo vertedero. Otra manida frase lo resumía a la perfección: habían «movido cielo y tierra» para desenterrarla. Sobre todo, tierra.

La orden de dar el famoso carpetazo al famoso asunto llegó de arriba, y ya se sabe, las cosas de arriba caen por su propio peso. O te apartas, o te caen encima. Alzando la mano para apuntar la tecla «Enter», la dejó caer en un gesto teatral, el índice de avanzadilla, y lo cerró, a desgana pero vencida. Otros Danieles Bastida y Anas Lorca la esperaban, reclamando lo suyo. El sol lucía, las sombras se escondían huyendo de la luz, y el mundo seguía girando. Vaya si giraba.

Le apeteció pasear. Abandonó olvidado el coche frente a la comisaria. Bajo un sol potente y lúcido que sacaba destellos al mar, recordó una de las enigmáticas frases que su padre le recitara cuando ella consiguió la placa que colgaba del cinturón bajo la *bomber* granate.

«Las sombras están ahí. Si quieres verlas, solo tienes que volverte. ¿Quieres?».

Paró, levantó la cabeza a la vez que convertía los ojos en finas rendijas, descubrió al astro en su cénit y pensó en si Daniel Bastida estaría viendo el mismo sol. Miró al suelo y se volvió, sin encontrar su propia sombra.

«A veces te equivocas, papa».

«Las apariencias engañan», hubiera contestado él, sin duda; pero no estaba.

Cerca del puerto, el aroma a pescado fresco y a mar la rescató para olvidar.

Invisibles pero cercanos, al abrigo de un pantalán, un amigo enseñaba a otros dos su nuevo barco. Dos hombres y una mujer. Cualquiera que los hubiera visto habría afirmado que parecían buenos amigos. Un ojo entrenado hubiera apostado a que dos de ellos eran pareja. Reían. Dos niños aprovechaban el pantalán como pista de atletismo, ajenos al trío. Nadie los vio, ni nadie apostó, y el mundo siguió girando.

62

Ana

Decimocuarto año

La enorme barriga subía y bajaba casi imperceptiblemente, pero lo hacía. Madre e hija copaban el marco de la puerta como muñecas sin cuerda que las moviera. Fue Ana la que primero recordó que estaban vivas y podían moverse, y dando dos pasos largos alcanzó el cable de la lámpara para dar un tirón seco que, esta vez sí, dejó huérfanos dos pequeños puntos negros en la pared. Tachando el punto de la lista de cosas que hacer, miró a los pies de la cama y situó los suyos sobre el vestido. Se agachó, pausada, lo asió con ambas manos y le dio forma en la levantada.

Hizo amago de volver a bajar las escaleras, pero lo pensó mejor. No quería dejar a Haydée allá arriba sola.

—Escúchame con atención. —Miró a su hija, recordando que esta no conocía la casa. Todo era nuevo para ella—. Ve abajo. Verás varias habitaciones, no te entretengas, busca la cocina. Bajo el fregadero encontrarás un rollo de cuerda para tender: tráelo. ¡Ya!

La última palabra activó a Haydée, que sin decir nada planeó escaleras abajo. No tenía del todo claros los conceptos, pero no era momento de preguntar. Los dibujos de los cuentos de su infancia y las descripciones de los libros de su adolescencia pusieron de su parte, y reconoció la cocina y el fregadero con una sonrisa muda en los labios. Se prometió volver más tarde. El tiempo parecía haber cobrado una nueva dimensión. Solo se detuvo a desobedecer las órdenes de Ana dos eternidades concentradas en segundos, una a la ida y otra a la vuelta, cuando, al cruzar el salón que daba acceso a la cocina, un torrente de luz solar acarició los poros de su piel desde

la ventana, subyugándola como el canto de sirenas a Ulises. Fue un momento mágico, «celestial», recordó de un libro, sin alcanzar a comprender su verdadero significado hasta entonces.

Quince minutos más tarde Manuel Sarmiento estaba atado de pies y manos y vuelto a atar a una de las sillas del sótano. Lo más complicado de la transferencia del cuerpo desde la planta alta de la casa a la más baja fueron el acto primero y el tercero: el primero, cuando tuvieron que arrastrar a Manuel hasta el pie de las escaleras; el tercero, cuando tuvieron que repetir la operación para arrastrarlo de unas escaleras a otras. Los actos segundo y cuarto destilaron sensaciones parecidas al placer: dos patadas sostenidas como una tecla de piano cuando se busca prolongar el sonido fueron el detonante para echar a rodar el cuerpo bajo el efecto de la ley de Newton; una andanada a discreción de la misma receta ayudó en los atascos del camino. Era un hombre grande, y no salió como en las películas, donde todo va más rodado, valga la redundancia. También era un hombre duro, y cuando llegó abajo el corazón XXL que debía sostener la mole aún bombeaba, terco. El acto quinto vino a merecer un capítulo aparte: colocar el cuerpo desparramado de Manuel Sarmiento sobre la silla para atarlo desató ríos de sudor que buscaban nuevos cauces en las dos mujeres. El sexto fue la versión mejorada del quinto, cuando temieron que, al volver en sí, el monstruo empezara a patalear y fuera capaz de destrozar la silla para liberarse. Aun atado, era un hombre fuerte. Consistió en atar a su vez la silla al armazón de la cama, y arrastrar cuerpo y silla hasta el sitio elegido contribuyó alegremente a que los ríos ganaran en caudal.

Para cuando Manuel despertó, cinco horas y seis minutos más tarde, a pesar de estar cargado como una pila, a Ana empezaba a no darle igual que no lo hiciera. Había tenido tiempo para recapacitar, y una algarabía de ideas empezaba a sentarse en sus sillas de forma ordenada, como niños en una clase bajo advertencia del maestro.

—¡Putaaaa! —fue la primera y la última palabra que Manuel Sarmiento escupió aquella tarde al abrir los ojos.

Para entonces Ana había tenido tiempo de recorrer la casa y creía tener todo lo que iba a necesitar a mano. Lo había estado esperando. Haydée daba de comer a las vacas en el establo, descubriendo el universo, ausente en un mundo nuevo. Ana se

levantó de la silla que ocupaba sin más. Cortando la cola de aquella «a» que Manuel se empeñaba en alargar, un rollo de cinta americana rodeó la cabeza en una órbita perfecta y un sonido arrastrado.

—Tu cometido esta tarde será escuchar y solo escuchar. Has tenido suerte. Has dormido un buen rato y he tenido tiempo de pensar, y tengo planes. Esto es bueno para ti, créeme. De otra manera, te hubiera matado en cuanto despertaras, es decir, ahora. Tampoco es que sea bueno del todo: no durarás mucho en todo caso. Lo justo para arreglarlo todo, ni un minuto más.

Manuel negaba con la cabeza como si la tuviera llena de avispas. Ana se golpeaba el muslo a ritmo aleatorio con el canto de la hoja de un cuchillo que le venía grande.

—Ya lo creo que sí —afirmó acompañando las palabras con la cabeza—. Soy una mujer persuasiva. Cuando hayamos acabado, arderás en aquel bidón. Quería que lo supieras. —Señaló el viejo bidón de combustible que decoraba la pared del fondo y hacía las veces de baño—. Habrá que vaciarlo antes. Es irónico, una vida lleno de agua, y acabará sus días rebosante de fuego y cenizas… Y huesos, también quedarán huesos, imagino. No será hoy, aunque me gustaría. Antes, como te decía, tenemos que preparar algunos asuntos.

Ana alternó entre el gran bidón y Manuel, jugando al tenis con los ojos, y cerró el punto levantando una ceja.

—Creo que habrá que ponerte a dieta también.

Manuel la miraba, la ira derramándose por los ojos como un barril de vino sin tapón. Ana le sostuvo la mirada, levantando el cuchillo.

—Me va a ser difícil contenerme; no me lo pongas aún más complicado. ¿Conoces la ley del talión? De oídas, supongo. No eres de leer mucho. Mira, tú me la regalaste. Al final, la Biblia dice cosas útiles. —Cogiendo un libro que había en la mesa, lo abrió por la parte marcada—: Éxodo 21, 23-25: «Mas si hubiere muerte, entonces pagarás vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe». Levítico 24, 19-20: «Y el que causare lesión en su prójimo, según hizo, así le sea hecho: rotura por rotura, ojo por ojo, diente por diente; según la lesión que haya hecho a

otro, tal se hará a él». —Cerró el libro y lo dejó caer a plomo sobre la mesa—. Pero, claro, estos no te conocían. Se me queda corto, muy corto, aunque servirá para otros… Para ti prefiero el bidón.

Manuel había empezado a respirar con más ganas de las que le permitía la cinta, y cualquiera que hubiera mirado por un agujerillo secreto o que tuviera el poder de los dioses hubiera creído que imitaba una locomotora de vapor con la nariz, y hasta hubiera reído al encontrar la similitud, si no fuera por los ojos que gritaban que la cosa no iba de risas.

—¿Mi madre sigue viva? —preguntó Ana cambiando el semblante—. Solo asiente o niega con la cabeza.

Manuel asintió.

—¿Y mi padre?

La locomotora echó más carbón al horno, el ritmo se aceleró en las fosas nasales y el grito de los ojos se apagó, los párpados comprimidos con fuerza sobre unos ojos que atisbaban un infierno desatado en el horizonte.

Epílogo

DANIEL

No era médico ni abrazó nunca el celibato y la fe de profesión, pero sabía distinguir el final de las cosas; del camino. Tosió, y un sonido bronco y recubierto de arena retumbó como un trueno lejano rebotando en las paredes.

Daniel Bastida apresó el bolígrafo entre los dedos, los dedos temblorosos, la cabeza dispuesta, el cuerpo lo contrario. Escribiría. Dejaría algo al menos. Quizá, algún día, alguien… Al menos los recuerdos eran libres. Entre libros y paredes grises y pastosas salpicadas de moho, los huesos alzando lamentos a discreción, la barba blanca y crecida, aparentaba al menos una década más de las vividas —o sufridas—, asemejándose, en palabras de Ana Lorca, al imaginado abate Faria de Dumas[14]. Él, sin embargo, era real.

Alargando la mano al cuaderno de espiral, recordó bajo su influjo los días de colegio y calcetines alzados bajo pantalones cortos, esos días arremolinados en torno a un hoyo, una muñeca y un vertedero. Empujando una puerta mental por años tapiada y agrandando el resquicio por el que se colaban las sombras más oscuras, clavó el bolígrafo sobre el papel y miró al fondo, donde unos ojos negros como alma condenada lo miraban atravesándole el corazón y leyendo sus miedos, o eso le parecía a él. Martirizándolo. Durante años de noches tétricas temió escuchar su voz cruzando la opacidad de su mazmorra, alcanzándolo como una mano de humo de otro mundo. Ya no; ya todo daba igual.

Allí estaba, impasible y misteriosa. Una muñeca que volvía todas las noches con dedos cautos de cara a la pared de su rincón antes de dormir; esa que se encontraba todas las mañanas vuelta de nuevo hacia él, mirándolo desde un mundo prohibido. Asintió,

dedicándole el gesto, bajó la cabeza, rehuyéndola una vez más, y comenzó:

«No soy médico, ni abracé nunca el celibato y la fe de profesión, pero sé distinguir el final de las cosas; del camino.

Han transcurrido ya demasiados años y quizá es hora de revelar los secretos que guarda el alma, pues la hora se acerca y tiene sombra ya, y aunque algunos recuerdos se atenúan a medida que recorremos estaciones, una tras otra, conformando años que se amontonan en lustros, en décadas, y hasta en alguna fracción de siglo decente, hay otros que nunca se olvidan ni se diluyen; al contrario, permanecen tan vívidos como el primer día, por mucho que nos esforcemos en lo contrario, o precisamente por ello…».

Agradecimientos

Un libro más, una deuda más. A falta de sufragar el viaje al Caribe a gastos pagados que merecerían, no me queda más que este lugar para agradecer a Carolina y Noelia las ideas y correcciones aportadas, además de la paciencia. Sin ellas, esta novela no hubiera visto la luz; quizá una parecida, pero no esta.

Imposible además de ingrato sería olvidar a Hanska Literary & Film Agency y a mi agente, Justyna Rzewuska, que creyó en lo que leía cuando yo no sabía si creía. Un millón de gracias. Por leer, y por creer.

Imperdonable sería no incluir a la familia de Siruela, a Ofelia Grande, María Casas, Rosana Jiménez, Julio Guerrero y cuantos con su extrema profesionalidad y cariño me acogieron e hicieron posible esta novela, y no otra.

Sin ellos, esta novela sería menos novela.

A todos, gracias.

ANTONIO GUISADO. Escritor y profesional de la náutica, Antonio Guisado es natural de Sevilla, ciudad en la que nació en el año 1973.

Guisado ha dedicado su carrera profesional a diferentes sectores del ámbito comercial. Sin embargo, en 2012 decidió dar un giro de 180º a su vida y volcarse en una de sus grandes pasiones: el mar.

En 2020 Guisado se estrenó como novelista con la obra *Cuervos blancos palomas negras*. En 2022 llega su segundo libro *La muñeca*, un libro que aúna en su interior lo mejor de la novela policíaca, el thriller y el género del terror. Contada a dos tiempos, *La muñeca* ahonda en épocas tan complicadas y diferentes como son la adolescencia y la edad adulta.

Notas

[1] Pasaje rescatado casi al pie de la letra de *Cuervos blancos palomas negras*, en un guiño al personaje y a la primera novela del autor en la que aparece. < <

[2] En deferencia a una lectora de esas que leen las novelas antes de publicarse, y a petición suya y como autor, me entretengo en aclarar aquí que el colibrí de Juan Fernández o picaflor rojo es simplemente una especie de ave que vive en el archipiélago chileno cuyo nombre hace mención a su descubridor. Sus dos islas principales son Robinson Crusoe y Alejandro Selkirk, en honor a la obra cumbre de Daniel Defoe y al marino que la inspiró al naufragar allí. Volviendo al contexto de la novela, no sabemos si nuestro policía Hugo conoce estos datos o no, pero es de suponer que la dieta del dichoso pájaro le importa muy poco, en cualquier caso. <<

[3] Vocablo inglés comúnmente usado para definir los *dedos* o ramificaciones de un pantalán donde se amarran las embarcaciones. < <

[4] El Puerto, con mayúsculas, en este caso, nombre propio. Forma abreviada con que se nombra comúnmente a El Puerto de Santa María, ciudad y municipio que linda con Rota al este. < <

[5] Criatura tan terrorífica como cósmica creada por el escritor H. P. Lovecraft, aparecida por vez primera en *La llamada de Cthulhu* en 1928. En honor a esta, se da nombre en Plutón a una región especialmente oscura: Cthulhu Regio. <<

[6] Cita que el autor toma prestada de Dani Rovira, soltada al aire bastantes años más tarde. < <

[7] Referencia a *Cuervos blancos palomas negras*, anterior novela del autor. < <

[8] Cita de *El conde de Montecristo*, de Alexandre Dumas. < <

[9] Cita de *El conde de Montecristo*, de Alexandre Dumas. < <

[10] Ley del talión: principio de reciprocidad para castigar y resarcir daños expuesto en el Código de Hammurabi (Babilonia, siglo XVIII a. C.). < <

[11] Harpagón: personaje principal de *El avaro*, de Moliere, que encarna la avaricia extrema y la racanería. < <

[12] Referencia a *Cuervos blancos palomas negras*, novela precedente del autor. <<

[13] Cita extraída de *Cuervos blancos palomas negras*. < <

[14] Abate Faria: personaje de *El conde de Montecristo*, de Alexandre Dumas. < <